

**Guadalupe Alonso**  
Sobre Carlos Mérida

**Reportaje gráfico**  
Carlos Mérida

**José Narro Robles**  
Educación es porvenir

**Carlos Pellicer**  
Soneto inédito

**Hugo Gutiérrez Vega**  
In memoriam

**Federico Reyes Heróles**  
Sobre Eraclio Zepeda

**Adolfo Gilly**  
Aquella División del Norte

**Ignacio Carrillo Prieto**  
Ley Orgánica de la UNAM

**Vicente Quirarte**  
Fragmento de novela

**David Huerta**  
Poemas

**José Woldenberg**  
Relatos salvajes

**Gabriel Torres Puga**  
Sobre Manuel Gómez Silvera

**Guadalupe Loeza**  
Rosario Castellanos

**Fernando de Ita**  
100 años de Arthur Miller



José Narro Robles  
**Rector**

Ignacio Solares  
**Director**

Mauricio Molina  
**Editor**

Geney Beltrán  
Sandra Heiras  
Guillermo Vega  
**Jefes de redacción**

**CONSEJO EDITORIAL**

Roger Bartra  
Rosa Beltrán  
Juan Ramón de la Fuente  
Hernán Lara Zavala  
Álvaro Matute  
Vicente Quirarte

**NUEVA ÉPOCA | NÚM. 141 | NOVIEMBRE 2015**

**EDICIÓN Y PRODUCCIÓN**

**Coordinación general:** Carmen Uriarte y Francisco Noriega  
**Diseño gráfico:** Rafael Olvera Albavera  
**Redacción:** Edgar Esquivel, Rafael Luna  
**Corrección:** Helena Díaz Page y Ricardo Muñoz  
**Relaciones públicas:** Silvia Mora

**Edición y producción:** Anturios Digital  
**Impresión:** Impresos Vacha

**Portada y reportaje gráfico:** Carlos Mérida

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Fax: 5550 5800 ext. 119

Suscripciones: 5550 5801 ext. 216

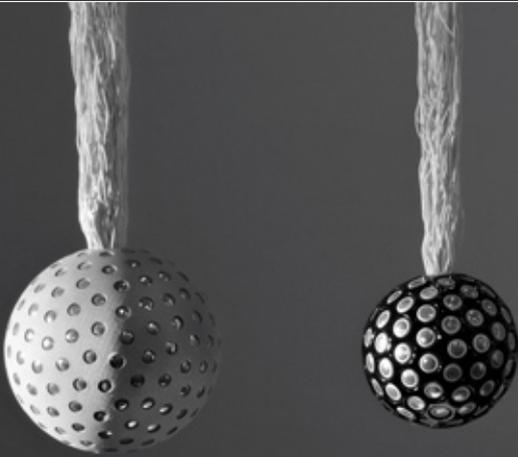
Correo electrónico: reunimex@unam.mx

**www.revistadelauniversidad.unam.mx**

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón,  
01030, México, D.F.

La responsabilidad de los artículos publicados en la **REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO** recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto. Certificado de licitud de título núm. 2801 y certificado de licitud de contenido núm. 1797. La **REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO** es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 112-86.

EDITORIAL	3
EDUCACIÓN ES PORVENIR José Narro Robles	5
OTRO SONETO Carlos Pellicer	10
DE AQUELLA GRAN DIVISIÓN DEL NORTE... Adolfo Gilly	12
ERACLIO ZEPEDA. UN ALMA BELLA Federico Reyes Heróles	29
CONVERSACIÓN INÉDITA CON GUTIÉRREZ VEGA. LOS ELEMENTOS DEL PLACER Pilar Jiménez Trejo	34
LA LEY ORGÁNICA DE LA UNAM. UNA JOVEN SEPTUAGENARIA Ignacio Carrillo Prieto	39
DESCENSO AL BOWERY Vicente Quirarte	49
CARLOS MÉRIDA. EL PINTOR QUE VINO DEL SUR Guadalupe Alonso	53
<b>REPORTAJE GRÁFICO</b> Carlos Mérida	57
DOS POEMAS David Huerta	65
UN SUEÑO CON ROSARIO Guadalupe Loaeza	67
MANUEL GÓMEZ SILVERA. DE ACUSADO A SOPLÓN Gabriel Torres Puga	73
CENTENARIO DE ARTHUR MILLER. EL ÉXITO DEL FRACASO Fernando de Ita	79
RELATOS SALVAJES. LA IRA Y LA VENGANZA José Woldenberg	83
<b>RESEÑAS Y NOTAS</b>	89
LITERATURA RADIOACTIVA: EL NOBEL A SVETLANA ALEXIÉVICH Rosa Beltrán	90
HERIDAS QUE NO CESAN Christopher Domínguez Michael	92
EL GRAN SECRETO Sergio González Rodríguez	94
SALVADOR NOVO Y EL 68 Ignacio Solares	96
LA MUERTE DE EMERENCIANO GUZMÁN Y LA REVOLUCIÓN Álvaro Matute	98
YO SOCARRÓN, YO POETÓN YA VIEJO José Ramón Enríquez	99
FESTEJO Adolfo Castañón	100
NORTEÑOS Mauricio Molina	104
LOS COMPOSITORES, ESAS LEYENDAS Pablo Espinosa	105
DE CÓMO SUPERMAN SE TRASMUTÓ EN "SUPERMÁN" José de la Colina	108
EMILIO SALGARI. POETA DE LA ACCIÓN Y DE LO EXÓTICO Guillermo Vega Zaragoza	109
CONECTADOS EN LA NUBE José Gordon	111



Rafael Lozano-Hemmer  
**Pseudomatismos**

29.10.2015 - 27.03.2016

MUSEO UNIVERSITARIO ARTE CONTEMPORÁNEO  
CENTRO CULTURAL UNIVERSITARIO UNAM | muac.unam.mx



Encuentramiento de Eufonia, 2014. Imágenes 3D en fibra de aluminio, proyección, arena y pedregal helado; miles de cables de sonido, tarjetas electrónicas, arduinos. En esta foto de izquierda a derecha: Katharina Stockhausen y Richard Wagner. Dimensiones variables. Foto: Astronolab

# GERZSO GERZSO GERZSO

GUNTHER GERZSO  
&

ALBERTO APAL, ARTEMIO MARIS BUSTAVANTE, LUIS CARRERA-MAUL, GORDON CONNER, LE CORBUSIER, MARCO ANTONIO CRUZ LOUISE DAHL-WOLFE, LUCIO FONTANA, ALEJANDRO GALINDO GRUPOUR, MELQUIADES HERRERA HERSÚA, ERNESTO MAILLARD, KATYA MANDOKI, IGNACIO MARQUINA, RENÉ MILLON NO-GRUPO, WOLFGANG PAALÉN, VICENTE ROJO, ARMANDO SALAS PORTUGAL, JUAN GUZMÁN FRANCESCO SCAVULLO, SEBASTIÁN, LAURETTE SEJOURNÉ, EZRA STOLLER, RUBÉN VALENCIA, PAUL WESTHEIM, ROBERTO GAVALDÓN

DEL 17 DE OCTUBRE DE 2015  
AL 28 DE FEBRERO DE 2016

SALA DE COLECCIONES UNIVERSITARIAS

CENTRO CULTURAL UNIVERSITARIO TLATELOLCO  
UNAM




ERNESTO DE LA PEÑA  
**Carpe risum**  
Inmediaciones  
de Rabelais

LETRAS MEXICANAS



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Empatía, diversión y destreza intelectual son los ejes que inspiraron a Ernesto de la Peña a transitar por los festines burlescos de la obra y la vida de François Rabelais. En estas páginas se descubren las enormes coincidencias y similitudes que, a pesar de las distancias geográfica y temporal, guardaban la personalidad y el universo literario de estos dos creadores. *Carpe risum* —concepto creado por el propio bibliófilo mexicano para remitir al disfrute de la risa, al “goce profundo de estar vivo”— es un trabajo de admiración y amor. Este ensayo es un doble homenaje: De la Peña se aproxima con embeleso a Rabelais y el FCE reconoce a su vez el legado de uno de los mayores humanistas de México.

Letras sin Fronteras  
[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)



@FCEMexico Fondo de Cultura Económica foemexico Fondo de Cultura Económica FCE México

## Como una comunidad académica y humana que ha

enfrentado grandes retos y alcanzado logros importantes definió el doctor José Narro Robles, nuestro rector, a la máxima Casa de Estudios. Esta y otras apreciaciones fueron producto de la reflexión que el rector Narro desplegó al revisar los avances y procesos que caracterizaron los ocho años recientes de actividad en la Universidad Nacional, en el discurso que presentó ante la comunidad universitaria y la sociedad civil el pasado 22 de septiembre.

La Biblioteca Nacional custodia un acervo aún poco estudiado de poemas del autor tabasqueño Carlos Pelli- cer, una de las figuras estelares de las letras mexicanas de la modernidad. Su sobrino ha rescatado un soneto que podría haber formado parte del libro *Práctica de vuelo*, y ha preparado un comentario en que especula el porqué de su exclusión.

Eraclio Zepeda y Hugo Gutiérrez Vega fallecieron en septiembre pasado. Nacidos ambos en la década de 1930, se consolidaron como nombres de referencia en los campos del cuento y de la poesía, respectivamente, en el panorama de la literatura nacional de la segunda mitad de la pasada centuria. Federico Reyes Heróles presenta una emotiva semblanza del autor de *Benzulul*, mientras Pilar Jiménez nos comparte la entrevista que el autor de *Buscando amor* le concedió pocas semanas antes de su deceso, y en que habló sobre su juventud, su acercamiento a la política y la diplomacia, así como su indeclinable amor por la poesía.

Los territorios de la historia mexicana son explorados en cuatro distintas aportaciones en este número de la *Revista de la Universidad de México*. Adolfo Gilly, uno de los conocedores más acuciosos del ayer revolucionario, entrega una revisión profunda de los andares, triunfos y pérdidas de la gloriosa División del Norte. Álvaro Matute, por su parte, recupera la historia del revolucionario guanajuatense Emerenciano Guzmán, a partir de un ejercicio de microhistoria recientemente publicado. Gabriel Torres Puga examina la edición que la Facultad de Medicina acaba de hacer del proceso inquisitorial seguido contra un hombre llamado Manuel Gómez Silvera, acusado de judaizante a finales del siglo XVI. Ignacio Solares se aproxima a la estela literaria y política de un escritor polémico y brillantísimo del grupo Contemporáneos: Salvador Novo, sobre todo en el tema referente a su reacción ante la masacre de estudiantes en Tlatelolco el 2 de octubre de 1968.

Cuatro extraordinarios exponentes de las letras en el siglo XX concurren en estas páginas. Fernando de Ita traza las pautas primordiales en la obra del dramaturgo estadounidense Arthur Miller, nacido hace cien años, en octubre de 1915. Christopher Domínguez Michael establece las líneas sorprendentemente paralelas de los novelistas Günter Grass y Milan Kundera, en lo que respecta a episodios oscuros de su pasado juvenil, en medio de sociedades represivas e inhumanas: la Alemana nazi y la Checoslovaquia bajo dominio comunista. Por su parte, Rosa Beltrán escribe en torno a la obra de la periodista bielorrusa Svetlana Alexiévich, Premio Nobel de Literatura 2015, e identifica sus vitales contribuciones para el conocimiento del pasado soviético, de la Segunda Guerra Mundial al desastre nuclear en Chernóbil.

En el rubro de la creación, Vicente Quirarte, quien acaba de ser incorporado como integrante al Colegio Nacional, presenta un capítulo de su novela *La isla tiene forma de ballena*, de próxima publicación en el sello Seix Barral, y David Huerta, el autor de *Cuaderno de noviembre*, comparte dos poemas de su más reciente exploración literaria. Nuestro reportaje gráfico presenta obra del pintor guatemalteco Carlos Mérida, sobre quien desarrolla un esbozo biográfico e histórico nuestra colaboradora Guadalupe Alonso.

DEL 4 AL 6 DE NOVIEMBRE  
INFORMES E INSCRIPCIÓN: CULTURA.UNAM.MX/MANDELA

# CÁTEDRA NELSON MANDELA DE DERECHOS HUMANOS EN CINE Y LITERATURA

SEMINARIOS - COLOQUIOS - PROYECCIONES  
SALA CARLOS CHÁVEZ / CCU



estelares  
NOVIEMBRE



### Concierto OFUNAM

Transmisión en vivo desde la Sala Nezahualcóyotl  
de la Temporada Otoño - Invierno 2015

**Domingos · 12:00 h.**

### Observatorio

Mirar con la verdad: los temas nacionales  
vistos por los universitarios.

**Conduce: Pedro Salazar.**

**Martes · 21:00 h.**

Retransmisión: domingos · 21:00 h.

ESTRENO



### El ciclo: Tres de Akira Kurosawa

Una selección de filmes emblemáticos de uno  
de los directores más célebres del cine japonés.

7- Rashomon (Japón, 1950)

14- Los siete samuráis (Japón, 1954)

21- Trono de sangre (Japón, 1957)

**Sábados · 22:00 h.**

### Felices 80 Woody Allen

Con motivo del 80 aniversario del natalicio de uno  
de los directores más prolíficos de la era moderna.

- *Interiores* (EUA, 1978)

**Sábado 28 · 22:00 h.**

ESTRENO



### Íconos del jazz

Una selección de lo mejor del mundo del jazz.

6 - *Rahsaan Roland Kirk*

13 - *Johnny Griffin*

20 - *Art Blakey*

27 - *Miles Davis*

**Viernes · 22:00 h.**

Retransmisión: martes · 19:00 h.



[www.tvunam.unam.mx](http://www.tvunam.unam.mx)

TV ABIERTA Canal 30.2 IZZI Canal 411

SKY Canal 255 TOTALPLAY Canal 389 DISH Canal 120

Búscanos en tv abierta y en el sistema de televisión por cable de tu localidad



# Educación es porvenir

José Narro Robles

*“México sería distinto sin la UNAM, pero por supuesto no sería mejor”, afirma el doctor José Narro Robles, rector de nuestra Alma Mater, en el discurso que dirigió a la comunidad universitaria y representantes de la sociedad civil el pasado 22 de septiembre de 2015, con el propósito de presentar los principales logros de esta institución en el periodo 2007-2015.*

Muy apreciados integrantes de la Junta de Gobierno y del Patronato Universitario, estimados consejeros universitarios, respetados ex rectores de nuestra Universidad, distinguidos integrantes del cuerpo directivo, queridos colaboradores, profesores e investigadores eméritos, doctores *Honoris Causa* que nos acompañan, secretarios generales de nuestras organizaciones sindicales, distinguidos visitantes de España y Portugal, destacados académicos presentes, muy queridos estudiantes de nuestra Universidad, trabajadores universitarios, representantes de los medios de comunicación, señoras y señores:

Agradezco a ustedes haber aceptado la invitación para acompañarme en esta ocasión. Los he convocado para presentarles los principales logros alcanzados por la comunidad universitaria, durante los años en que he tenido el honor de coordinar sus esfuerzos. De igual forma, solicité su asistencia para expresar mi gratitud a todos y cada uno de ustedes y a los sectores que representan. Gracias por su trabajo y apoyo, personal e institucional, durante mi gestión como rector de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Pronto nuestra institución iniciará un nuevo ciclo en su maravillosa biografía. Comparto con ustedes mi convicción de que la Junta de Gobierno es garantía de

que el proceso para designar a quien dirigirá el trabajo de la comunidad, tendrá lugar con los más altos estándares universitarios y dentro de nuestra normatividad.

Estoy seguro de que los universitarios expresarán sus opiniones y preferencias con toda libertad, con gran participación y dentro de los cauces establecidos por la convocatoria y la legislación. Deseo que transitemos por un proceso donde los proyectos, las ideas, las razones y las propuestas sean lo importante. La tolerancia, ese valor que nos permite vivir cotidianamente la pluralidad que nos caracteriza, deberá hacerse presente en los días por venir.

Los he convocado antes de que la Junta de Gobierno inicie su labor, con el objetivo de que no exista la menor duda de que estoy preparado para ser un buen ex rector. Tengan la seguridad de que seré absolutamente cuidadoso de los tiempos, las formas y las normas de nuestra comunidad. A la futura administración le aseguro mi respeto absoluto.

He procurado asumir y cumplir con el privilegio y la responsabilidad que se me concedió, al máximo de mis posibilidades. No escatimé ningún esfuerzo personal al articular la labor de los universitarios. Traté de ser un rector con propuestas y planes de trabajo, pero so-

bre todo un coordinador de las iniciativas y planteamientos de todos los sectores de la Universidad.

Hace cuatro y ocho años, al asumir la tarea, compartí públicamente la visión que tengo de la educación y del papel que juegan las universidades públicas en la sociedad contemporánea. Ahora, al repasar mis opiniones de esos tiempos y contrastarlas con lo que he experimentado y con lo que hoy sostengo, puedo asegurar que no sólo mantengo esas perspectivas: las he fortalecido.

En efecto, he ganado argumentos en mi convicción de que la labor de la Universidad supera a la de transmitir y generar conocimiento. El objetivo mayor tiene que ver con la formación de ciudadanos libres, con principios éticos y compromiso social, preparados para vivir en democracia, para fortalecer las instituciones, para ser solidarios con los demás, para respetar los derechos humanos de ellos y exigir el cumplimiento de los propios.

He podido reflexionar en numerosas oportunidades y estoy convencido de que la educación es uno de los grandes igualadores de la sociedad. Un bien público y social que rompe el paradigma de que “origen es destino”, que actúa como elemento liberador de los individuos y como condición indispensable para el progreso colectivo, para el desarrollo humano.

He sostenido y hoy reitero que sin educación no hay porvenir alentador. Sin ella, se disminuye la condición humana a la que se aspira, se pierde dignidad y no se concretan los supuestos requeridos para vivir en libertad y democracia.

En un mundo atrapado por las crisis más diversas: la financiera, la política, la social y la de valores, para sólo mencionar algunas, la educación adopta la condición de insustituible. Ella no ofrece todas las respuestas, pero sin su intervención no hay respuesta alguna. Por supuesto que educar cuesta, pero no hacerlo conduce a la bancarrota, implica hipotecar el porvenir y suscribir un pagaré imposible de saldar incluso al paso de los años.

Lo que ustedes han visto en la proyección son en realidad los logros de una comunidad cuya vocación y pasión es el conocimiento. Una comunidad formada por académicos de alto nivel, capaces de interactuar con sus pares y colegas a nivel mundial; por alumnos jóvenes y entusiastas, representativos del mosaico social mexicano; por trabajadores comprometidos con su Universidad y con la sociedad. Ellos son los que dan vida a la institución, ellos son los que forman una comunidad unida por valores y tradiciones, orgullosa de su historia y con un fuerte compromiso con la sociedad mexicana.

Somos parte de una casa de cultura grande y con grandeza, masiva y con excelentes niveles académicos. De una institución donde se forman los profesionales que han modernizado al país y que lo seguirán impulsando hacia mejores niveles de vida; donde se realiza una

parte importante de la investigación nacional; donde se desarrollan todas las áreas del conocimiento, incluidas algunas que no tienen cabida en ninguna otra institución; donde todas las expresiones de la cultura nacional o universal son cultivadas y recreadas.

La UNAM vive hoy una buena etapa. Trabaja, avanza y tiene un sinfín de iniciativas para mejorar su quehacer. Sus servicios y aportaciones a la sociedad son pertinentes, de calidad y constantes. Su vinculación con instituciones hermanas del país y del extranjero es sólida y genera resultados favorables.

Sus alumnos cuentan con apoyos económicos y pedagógicos para mejorar su rendimiento escolar. Sus cuerpos colegiados tienen mayor legitimidad y representatividad. Sus investigadores cuentan con instalaciones y equipos similares a los de cualquier universidad de primer nivel, con una red de laboratorios modernos y bien dotados, al igual que con acervos bibliográficos y con el suministro de los insumos necesarios para las ciencias sociales y humanas.

Su vinculación con el sector productivo está bien consolidada. Su actividad y oferta cultural es rica, diversa e imaginativa. Su presencia física se fortaleció en todo el territorio nacional, y en el extranjero; ahora está presente en siete países. Su infraestructura se ha ampliado y modernizado. Su presencia pública y su prestigio están fuera de duda.

Pero sobre todo, y quiero destacarlo, la Universidad tiene tres lustros de continuidad, de consistencia y mayormente de tranquilidad. Ha tenido condiciones para avanzar por la estabilidad interna, por el pujante dinamismo del trabajo académico y por el apoyo que nos han dado los poderes de la República. Este año contamos con el mayor subsidio gubernamental de toda nuestra historia. Nada ha sido gratuito, todo lo han ganado los universitarios con su trabajo.

En todo momento busqué cumplir con la primera responsabilidad de un rector, que consiste en generar las mejores condiciones para garantizar el funcionamiento de la institución, todo el tiempo. Me siento orgulloso de que en estos ocho años, el total de alumnos de primer ingreso a la Universidad ascendió a 710 mil, en tanto que se titularon 154 mil y se pudieron graduar 32 mil especialistas, 22 mil maestros y 5,700 doctores, además de que egresaron de nuestro bachillerato casi 210 mil estudiantes.

Creo que en la Universidad de México ha habido congruencia entre decir y hacer, entre pedir y dar. Se dijo que era indispensable ampliar la cobertura, y la matrícula aumentó en más de 45 mil alumnos, cifra superior a la de muchas instituciones públicas de educación superior. Se pidieron recursos financieros y se han entregado cuentas de su utilización. Los incrementos otorgados se destinaron a las tareas centrales de nuestra Casa de Es-

tudios. Se hizo más y de mayor calidad con los recursos otorgados, todo ello en favor de la sociedad.

La administración que me tocó coordinar por supuesto rendirá cuenta de lo realizado a través de los canales establecidos. Los informes completos en torno a lo que se logró y a lo que no se consiguió respecto de lo formulado en los dos planes de desarrollo de mi administración serán públicos. Los libros blancos para la siguiente administración están listos. Los estados financieros han sido y seguirán siendo sometidos al escrutinio de las instancias correspondientes, de las internas, de las organizadas por los poderes nacionales y de todos los interesados en revisarlos. Las cuentas han sido y serán claras.

En el video, como ya se señaló, se presentó un resumen de lo que desde mi punto de vista fue más relevante, pero por supuesto hay mucho más que se debe informar. Mis puntos de vista, opiniones y convicciones personales, aquellas que guiaron mi actuación y mis decisiones, las razones y argumentos que tenía en mente al ejercer la responsabilidad que se me confirió se presentarán en una próxima publicación.

La reunión de hoy es un primer ejercicio de rendición de cuentas. La verdad es que los propósitos de una administración que se desarrolla en una comunidad tan

rica, crítica, activa y participante como la nuestra, no siempre pueden concretarse. Esto no se debe a la falta de voluntad o de trabajo; es más bien resultado de la necesidad de alcanzar la conformidad de los universitarios en las acciones trascendentes.

Cuando eso no se logra, lo peor es tratar de imponer decisiones a toda costa. En ningún caso lo hice así. Nunca impulsé alguna acción sin consenso, ninguna medida que pudiera alterar la armonía y la tranquilidad que han caracterizado esta etapa. Avanzamos en muchos sentidos, siempre con el acuerdo de los integrantes de la comunidad involucrada en los distintos temas. No se insistió en los casos en que resultó imposible construir los acuerdos requeridos. De igual forma, nunca se cedió ante la presión y en lo académico por supuesto no se permitieron pasos atrás.

Cuando se me nombró rector, dije que asumía la responsabilidad con plena conciencia de que la Universidad es una obra colectiva y con historia. Casi nada ocurre en ella de la noche a la mañana o por primera vez. El conocimiento y la Universidad implican procesos acumulativos. Recibí una institución fuerte, trabajando y con prestigio. Así la entregaré.

Agradezco a todos los que me acompañaron en la responsabilidad. Como digo con frecuencia al respec-



El doctor José Narro Robles, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México

to, en la tarea colectiva que se desarrolló, los aciertos corresponden a quienes ayudaron a alcanzar los objetivos. Yo asumo los errores y defectos que se registraron. No es retórica; la verdad es que son muchas las personas y las inteligencias que participan en la toma de decisiones en una institución tan relevante, tan querida y tan respetada por los mexicanos. También lo es que le toca al rector asumir la decisión final.

Públicamente quiero agradecer a la Junta de Gobierno por la confianza que depositaron en mí, no sólo cuando tomaron la determinación de designarme. En todo momento me acompañaron y apoyaron en la tarea. Siempre sentí el peso de la responsabilidad, pero también obtuve de ellos la solidaridad y el consejo sabio cada vez que lo pedí. De igual manera, mi gratitud sincera al Patronato Universitario. La relación que establecí con ellos fue extraordinaria y nuestros intercambios y la labor conjunta beneficiaron a la institución.

La tarea de un rector es imposible sin la intervención de colaboradores comprometidos. Se requiere de un buen equipo de trabajo, que afortunadamente pude integrar. La faena no es individual; es más colectiva de lo que puede suponerse y no se limita a la que se realiza en el equipo más cercano. Implica también la participación de todo el cuerpo directivo, de todos los integrantes de la administración central, así como del correspondiente a las entidades académicas. A todos los directores y fun-

cionarios les agradezco sinceramente su compromiso y su entrega. Para mí es motivo de orgullo haber coordinado el trabajo de tantos y tan buenos universitarios.

La participación activa de los órganos colegiados fue muy importante para concretar la mayoría de las propuestas que se presentaron. En primer término, reconozco y agradezco el trabajo de los integrantes del Consejo Universitario; igual de importante fue el realizado en los consejos técnicos de humanidades y de la investigación científica; el que tuvo lugar en los consejos técnicos, internos o asesores de las entidades académicas, así como el realizado por los consejos académicos de área, por el Consejo Académico del Bachillerato y por el Consejo de Difusión Cultural. No podría dejar de mencionar a los colegios de directores de facultades y escuelas y al del bachillerato.

Además, para algunos asuntos decidí formar comisiones o grupos de trabajo integrados por universitarios distinguidos, que me ayudaron a tomar decisiones o definir posiciones, especialmente en temas nacionales en los que consideré que la Universidad no podía estar ausente.

El desarrollo de la Universidad está condicionado por las situaciones, contextos y problemas del país. Por ello, y porque esos problemas han constituido parte de mis preocupaciones desde antes de ser rector, presenté abiertamente mis conceptos en los foros en que parti-



El doctor José Narro Robles en la reunión en la que presentó los principales logros de su gestión, Sala Miguel Covarrubias, 22 de septiembre de 2015

cipé. Nada me impidió expresar mis puntos de vista sobre los asuntos relativos a los derechos individuales y sociales de los mexicanos.

La desigualdad; la pobreza; la falta de acceso a la educación, a los servicios de salud, al empleo digno o a la alimentación; los niveles de injusticia, corrupción e impunidad; al igual que la exclusión de porcentajes importantes de grupos de indígenas, mujeres, pobres y jóvenes, formaron y forman parte de mis preocupaciones permanentes.

Busqué ser un rector con presencia al interior de la Universidad. Dentro y fuera de la institución asumí plenamente mi tarea. Fui un rector de tiempo completo que vivió, como siempre lo he hecho, de un salario honestamente devengado. La austeridad personal no debe cambiar y menos cuando se utilizan recursos públicos.

Atendí las invitaciones a participar y exponer puntos de vista tanto en municipios como en el Congreso de la Unión, ante los congresos de varios estados, frente a grupos empresariales y partidos políticos, intelectuales, científicos, jóvenes, asociaciones civiles y, sobre todo, instituciones académicas nacionales y extranjeras.

Dentro y fuera de la Universidad ejercí mi derecho a señalar y defender mis verdades, a externar mis posiciones. Estoy acostumbrado a la crítica, por ello la acepté, pero también ejercí mi derecho a discrepar. Entiendo que se corren riesgos cuando se plantean opiniones que no coinciden con algunas políticas públicas. No obstante, quiero reconocer que ningún funcionario gubernamental o político usó su autoridad para intentar dañar a la Universidad por las opiniones del rector.

Por ello, no debe faltar mi agradecimiento a los funcionarios gubernamentales, a los partidos políticos y a sus dirigencias, a los servidores públicos federales, estatales y municipales, a los legisladores y a los miembros del poder judicial. A todos ellos mi gratitud por el apoyo recibido y por el respeto que mostraron hacia la Universidad Nacional, lo mismo en los momentos positivos que en las circunstancias difíciles por las que atravesamos en estos ocho años.

Agradezco también el respaldo y aliento de los medios de comunicación, de organismos empresariales, de intelectuales, artistas y actores religiosos de todos los credos. Todos ellos y muchos más, ya fuera con su apoyo directo o con el respeto a la autonomía universitaria, contribuyeron con el buen funcionamiento de esta Casa de Estudios.

No podría dejar de señalar lo fundamental que resultó el compromiso universitario de nuestras organizaciones gremiales, el STUNAM y la AAPAUNAM, en la estabilidad académica, política y laboral que tuvimos durante estos años. Agradezco la buena disposición y el compromiso de las dos asociaciones sindicales universitarias y de sus dirigentes.

La responsabilidad de conducir a nuestra Casa de Estudios la ejercí con la convicción de defender los principios que la caracterizan: su autonomía frente a todo poder; la libertad de cátedra y de investigación; el sentido de identidad y el orgullo de pertenencia de su comunidad; el uso del diálogo, la razón y el derecho como fórmulas para resolver las diferencias; el respeto irrestricto a la inteligencia y el saber; la búsqueda de la verdad y la belleza; la promoción de la equidad y la justicia, así como los esfuerzos permanentes en favor de las mejores causas del país.

Quiero reiterar mi confianza en el futuro de la UNAM y subrayar mi orgullo de ser universitario. Eso lo lleva uno en la piel, en la sangre, en ese continente del alma que llamamos corazón. Sucede por la trayectoria de nuestra institución, por su liga con la historia de la nación, por su inquebrantable compromiso con nuestro país. Muchas veces lo he dicho: México sería distinto sin la UNAM, pero por supuesto no sería mejor.

He vivido intensamente la satisfacción de servir a mi Universidad. Se me concedió el privilegio y disfruté enormemente al coordinar la labor de los universitarios. Siento satisfacción por los logros que alcanzamos y desilusión por algunos tropiezos que, afortunadamente, fueron los menos.

Quiero reconocer la deuda que tengo con Justo Sierra, con Vasconcelos y mis predecesores, en particular con aquellos a quienes conocí y traté: Chávez, Barros Sierra, González Casanova, Soberón, Rivero, Carpizo, Sarukhán, Barnés y De la Fuente. Su pensamiento y sus acciones influyeron mucho en mi actuar como rector. No fueron las únicas fuentes de inspiración, pero sí algunas de las importantes.

Apreciados universitarios:

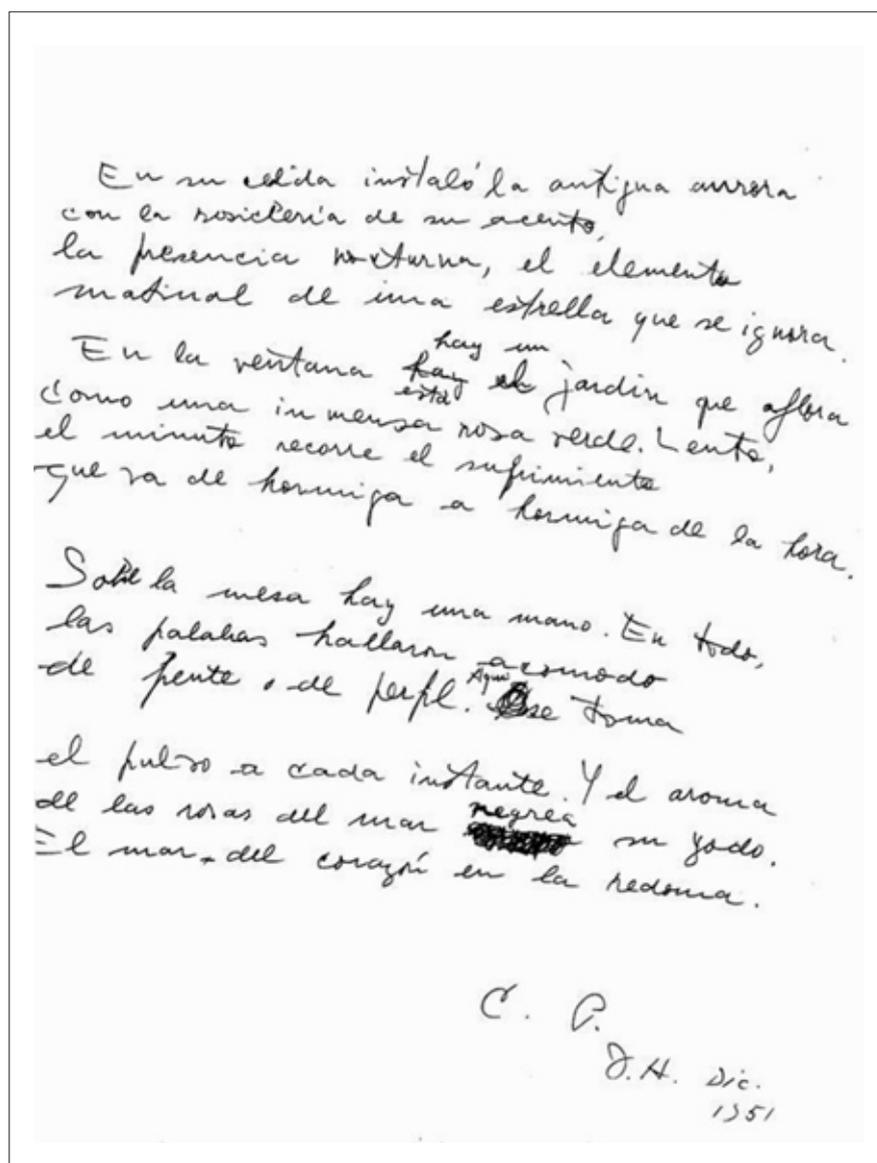
¡Qué momento más complejo! Uno lleno de recuerdos y de sentimientos. ¡Qué difícil es decir adiós a una tarea tan grata! ¡Qué maravilloso saber que se está por alcanzar un objetivo, por llegar al término de una encomienda superior! ¡Qué emoción, qué gusto, qué tristeza! Mi deuda con la Universidad y con los universitarios se ha incrementado y es impagable.

En noviembre de 2011 señalé que “la única forma de servir a la Universidad es hacerlo sin regateos, sin agenda personal, sin dudas, con absoluta entrega y pasión”. También sostuve que no pasaría “mucho tiempo para que se juzgue si (conseguí) estar a la altura del desafío”. Al acercarse el término de la tarea, toca a ustedes hacer la valoración correspondiente. Yo sólo puedo decir que hice todo lo que pude, que me esforcé al límite de mis capacidades. Sin embargo, eso no basta. A la comunidad corresponde el juicio. ¡Son ustedes quienes tienen la palabra!

“Por mi Raza Hablará el Espíritu”. **U**

# Otro soneto

Carlos Pellicer



En su celda instaló la antigua aurora  
con la rosiclería del acento,  
la presencia nocturna, el elemento  
matinal de una estrella que se ignora.

En la ventana hay un jardín que aflora  
como una inmensa rosa verde. Lento,  
el minuto recorre el sufrimiento  
que va de hormiga a hormiga de la hora.

Sobre la mesa hay una mano. En todo,  
las palabras hallaron acomodo  
de frente, de perfil. Aquí se toma

el pulso a cada instante. Y el aroma  
de las rosas del mar negra su yodo.  
El mar del corazón en la redoma.

V.H. Dic. 1951

“Porque del fondo del río / he sacado mi mano y la he puesto a cantar”. Con estos dos versos termina aquel poema (“El canto del Usumacinta”) caudaloso e inmenso como las aguas del río que lo inspiran. Recordaba estos versos ahora que regreso de nadar en el archivo del poeta que guarda, desde hace años, nuestra Biblioteca Nacional. ¡Qué río de joyas maravillosas esperan al investigador gustoso que se deje perder para encontrar sus deslumbrantes tesoros!

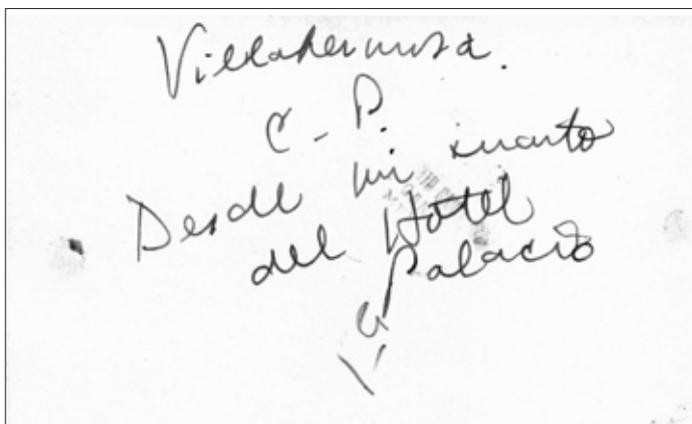
En la sección “Poesía pelliceriana”, en el apartado “Poesía en pausa” (es decir, donde se colecciona lo que no se ha publicado) aparece este soneto fechado en diciembre de 1951, en Villahermosa, Tabasco. El supuesto descubrimiento se disipa cuando, horas más tarde, reviso el índice de la edición de la *Poesía completa*, en la sección “Poemas no coleccionados, 1922-1975”, y releo el soneto. Pero el sabor de sorpresa por el encuentro me dejó pensando... que ya es algo.

El poeta pasó por aquellos tiempos, largas temporadas en su tierra, trabajando en la organización del Museo del Estado, en un viejo edificio que había sido prisión y escuela en la Plaza de Armas, en el corazón de la ciudad. Doña Deifilia, la madre del poeta, había muerto unos meses antes y mi tío no podía vivir más en la casita azul de Sierra Nevada 724, en las Lomas de Chapultepec. La casa, construida en 1925, tenía una botica adjunta atendida por el profesor en farmacia, don Carlos Pellicer Marchena, muerto repentinamente en 1935. Siete años después mi papá salió para casarse, y quedaron en la casa mi abuela y mi tío. La soledad y los recuerdos empujaron al poeta a tomar distancia en 1949 y así buscó refugio en las aguas entrañables de sus laguneríos tabasqueños. Encontró hospedaje en uno de los escasos albergues con que contaba Villahermosa, el Hotel Palacio, situado en la ribera del Grijalva, muy cerca del centro de la pequeña ciudad.<sup>1</sup>

Seguramente el soneto se escribió ahí, en su cuarto, mientras el amanecer dejaba ver su “rosiclería” y el lucero de la mañana se borraba con las primeras luces. Bajo su ventana fluía el Mezcalapa (como le gustaba nombrar al río para evitar el nombre del conquistador) y en la otra orilla se abría el horizonte, jardín sin fin de la llanura, creando así el “rosa verde” que pintaba la mañana.

Entonces el soneto, compuesto como una naturaleza muerta con paisaje, sufre un cambio en el punto de vista, “de frente, de perfil”, para jugar y enriquecer la perspectiva, permitiendo un desdoblamiento que le da la oportunidad al escritor de mirarse a sí mismo, su mano sobre la mesa, su soledad en soledad, minuto a mi-

<sup>1</sup> En otra sección del archivo del poeta, se guardan más de cuatro mil fotografías. Hay algunas tomadas por él y entre ellas hay varias donde se distingue el Hotel Palacio y el vapor Carmen, tal vez el último barco de rueda que navegó por los ríos tabasqueños.



nuto, hormiga a hormiga, registrando el médico-poeta el pulso del momento.

Aquí conviene recordar que un par de años atrás, en unos de los “sonetos fraternales”, aparecen también las hormigas como espejos microscópicos que nos reflejan, mágicos insectos capaces de mover “prodigiosos miligramos”. En ambos sonetos las referencias al lenguaje “farmacéutico” —miligramos, tomar el pulso, el yodo y la redoma— nos hacen pensar en la botica que atendía el padre del poeta.

El soneto cierra con el recuerdo del mar, casi omnipresente en la obra poética de Pellicer. El rosa matutino sufre un cambio en el laboratorio y se transforma en una rosa negra teñida por el yodo curativo. El corazón se convierte en un pequeño e inmenso mar cautivo y aislado, solo, en una redoma.

La pregunta de por qué este soneto no formó parte de *Práctica de vuelo*, publicado en 1956, donde se reunieron casi todos los sonetos de aquella época, me parece que se responde con el descuido del poeta. Como tantos otros escritos, se extravió en el desorden que presidió la vida de Pellicer. Su recámara, la biblioteca, la casa toda nos hacían sentir en una selva de bolsillo donde todo se guardaba sin saber dónde. Reflejos del trópico...

“En la selva uno se pregunta: / ¿Y yo qué carajos hago aquí / si no hay adónde ir? / Uno dice sí, para negarlo todo” (de “Nuevos esquemas para la oda tropical”).

Carlos Pellicer López **U**

# De aquella gran División del Norte...

Adolfo Gilly

*Una revolución no es sólo lo que sucede en las armas sino ante todo lo que sucede en las almas, las innumerables del pueblo, las contadas de los jefes. Bajo esta premisa, el reconocido historiador Adolfo Gilly reconstruye las últimas etapas de existencia de la mítica División del Norte, con los caminos paralelos de dos grandes generales: Pancho Villa y Felipe Ángeles.*

1

Una revolución no es solamente lo que sucede en las armas sino ante todo lo que sucede en las almas. Una revolución, y más si se transforma en guerra, no sólo se explica y se mide por la suerte de las batallas entre el orden existente y aquellos que quieren derribarlo. Antes y más allá de la confrontación armada, pareja o dispareja según sea, está la voluntad, el estado de ánimo, la organización y la resolución de las capas y clases de esa sociedad que ya no soportan las desdichas de aquel orden y quieren subvertirlo a toda costa.

Cuando se trata de una gran revolución del pueblo esa decisión lleva años y vicisitudes en tomar forma y en organizarse bajo los múltiples y diversos modos transmitidos de generación en generación por la historia y la experiencia a través del trabajo, la tierra y las memorias vividas, amargas o felices, cercanas o distantes.

Esta transmisión sucesiva la estudió E. P. Thompson en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* y en *Cos-*

*tumbres en común*<sup>1</sup> y la dijo César Vallejo en su “Himno a los voluntarios de la República”:

Todo acto o voz genial viene del pueblo  
y va hacia él, de frente o transmitido  
por incansables briznas, por el humo rosado  
de amargas contraseñas sin fortuna.

Un movimiento revolucionario, como sucede con los movimientos de un pueblo, una nación o una ofensiva militar o social, no puede proseguir indefinidamente. Traza una curva de ascenso, culminación y descenso. A partir de cierto punto, diverso caso por caso, la fatiga alcanza a sus protagonistas, tanto a las capas y sectores en movimiento como a la población entera. Sufrimientos, abusos, privaciones que se prolongan, sin que haya

<sup>1</sup> E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, prólogo de Josep Fontana, traducción de Elena Grau, Crítica, Barcelona, [1963] 1989. E. P. Thompson, *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, [1963] 1992.

resultados ni término a la vista, ganan los ánimos y el reflujó comienza.

Aun así, si la revolución no es aplastada como lo fue en España en 1939, rara vez se regresa al punto de partida. Es entonces cuando la lucha política entre las diversas corrientes y facciones de la revolución entra a ocupar el proscenio, mientras el pueblo llano cada vez más quiere y pide una paz que al menos asegure lo alcanzado y permita que regrese la vida de todos los días en lugar de la vivencia cotidiana de la muerte.

Así, dicen los clásicos, el movimiento del pueblo —y de sus armas si es el caso— dibuja una curva: ascenso, culminación y descenso. Es arte de los dirigentes saber reconocer sus modos y medir el desplazamiento de esa curva. Pero aun si el movimiento no alcanza a cumplir sus enunciados, tampoco se regresa al Antiguo Régimen, es decir, al punto de partida: la Restauración está vedada, cualquier cosa que piensen o hagan sus partidarios en la oposición o en el exilio.

Este ha sido el curso de las tres grandes revoluciones mexicanas.

Nos hemos ocupado en estos días<sup>2</sup> de las cuatro batallas decisivas de 1915: dos de Celaya, Trinidad después y por fin Aguascalientes. Sin embargo, me atrevo a decir —y no soy el único— que cuando las dos facciones revolucionarias, el Ejército de Operaciones de Álvaro Obregón y la División del Norte de Pancho Villa, ini-

ciaron el largo y azaroso enfrentamiento en el Bajío, la suerte ya estaba echada, decidida por el descenso de la marea, el repliegue y el cansancio del pueblo, sus casas y caseríos, sus aldeas y ciudades.

Triunfaron Venustiano Carranza y su gobierno ya bien establecido en Veracruz. Ciertó, el precio de ese triunfo lo pagaría el carrancismo en tiempos y plazos sucesivos. No fue restaurada la Constitución liberal de 1857, como querían el Primer Jefe y también Felipe Ángeles, ambos hombres del Antiguo Régimen. Se aprobó en 1917 la Constitución de Querétaro, pacto no negociado ni escrito pero sí obligado con la tenacidad de la guerra campesina; su núcleo inicial y más organizado, el Ejército Libertador del Sur; la persistencia irreductible del villismo en armas; y el antecedente exaltado, radical y verídico de la Soberana Convención Revolucionaria en sus jornadas de Aguascalientes.

Una garantía, tampoco pactada ni escrita, fue la presencia y la influencia en el Constituyente de Querétaro de los jóvenes militares jacobinos, Francisco J. Múgica y Heriberto Jara, entre otros, que habían hecho la guerra y recorrido los campamentos y las campañas y en su imaginario seguía viva la Gran Revolución Francesa, pues por algo se decían “jacobinos”.

“Los zapatistas heredan Morelos” fue el título del capítulo final del libro clásico de John Womack.<sup>3</sup> El pueblo mexicano, como veinte años después se vería, heredó mucho más.

<sup>2</sup> Coloquio México 1915: Definición en el Bajío, El Colegio de México y Universidad Autónoma de Guanajuato, Guanajuato, 21-23 de mayo de 2015.

<sup>3</sup> John Womack Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México, 2006, pp. 326-365.



Francisco Villa



El general Francisco Villa acompañado del general Fierro, el general Ortega y el coronel Medina, entre otros

## 2

La revolución en armas contra el Antiguo Régimen se cerró y triunfó el 23 de junio de 1914 en Zacatecas con la victoria de la División del Norte, la destrucción del Ejército Federal y la renuncia y fuga de Victoriano Huerta tres semanas después. Según es ley de la vida, se abrió allí la confrontación entre los vencedores, que ya tenía forma militar con la insubordinación de la División antes de la toma de Zacatecas y precisamente para poder tomarla.<sup>4</sup>

Al alcanzar ese punto crucial, por razones tanto logísticas como políticas esta poderosa máquina bélica detuvo su avance victorioso hacia la capital de la República y, en insólito movimiento, se retiró hasta sus territorios del norte, punto de partida de su ofensiva, mientras Álvaro Obregón y su Ejército del Noreste, después de la victoria de Orendáin, avanzaban hacia la capital de la República, la meta codiciada.

Entre el repliegue a inicios de julio, después de Zacatecas, y la rendición de la Ciudad de México ante Obregón en Teoloyucan a la mitad de agosto, se había jugado el destino de la División del Norte, cualesquiera que fueran las vicisitudes ulteriores.

Un ejército que después de destruir al ejército enemigo en una campaña fulminante de sucesivas batallas victoriosas —Torreón, San Pedro de las Colonias, Paredón y Zacatecas— detiene su avance y sin razón militar aparente se repliega, queda inevitablemente tocado en su moral.

<sup>4</sup> Adolfo Gilly, “Zacatecas, la última batalla”, *Revista de la Universidad de México*, número 132, febrero de 2015, pp. 27-35.

Inútil es que los jefes aduzcan razones técnicas o tácticas o políticas. Invicta en los campos de batalla, la inexplicable retirada rompe el *tempo* y hiere el alma de esa fuerza militar. Este punto de quiebre quedó muy discretamente registrado, según su estilo, en el pasaje final del relato de Felipe Ángeles sobre la batalla, escrito sobre sus rodillas el 8 de julio a bordo de su tren que se replegaba al norte: “Triste y a la vez delicioso rodar de nuestros trenes por los, ahora, verdes campos del estado de Chihuahua”.<sup>5</sup> ¿Triste por qué, si había vencido?

Es cierto: de Zacatecas se desprendieron el Pacto de Torreón y su Cláusula de Oro, el artículo octavo, núcleo de ideas y de programa nacional que daría sustento a las intrincadas discusiones y los vagos acuerdos de la Convención de Aguascalientes, cuyas ondas de influencia se prolongarían hasta los artículos tercero, 27, 123 y 130 de la Constitución de 1917, arbotantes de su arquitectura hoy ya destruida.<sup>6</sup>

Pero fue Zacatecas la última batalla de la División del Norte. Después se trasmutó en lo que llegó a ser el Ejército Convencionista, una dispersa confederación armada bajo el mando indiscutido e indiscutible de Fran-

<sup>5</sup> Felipe Ángeles, “Diario de la Batalla de Zacatecas. 1914” en Adolfo Gilly (compilador), *Felipe Ángeles en la Revolución*, Era/Conaculta, México, 2008, p. 251.

<sup>6</sup> Son múltiples las fuentes que citan el Pacto de Torreón, una de ellas es: *La Revolución Mexicana. Textos de su historia. Acción revolucionaria*, tomo III, investigación y compilación de Graziella Altamirano y Guadalupe Villa, SEP/Instituto Mora, México, 1985, pp. 363-369. Sobre los artículos 27 y 123, ver también Adolfo Gilly, “Un México sin ley – La destrucción de la Constitución de 1917”, *La Jornada*, México, 13 de diciembre de 2013.

cisco Villa, pero ya no una compacta máquina de guerra unificada en su cuerpo, su conducción y sus propósitos.

### 3

La ocupación de la Ciudad de México por Carranza y Obregón a mitad de agosto y la rendición, disolución y entrega de armas, parque y arsenales del Ejército Federal al Ejército Constitucionalista acentuaron el desplazamiento de la relación de fuerzas, tanto militar como política, a favor del Primer Jefe, su gobierno y su ejército, bajo la protección contradictoria pero complementaria de las grandes maniobras políticas de Álvaro Obregón, primero en Aguascalientes y poco después en sus dos arriesgados y fructíferos viajes al corazón del villismo, la ciudad de Chihuahua.

Venustiano Carranza supo conservar esta ventaja, no afirmándose en la indefendible e ingobernable Ciudad de México sino llevando su gobierno al puerto de Veracruz, de donde Woodrow Wilson retiró sus fuerzas de ocupación en un gesto político y militar de explícito significado.

Allí Carranza recibió otro arsenal de refuerzo y tuvo en sus manos el primer puerto de la nación y sus aduanas; estableció un gobierno formal y su aparato administrativo, empresa de la cual sabía; aseguró otros dos puertos, Tampico al norte, Progreso al sur, y con ellos las exportaciones de petróleo y de fibra de henequén, preciosas ya iniciada la Gran Guerra de 1914.

En Veracruz, como es bien sabido, dictó un cuerpo de leyes liberales radicales, como la ley de reparto agrario y la ley de matrimonio civil. La inteligencia política y la práctica jurídica de Luis Cabrera fueron el complemento de la inteligencia militar y la astucia política de Álvaro Obregón para consolidar el gobierno constitucionalista, reagrupar otras fuerzas en torno y preparar la ofensiva hacia los territorios convencionistas.

De allí partiría meses después, en marzo de 1915, la marcha de Álvaro Obregón y su Ejército de Operaciones al encuentro de su destino en el Bajío. Se afirmó al arrebatar Puebla ocupada por fuerzas zapatistas bajo jefes inciertos. Se consolidó en la Ciudad de México en la alianza con la Casa del Obrero Mundial (a la cual los electricistas, dicho sea en su honor sindicalista, no se sumaron); en medidas sociales contra el acaparamiento de víveres por los comerciantes; en decisiones políticas efectistas pero significativas contra privilegios de la curia católica; y en respuestas altivas a las interpelaciones de embajadas extranjeras.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Una descripción de estas medidas está en Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, "Hostilidades del clero, comercio en grande escala, banca, industriales acaudalados y la mayoría de los extranjeros", FCE, México, 1959, segunda edición, pp. 267-290.

El general Obregón mostraba que quería una revolución, aunque no la misma que los villistas y los zapatistas ni, como se revelaría después, tampoco la misma que su jefe Venustiano Carranza; pero sí la revolución de los jóvenes y ambiciosos jefes sonorenses, tan bien descritos y comprendidos por la pluma de Martín Luis Guzmán.<sup>8</sup>

### 4

A mediados de noviembre de 1914 Venustiano Carranza, ante el avance de las fuerzas villistas hasta Querétaro, consideró la necesidad de abandonar la Ciudad de México y partir con su entero gobierno hacia Veracruz. Recibió garantía de que Estados Unidos estaba dispuesto a retirar sus tropas de ocupación de esta última ciudad. Un pintoresco y cargado éxodo hacia el puerto se inició.

El 23 de noviembre de 1914 el representante diplomático a cargo de la legación de España, José Caro y Széchenyi, llegado a México apenas en septiembre y todavía asombrado por el extraño país ante sus ojos, describía a su gobierno la evacuación de la ciudad:<sup>9</sup>

desde hace dos días, veo personalmente y desde horas muy tempranas, el paso de tropas, automóviles, municiones, muebles y equipajes que en dirección a los trenes ya preparados y requisicionados por las fuerzas carrancistas, salen uno tras otro. [...] En la tarde del día 20 de noviembre] ese movimiento era por demás extraordinario y por testigos presenciales ha llegado a mi conocimiento que los automóviles y especialmente caballos de que se apoderaban en las calles con revólver en mano, los conducían directamente a la estación [...] En las oficinas del Gobierno Civil y de la Inspección de Policía y Comandancia militar, se veía claramente por el movimiento extraordinario de embalar cajones con suma urgencia y a la vista de todo el que por algún asunto visitaba esos edificios, que en ese mismo día abandonaría la Ciudad todo el personal llevándose consigo naturalmente todo aquello que era de

<sup>8</sup> Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, Promexa, México, 1979; *Obras completas*, tomo I, FCE/INEHRM, México, 2010. Sobre esta ofensiva militar y política hacia el sur: Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada. Sonora y la revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1977. Sobre las sucesivas ocupaciones de la ciudad por los ejércitos revolucionarios entre 1914 y 1915: Alejandra Moreno Toscano, *La crisis de 1915 en Nexos*, febrero de 1985, un ensayo notable por documentación y estilo.

<sup>9</sup> Josefina Mac Gregor, *Revolución y diplomacia: México y España, 1913-1917*, INEHRM, México, 2002, pp. 277-278. La autora agrega aquí: "En informes subsecuentes aseguró que las tropas, antes de salir, cometieron toda clase de atropellos y que, de las casas ocupadas, sacaban lo que querían. Según el diplomático, el Palacio Nacional también había sido saqueado. Pero reconocía que, en cambio, 'para bien de la ciudad Lucio Blanco daba toda clase de garantías a medida que la iba ocupando'".

algún valor. Añadiré como dato curioso que en la misma Inspección de Policía se vieron algunos cajones llenos de monedas de plata y oro, las cuales no es aventurado asegurar que era dinero robado a particulares.

“El 20 de noviembre de 1914 las fuerzas carrancistas recibieron orden de partir de la ciudad”, informaba a su gobierno el 5 de diciembre Víctor Ayguesparse, encargado de la Legación de Francia en México, un diplomático con cierta inclinación a acentuar en sus despachos las tintas melodramática y especulativa. Describía después una situación de descontrol general en los barrios ricos y céntricos de la ciudad: “Las casas particulares habían sido ocupadas por la fuerza, los automóviles y caballos requisados, las propiedades y cosechas confiscadas, las personas apresadas arbitrariamente a la menor denuncia, las cajas públicas o particulares saqueadas. De donde, para los generales del señor Carranza, resultaba una existencia muy agradable, sumamente lucrativa, con la cual no les convenía terminar sino lo más tarde posible”.<sup>10</sup>

En el mismo mensaje el diplomático decía del temor reinante ante la inminente entrada de las tropas zapatistas: “el 23 de noviembre a la mañana se supo que la vanguardia zapatista, unos diez mil hombres, había ocupado San Ángel y Tacubaya, suburbios de la capital”.

Al día siguiente los zapatistas entraron en la ciudad y esto es lo que el representante francés registró:

Sea como fuere y aparte de algunos actos aislados de pillaje, puede decirse que las tropas del Sur asombraron a todo mundo por su disciplina y su real empeño en dar a la población pruebas de tolerancia política, de calma y de seguridad. Hasta ahora, los jefes zapatistas se han apegado a respetar la propiedad privada, en una palabra a presentar en todos los casos la imagen opuesta de los actos arbitrarios de los generales carrancistas que durante tres meses habían organizado en México un régimen de terror. También hasta el momento el grupo zapatista se ha esforzado por marchar en acuerdo con el grupo villista.

Una imagen similar dieron los informes de los agentes diplomáticos de Estados Unidos presentes en la ciudad en esos días.<sup>11</sup> No tardaría en cambiar esa benévola disposición.

<sup>10</sup> 5 de diciembre, telegrama de Víctor Ayguesparse, Archives du Ministère des Affaires Étrangères, Série Correspondance Politique et Commercial, volumen 9 (5 folios); Martín Luis Guzmán (*El águila y la serpiente*, pp. 207-209) registra episodios de estas actividades y anota que allí se originó el verbo mexicano “carrancar”. En capítulo aparte hace una vívida crónica de su propia fuga.

<sup>11</sup> El 8 de diciembre de 1914 Leon Canova, agente diplomático de Estados Unidos, escribía a su gobierno: “Aquí la gente estaba aterrada ante la perspectiva de la caída de la ciudad en manos de los zapatistas. En realidad, hoy todo el mundo confiesa que las condiciones en

Según Vito Alessio Robles, convencionista, las fuerzas zapatistas que el 25 de noviembre entraron en la Ciudad de México encontraron “una ciudad muerta”. El comandante militar de la plaza, general Antonio Barona, y el gobernador del Distrito Federal, general Vicente Navarro, dictaron un bando en el cual “bajo amenaza de pena de muerte”, se concedieron 48 horas de plazo a quienes hubieran sustraído objetos de habitaciones particulares para que los devolvieran en el lugar indicado, el Hotel Imperial.<sup>12</sup>

El efecto fue milagroso. El edificio entonces inocuado del Hotel Imperial se convirtió en 48 horas en el bazar más grande que haya tenido la ciudad de México. Allí fueron reconcentrados todos los objetos sustraídos de las casas ocupadas contra la voluntad de sus dueños.

Ahí se formó un hacinamiento de pianos, muebles de todas clases, alfombras, tapices, cortinajes, mesas, libros, cuadros, vajillas, bronce, mármoles, etcétera, etcétera. En las afueras había una enorme fila de automóviles desvenecijados y coches de lujo.

El 6 de diciembre de 1914, desde un balcón del Palacio Nacional, Francisco Villa y Emiliano Zapata presenciaron el desfile triunfal de sus tropas. El presidente convencionista Eulalio Gutiérrez ofreció después una memorable y comentada recepción al cuerpo diplomático. José Caro informó a Madrid que este banquete: “no dejó de ser típico, pues era verdaderamente de notar la indumentaria de la mayor parte de los comensales, habiendo allí generales que estaban en mangas de camisa (la cual no poseía la blancura de que esa prenda suele tener fama) y en sandalias de cuero. El propio ministro de la Guerra llevaba un traje kaki que, usándolo desabrochado, se le podía apreciar una camisa de seda de las que generalmente se usan para dormir”.<sup>13</sup>

En verdad, en México había ocurrido una revolución popular. A José Caro no le gustaba.

Conviene aquí anotar un rasgo que comparten, cada uno desde su cultura nacional, los diplomáticos europeos y estadounidenses en sus informes sobre México: aparte del sesgo proveniente del origen social de su círculo de interlocutores habituales, sus descripciones de los sucesos locales traen casi siempre un halo de condescen-

la capital nunca han estado mejor ordenadas o más pacíficas de cuanto han estado desde que los zapatistas comenzaron a ejercer las funciones de policía. En consecuencia, los zapatistas, que hace dos semanas eran individuos execrados, han pasado a ser ahora personas altamente respetables”: 8 de diciembre de 1914, Leon J. Canova-Bryan, Records of the Department of State, 812.00/14048.

<sup>12</sup> Vito Alessio Robles, *La Convención Revolucionaria de Aguascalientes*, INEHRM, México, 1979, p. 367.

<sup>13</sup> Josefina Mac Gregor, *ibidem*, p. 282.

dencia o de *self-righteousness* sobre los modos y las costumbres del país donde residen, en implícita comparación con las que imaginan como normas universales: es decir, las del país y el estrato social del diplomático informante. Excepciones las hay, pero no abundan.<sup>14</sup>

6

El abandono de la ciudad por el gobierno constitucionalista y su ejército, la ocupación por el Ejército Libertador del Sur y la División del Norte y la instalación en la capital de la República del gobierno de la Soberana Convención de Aguascalientes, presidido por Eulalio Gutiérrez, eran síntomas de una extrema radicalización de la situación política nacional, de la efervescencia de las ideas y la turbulencia de los ánimos a lo largo y ancho del territorio y de la inestabilidad de todos los poderes.

Ese 8 de diciembre de 1914 Manuel Bonilla escribía desde Chihuahua a Roque González Garza en la Ciudad de México: “Ya la opinión general ha manifestado la tendencia de que deben expropiarse por causa de utilidad pública las tierras disponibles para el reparto; que deben restituirse a los pueblos los ejidos que tenían antes de que se les tomaran sus tierras a título de demasías; y que deben no solamente repartirse las tierras sino suministrar a los agricultores toda clase de auxilios para que el mejoramiento de sus labores sea un hecho”.<sup>15</sup>

Eran ideas y propuestas del Plan de Ayala que ahora se presentaban desde el extremo norte de la República, en el mismo momento en que los ejércitos campesinos del norte y del sur habían conquistado la capital de la República y el gobierno convencionista se había instalado en el Palacio Nacional, sede histórica y simbólica del poder.

Ese gobierno, al cual consideraban propio, esperaba obtener el reconocimiento diplomático de las naciones. Nada más que eso mismo demandaba el gobierno constitucionalista desde Veracruz, hacia donde se habían desplazado Carranza y su gabinete en la descomunal operación de mudanza antes descrita. Por otra parte, similar radicalización aparecía en sus propuestas políticas, sociales y agrarias con las adiciones al Plan de Guada-

lupe del 12 de diciembre de 1914, en preparación de su ofensiva militar de inicios de 1915.

Ocupada la ciudad en diciembre por la División del Norte y el Ejército Libertador del Sur cayeron sobre ellos los peligros profesionales de todo poder militar, que el de Carranza había vivido y después eludido o atenuado con su traslado a Veracruz: las disputas entre militares por un lado, los abusos sobre la población por el otro.

No sólo los informes diplomáticos sino también las varias crónicas mexicanas dieron cuenta de este proceso que cobró sus víctimas entre la misma oficialidad nortea y sureña: David Berlanga, Paulino Martínez, portavoz del zapatismo en la Convención; Guillermo García Aragón (antiguo maderista después convencionista que tenía cuentas pendientes con Zapata), junto con otros jefes, fueron apresados, fusilados o asesinados. Los conflictos entre los sucesivos gobiernos de Eulalio Gutiérrez y de Roque González Garza por un lado y los jefes zapatistas por el otro, en torno al suministro de transporte, parque y pertrechos se multiplicaron así como reaparecieron abusos, violaciones, robos y pleitos de ocasión mientras se prolongaba la espera incierta de las batallas venideras. Parecía reproducirse en los jefes convencionistas el cuadro de la ocupación constitucionalista y la hostilidad hacia ellos en los ambientes diplomáticos de la capital.<sup>16</sup>

La Ciudad de México, cuyos peligros Carranza había decidido y sabido eludir llevando su gobierno al puerto y rehaciendo allá su ejército, se iba tragando buena parte de la moral de combate de las fuerzas ocupantes, fracturaba al gobierno convencionista y había convertido en fútiles discusiones en las sesiones de la Convención lo que tenía que haber sido la alianza entre norteaños y sureños. Cuando llegó la primavera de 1915 eran motines de hambre los que se producían en los mercados y lugares de abasto y repercutían en las discusiones y controversias de la Convención.<sup>17</sup>

<sup>16</sup> Para el 28 de enero de 1915 el español José Caro, que tan bien había recibido dos meses antes la ocupación de la Ciudad de México por las fuerzas zapatistas, escribía a su gobierno que el general Vicente Navarro, gobernador del Distrito Federal, era “un personaje inculto hasta el último límite, incapaz bajo todos los estilos de comprender siquiera una de las múltiples obligaciones y deberes anexos al puesto que ocupaba y cuyo único ideal y sola ocupación durante el tiempo de su reinado fue el secuestrar mujeres públicas y vivir en continua orgía”. Josefina Mac Gregor, *ibidem*, p. 280, número 23. Cualquiera que haya sido la realidad, fuerza es anotar que los informes de Caro iban teniendo un sesgo más y más irritado a medida que la ocupación se prolongaba y las molestias y abusos militares sobre sus informantes también.

<sup>17</sup> Sobre la crisis en la ciudad mientras se desarrollaban las batallas del Bajío: Francisco Pineda Gómez, *Ejército Libertador: 1915*, Era, México, 2013, “La crisis y sus conflictos”, capítulo 6, pp. 189-216; Francisco Pineda, *op. cit.*, p. 206, registra un enfrentamiento armado “en un salón de baile de la calle Degollado, cerca de la Alameda”, entre el general Antonio Barona, zapatista, y el general Francisco Estrada, villista, quien resultó muerto: “Barona y sus acompañantes se retiraron del salón y tuvieron otro enfrentamiento con soldados de Juan Banderas

<sup>14</sup> De estas excepciones tres ejemplos notables fueron los diplomáticos Manuel Márquez Sterling, cubano, y Anselmo Evia Riquelme, chileno, durante la Decena Trágica; y Josephus Daniels, estadounidense, durante el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940).

<sup>15</sup> Manuel Bonilla (1863-1957), sinaloense, antirreeleccionista de la primera hora, era miembro del gabinete de Francisco I. Madero en 1913. Apoyó después al Plan de Guadalupe y en 1914 se sumó en Chihuahua al gobierno villista, donde recibió el encargo de elaborar la ley agraria tema de esta carta (*Diccionario Histórico y Bibliográfico de la Revolución Mexicana*, INEHRM, México, 1992, tomo VI, p. 281) 8 de diciembre de 1914, Manuel Bonilla-Gral. Roque González Garza, Archivo Roque González Garza, Universidad Panamericana, carpeta 4, folio 69.



Felipe Ángeles

La ruptura del gobierno convencionista a la mitad de enero de 1915 y la fuga del presidente Eulalio Gutiérrez y de José Isabel Robles, Eugenio Aguirre Benavides, Antonio Villarreal y otros, fueron un golpe político mayor, y también doloroso, para Pancho Villa. Más allá de los cálculos sobre los respectivos contingentes militares, necesarios siempre para comprender la relación de fuerzas entre los ejércitos que irían a enfrentarse en el Bajío, nada podía compensar el castigo a la moral de combate que entrañaba esta ruptura del propio gobierno mientras en Veracruz se consolidaba el del Primer Jefe.<sup>18</sup>

frente al hotel Lascuráin”. Sobre la crisis de abasto y sus conflictos: Ariel Rodríguez Kuri, *Historia del desasosiego: La revolución en la ciudad de México, 1911-1922*, El Colegio de México, México, 2010, capítulos 3 y 4, pp. 141-177; Alejandra Moreno Toscano, *op. cit.*

<sup>18</sup> Martín Luis Guzmán en “Villa en el poder”, libro sexto de *El águila y la serpiente*, citado, pp. 295-297, registra su descripción presencial de ese momento. Sobre las vicisitudes de la ocupación de la Ciudad de México por los ejércitos campesinos, Felipe Ávila Espinosa, *Las corrientes revolucionarias y la Soberana Convención*, INEHRM, México, 2014, pp. 369-373. Abundantes referencias sobre ese año crucial para la ciudad, reunidas desde puntos de observación, miradas y juicios diferentes, en dos documentadas obras recientes: Francisco Pineda Gómez, *Ejército Libertador – 1915*, Era, México, 2013, 492 pp., y Pedro Salmerón, *1915 – México en guerra*, Planeta, México, 2015, 350 pp.

La suerte posterior de los protagonistas de esa quiebra carece aquí de importancia, una vez consumada la ingloriosa fuga de un gobierno que se suponía legitimado por los debates y las votaciones de la Convención de Aguascalientes. El sucesor de Eulalio, Roque González Garza, hombre aguerrido, no podía sin embargo ser lo mismo ni ostentar igual legitimidad. Algo esencial se había quebrado, testimonio de fisuras más profundas y menos visibles.

7

Desde la firma de los Tratados de Teoloyucan el 13 de agosto de 1914 y la entrada de Obregón en la Ciudad de México dos días después, hasta la ocupación definitiva por las fuerzas constitucionalistas al mando del general Pablo González el 2 de agosto de 1915, transcurrió casi un año —once meses y medio— durante el cual el gobierno y la vida cotidiana de los habitantes estuvieron sujetos a los vaivenes de la guerra civil entre los vencedores del Antiguo Régimen, destruido militarmente el 23 de junio de 1914 en la batalla de Zacatecas y legalmente entre el 15 de julio con la renuncia y exilio de Victoriano Huerta y la disolución del Ejército Federal.

Esta es la sucesión cronológica de esos vaivenes, cuando el mando de la ciudad fue cambiando de manos una y otra vez.<sup>19</sup>

El 20 de agosto de 1914 entró en la ciudad el Primer Jefe Venustiano Carranza al frente del Ejército Constitucionalista, flanqueado por Álvaro Obregón, general en jefe del Cuerpo del Ejército del Noroeste y el general Juan G. Cabral, comandante militar de la Plaza de México.

Entre el 18 y el 24 de noviembre de 1914 salieron de la ciudad los trenes del gobierno y el Ejército Constitucionalista rumbo al puerto de Veracruz, para instalar allí la sede de su gobierno.

El 25 de noviembre de 1914 el Ejército Libertador del Sur ingresó en la Ciudad de México. Entre el 23 y 24 ya habían ocupado San Ángel y Tacubaya, por entonces suburbios de la ciudad.

El 6 de diciembre de 1914 tuvieron lugar la entrada en la ciudad de Francisco Villa y la División del Norte y Emiliano Zapata y el Ejército Libertador del Sur y la instalación formal del gobierno de la Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes y su presidente Eulalio Gutiérrez en el Palacio Nacional en la capital de la República.

El 15 de enero de 1915 Eulalio Gutiérrez, hasta entonces presidente del gobierno de la Convención, aban-

<sup>19</sup> Para los datos de esta cronología ver también Francisco Javier Gorostiza, *Los ferrocarriles en la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México, 2010, 725 pp.

donó la ciudad junto con su equipo de gobierno en ruptura con las fuerzas zapatistas y villistas.

El 26 de enero de 1915 salen de la ciudad con rumbos diferentes, norte y sur, las fuerzas de Pancho Villa y de Emiliano Zapata.

El 28 de enero de 1915 ocupa la ciudad Álvaro Obregón con su Ejército de Operaciones y establece un gobierno local en representación del gobierno constitucionalista de Veracruz mientras prepara con medidas políticas, sociales y militares su marcha hacia las posiciones villistas en el norte.

El 10 y el 11 de marzo de 1915 el Ejército de Operaciones abandona la ciudad rumbo al norte, hacia el territorio villista. Las fuerzas del general Cesáreo Castro son las últimas en partir.

El 12 de marzo de 1915 las fuerzas convencionistas ingresan nuevamente a la ciudad y se establece allí la Soberana Convención de Aguascalientes y su gobierno, presidido ahora por Roque González Garza.

El 10 de julio de 1915, mientras el ejército de Álvaro Obregón ocupa la ciudad de Aguascalientes y cierra así su victoria en las cuatro batallas del Bajío, las fuerzas zapatistas abandonan la Ciudad de México y se repliegan a Toluca junto con la Soberana Convención.

El 15 de julio de 1915 entran en la Ciudad de México las tropas constitucionalistas de Pablo González y la abandonan cinco días después, el 20 de julio, para ir a proteger las líneas de comunicación ferroviarias y telegráficas entre el gobierno de Veracruz y el Ejército de Operaciones. De inmediato vuelven a ocuparla tropas de la Convención por unos pocos días.

El 31 de julio de 1915 entran nuevamente los constitucionalistas y el 2 de agosto de 1915, tres semanas después de la toma de Aguascalientes por Álvaro Obregón, la Ciudad de México queda definitivamente en poder del gobierno de Venustiano Carranza.

La Ciudad de México, en apariencia un cuerpo pasivo en poder sucesivamente de cada uno de los grandes bandos en conflicto armado, tiene en ese año una intensa vida popular, social y política, y es atravesada por el debate político y la controversia social que bajo la forma de las armas y las batallas se está jugando en todo el territorio nacional.

Esa vida, cualesquiera hayan sido las ideas y las visiones de los hombres militares, tuvo una influencia grande en la moral de los ejércitos y en la suerte de las armas en el México de esos años decisivos —1914 y 1915—, como la tuvieron, cada una en su latitud y a su modo, otras muchas poblaciones de la República.<sup>20</sup>

<sup>20</sup> En su avance hacia el norte, Álvaro Obregón supo tomar el pulso social de las ciudades, como ya lo había hecho en la capital de la República. Desde el 10 de abril, al día siguiente de la primera batalla de Celaya, propuso al Primer Jefe “la urgente necesidad” de decretar de inmediato, para esta y para todas las ciudades y estados que fuera ocu-

No tocaré aquí el desarrollo y la conclusión de las cuatro batallas llamadas del Bajío, tema estudiado en detalle por otros documentos de este coloquio. Diré de la suerte de los vencidos, de “aquella Gran División del Norte”, del color y el sabor de la derrota del más fuerte y aguerrido ejército campesino y popular que hasta hoy hayan conocido México y toda América Latina, cuya saga sigue nutriendo la imaginación, la poesía y el orgullo de los campesinos, los trabajadores del campo y los pobres en todo el continente, hasta en las tierras norteñas más allá del Río Bravo.

Cuando en abril de 1915 llegaron los días de Celaya y el Ejército de Operaciones de Álvaro Obregón estuvo a la vista allá nomás tras lomita, el alto mando de la División ya estaba dividido. Felipe Ángeles, desde Monterrey, conquistada por sus tropas después de la batalla de Ramos Arizpe, sostenía la imperiosa necesidad de no presentar batalla en el Bajío, replegarse más al norte en territorios amigos, alargar y debilitar las líneas de comunicación entre el ejército de Obregón y el puerto de Veracruz, conquistar un puerto propio y hacerse fuertes en las regiones norteñas, tierras natales del pueblo villista y de sus soldados. Había que dar tiempo y territorio para reposar las tropas, rehacer las fuerzas, esperar al enemigo en tierra conocida e iniciar los combates contra el Ejército de Operaciones en una fuerte posición defensiva. Pues Álvaro Obregón venía, también él, de una campaña vencedora y sus generales y sus tropas eran una fuerza combatiente muy diversa del destruido Ejército Federal.

Ángeles viajó a Torreón el 30 de marzo para discutir y argumentar en persona su estrategia. No convenció a Pancho Villa, con quien había ya tenido diferencias sobre los modos de gobernar Monterrey. Celaya sería el lugar y el nombre de las batallas por venir.

En esos días el general Ángeles se había dislocado un tobillo en una caída de su caballo y llegó a Torreón caminando con muletas. Era un obstáculo para estar presente en los mandos de la batalla en ciernes. Pero según uno de sus oficiales cercanos, el coronel Gustavo Durón, fue también un pretexto: nada podía hacer su presencia para impedir una derrota en Celaya que veía inminente.<sup>21</sup> El pesimismo y la amargura, cubiertos por un

pando su ejército, un salario mínimo en efectivo de 75 centavos, un aumento de 50 por ciento en la ración de cereales para los trabajadores jornaleros, incluidos “los mozos, cocineros, lavanderos y demás domésticos”, sin autorizar aumento alguno de las horas de trabajo o los destajos y fijando penas para el caso de “ser violadas cualesquiera de estas disposiciones” (Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, Ramo Revolución, XI.481.5-118, Fo. 35-36).

<sup>21</sup> “¿Por qué perdió Francisco Villa en Celaya? Actuación del Ingeniero Gustavo Durón González”. AMLG-IISUE/AHUNAM, caja 328, Villa I, folio 12. Byron L. Jackson, *Felipe Ángeles: Político y estratega*, Instituto Hidalguense de la Cultura, Pachuca, 1989, pp. 119-120.

semblante siempre impasible, habían ido creciendo en el ánimo de Felipe Ángeles.

Tampoco estuvieron presentes en Celaya algunos de los generales que habían participado en la toma de Zacatecas: Calixto Contreras y Tomás Urbina, combatiendo en otras regiones; Trinidad Rodríguez, caído en Zacatecas; Eugenio Aguirre Benavides y José Isabel Robles, que siguieron a Eulalio Gutiérrez; Raúl Madero, gobernante en Monterrey.

Lo que no fue, no fue, y es impropio del oficio de historiar el andar especulando sobre lo que hubiera sido. En la sucesiva batalla de Trinidad, Villa y Ángeles estuvieron lado a lado considerando juntos, desde una altura como puesto de observación, las vicisitudes de los combates. Pero la distancia entre ambos había quedado establecida en sus espíritus y en sus planes, distancia que los hechos no tardarían en confirmar.

9

El coronel Gustavo Durón González, oficial artillero del Estado Mayor de Ángeles presente en Celaya, ha descrito algunas escenas que vale la pena recordar. La orden inicial y la única que dice haber recibido fue que “a las cinco de la mañana había de romperse el fuego y habíamos de entrar a riñón en Celaya”. A esa hora, en efecto, se rompió el fuego, se lanzó el ataque y se desató el infierno:<sup>22</sup>

A la derecha, a la izquierda y al frente de mis cañones contemplé actos extraordinarios de valor y de arrojo. Vi avanzar líneas perfectamente formadas de infantes que marchaban sobre los alfalfares y trigales, planos como una mesa de billar, e iban cayendo irremisiblemente ante el fuego de las ametralladoras escondidas tras de los carrizales de los zanjones profundos que cruzan los terrenos contiguos a Celaya. [...] Los yaquis, buenos tiradores, fríos, flemáticos, se entregaban a una carnicería despiadada. Vi algo más asombroso: cargas de caballería en perfecta formación que llegando cerca de las trincheras enemigas se convertían en caballería e infantería, y es que los jinetes llevaban a los infantes en la grupa o en ancas, como decimos nosotros.

Gustavo Durón relata otra escena, una de esas que tocan la esencia misma de una fuerza militar como la División del Norte. Cuando la suerte de las armas ya estaba decidida y dos baterías villistas se retiraban, la caballería del general Fortunato Maycotte las alcanzó y los cañones quedaron tirados por el camino. Entonces, cuenta Durón, llegó Pancho Villa:<sup>23</sup>

<sup>22</sup> Gustavo Durón González, *ibidem*, folios 3-4.

<sup>23</sup> Gustavo Durón González, *ibidem*, folio 6.

Villa juntó al mayor número de oficiales y de dorados que pudo y con ellos rechazó a Maycotte. La forma en la cual Villa juntó a la gente, en medio del pánico, fue verdaderamente fantástica:

—Fórmense, mis hijitos —decía con voz que iba de la persuasión al grito de mando—. Fórmense, muchachitos, porque los van a matar; fórmense, amigos; fórmense, hijos de la chingada.

Los dorados y oficiales se formaron como movidos por un resorte y atacaron a Maycotte. Le rechazaron hasta la serranía que está más allá del Río de la Laja, quitándole las banderas que ostentaban calaveras y canillas como las de los piratas, y salvaron a la División del desastre.

En medio de la derrota el magnetismo del general en jefe sobre el ánimo de combate de sus hombres seguía en pie, recurso insustituible en las horas difíciles.

10

Esa salvación duró poco. En las batallas sucesivas, Trinidad, del 19 de mayo al 5 de junio, y Aguascalientes, del 7 al 10 de julio,<sup>24</sup> el desastre se consumó. Con la derrota en Aguascalientes comenzó el repliegue definitivo. Siguiendo la vía del tren, el ejército villista tomó el camino hacia el norte. Un ferrocarrilero, Miguel Gutiérrez Reynoso, maquinista de uno de los trenes militares, escribió la crónica de la retirada.<sup>25</sup> La cohesión de aquellas tropas se iba diluyendo y, más que la persecución tenaz del enemigo, era la certidumbre de la derrota lo que disolvía a la División mientras se replegaba sobre Chihuahua.

Estampas clásicas de esas amargas vicisitudes de las guerras, como las escenas grandiosas de la retirada de los ejércitos napoleónicos de Rusia en 1812,<sup>26</sup> un siglo antes pero con protagonistas vagamente similares, aparecen en el relato. El ferrocarrilero describe la penosa marcha de Aguascalientes a Zacatecas, con los trenes marchando a vuelta de rueda por el embotellamiento causado con el desorden general y el afán de salvar todo el material posible. Los carros particulares de los jefes iban vacíos, agujerados por los balazos enemigos, con los cristales destrozados, mientras los mismos generales, a comenzar por Villa, preferían recorrer a caballo los 121 kilómetros que separan a las dos ciudades.

Así se vio entrar a Zacatecas el vagón del jefe de la División del Norte, que en sus costados tenía escrito en

<sup>24</sup> El 10 de julio a las 12 del día entraron triunfantes las fuerzas de Obregón a Aguascalientes: Paco Ignacio Taibo, *Pancho Villa. Una biografía narrativa*, Planeta, México, 2006, p. 549.

<sup>25</sup> Miguel Gutiérrez Reynoso, “El ocaso de la División del Norte”, *Excelsior*, 17-25 de junio de 1969.

<sup>26</sup> Un relato clásico de esta retirada en Armand de Caulaincourt, *En traîneau avec l'Empereur*, Arléa, Paris, 2013, 240 pp.

letras doradas “General Villa”, arrastrado por una locomotora famosa, la 135, la máquina del tren presidencial de Porfirio Díaz. Locomotora y vagón llegaban maltrechos y balaceados a la ciudad cuya toma un año antes había sido el hecho de armas más grandioso de Pancho Villa. No duró mucho la estadía en Zacatecas, ya hostil en ese tiempo a la indeseada visita de la División en derrota, pues la vanguardia de la caballería de Obregón ingresó en la ciudad el 17 de julio.

Hacia Torreón prosiguió la marcha, jalonada por incidentes entre las mismas tropas: un duelo a balazos en Zacatecas entre hombres de la brigada Urbina y otros de Rodolfo Fierro por la posesión de un rebaño de borregos para alimentar a sus tropas; un enfrentamiento similar poco después en Torreón por motivos igualmente circunstanciales; multiplicación de los incidentes y los duelos a pistola entre oficiales o entre soldados por insondables rencores o momentáneos motivos.

Por otra parte el rodar de los trenes se hacía más y más difícil. No había material de reparaciones, escaseaba el combustible, aumentaban las deserciones y, lo que era tal vez peor, las defecciones de oficiales que con su tropa se pasaban al bando carrancista: el general Severino Ceniceros, el general Pánfilo Natera, multiplicadas después de la infructuosa campaña de Sonora, donde la División se estrelló contra las defensas de Plutarco Elías Calles en Agua Prieta y fue rechazada el 22 de noviembre cuando intentó tomar Hermosillo. En esta batalla murió el general José Herón González, *Gonzalitos*, discípulo de Ángeles desde 1905 en el Colegio Militar de Chapultepec y después en la campaña de Morelos en 1912.<sup>27</sup>

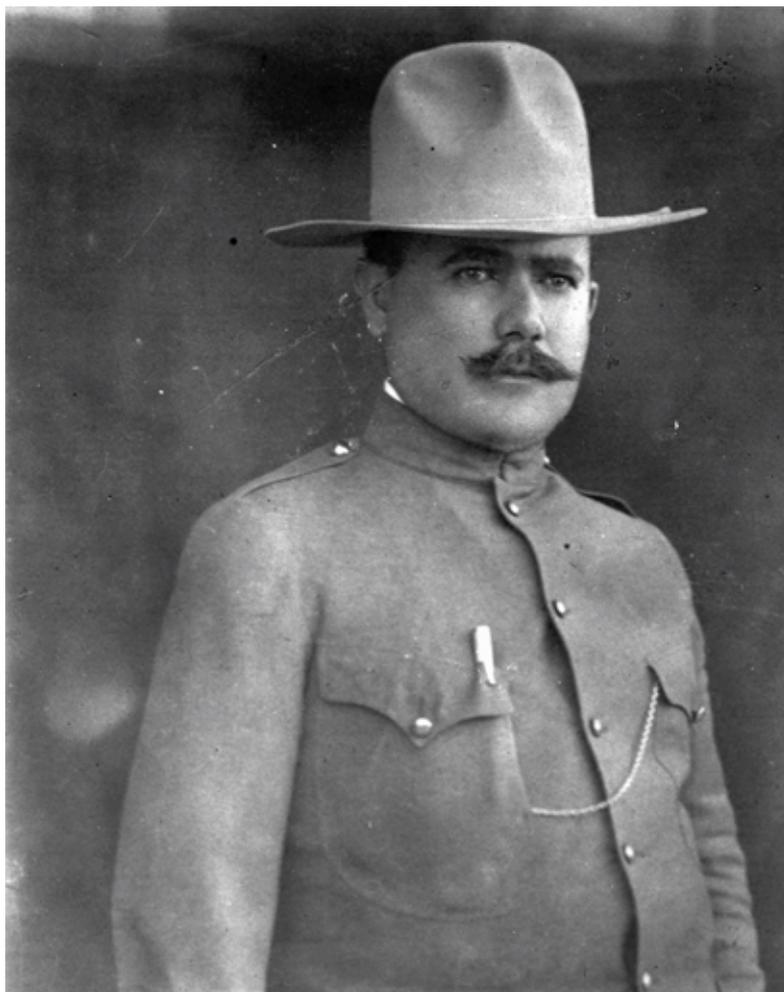
Un mes antes, el 19 de octubre de 1915, el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, había dado su reconocimiento al gobierno de Venustiano Carranza en Veracruz y después permitido a las tropas carrancistas desplazarse hacia Agua Prieta transitando por territorio estadounidense.

Como cuerpo armado la voluntad de lucha de la División estaba quebrada. El núcleo duro, Pancho Villa y un contingente de unos pocos miles de oficiales y soldados emprendieron el camino de Chihuahua. La marcha por la sierra en pleno invierno fue muy dura y por el camino fueron quedando, a trechos, hombres e impedimenta.

11

La derrota tiene también sus modos, todos amargos, todos diferentes. La División del Norte no se rindió, no

<sup>27</sup> Federico Cervantes, *Felipe Ángeles y la revolución de 1913*, México, 1942, pp. 198-201.



Alvaro Obregón

se disolvió, se fue desgranando. Algunos protagonistas y testigos presenciales describieron las penurias y vicisitudes de la larga retirada, entre ellos Miguel Gutiérrez Reynoso, ferrocarrilero, y Gustavo Durón González, coronel. “El ocaso de la División del Norte” se titula la crónica del ferrocarrilero; “Contra Huerta, contra Carranza”, la del coronel e ingeniero.<sup>28</sup>

Friedrich Katz escribió un relato y una síntesis magistrales sobre el derrumbe de la División del Norte en esos largos, interminables meses de 1915: el capítulo 13 de su *Pancho Villa*: “Cómo arrebatar la derrota de entre las fauces de la victoria”, en cuyo acápite anotó los versos del viejo corrido: “De aquella gran División del Norte / sólo unos cuantos quedamos ya; / subiendo cerros, cruzando montes, / buscando siempre con quién pelear”.<sup>29</sup>

Allí registra las vicisitudes y los sufrimientos en el regreso a Chihuahua de los restos de la División, entre ellos una matanza irracional contra los habitantes de San Pedro de las Cuevas, “un remoto pueblo de las montañas de Sonora”. Repetidamente atacados por bandidos, pistoleros y desertores de la guerra civil, los pobladores se habían armado. Un día vieron acercarse una

<sup>28</sup> Gustavo Durón, “Contra Huerta, contra Carranza”, mecanoscrito, AMLG-IISUE/AHUNAM, caja 1/20.

<sup>29</sup> Friedrich Katz, *Pancho Villa*, Era, México, 2000, tomo 2, capítulo 13, pp. 67-126.

partida de jinetes en armas. No se dieron cuenta de que eran villistas: se atrincheraron, los recibieron a balazos y mataron a muchos. “Cuando Villa entró en el pueblo”, relata Katz,<sup>30</sup>

ordenó que se reuniera a los varones adultos y, tras mantenerlos en prisión una noche, los mandó fusilar a todos. El cura del lugar se le hincó para suplicarle clemencia y, en efecto, perdonó algunas vidas, pero le dijo al religioso que no volviera a acercársele. El cura desoyó la advertencia y se le aproximó de nuevo en demanda de piedad, ante lo cual Villa sacó la pistola y lo mató allí mismo. Sesenta y nueve habitantes del pueblo fueron fusilados, aunque siete de ellos lograron sobrevivir porque se fingieron muertos. Era la primera vez que Villa desencadenaba su cólera sobre los pobres. Al día siguiente de la masacre se mostró profundamente arrepentido y empezó a llorar. Pero la matanza de San Pedro de las Cuevas no sería la última ocasión en que Villa se ensañaría cruelmente con la población civil.

Según Friedrich Katz, “en muchos sentidos, el regreso de Villa a Chihuahua puede compararse con el retorno de Napoleón a París tras la infortunada campaña de Rusia en 1812. [...] También él regresaba a un país harto de la guerra y hondamente dividido, sobre el cual avanzaban sus enemigos más fuertes que nunca”.

12

Llegado a la ciudad de Chihuahua, Villa tuvo ante sus ojos ese cambio: “No había más de diez personas al llegar su tren, todos ellos altos funcionarios de su gobierno y oficiales de su ejército”, anota Katz:<sup>31</sup>

Como Napoleón después de Waterloo, Villa no era consciente de la magnitud de su derrota. Sólo percibió la dimensión [del cambio] cuando sus generales, que en otros tiempos nunca se habrían atrevido a contradecirlo y lo hubieran seguido hasta el fin del mundo, empezaron a hablar contra él uno tras otro. Algunos dijeron que sus soldados simplemente no estaban dispuestos a pelear y que era una ilusión la idea de que aún se disponía de quince mil hombres. Otros fueron aún más claros y dijeron que no veían motivo alguno para seguir luchando y para exponer a sus hombres a más muertes y mutilaciones.

El gobernador militar de Chihuahua, Fidel Ávila, su viejo compañero y compadre, le confirmó en un aparte los dichos y las razones del ánimo de sus generales: “la moral del ejército estaba por los suelos, la mayoría

<sup>30</sup> *Ibidem*, pp. 116-117.

<sup>31</sup> *Ibidem*, pp. 117-118.

de los mandos no quería combatir”. Pancho Villa no insistió. Minutos después de terminada esa reunión salió al balcón del Palacio Municipal. En las paredes de la ciudad desde el día anterior, 16 de diciembre, se habían pegado carteles donde el Ejército Convencionista convocaba al pueblo para darle un informe sobre el estado de la República. Decían así:<sup>32</sup>

*Ejército Convencionista*

*Cuartel General*

*Atentamente me permito invitar a todos los habitantes de Chihuahua, para Mitin que tendrá lugar mañana viernes 17 del actual, a las 12 del día, en la Plaza Hidalgo, con el fin de dar a conocer al Pueblo en qué condiciones se encuentra la República.*

*Por la trascendencia de los asuntos a que me refiero, confío en que será atendida esta invitación.*

*Chihuahua, 16 de Diciembre de 1915*

Silvestre Terrazas, fidedigno cronista de aquellos tiempos, relata en *El verdadero Pancho Villa* los días y los momentos de la despedida de Pancho Villa en Chihuahua.<sup>33</sup> “¿Qué piensa usted ahora hacer?”, le preguntó en su última conversación, después de que Villa había informado al pueblo de Chihuahua reunido en la plaza pública su decisión de retirarse. “Me voy rumbo a la sierra”, fue la respuesta. “Ellos tienen mucha gente, lo pueden atrapar y desaparecer”, le dijo Terrazas. A lo cual: “No, señor —me dijo Villa—, es imposible que me atrapen: en mis andanzas de muchos años por esos lugares los conozco como a mis manos, y puedo asegurarle que tengo cuevas y escondites, desconocidos para casi todos, en donde puedo permanecer indefinidamente, y aunque me echaran encima todos los ejércitos del mundo jamás me encontrarían”.

Es muy posible que para entonces el ataque a Columbus del 9 de marzo de 1916 ya estuviera germinando en sus planes, a juzgar por pasajes de su discurso en ese mitin donde volvió a denunciar los acuerdos de Estados Unidos con el gobierno de Venustiano Carranza y el apoyo recibido por este como factores decisivos en el desastre de la campaña de Sonora.

13

¿Qué había sucedido ese 17 de diciembre de 1915 en aquella plaza de Chihuahua? Ese día Silvestre Terrazas

<sup>32</sup> Archivo Silvestre Terrazas, Berkeley University, Bancroft Library, caja 78.

<sup>33</sup> Silvestre Terrazas, *El verdadero Pancho Villa*, Era, México, 1985, p. 201.

estuvo ausente, enviado por Pancho Villa en una misión extrema ante el mando del cercano enemigo carrancista.<sup>34</sup> Lo reconstruyó mucho después Jorge Aguilar Mora en su libro *Una muerte sencilla, justa, eterna*, tomando pie en los recuerdos de dos adolescentes testigos presenciales, Rafael F. Muñoz e Ignacio Muñoz. “La despedida de Villa” se llama su relato y estos son algunos de sus fragmentos:<sup>35</sup>

En la madrugada comenzó a llover. Era una lluvia como intrusa y como distraída que con el amanecer se fue adelgazando hasta convertirse en nieve. El viento del desierto azotaba, contra la fachada del Palacio de Gobierno, ese telón que el desierto había escogido para terminar una revolución: blanco, frío, triste y lleno de recuerdos. Terminaba la revolución, pero no la guerra, la misma guerra de siempre, de toda la vida, de muchas vidas. Así amaneció el 19 de diciembre de 1915 en la ciudad de Chihuahua.

La noche anterior había corrido el rumor de que Villa repartiría entre la tropa el oro que quedaba en las arcas del Pagador de la División del Norte. [...] Pero los veteranos de la División sabían ya, por instinto, que las decisiones de Villa no se conocían por rumores; y tenían muchas razones para dudar del rumor. Y aun así fueron sobre todo ellos, no más de cuatrocientos, los que acudieron a la Plaza Hidalgo y aguantaron la nieve de media mañana. [...]. Los veteranos soportaban los azotes de los grandes copos de nieve mientras los villistas de última hora comenzaban a protestar, desengañados de sus esperanzas de recompensa monetaria ya antes de que apareciera Villa.

Era casi el mediodía cuando en el balcón del Palacio se presentó Villa rodeado de un grupo de civiles, prosigue Jorge Aguilar Mora. El general estaba vestido “con un pantalón de casimir color gris y calando perfectamente su gorra de General de División”:

La mayoría de los que estaban en la Plaza Hidalgo habían participado en la campaña de Sonora y casi todos sabían lo que iba a decir su general. Pero nadie que de veras se sintiera villista hubiera querido perderse ese momento,

<sup>34</sup> Durante esta misión Terrazas estuvo a punto de ser fusilado por orden del propio Villa. Cuando salió hacia el sur en su misión de contacto, Villa ordenó por telégrafo al general Cruz Domínguez que al llegar a la Estación Ortiz lo fusilara. El general Fidel Ávila supo de esta orden, intervino y convenció a Villa de que diera contraorden, explicándole las intrigas urdidas en esos días contra Terrazas. Otros como el general José Delgado, igualmente inocente según Terrazas, no tuvieron la misma suerte: Villa lo mató en la estación ferroviaria cuando, con su autorización, partía hacia la frontera. Silvestre Terrazas, *ibidem*, pp. 197 y 206-209.

<sup>35</sup> Jorge Aguilar Mora, *Una muerte sencilla, justa, eterna: Cultura y guerra durante la revolución mexicana*, Era, México, 1990, pp. 116-127. También como “La despedida de Villa” en *Cuadernos Políticos*, número 58, Era, México, octubre-diciembre 1989, pp. 63-84. La fecha real del mitin fue el 17 de diciembre, como se anota más arriba.



Revolucionarios con cañón, 1914

porque la imagen de Villa en el balcón atraía con la misma fascinación que atraían los condenados a muerte cuando se paraban arrogantes ante el pelotón de su fusilamiento. [...]

Cuando le tocó el turno al general dejó de llover, como si las nubes también hubieran decidido escucharlo. De muchas casas vecinas a la plaza salieron curiosos o admiradores tímidos, aprovechando la tregua de la nieve.

Un mes antes se había publicado el Manifiesto de Naco, donde Villa había manifestado que, al reconocer el gobierno de Carranza, Estados Unidos se vengaba de él por haberse negado a vender a México. Este día de diciembre Villa repitió la historia. [...] Eran revelaciones en verdad “sensacionales” y todos le creían, todos estaban dispuestos a aceptar la conspiración carrancista y gringa. [...] Todo eso Villa lo había expuesto ya en el manifiesto de Naco un mes antes, pero ahora lo decía como una declaración de guerra. [...]

La despedida de Villa, después de la revelación, no fue una renuncia: el general hizo un llamado ferviente a todos nuestros hermanos de raza para que continuaran la

lucha, que no podía abandonarse hasta que reinara la justicia en esta tierra. Era también como una oración, y Villa ya no se dirigía realmente a sus soldados sino a los de debajo de todo México: Villa se dirigía a la tierra y le pedía como otro hijo más, en nombre de todos los presentes y todos los ausentes, que restaurara el equilibrio perdido por las injusticias de este mundo.

Y luego, mirando de nuevo a los veteranos que lo habían seguido de ida y de vuelta por la sierra y por una campaña enloquecida en Sonora, terminó casi con una profecía: “Quisiera de buena gana que éste fuera el final de la lucha, que se acabaran los partidos políticos y que todos quedáramos hermanos, pero como por desgracia será imposible, me aguardo para cuando se convenzan ustedes de que es preciso continuar el esfuerzo y entonces... nos volveremos a juntar”.

Así fue el fin de la División del Norte.

#### 14

La derrota y dispersión de la División del Norte fue un largo y doloroso proceso. Cuando estuvo consumado, sus dos grandes jefes militares, el general Francisco Villa y el general Felipe Ángeles, tomaron caminos diferentes según les dictaban las convicciones, el pasado y la formación militar y cultural de cada uno. Sucede en tales desastres, sin que sea lícito para el historiador dictaminar cuál es el mejor sino, fiel a su oficio, registrar la lógica y la naturalidad de la decisión de cada uno. Ni condenar ni aprobar: razonar, comprender y explicar.

Pancho Villa, hemos visto, decide proseguir su combate y lo dice en privado a Silvestre Terrazas y en público en la Plaza de Armas de Chihuahua. En lugares sólo por él conocidos había atesorado recursos para poder hacer frente a las campañas venideras y así lo dio a entender a Silvestre Terrazas y tal vez a Fidel Ávila.<sup>36</sup>

La tenacidad de este gran jefe de hombres combatientes parece condensarse y adensarse cuando tiene que afrontar la suerte adversa de las batallas y las desertiones sucesivas de sus subordinados; es decir, cuando llega la dispersión y la destrucción de esa confederación de jefes y combatientes militares y civiles que se había reunido en la División del Norte. Era ese rasgo de carácter y ese don de mando que en gesto de un instante le había visto Gustavo Durón en la primera batalla de Celaya, organizando y salvando a los suyos en medio del desastre y la derrota. Así lo recordó también Nellie Campobello en su libro no igualado de recuerdos de esa guerra: “Metálica y desparramada. Sus gritos fuertes, claros, a veces parejos y vibrantes. Su voz se podía oír a gran distancia,

<sup>36</sup> Friedrich Katz, *op. cit.*, pp. 119-122.

sus pulmones parecían de acero. Severo me lo dice. [...] ‘Los villistas eran un solo hombre. La voz de Villa sabía unir a los pueblos. Un solo grito era bastante para formar su caballería’. Así dijo Severo, reteniendo en sus oídos la voz del general Villa”.<sup>37</sup>

Tenacidad tenía también Felipe Ángeles, pero no igual modo de mando y autoridad sobre los jefes de la División del Norte. Respeto sí, y también afecto porque mandaba respetando a cada hombre de la tropa, esos mismos a quienes les imponía jugarse la vida en el cumplir de sus órdenes. Pero era la suya una forma diversa de la tenacidad, que en quienes razonan con ideas antes que con sentimientos suele presentarse como terquedad, y así con cierta razón lo veía Pancho Villa.

Esta diferencia de intelectos y de conformación de las voluntades (o, si se quiere, esta diferencia de caracteres de dos jefes unidos en una misma empresa y por un igual respeto mutuo, según lo dicen los testimonios escritos y verbales de la época) en la hora difícil pasa a ocupar el primer plano.

Se presentó en la divergencia radical de estrategias, perspectivas y tácticas que se abrió después de Zacatecas y de la ruptura con el Primer Jefe Venustiano Carranza; y se condensó durante la ocupación de la Ciudad de México por el Ejército Convencionista y después en la diferente reacción táctica de cada uno al producirse a mediados de enero de 1915 la desertión de Eulalio Gutiérrez y su equipo de gobierno: José Isabel Robles, Eugenio Aguirre Benavides, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y algunos otros.<sup>38</sup>

Unidos Villa y Ángeles por su maderismo —por la lealtad diversa en cada uno a la figura de Francisco I. Madero—, en la hora difícil toman caminos diversos el maderismo plebeyo de Villa y el maderismo intelectual de Ángeles y cada uno imagina y se empecina en planes de campaña casi contrapuestos.

Ángeles propone el repliegue hacia el norte a una posición fuertemente defensiva, para dar tiempo además a que se recupere la decaída moral de jefes y tropa. Villa cede —o da gusto— a los impulsos de combate de sus generales: cada uno a pelear en tierras diferentes, o sea cada uno a afincarse en la suya, clásico síntoma de repliegue no todavía consciente en los movimientos so-

<sup>37</sup> Nellie Campobello, *Cartucho: Relatos de la lucha en el norte de México*, Ediapsa, México, segunda edición, 1940, “La voz del General”, pp. 161-163.

<sup>38</sup> Felipe Ángeles había descubierto pocos días antes la trama y la preparación de esa ruptura. Después de derrotar al general Antonio Villarreal en la batalla de Ramos Arizpe el 8 de enero de 1915, cayeron en su poder siete trenes entre los cuales estaba un vagón pullman, el cuartel general de Villarreal. Allí encontró los archivos con la correspondencia y los documentos que probaban su complicidad con Eulalio Gutiérrez y al instante los envió a Francisco Villa a su cuartel en Torreón. Adolfo Gilly, “La División del Norte y los tres mosqueteros”, *Revista de la Universidad de México*, julio de 2012, número 101, pp. 49-53.



© Heliodoro J. Gutiérrez

Tropas maderistas a caballo, 1911

ciales de raíz popular y amplitud territorial. Son dos mundos y dos educaciones de la práctica y de los sentimientos que en la ofensiva convergen y en la defensiva tienden a distanciarse.

Pancho Villa simboliza, representa y unifica el mando de su ejército en la ofensiva y la victoria. A la hora defensiva, pierde influencia y tiene que ceder ante los impulsos y los sentimientos regionales naturales de los generales de su División del Norte.

Pero su tenacidad se alza y se impone contra toda evidencia y toda esperanza cuando esos jefes le dicen que abandonan la empresa militar y que no hay más División del Norte, ese momento único de despedida y promesa en la plaza de Chihuahua el 17 de diciembre de 1915.

15

Felipe Ángeles no había participado en las dos batallas de Celaya y después había compartido con su jefe Pancho Villa el mando y la derrota en Trinidad, pese a que su opinión era no dar allí batalla y replegarse aún más al norte para hacerse fuertes en una posición defensiva.

Como invariablemente sucede en las derrotas, en la División ya se había iniciado la búsqueda de culpables o responsables en las propias filas. El general Ángeles, que no siendo un jefe campesino del norte tenía el respeto de todos pero la fidelidad personal de muy pocos, estaba desarmado en ese tipo de conflictos.

En la segunda mitad de junio partió, solitario, para Estados Unidos en una imprecisa misión diplomática ante el presidente Woodrow Wilson o algún alto funcionario de su gobierno. A esa altura era muy improbable tal audiencia, pues el interlocutor mexicano de Washington era ya el gobierno de Carranza en Veracruz, al cual reconocería oficialmente el 19 de octubre de 1915.

El 21 de junio de ese año el general estaba en la ciudad de Chicago en camino hacia Boston y la costa este. Un cronista del *Chicago Tribune* lo encontró allí y al día siguiente, en el peculiar estilo descriptivo de la prensa de aquel país, escribió en su periódico:<sup>39</sup>

Un hombre con un bigote negro de estilo militar y el oscuro color de piel de un latino entró ayer en una librería

<sup>39</sup> *Chicago Tribune*, 22 de junio de 1915: "General Ángeles, Villa's Right Hand, Visits City", p. 17.

de la avenida South Wabash. Vestía un saco Palm Beach [saco claro y liviano de verano], pantalón gris y un sombrero bombín.

“Quiero comprar *The New Freedom*, del Presidente Wilson”, dijo en un inglés aprendido. Realizada la compra, caminó lentamente hacia la calle mientras hojeaba el libro.

Era el general Felipe Ángeles, el militar técnico de México y el hombre que planeó todas las batallas exitosas del general Francisco Villa. El general Ángeles pasó el día en Chicago, en camino hacia Boston para visitar a su esposa y sus hijos a quienes no ha visto desde hace dieciocho meses.

“Hace ya cierto tiempo que deseo leer este escrito del Presidente Wilson”, dijo el general al reportero, “por quien tengo una profunda admiración. De los asuntos mexicanos nada puedo decir ahora, salvo negar que exista una ruptura entre el general Villa y mi persona”.

Agregó el general que la División del Norte estaba en ese momento en Aguascalientes, “donde se mantendrá a la defensiva hasta que haya algún progreso en las negociaciones de paz”.

Como es evidente, las declaraciones de Ángeles no correspondían a la realidad de los hechos sino tan sólo a sus deseos e ilusiones: Woodrow Wilson nunca pensó en recibirlo y el 10 de julio, quince días después, el Ejército de Operaciones de Álvaro Obregón entraba vencedor en Aguascalientes, sede de la Soberana Convención Revolucionaria apenas ocho meses antes. Lo que el general declaraba como un hecho era tan sólo lo que él habría querido hacer y no se pudo. Lo acompañaba en la entrevista uno de sus leales discípulos, el general José Herón González, *Gonzalitos*.

El 24 de junio de 1915, un año y un día después de la toma de Zacatecas, Felipe Ángeles ya estaba en Boston, donde volvió a entrevistarlo el *Chicago Tribune*. Ángeles reiteró su deseo de entrevistarse con Woodrow Wilson y declaró al periodista:<sup>40</sup>

Describiré al Presidente un cuadro de la situación en mi país. Sin embargo, no lo haré como representante de ninguna facción sino tan sólo como uno que ha visto y ha sabido y desea con ardor cosas mejores.

Conforme a cómo se inició, la revolución está concluida. Los ideales por los cuales luchamos: el derribo de los privilegios sociales y el establecimiento de las libertades políticas e individuales, ya se han logrado. Ahora sólo se trata de una cuestión de personas.

La ambición personal y los celos, como se ha visto en Carranza, es cuanto se atraviesa en el camino de la paz y

<sup>40</sup> *Chicago Tribune*, 24 de junio de 1915: “Mexican Chief Urges Against U.S. Invasion”.

la prosperidad. El general Villa está dispuesto a retirarse. Carranza debe hacer lo mismo.

Felipe Ángeles parecía estar soñando con aquellos tiempos en la Convención de Aguascalientes, mientras las disputas y diferencias de entonces se estaban ahora dirimiendo por las armas y la División del Norte se replegaba en derrotas sucesivas que irían a culminar el 10 de julio, dos semanas después, con la toma de Aguascalientes por Álvaro Obregón. Ese repliegue no podía ignorarlo el general, pues su viaje a Estados Unidos era también su retirada. No obstante, prosiguió: “No tengo un plan preciso, pero sí algunas ideas para el restablecimiento del país que espero exponer ante el Presidente Wilson. No las discutiré con nadie, excepto con él mismo. Sin embargo, no es ningún secreto que estoy a favor de que se designe un Presidente provisional que no haya estado aliado con ninguna de las facciones en lucha. Y éste no debe ser un militar”.

Cualquiera sea el sesgo que el periodista haya podido dar a la entrevista, el estado de ánimo y las declaraciones de Felipe Ángeles dicen de un hombre aislado y vencido, una especie de encarnación solitaria y tardía de las ideas y los sentimientos de Francisco I. Madero en sus días de desconcierto en aquel mes de marzo de 1913.<sup>41</sup> Tras este fracaso, Ángeles regresó a México. Encontró allí un ambiente de intrigas y hostilidad entre los jefes villistas, aun cuando Villa le mantuvo un respeto distante. A fines de septiembre decidió cruzar la frontera y establecerse en Estados Unidos.<sup>42</sup>

A principios de ese mismo mes el general Raúl Madero había escrito a Villa desde Coahuila pidiéndole que renunciara para “salvar a nuestro partido que día con día se derrumba”. Le decía que los hombres de la División ya no querían pelear más y que “el deseo de la gran mayoría es el de regresar a sus hogares”, mientras “el pueblo todo está cansado de esta lucha porque ya no puede vivir”. A fines de septiembre repitió y razonó su exhorto y dijo a Villa que abandonaba definitivamente su ejército. Lo mismo hizo su hermano, Emilio Madero.<sup>43</sup>

<sup>41</sup> En la misma nota del *Chicago Tribune* titulada “Mexican Chief Urges Against U.S. Invasion”, aparecen también estas declaraciones de Ángeles bajo el subtítulo “Se Oponen a la Intervención de Estados Unidos”: “Una intervención bajo la forma de una invasión armada jamás sería tomada por los mexicanos como si fuera en su interés, cualesquiera fueran las intenciones del invasor. Una intervención puede tomar otras formas más amistosas. Están la fuerza moral de Estados Unidos, la posibilidad de permitir el movimiento de municiones de guerra a través de la frontera y, por fin, la ayuda económica. Esta línea de acción sería aceptable para la gran mayoría de los mexicanos interesados en el restablecimiento de su gobierno y de su país”. Si este confuso y contradictorio párrafo es fiel a lo declarado, el general estaba en Boston pidiendo armas para una guerra perdida y dinero para una paz imposible.

<sup>42</sup> Friedrich Katz, *op. cit.*, pp. 102-103.

<sup>43</sup> *Ibidem*, pp. 100-101.

“Felipe Ángeles nunca hizo ninguna declaración pública contra su antiguo jefe y hasta el fin de sus días continuó insistiendo en que estaba orgulloso de haber servido bajo sus órdenes”, anota Friedrich Katz, y agrega que Villa, por su parte, nunca consideró que lo había abandonado y, más aun, tres años después “casi le pidió disculpas por haberlo alejado”.<sup>44</sup>

16

El fracaso de su ilusorio proyecto de entrevista con Woodrow Wilson fue para Felipe Ángeles el inicio de lo que sería un largo y amargo exilio. Bajo la protección y con la ayuda material de su amigo el ex gobernador de Sonora, José María Maytorena, por entonces exiliado en Los Ángeles, decidió establecerse en El Paso y ganar sus ingresos trabajando con sus manos y sus heterogéneos e inciertos conocimientos de ranchería y ganadería. Tenía a su lado a su esposa Clara Krause, a su cargo cuatro hijos y, rasgo notable de su carácter y su personalidad, se había exiliado sin llevarse un peso de cuantos habían pasado por sus decisiones y por sus manos cuando formaba parte del alto mando de la División del Norte. Nunca criticó a Villa o habló mal de él y mantuvo en sus declaraciones la ficción de su subordinación al mando del jefe de la División mientras esta existió.

El 14 de diciembre de 1915, casi al tiempo de la despedida de Pancho Villa en la plaza de Chihuahua, Felipe Ángeles enviaba a José María Maytorena desde El Paso, Texas, una carta desolada. Me permito ver en los gestos y las actitudes de ambos jefes militares, en un mismo momento del tiempo y de sus vidas, dos diversos y semejantes modos de lealtad a sus ideas, a su imagen de sí mismos y a sus conductas en la revolución y en la vida. Esta carta, que habla de otras cosas, es su último adiós a la División del Norte.<sup>45</sup>

El Paso, Diciembre 14 de 1915  
Señor General Don  
José María Maytorena  
Los Ángeles

Querido y buen amigo:

Había retardado la contestación a su carta del 4 del presente porque deseaba darle noticias de las Señoras sus hermanas; pero por diversas ocupaciones no he podido ir a verlas, y por no retardar más mi contestación la envío antes de visitarlas.

En la mañana temprano me voy al ranchito: me ocupo en hacer los quehaceres, y me ensucio tanto y me canso

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 102.

<sup>45</sup> 14 de diciembre de 1915, José María Maytorena-Felipe Ángeles, Archivo José María Maytorena-Pomona College, Box: V, Folder: 17, Expediente 4.

a tal grado que en la noche cuando regreso no tengo ganas a veces ni de asearme.

Esto aparte de que siempre tengo alguna preocupación. Primero que no tenía un depósito de pasturas, y fue preciso mandar hacer uno con departamentos para alojamiento del toro, de las vacas próximas a parir y de los becerritos. Después, que cuando era necesario sacar del garage el automóvil que había yo mandado reparar, y que no tenía donde meterlo y fue preciso mandar hacer un garage. En seguida que la bomba del pozo (que tiene una caldera poderosa para poder dar el vapor necesario para el lavado y la esterilización de las botellas) está enteramente a la intemperie y se está maltratando, y es necesario hacerle una casita que le sirva de abrigo.

Estoy haciendo esa casita y la lechería. Esta última compuesta de una pieza para lavar las botellas, de otra para enfriar y embotellar la leche y de una ordeña.

Además, tengo un familión tremendo y por no vivir en el rancho estamos haciendo más gastos. Para reducirlos voy a construir una casita en el rancho, donde podamos meternos y donde nos alimentaremos con leche y alfalfa (digo verduras!).

Por no haber tenido desde el principio un depósito de pasturas, voy a tener que comprar estas ya muy avanzado el invierno y por tanto muy caras.

Y por último, cometí la falta de comprar las vacas muy jóvenes y van a tardarse aún algunos dos, tres o cuatro meses en empezar a dar leche.

Por este poco que le cuento, comprenderá que he estado ocupado y sobre todo preocupado, y que sea perdonable el que no haya cumplido con mis amigos y que se me haya pasado el tiempo en ir venir del Rancho al Paso y del Paso al Rancho.

El mismo día que llegué a esta ciudad envié con Manuel Bonilla hijo (que en esa época iba todos los días al *Paso Morning Times* en busca de trabajo) las declaraciones de Ud., con algunas instrucciones para que las publicaran, pero muy probablemente (como lo auguró Bonilla padre) no quisieron publicarlas porque no eran sensacionales y el periódico no se beneficiaba con esa publicación.

Como dice Ud. muy bien, la campaña del General Villa en Sonora fue un fracaso y ya lo tenemos de vuelta en Chihuahua. En este momento corre por las calles el rumor de que fue asesinado por alguno de los suyos. De todos modos, sea esta noticia verdadera o falsa, es casi seguro que dentro de poco tendremos por acá a las tropas carrancistas en busca de las villistas, y tenga Ud. por seguro que Ciudad Juárez caerá en poder de los primeros y que tendré que soportar su enemistosa vecindad.

Mil gracias por su pésame, que me envía con motivo de mi queridísimo amigo Gonzalitos.<sup>46</sup> Como Ud.

<sup>46</sup> El general José Herón González fue alumno del Colegio Militar desde 1905. Sus amigos lo llamaban *Gonzalitos* por su pequeña estatura.

ya habrá sabido tengo también la pena de haber perdido a Cervantes, que envié como mi representante a la Convención en México.<sup>47</sup> Ojalá y Piña no haya perecido también.<sup>48</sup>

¡Qué quiere Ud., estamos de malas y desgraciadamente no han de parar aquí nuestras desdichas! Pero ya sabe Ud. también que no hay mal que dure 100 años... Tengo la firme creencia, que no está lejano el día de que se olviden de nosotros, por ocuparse de otros asuntos y de otros enemigos.

Y mientras tanto al mal tiempo hemos de hacerle buena cara.

Escudero decía también que se iba de guerrillero: no me sorprendería leer en los periódicos la noticia.

Tenga la bondad de presentar mis cariñosos recuerdos a toda la familia y Ud. reciba de la mía y de mi parte un fuerte abrazo,

Felipe Ángeles

Participó en la campaña de Morelos de 1912 como capitán y ayudante del general Ángeles. Después de la batalla de Torreón fue ascendido a coronel, y a general después de la batalla de Ramos Arizpe. Persistió en su lealtad a la División del Norte y participó con su infantería en la desastrosa batalla de Hermosillo el 22 de noviembre de 1915. Lo atravesó una bala cuando trataba de hacer ordenada la retirada de sus tropas. Estaba con él Alberto Ángeles, ingeniero y hermano menor del general (Federico Cervantes, *op. cit.*, pp. 174-175 y 198-201).

<sup>47</sup> El general Federico Cervantes había sido derrotado en la hacienda de Gruñidora, Zacatecas, y su tropa se dispersó. Penosamente pudo llegar a la frontera y se presentó con Ángeles en El Paso, Texas. En sus memorias refiere que este lo recibió con un abrazo y le dijo: "Me has sacado usted una de las dos espinas que tenía clavadas en el corazón, pues yo sabía que primero Gonzalitos y después usted habían muerto en la campaña" (*ibidem*, p. 197).

<sup>48</sup> Alberto B. Piña fue el representante de José María Maytorena en la Convención de Aguascalientes. No murió ni fue guerrero.

Tenaz el uno, terco el otro, tres años después casi día por día, el 11 de diciembre de 1918, Felipe Ángeles cruzaba la frontera cerca de El Paso y se internaba en Chihuahua, jinete en su caballo John Brown, para unirse en Tosesihua a la fuerza guerrillera de Pancho Villa. Ya no era aquella gran División del Norte: esa no volvería. Pero el nuevo encuentro era tan simbólico como habían sido sus despedidas: seguían siendo los mismos y volverían, antes de un año, a separarse del mismo modo, entre bravío y melancólico.

Una revolución no es sólo lo que sucede en las armas sino ante todo lo que sucede en las almas, las innumerables del pueblo, las contadas de los jefes. Toca al historiador investigar, comprender y explicar antes que juzgar y contraponer, tareas estas de predicadores o de políticos.

Benemérita Universidad Autónoma de Guanajuato,  
Guanajuato, 25 de mayo de 2015;  
Barrio San Lucas, Coyoacán,  
D. F., 24 de agosto de 2015 **u**

Conferencia de clausura en el Coloquio México, 1915: Definición en El Bajío, El Colegio de México y Universidad Autónoma de Guanajuato, Guanajuato, 23-25 de mayo de 2015. Agradezco la inestimable colaboración del maestro Edgar Urbina Sebastián en la investigación y discusión de este escrito.



Revolucionarios villistas con sus familias, Torreón

*Eraclio Zepeda*

# Un alma bella

Federico Reyes Heroles

*El pasado 17 de septiembre falleció el escritor Eraclio Zepeda, a la edad de 78 años. Tan sólo unos pocos meses atrás, en junio, la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas y la Universidad Intercultural de Chiapas le hicieron entrega del doctorado Honoris Causa, ceremonia en la que el novelista Federico Reyes Heroles trazó una semblanza personal del autor de Benzulul.*

Cómo calibrar la valía de un ser humano, esa imagen obligada de la calidad de la madera de la que está hecha su entraña. Esa estatura interna que no cabe en los centímetros ni en los metros, esa riqueza de los grandes en verdad que, con frecuencia, se expresa en silencios, en sonrisas, en una mirada. La huella de esos seres humanos por momentos pareciera intangible pero, al final de nuestra jornada de vida, es tan sólida como una roca.

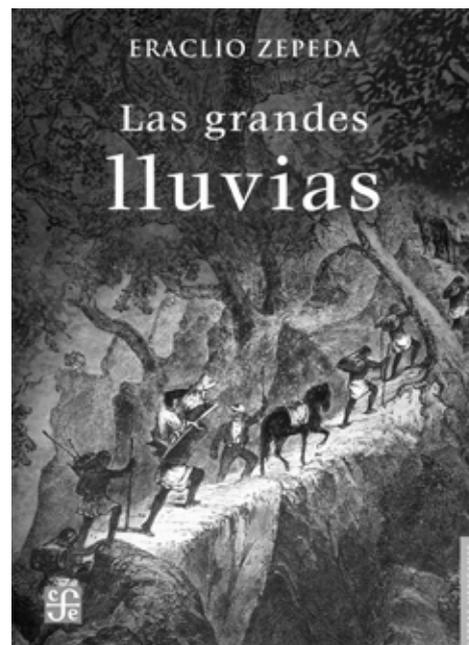
El trabajo se ha convertido en un referente obligado: ha escrito tantos libros, para un escritor; ha dado clases tantas décadas, para un maestro; ha ocupado tales o cuales responsabilidades, para la carrera pública. Pero todos sabemos que esos registros son sólo señales, ramas quebradas que indican por dónde caminó una biografía. Sabemos que esos listados pueden ser abrumadores, pero también pueden, en ocasiones, ocultar a un desalmado. Alguien sin alma no merece distinciones, homenajes, no es guía ni para los jóvenes ni para nadie.

Pareciera entonces que andamos a la caza de grandes almas o, mejor, almas grandes. Pero para muchos el alma es un territorio resbaladizo que, en ocasiones, provoca desconcierto y quizás un poco de vergüenza o ironía. Cómo hablar del alma en pleno siglo XXI cuando el mandato de lo material se impone en todas partes. Le tenemos resquemor a lo inmaterial y sin embargo todos

sabemos que nos rodea. Se les olvida que el alma tiene una vieja historia.

Ya está presente, merodeando, desde los clásicos. Platón por ejemplo, la consideraba la dimensión más importante de eso que encarnamos llamándolo ser humano. Y, por supuesto, en la tradición judeocristiana el alma es arrojada con contenidos teleológicos, tendientes a un fin. Tomás de Aquino busca desentrañar el misterio, crea así una bifurcación. El ser humano está condicionado por el mundo externo, el espacio y el tiempo. Pero es justamente la dimensión anímica, el alma, la que le abre las puertas de otra dimensión. Ella lo distingue de las bestias. *Dimensión*, esa es la palabra central en esta cacería, otra dimensión.

Pero no teman, no voy a lanzar una pretenciosa disquisición sobre la historia del alma. Por cierto, hay libros recientes al respecto. Tan sólo quisiera dar algunas pistas que a este aprendiz de brujo le han ayudado a tener una brújula sobre el tema. Las indagaciones del alma han acompañado a la humanidad desde siempre, desde la Antigüedad hasta finales del siglo XIX. Victor Hugo, autor por el que tengo desvelos deliciosos, el gran romántico francés, recurre a la herramienta del alma para mostrarnos la tesitura interna de sus personajes. Antes de darnos su descripción física nos habla del alma de los



mismos. Su alma estaba gozosa ese día, o triste o melancólica. Leer el alma era la piedra de toque para presentarnos a sus personajes.

“Al balcón de los ojos, se asoma el alma...”, apunta Hugo, el autor de *Notre-Dame de Paris*. “El alma a tientas busca el alma y la encuentra” es otro de sus acertijos. O sea que se debe encontrar el alma propia para poder leer almas.

“Las realidades del alma no dejan de ser realidades porque sean invisibles e impalpables”, dice Victor Hugo. Es otra dimensión de lo humano o, mejor dicho, es esa dimensión la que nos hace humanos.

El alma le apasionaba a Victor Hugo, utilizó la expresión 355 ocasiones sólo en *Los miserables*, cada dos páginas en promedio. Pero después, durante casi todo el siglo XX, una nube se interpuso entre el alma y nosotros. Algunos explican esa sombra por la publicación de *La interpretación de los sueños* de Sigmund Freud. No creo en su culpabilidad. Otros la dieron por muerta, así de sencillo; pero no, fue un falso sepelio. La sorpresa la dio Francis Crick, el brillante físico inglés estudioso de la neurociencia, Premio Nobel, uno de los descubridores del genoma humano quien, en 1995, sorprendió al mundo con la publicación de un texto desconcertante: *El descubrimiento científico del alma*. Allí Crick mostró que el estado del alma condiciona la supervivencia de los seres humanos. Pero no sólo la supervivencia sino la calidad de la existencia, que es algo muy diferente. Los que viajan por la vida siendo conscientes del alma, de la propia y de las ajenas, tienen otras coordenadas de viaje, llegan a un mejor destino.

Así, mientras generaciones enteras naufragan en la depresión que será la segunda causa de inhabilitación laboral en el 2025, Crick puso sobre la mesa el olvidado tema del alma. Hoy nos reúne un alma.

Por supuesto que se rinde homenaje al poeta, al fantástico cuentero y cuentista, al novelista, al historiador, al incansable maestro extracurricular, al antropólogo incontenible, al actor, al servidor público, al apasionado chiapaneco, al hombre de compromisos. Un mexicano fuera de serie de nombre Eraclio Zepeda. Pero, ¿cómo armar el rompecabezas de una biografía así, cómo describir ese enorme hogar que él habita, abierto a todos los puntos cardinales a la vez? Quizá lo primero que viene a la mente sea la capacidad que tuvo Eraclio para escapar de una de las grandes trampas del siglo XX. Lo advirtió Herbert Marcuse: el hombre unidimensional acecha.

Eraclio Zepeda ha navegado por las siempre azarosas aguas de la vida desplegando todo su potencial, pésele a quien le pese. Con él se puede hablar de literatura, por supuesto, pero no nada más de esa pasión. Porque la literatura es para él la escultura final que el conocimiento holístico de la vida labró. Eraclio, por ejemplo, es un gran viajero que aprende desde la tierra caminando, observando pastos, árboles, plantas, animales, casas, ríos. Pero también desde 40 mil pies de altura. Su mente ha estado abierta a todas las expresiones del vasto mundo que él fue a buscar. Por eso puede describir un plátano de forma tan gozosa que termina provocando la salivación de los escuchas.

Pero también sabe de armas, de ganado, de geografía, de religiones, de etnias y un largo etcétera. Las palabras han sido una de sus grandes pasiones, pero nunca una obsesión. La frontera es delicada: cuando las palabras sojuzgan al alma, algo muy perverso está ocurriendo. Cuando las palabras no están ya al servicio del alma se deja de ser libre, se es esclavo. Pero las palabras, así lo muestra su rica obra, merecen todo el respeto de quien acude a ellas para dar espacio, rostro, cabida a la complejidad del alma que tanto aterriza a muchos. Eraclio

Zepeda es un hombre complejo en el más rico y ambicioso sentido de la acepción.

Escapó de la trampa de, como dijera un viejo querido y sabio, saber cada vez más de cada vez menos hasta saber todo de nada. Eraclio Zepeda sabe mucho de muchos asuntos de la vida, precisamente porque corrió el riesgo de permitir que su alma fuera inquieta, curiosa, audaz, y la dejó galopar con libertad. No se impuso limitaciones artificiales y se convirtió en la viviente encarnación de un hombre renacentista. Los humanos mostramos una debilidad terrible: el gusto por las etiquetas, Fulano es médico y Zutano arquitecto. La etiqueta es la carta de presentación y de la fácil interpretación de las personas y de sus vidas. No se olvide que *persona*, en sus orígenes etimológicos, se refiere a la máscara. Es la máscara que nosotros creamos, que construimos para nosotros mismos.

Y me pregunto: ¿cuál es la persona de Eraclio?, y no se me viene a la mente el hombre de izquierda auténtica o el militante o el mexicano apasionado por su país. Tampoco le queda la pobre etiqueta de literato, es demasiado estrecha. Todo lo anterior es real, está en él. Pero hay mucho más. Lo que me asalta es un profundo amor por la vida, por ese flujo de energía y de emociones que cobra distintas facetas. La vida no acepta etiquetas, menos aun la de Eraclio Zepeda.

Amor por la vida es luchar por la justicia, es querer a los otros como actitud inicial en el trato humano. Amor por la vida es saber imitar a los saraguatos o percibir el sonido de los pasos sobre la hojarasca, o admirar las maderas de una marimba, o echar un buen trago, o conversar largo afilando las palabras para dar así en la diana. Amor por la vida es abrir los ojos tanto como sea posible para admirar los hielos de Groenlandia o recordar los colores de una portada de algún libro, o repetir de memoria pasajes enteros de distintos autores.

Eraclio es un alma tan enamorada de la vida que, incansable, va buscándola en todas sus expresiones. Conozco sus convicciones sobre la religión pero, por eso mismo, me recuerda la definición de Victor Hugo sobre Dios: es lo evidente invisible. Así puede mirar al cielo viendo algo más que las constelaciones, o contemplar un río caudaloso y admirar su fuerza indómita. O quedar perplejo ante el indescriptible encadenamiento de vida que su gran compañera Elva Macías ha sido capaz de darle con una hija amorosa, Masha, y una nieta, Milena. Y por eso viaja por la vida cargado de recuerdos que son, en parte, el alimento mismo del trayecto.

Por supuesto que no todo ha sido miel sobre hojuelas; incomprensión, ostracismo y otras sombras se han atravesado en su camino. Pero el gran Eraclio arroja muy lejos todo lo que no le sirve, lo que es peso muerto, porque sabe que la gran fuerza vital de la que goza es producto de una aguda inteligencia emocional, como le

llaman ahora, de un instinto selectivo de aquello que lo nutre para seguir el rumbo que él mismo se inventa a diario en plena libertad. Eraclio no hizo de sus afanes obsesiones. Ser escritor, sí, por supuesto, como un espléndido mirador para contemplar la vida. Los ojos de su alma buscan los colores del amanecer que siempre llevan un toque de esperanza.

A Eraclio Zepeda nadie le puede negar un compromiso profundo con la justicia, con su estado y con su país, con su gente. Pero ese compromiso no invade los amplios territorios de su obra literaria. La literatura de Eraclio tiene sus propios rumbos lingüísticos y estéticos. No ha sido capturado por las modas o las influencias de otros grandes de las letras. Su camino es único e irrepetible desde su pertenencia a *La espiga amotinada* o *Benzulul*. ¡Qué sonido, qué música! Donde explota su capacidad para leer su tierra, leer a los habitantes de la misma, leer así sus historias que conforman la gran historia que cuenta en la tetralogía. De nuevo irreverente, con fino oído poético, cuida cada línea para lograr una portentosa nitidez de lo que sólo hasta el momento de quedar plasmado en el negro sobre el blanco cobra existencia cabal. Sabe que la literatura da vida, pues, como mostraron los conceptistas, la realidad sin concepto no existe con plenitud. Así, en su mecánica holística, los individuos se entrelazan en familias, que conforman pueblos, que son parte de un estado, que está en una región, que pertenece a un país que, inevitablemente, se inscribe en algún continente.

Está pendiente, por lo menos para mí, la descripción de la ruta crítica de su producción, de su forma de leer al mundo, de la epistemología de su obra. Porque Eraclio Zepeda conoce para escribir y escribe para conocer aun más. El divertimento literario, incluso el chispeante humor que está en sus relatos y sus novelas, debe ser tomado muy en serio. Porque Eraclio es un escritor amable con sus lectores, no busca regodeos perfumados que alejan; busca, en contraste, la profundidad de la esencia. La llaneza de su prosa es propósito narrativo y no casualidad.

Pero esa prosa, sin proponérselo, se convierte en una severa radiografía de los excesos verbales que poco aportan. La crítica literaria de Eraclio Zepeda vive silente en su propia narrativa. Parafraseando a Elias Canetti: no se embriaga con los errores de los otros, no es un dipsómano del estilo. Las historias se pueden contar, él lo demuestra, de manera muy eficaz y precisa, con mil sabores y colores, pero sin desperdicio, porque para el gran cuentista, lo que algunos llaman “economía del lenguaje”, es simplemente tener respeto por el peso de cada palabra.

Pero la construcción de una ruta propia incomoda a muchos. Actuar en pandilla es más cómodo, menos riesgoso. Los que velan en solitario, como Eraclio, provocan

desconfianza. O estás conmigo o eres un potencial enemigo. Pero para Eraclio, que es muy amigo de sus verdaderos amigos, hay espacio para todos. En él esa es una convicción profunda, la vida lo ha troquelado con una cualidad que es poco común, sobre todo en el medio de los escritores. No me refiero a tolerar la diferencia, que no deja de ser una expresión intolerante, sino a querer saber del otro. Si las nubes le provocan curiosidad, ¡qué decir de los otros! Tener esa disposición para conocerlos encierra otra sorpresa emocional. Saber que la diferencia no necesariamente divide, que es cuestión de entenderla e incorporarla a la vida. Si todos los mexicanos tuvieran esa actitud no necesitaríamos instituciones para combatir la discriminación. Por eso Eraclio no es sólo un chiapaneco enorme, es un mexicano enorme.

Así, en la tetralogía, se pasea un portentoso —que no ostentoso— conocimiento de las diferencias, de esas diferencias que pueden conducir al odio o al encuentro. El entorno y sus imposiciones, los alimentos, las casas, los rituales, los muebles, la vegetación —planta por planta—, las culturas e interpretaciones de la vida, las clases sociales en lo objetivo y lo subjetivo. Eraclio es capaz de transitar por todas las esferas sociales, sin ofender, más aun enseñando y aprehendiendo con honestidad.

“A galope tendido, reventando el caballo a punta de chicote y espuelas, el jinete entró a la plaza de la casa con la noticia”. Menos de treinta palabras que dibujan con precisión los usos de la cabalgata, la relación con el corcel, e introducen una tensión narrativa con ese perfecto uso del gerundio siempre presente en su obra (*Andando el tiempo* es uno de los títulos más bellos con los que me he encontrado en mi vida). Esa es la primera oración de *Tocar el fuego*, primera oración que no deja alternativa. No es una amable invitación a quedarse, es una excelente trampa narrativa. Toda buena narración incluye una dosis de trampa. Imposible no seguir adelante.

Allí aparece el discreto pero profundo dominio del oficio. De la poesía al cuento oral, al cuento escrito, al relato, a la novela. Eraclio se forjó en el más exigente de los géneros, ese en el cual un verso, una palabra, puede destruir todo. El novelista se puede equivocar en el ritmo de un párrafo, en una cuartilla o un par y de todas formas libra la batalla. Ni la poesía ni el cuento permiten un margen tan amplio. Esa precisión de poeta la ha trasladado, para fortuna nuestra, para fortuna del lector, a los otros géneros.

Pero, ¿qué demonios es la tetralogía? Historia de familia, sí. Historia estatal, sí. Historia regional, sí. Historia nacional, sí. ¡Ah!, entonces es un libro de historia, no. Es una novela, sí. Pero es ficción, depende. Depende de cada página, de cada párrafo, de cada línea. La verdad histórica —si algo así existe— está allí, pero hay mucho más. Santiago Genovés, el aventurado y aven-

turero antropólogo, afirmó que la objetividad es un invento de la subjetividad humana. Eraclio Zepeda aplica la receta. Vivamos las subjetividades como si fueran objetividades. ¿Quién puede desmentir los recuerdos? ¿Tiene acaso algún sentido hacerlo?

La vida es como la vivimos y como la recordamos, fue la consigna del Gabo. En alguna ocasión, hace muchos años, García Márquez me contó cómo se arrepentía de haber eliminado el mango de las escenas donde Bolívar, después de una cruenta batalla, los devoraba, manchándose con el jugo incontrolable. Un historiador lo “corrigió” —los mangos no habían llegado a América, maestro— y Gabo cambió mangos por naranjas antes de aprobar el tiro de *El general en su laberinto*. Pero no era lo mismo, Bolívar debió haber comido mangos, no naranjas, como si estuviera en Sevilla. El libro se publicó con naranjas. Viene después la llamada del historiador, perdón, don Gabriel, sí había mangos en América. Enojo del Gabo, Bolívar sí comió mangos. En la tetralogía Eraclio camina por el mismo sendero, los recuerdos añaden a la realidad. La historia se enriquece precisamente porque es capaz de cruzar los artificiales linderos entre la antropología, la historia, los recuerdos y la potente imaginación.

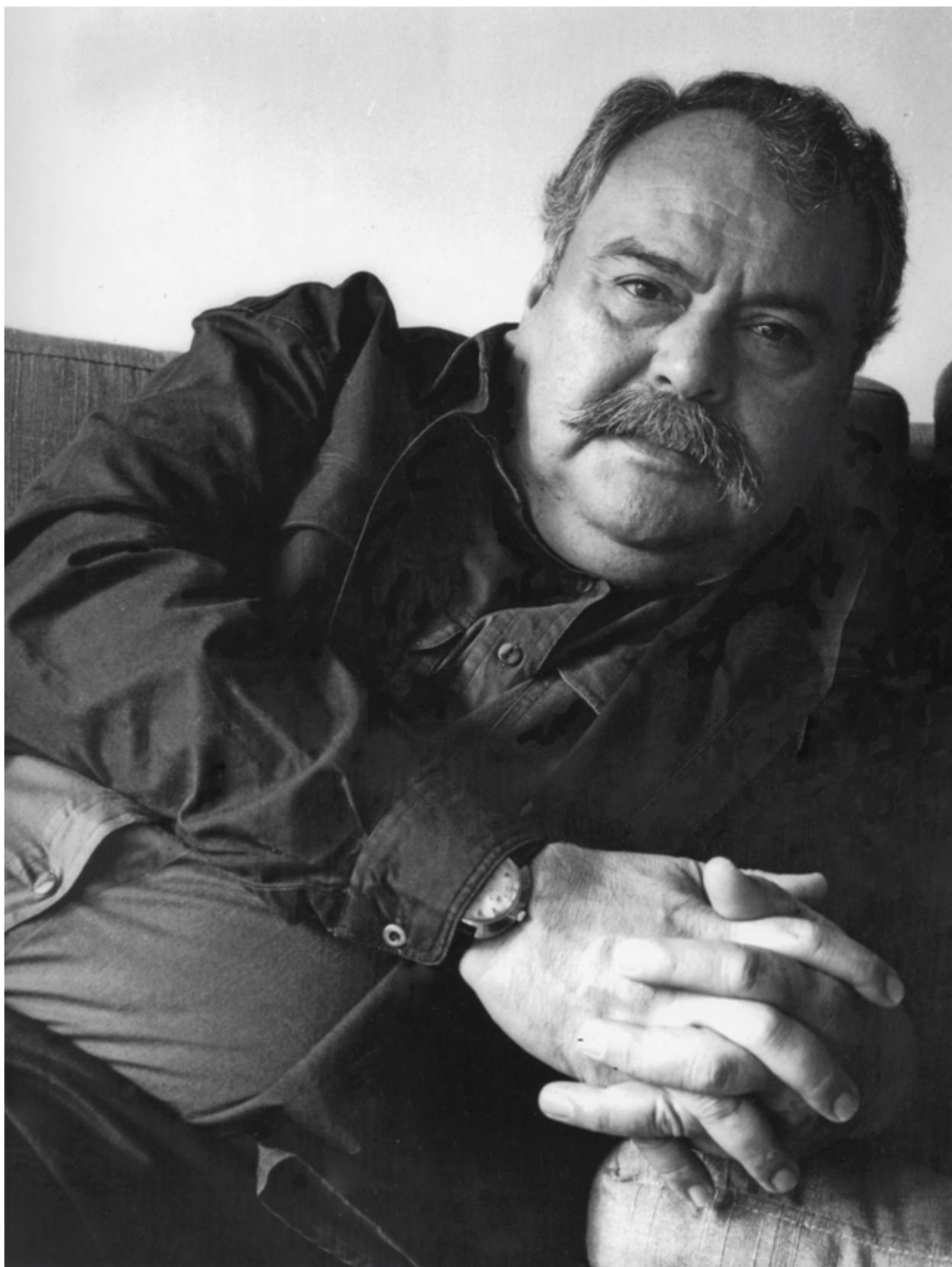
Hombre de carácter, Eraclio Zepeda sabe distinguir entre lo que es tener valor, y ser violento. La violencia se justifica si no hay libertades, lo ha dicho con toda claridad. Muchas de las grandes revoluciones que buscaban esparcir libertad y que recurrieron a la violencia se embriagaron con ella. Perdieron su objetivo y se volvieron esclavas de la herramienta. Pero debo ser congruente. He dicho, de inicio, que los recuentos de obras y acciones con frecuencia esconden lo más importante: el alma. Para mí este es un homenaje a lo que Schiller denominó un “alma bella”. Se trata de esa extraña conjunción en la cual la sensibilidad, la lectura estética, coincide con la racionalidad que debe guiar las acciones, la ética.

La estética de Eraclio Zepeda coincide con los pasos de su andar vital, con su ética. Consciente del valor del alma ha actuado en consecuencia, anteponiendo esa dimensión humana a cualquier otro cálculo de brillo, de éxito vano, de petulancia. Una expresión central en la conducta de Eraclio, de ese punto de encuentro entre la estética y la ética, es la sencillez. Por supuesto que es un valor asumido, pero hay más: es una forma de vida. Ser sencillo es ético y es estético. Es la sencillez del que sabe que lo único que permanece entre nosotros es la capacidad para sentir lo propio y sentir por los otros. Y con la sencillez, casi de la mano, aparece otro valor guía en la vida de Eraclio: la generosidad, una generosidad que se pierde en el amplio horizonte.

La vida me dio el privilegio de toparme, hace ya muchos años, con el gran Eraclio. En mi estudio guardo una fotografía de Laco reposando en una hamaca, son-

riendo. ¿Podría ser de otra forma? Sonriendo para la cámara, inevitable. Sonriendo para el curioso que lo observe, sonriendo para sí mismo, sonriéndole a la vida. Es él en toda la extensión de su personalidad, con sus enormes cachetes, con sus ojos de picardía madura, rodeado de sí mismo, aceptando sin reparos que la vida corre por él, por nosotros, y que ese fluir incontenible del tiempo, una de las grandes avenidas emocionales de Laco, obliga a valorar el instante.

En cada ocasión que mis ojos se pasean por esa imagen, cuando no lo he visto y lo extraño, pienso en el privilegio de conocer y poder mirar a los ojos a la mayor “alma bella” que, con toda sencillez, camina los territorios que frecuento. Yo no cambio nada por un abrazo de Laco. Un abrazo delicioso que recuerda por qué la existencia tiene sentido y además puede ser gozosa. Mi querido Laco, vine a eso, a darte (a darnos) un abrazo cargado de admiración y cariño. **U**



© Rogelio Cudde

Eraclio Zepeda, 1992

# Conversación inédita con Gutiérrez Vega

# Los elementos del placer

Pilar Jiménez Trejo

*Dos semanas antes de su muerte, el poeta Hugo Gutiérrez Vega conversó en torno de su juventud, su militancia política, su paso por la diplomacia y su encuentro germinal con Grecia. Sobre todo, en el centro de sus palabras está la búsqueda de una vida regida por el amor a la poesía y el placer elemental que hay en las cosas aparentemente inútiles de la existencia.*

*Aquí paré mi tienda. Sólo espero  
esa fiesta nocturna. Me moriré  
cuando el placer termine.*

H. G. V.

La tarde del pasado 7 de septiembre el poeta Hugo Gutiérrez Vega revisaba en su oficina de “La Jornada Semanal” las pruebas de su columna “Bazar de asombros” que el domingo siguiente dedicaría al doctor Gérard Guasch, un terapeuta, traductor de Omar Khayyam y estudioso de los poetas sufíes, divulgador del pensamiento taoísta y autor de *El camino del Tao*.

Inmerso en el mundo del periodismo cultural, en la divulgación de nuevos autores, en la poesía, los recuerdos de Grecia y el mar, haciendo citas en portugués para hablar de sus años como diplomático, el poeta concedió una entrevista donde el placer y la muerte también fueron temas. Es probable que esta haya sido la última conversación de este tipo que concedió Gutiérrez Vega; la lucidez y la memoria de este gran pensador de 81 años quedaron en silencio el 25 de septiembre tras su muerte, pero al evocarlo siempre nos estará recordando

que consumamos poesía como un artículo de primera necesidad.

*Maestro, ¿cómo va el libro secreto que está escribiendo?*

Estoy a punto de terminarlo, son treinta y tantos poemas sobre el final y los estoy haciendo con mucho cuidado para no caer en el melodrama y sobre todo evitar a toda costa la autocompasión; no sé si vaya a ser alegre o no, pero es una reflexión sobre el final no sólo de un ser humano, sino el final de todas las cosas.

*De las actividades que ha ejercido, como la diplomacia, la actuación en teatro y cine, la docencia, la difusión cultural, la traducción, parece que la poesía y el periodismo ocupan por ahora sus días...*

En primer lugar gozo mucho mi trabajo de editor en “La Jornada Semanal”. A pesar de que soy un anciano, con el periodismo cultural sigo descubriendo, todavía puedo aprender, y el periodismo me entrega ese caudal dialéctico de discusión de contrarios, de opuestos, y de alguna manera me sirve para mantenerme al día sobre lo que está pasando en el mundo, y particularmente en

el mundo de la cultura; así que digamos que es parte del oxígeno que recibo al día.

El periodismo cultural ha sido una actividad fundamental en mi vida, lo empecé a ejercer muy joven en Guadalajara, después fundé un suplemento en Querétaro que se llamaba *Andayomóji*, que significa en ñañú “Tierra nueva”. En aquella época no había todavía la recuperación del indigenismo en la literatura, así que fuimos pioneros del respeto y la recuperación de las culturas indígenas. Más tarde dirigí la *Revista de la Universidad de México* durante varios años. Después escribí en muchísimas publicaciones dedicadas al periodismo cultural como la misma *Revista*, en *Siempre!*, en *Novedades*, en *Cuadernos Hispanoamericanos* en Madrid, *Estafeta*, *La Nación* en Buenos Aires. Es decir, toda mi vida ha estado, al lado de la poesía y del teatro, el periodismo cultural.

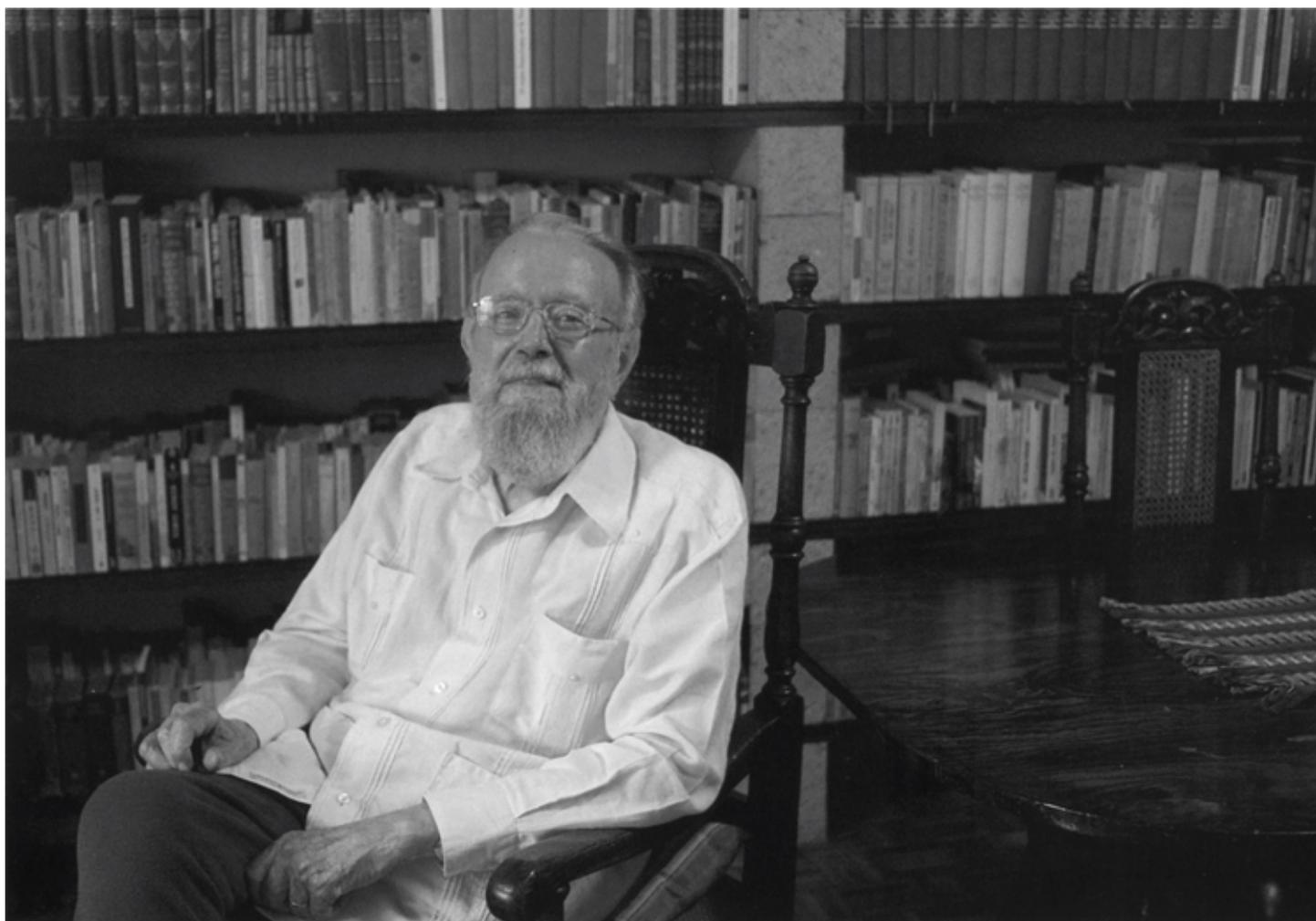
El que quiera dedicarse al periodismo cultural tiene que tener una formación cultural seria y al mismo tiempo ser creador; eso sería lo ideal, no una obligación indispensable, pero sí lo ideal. Un creador y al mismo tiempo con una amplia visión de la cultura de todo el mundo, no sólo del propio país, aunque haciendo hincapié en ello. Decía Alfonso Reyes con mucha razón que, para amar lo ajeno hay que conocer lo propio.

*Usted ahora mismo revisa su columna semanal “Bazar de asombros”. ¿Por qué la tituló así?*

Es formalmente una miscelánea, se titula “Bazar de asombros” porque bazar en buen mexicano da la idea de que todo cabe en un jarrito sabiéndolo acomodar. En un bazar hay de todo: vida cultural, cultura popular, cultura nacional, internacional, teatro, cine, acontecimientos, viajes, memorias, por eso tiene la amplitud, la versatilidad de la miscelánea, pero no se trata simplemente de dar chispazos, sino de profundizar un poco en las cosas. Por otro lado, memorias inmediatas que simplemente requieren un oficio, porque la primera obligación del periodista cultural es escribir bien, ya viene después un conjunto de obligaciones, pero la primera es escribir bien.

*Me gustaría que contara sus recuerdos de cuando vino de Guadalajara y era militante panista. Aquí se encuentra con sus dos grandes amigos: Carlos Monsiváis y Sergio Pitol.*

De joven, por razones tapatías, alteñas, de familia y de educación, milité en el PAN, del que me corrieron por comunista, como después me corrieron de la Universidad de Querétaro cuando fui rector por dos hermosas razones: por comunista y pornógrafo, y eran ciertas las dos. Así fue mi paso a la izquierda. Esto es una cosa muy rara, porque lo normal es ser incendiario de joven



Hugo Gutiérrez Vega, 2014

© Rogelio Cudillir

y bombero de viejo, que se parta de la izquierda y se llegue a la derecha. A mí me pasó al revés, y llegué a la izquierda en la que me he quedado.

*En esos inicios está su amistad con Carlos Monsiváis...*

Desde muy joven inicié la relación con Monsiváis. Fue a partir de un concurso de oratoria de *El Universal*, que yo gané. Monsiváis ya no me escucha; si me escuchara hablaría por teléfono para protestar: era discursero, les hacía discursos a los campeones del Distrito Federal; yo concursé por Jalisco y le gané. A raíz de eso nos hicimos enemigos, y luego muy amigos. Enemigos ideológicos y amigos literarios; después tanto ideológicos como literarios. Durante mucho tiempo no nos vimos hasta que regresé de Italia con mi primer libro, *Buscando amor*, y él lo reseñó. Después nos vimos muchas veces cuando yo era rector de la Universidad de Querétaro. Él iba a dar conferencias y a apoyarme en todas las actividades de renovación que intentábamos hacer en la rectoría de la Universidad. A Pitol lo conocí curiosamente después de conseguirle un trabajo en Bristol. Yo era agregado cultural en Londres, y después del 68 le conseguí un trabajo a Monsiváis en Essex, mientras José Carlos Becerra viajaba con la beca Guggenheim, y Pitol llegaba a Bristol. Allí empezó mi amistad con Sergio. Estoy hablando de 1969; una amistad más tardía que la Monsiváis. Sin embargo, fue una amistad muy estrecha, convivimos en Londres, nos veíamos y nos escribíamos con frecuencia, y cada vez que nos reuníamos en México íbamos a comer al Bellinghausen. Un día tuvimos la noción de nuestra edad: estábamos comiendo y de repente entró al restaurante un viejito, pero viejito que apenas podía caminar, se dirigió hacia nosotros, nos volteamos a ver y dijimos: de quién es compañero este viejito, de Monsi, mío, de Pitol... No, pasó de largo; era compañero de otros viejitos que estaban en otra mesa, pero en ese momento nos dimos cuenta de que, como decía Wordsworth, el inclemente señor venía en camino. Para Monsiváis ya llegó, para Pitol anda llegando y para mí anda llegando.

*Usted creció en un mundo católico. ¿Qué reflexión hace ahora sobre el concepto religión?*

Hay que utilizar el concepto original: religión significa religar, es decir, unir a los individuos en torno a una idea, a un principio, en torno a una serie de conceptos, así es que en el aspecto original la palabra nos puede dar luz. Las otras religiones son cuerpos administrativos políticos; afortunadamente en la religión católica Francisco, el nuevo papa, está modificando un poco las cosas. La religión de alguna manera enriquece la vida humana, pero así como la enriquece puede empobrecerla con el fundamentalismo. El fundamentalismo es el peor enemigo no sólo de la religión sino del ser

humano en general, con su actitud cerrada, violenta, intolerante. Entonces, la religión religa: abre campo a todas las ideas, perdonando, tolerando; la religión que está ahora preconizando Francisco es una buena idea, y yo estoy muy viejo ya, pero tengo un enorme respeto por esa religión de la que estoy hablando. Por la religión fundamentalista y politiquésca no tengo ningún respeto.

*En un poema usted advirtió: "Me moriré cuando el placer termine"...*

El placer es un concepto muy amplio. No sólo se trata del placer físico; por supuesto que el placer sexual es importantísimo, pero yo estaba hablando del placer en general: el placer frente a los alimentos y frente a los alimentos terrenales, como frente a un paisaje. En este tiempo donde la economía parece regirlo todo, hay que recordar lo que decía un ensayista italiano, Fabrizio Andreella: tenemos que negarnos a que la economía nos diga qué es lo fundamental en la vida de los hombres. Tenemos que decir que lo fundamental es lo inútil: un paisaje, una puesta de sol, la sonrisa de un niño, la facilidad de un pueblo. Eso que es aparentemente inútil es lo que realmente importa en la vida humana. Todos estos son los elementos del placer, y si se acaba el placer, se acaba la vida ¿Qué le queda a uno? Irse prudentemente.

*¿La patria verdadera sigue siendo la infancia?*

Es la época en que todo es nuevo. Todas las mañanas el niño descubre al mundo, y por eso aquí es tan importante la educación sentimental. Estas cosas aparentemente inútiles son la escancia de la vida. Por eso es terrible la idea de que un niño muera; la fotografía que salió hace poco de un niño sirio muerto en una playa turca es verdaderamente impresionante: parece que está dormido, está muy tranquilo, muy bien vestido y arregladito por la mamá, pero muerto, aunque quisiéramos que estuviera simplemente dormido.

*Usted fue miembro del servicio exterior mexicano. Representó durante 33 años a nuestro país como agregado cultural y cónsul general en países como Estados Unidos, España, Italia, Brasil, Rumania, Líbano, Chipre, Moldova y Puerto Rico, y como embajador ante Grecia. Eso le permitió conocer y viajar por otras literaturas y universos, pero también al dejarlos tuvo que desprenderse de algo...*

Efectivamente, a lo largo de la vida vamos desperdigando el ser, vamos dejando girones de nuestro propio ser en las ciudades donde vivimos, donde nos movimos; y al mismo tiempo nos llevamos algo de esas ciudades. Hay una relación dialéctica en el viaje y en la estancia, sobre todo en la estancia en la vida diplomática verdadera, no en la vida diplomática improvisada. Mucho se queda y mucho se viene con nosotros, en eso consiste el juego y no queda otra. Así es el mundo, como decía Pío Baroja.

*¿Cómo fue su inicio en la diplomacia?*

Me inicié como agregado cultural en Roma en 1963. Don José Gorostiza, que era el secretario de Relaciones, me fue a despedir y me dijo una frase que me acompañó siempre: “Acuérdese, Hugo, que los viajes ilustran, pero también extrañan”. Me lo decía en muchos sentidos. Me recomendó escribir un verso al día para mantener la mano ágil. Yo le dije: “Don José, ¿qué autoridad moral tiene usted después de *Muerte sin fin* y de ‘Declaración de Bogotá?’”, y se quedó callado. Luego me dijo: “¿Tú crees que puede escribir un poema una gente que dice cien veces al día: ‘Reitero a usted las seguridades de mi más atenta y distinguida consideración...?’”. Respondí que sí y añadí: “Si Seferis pudo, si Saint-John Perse pudo, si Paul Claudel pudo, y Octavio Paz pudo... por otra parte, no se sienta usted presionado, ya escribió *Muerte sin fin* y con eso basta, es como pedirle a Juan Rulfo más después de *Pedro Páramo*”.

*Siempre fue un diplomático vinculado a la cultura.*

Llegué como agregado cultural a Roma, y la estancia allí me dio la oportunidad de conocer a mucha gente. Conocí a Gore Vidal, a Balthus, que presidía la Academia Francesa en Roma y era amigo de Federico Fellini. Traté mucho a Rafael Alberti, que fue como mi hermano mayor, él prologó mi primer libro de poesía, *Buscando amor*, publicado en Argentina en la editorial Losada. En la casa de Alberti teníamos reuniones dia-

rias. Luego trabajé en una película de Pasolini, en un papelito, que se titulaba *Sombra* que pasa en la lejanía, porque eso hacía: hice el papel de pueblo, que siempre me ha gustado mucho. Conocí a Pasolini, a Vittorio Gassman, Sereni, Eugenio Montale, Salvatore Quasimodo; me acerqué mucho a la literatura italiana. Y como periodista hice varias entrevistas, una a Montale, otra a Quasimodo y otra a Seferis, así que dentro de mi trabajo de agregado cultural seguí adelante con mi trabajo de periodista cultural. Y además la poesía siempre fue una constante; mi primer libro, que tiene un hermoso prólogo de Rafael Alberti, lo escribí en Roma. Después en cada país en el que he estado he escrito uno o a veces tres libros, como es el caso de Grecia, pero no son libros en el plan narrativo, sino simplemente experiencias emocionales sobre esos países y mi estancia allí.

*Combinó la poesía con la diplomacia.*

Como decía Machado: a mi trabajo acudo, con mi dinero pago... Siempre me gustó el trabajo diplomático. ¿Cómo hice poesía? Robándole horas a la noche, trabajando de noche. Siempre he sido animal nocturno, como gente de teatro soy muy de madrugada. Entonces me daba tiempo para escribir, y sobre todo para corregir, que a veces es más difícil que escribir.

*¿La curiosidad de periodista y escritor lo aproximaba más al país en el que residía?*



Muchas veces los diplomáticos viven en un gueto y no se acercan a la gente del país; yo recomiendo que se hable la lengua del país. Por ejemplo, en Grecia, la mayor parte de mis colegas, cuando yo era embajador, no hablaban ni entendían el griego; vivían en el gueto anglo... Si sabes la lengua del país puedes leer la poesía, el periodismo cultural, y acercarte a la cultura de esa nación. Es indispensable conocer el idioma del país al que se llega como diplomático, y Relaciones Exteriores debería tomarlo en cuenta y procurar que los diplomáticos hablen la lengua del país al que van: chino, árabe, japonés, ruso, griego... Es condición indispensable y además le conviene al diplomático, porque el viaje será más enriquecedor; de lo contrario, es pasar de un gueto a otro, de un Holiday Inn a otro, de una hamburguesa a otra.

*Grecia ocupó un lugar muy especial en sus viajes...*

Sí, Grecia fue un lugar fundamental. Llegué en un momento de mi vida en que podía asimilar conocimientos con facilidad, acercarme no sólo a la cultura sino al pueblo griego, a la realidad griega. Y no nada más a la cultura griega clásica, sino lo más importante: a la literatura moderna griega, a sus poetas magníficos, que eran muchos. Piense usted en Cavafis, Elitis, Giorgos Seferis, Ritsos, Livaditas, todos extraordinarios.

*¿En dónde estudió griego?*

Primero en Brasil, cuando era cónsul general comencé a estudiar griego tras la noticia de que me mandarían a Grecia. Tuve tres meses de preparación. Yo sabía algo de griego clásico por mi formación con los jesuitas, pero de allí pasar al griego moderno es como ir del latín al español: hay raíces, hay remotas influencias, pero es una lengua muy distinta. Lo que estudié en Brasil fue griego moderno y llegando a Grecia tomé cursos intensivos de griego.

Sobre mis estudios de griego hay un chisme muy sabroso. Yo era cónsul en Río y a veces acudía a un *terreiro de macumba*. La directora del *terreiro* era una hermosa negra vestida de blanco que fumaba su *charuto*, su puro. Yo no participaba en los rituales, pero los veía con gran respeto: ese girar para que entrara el *orishá* en el bailarín, y ese momento cuando se prendía el puro y venían las revelaciones... Yo simplemente iba porque me parecía muy pintoresco, muy hermoso y muy alegre. Por otra parte, la macumba no es ni mucho menos evangelizadora; escribí un poema sobre eso que dice: "El tambor de macumba, blanca trepidación en plena noche, no está llamando. Toca para sí mismo...". Un día mi amiga, que sabía que yo era el cónsul general de México, me invitó a su saloncito, me dio mi puro, mi cachaza y me dijo entre otras cosas: "El señor tiene que estudiar la lengua de la Antigüedad", lo dijo en portugués. Le comenté a un amigo qué pensaba de eso y me dijo: no

sé, como hablan en enigmas es difícil... A los ocho días me llamó por teléfono Bernardo Sepúlveda, para informarme que me habían nombrado embajador en Grecia, que tenía que aprender la *lingua* de la Antigüedad...

Cuando llegué a Grecia ya había estudiado y leído sobre ese país; llevaba cierta amistad con Odiseas Elitis, que me había orientado mucho sobre la poesía griega; conocía al director del Teatro Nacional Griego. Poco a poco me fui interiorizando de la cultura griega moderna, que en algunos aspectos es tan impresionante como la clásica.

*Luego le dedicó por lo menos tres libros a Grecia.*

Sí, el primero se titula *El nombre oculto de Grecia* (1991), el segundo *Cantos del despotado de Morea* (1993) y *Una estación en Amorgós y otros poemas* (1996); esa es mi trilogía griega.

*El mar ha sido fundamental en su obra.*

Estando en Grecia sí, Grecia es el mar, sobre todo Sunión, el Cabo Sunium como le llaman, que está al final de la Ática: desde lo alto del templo vislumbremos que aquí está todo el mar. La sensación marítima me hace seguir pendiente del mar, lo sigo sintiendo en el alma y lo busco cada vez que puedo. Lo encuentro cada vez menos porque camino con dificultad, pero cada vez que puedo voy al mar. Tengo varios libros en donde hablo del mar, a pesar de vivir ahora en esta Ciudad de México, tan lejos del mar en todos sentidos.

*¿A qué lecturas de poetas vuelve y sigue admirando?*

Sobre todo López Velarde... también Pellicer, Gorostiza, Sabines, de los mexicanos; de los griegos Elitis, Seferis; de los franceses a Rimbaud; de los españoles Gustavo Adolfo Bécquer y todo el Siglo de Oro. Vuelvo con cierta frecuencia a Homero y Lope de Vega, a Garcilaso, a Jorge Manrique, Rilke, Rimbaud y a López Velarde. ... Cuando le preguntaban a Alberti qué poetas lo habían influido contestaba: la poesía.

Yo siempre recomiendo que lean poesía, que regresen a la poesía; por ejemplo, ahora el *Material de Lectura* de la UNAM está reeditando a tres poetas importantísimos en nuestra literatura: López Velarde, José Gorostiza y Jorge Cuesta; hay que adquirirlos y leerlos nuevamente. La poesía, ya lo he dicho, debe ser un artículo de primera necesidad.

*Maestro, tiene usted una estupenda memoria...*

Es una de las pocas cosas que conservo...

*¿Y cómo la ejercita?*

Leyendo, platicando. Se me han ido muchos amigos, cada vez tengo menos, pero me aferro a los que tengo para comentar, y sobre todo leyendo, leyendo mucho. **U**

*La Ley Orgánica de la UNAM*

# Una joven septuagenaria

Ignacio Carrillo Prieto

*Este 2015 se cumplen 70 años de la proclamación de la Ley Orgánica de la UNAM, resultado de un trabajo colectivo de mentes brillantes del derecho y norma vigente que estableció la existencia de la Junta de Gobierno y el Patronato Universitario como el recurso más original para dar estabilidad y fortaleza a la autonomía y funcionamiento de la máxima Casa de Estudios.*

*A las compañeras y los compañeros que, juntos, empeñaron su honor por el buen gobierno universitario, confiado a sus diligentes y filiales desvelos*

Algunos la han juzgado la más perfecta norma legal mexicana, entretejida por la sabiduría jurídica y política de Alfonso Caso, Antonio Martínez Bález, Miguel Valdés Villarreal, Raúl Cervantes Ahumada, Antonio Carrillo Flores y Mario de la Cueva, maestros de los maestros de la entonces todavía Escuela Nacional de Jurisprudencia.

Nace al tiempo de otra victoria, la de los Aliados, y de la instauración del Welfare State de Keynes, Beveridge y Roosevelt, reformismo social gradualista que contribuyó a impedir el alineamiento con el eje soviético, un expediente estratégico que, con todo, produjo frutos benéficos de orden social y económico en la posguerra y al principio de la Guerra Fría.

Nosotros, cronológicamente, nacimos con ella entre los periodos de Ávila Camacho y Miguel Alemán. Aquel *Presidente Caballero*, mofletudo y apacible, era creyente a fuerza de tener que silenciar definitivamente las balas cristeras que habían sido disparadas apenas ayer por los privilegiados burócratas de la jerarquía eclesíastica mexicana contra los vencedores, poco dados a devociones, la añeja y polvosa oferta de una elite desmemoria-

da del mensaje de Cristo, en retirada, reacia a jubilarse, refractaria a salir de la arena política y que ya había echado sus últimos tiros al aire, rubricando su retracción definitiva e irremediable entre retobos, lacrimosa y rencorosa hasta lo indecible.

La Universidad, criatura entonces adolescente, no tenía forma de sustraerse a esos y otros violentos vaivenes de aquel reacomodo militar político.

A la Universidad el enredo del proceso de su autonomía pudo haberle valido la muerte y no faltaron quienes, con razones falsamente doctas, se la sentenciaban a cada paso durante los siguientes años. Pero se requería de algo más que augurios macabros para lograrlo: la renuncia de los universitarios a la incontable riqueza de su estirpe, imposible por contradictorio, y porque dicha dimisión es y será inconcebible.

Cuando surgió la autonomía legal ya se había cosechado, entre frutos sangrientos cultivados por nosotros, la furia intransigente de dos grupos de fanáticos, influyentes y antagonicos, que incendiaron el país con absurdos conflictos pseudoreligiosos, que eran en el fondo

la disputa, armada, la última entre las elites de la Iglesia y el Estado por hacerse del control social.

Cuando nació la autonomía en las palabras de la ley ya se había roto el primer pacto generado y arbitrado por un Jefe Máximo —así bautizado por Luis León—, jefecillo rencoroso con los caudillos militares o no que pudieran hacerle sombra, “al peor de los generales, como lo juzgaba su compadre Obregón”, simulador de instauraciones institucionales, ya que la única que le importó apuntalar fue su imperiosa presidencia vitalicia, nutrida de crímenes y connivencias.

En aquel momento cobró todo su sentido la frase que labró Vasconcelos para el discurso inaugural de su rectorado:

pues antes que venir a pedirles trabajar por la Universidad vengo a invitarles a que la Universidad trabaje por México... En horas de soledad —añade— imaginé el escudo universitario que presenté al Consejo dibujado toscamente (el águila americana y el cóndor de los Andes con las alas desplegadas resguardando la geografía de América, asentada sobre volcanes y cactáceas, todo ello rodeado por el lema “Por mi raza hablará el espíritu”) pretendiendo significar que despertaba nuestra raza, después de la larga noche de su opresión, extrayendo de su dolor secular fuerzas para creaciones poderosas.

Recuerdo de otras palabras tuyas, que expresan su visión caudillista, aun siendo enemigo del caudillo sanguinario que un día encomió: “La tarea de la cultura es lenta pues requiere un conjunto de circunstancias que rara vez coinciden y un hombre de genio que consume la síntesis”. Por cierto, lo mejor de Vasconcelos fue su herencia: Gómez Arias y Germán de Campos.

Queda aquí afirmada la consustancialidad de la Universidad con sus libertades y potestades, principalmente la autonomía al recordar los incesantes empeños de sus profesores y estudiantes; unguir es condición esencial a las palabras de la ley.

Palavicini, Cravioto y Macías elaboraron en 1914, arriesgando su libertad en días lóbregos —los de la dictadura de Victoriano Huerta, el traidor dipsómano y su séquito de cobardes—, un proyecto legislativo valioso, aunque vacilante, puesto que postulaba la autonomía como norma que debía ser “autorizada”, pretendiendo así no alertar al Chacal y distraerlo con envanecimientos.

“Es indispensable —opinó hace tiempo la cronista institucional doña Clementina Díaz y de Ovando, insustituible e inolvidable, la primera mujer que tuvo sitial en la Junta de Gobierno— decirlo hoy con claridad meridiana, lo que ha sido siempre la profunda convicción de esta comunidad: universidad y autonomía son términos indisolubles y deben ser realidades inseparables”, pero añadimos, con todo, nunca aparecen —y la

historia lo muestra— de modo estable, definitivo e in-conmovible; por el contrario, se consolidan al luchar por ellas y quedan fortalecidas cuando los extremos reales y conceptuales que las enlazan, a saber, sociedad y Estado: las impulsa la primera y, el segundo, las respalda y protege sin taxativas.

También es necesario reconocer con emocionada gratitud el brillante trabajo de don Ezequiel A. Chávez para establecer legalmente el régimen autónomo, que mereciera el juicio laudatorio del propio Vasconcelos y enaltecer, asimismo, la iniciativa de los estudiantes de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, encabezados por Jorge Prieto Laurens, contenida en el memorial que, en 1917, dirigieron a la Cámara de Diputados en el que sostuvieron que la esencia de los organismos universitarios es la autonomía, comunicación que, por supuesto, no obtuvo nunca respuesta. Pero en 1923 ese joven estudiante se convirtió en uno de los hombres más poderosos de México, pues había alcanzado a reunir, en sus manos, fuerzas decisivas en la política nacional y era el líder indiscutido de la mayoría parlamentaria y de los jóvenes revolucionarios ya bajados de sus cabalgaduras. Entonces llegó para él la hora que soñó con sus compañeros universitarios y animó a la Federación de Estudiantes de México —fundada años atrás por él en la Escuela Nacional Preparatoria— a proponer la autonomía, haciendo suyos y de sus partidarios los planteamientos juveniles, traduciéndolos en la iniciativa de ley correspondiente. El destino de estos empeños no fue el que se propusieron sus autores, pues Vasconcelos, en su calidad de secretario de Educación, dejó inexplicable y torpemente escapar la ocasión excepcional aquella y se abstuvo de remitirla a Obregón para los efectos de su promulgación, desperdiciando así la acumulación de fuerzas favorables que el momento contemplaba. Luego, Calles ordenó al médico Bernardo J. Gastélum, el nuevo y dócil ministro, la sepultura en el fondo del último cajón de esa Secretaría, en la que durmió cataléptica durante años. No hay forma de entender este golpe de mano del Maestro de la Juventud como no sea que en aquel momento le importó más su ejemplar heroica campaña por conquistar el trono del supremo tlatoani que le arrebató, con malas artes, Plutarco de Aridoamérica y que la Universidad pasó a segundo plano en su voluble ánimo.

El más notable ejemplo del gran embuste sobre la autonomía es la desmesurada *Autobiografía de la Revolución Mexicana*, que es el nombre que eligió Portes Gil para narrar su vida política, de ingeniosa factura ambas. En su libro pretende que la autonomía, obtenida por universitarios tras prolongadas batallas ideológicas y legales, fue en realidad un generoso obsequio debido a la munificencia y altura de miras del Maximato, cláusula que no resiste el menor análisis, sobre todo cuando

se recuerda que, ante la huelga general de mayo de 1929, convocada por el liderazgo estudiantil de Ricardo García Villalobos y que demandaba la composición paritaria, por profesores y alumnos, del Consejo Universitario, pero no la autonomía (lo que también a veces es pasado por alto), el gobierno provisional de Portes Gil reaccionó fulminante, enviando primero y antes que nada a los policías de Valente Quintana y Pablo Meneses, que hirieron a los estudiantes so pretexto de “custodiar” los edificios escolares, para, enseguida, declarar a la prensa desconocer “los propósitos que animaban a los estudiantes en huelga”, conminándoles a comparecer ante él mismo y renunciar al pliego petitorio en el que exigían la destitución de Ezequiel Padilla, entonces secretario de Educación Pública, y del subsecretario Moisés Sáenz, ligado, religiosa y políticamente, al protestantismo norteamericano. En otro lugar (*Un día de éstos*, México, 2008) he dejado asentado datos que complementaron el conocimiento del problema y lo aquí dicho.

En distintos niveles y desde perspectivas diferentes y encontradas, tanto Vasconcelos como Portes Gil confundieron ambos por igual, el mecanismo político con la producción del conocimiento y la técnica, pasando por alto la disímbola lógica a la que cada uno obedece. El resultado no podía ser sino un equívoco, conflictivo y entorpecedor, entre la Universidad y el gobierno que, con altibajos, se ha prolongado hasta nuestros días.

Hay que traer a esta reflexión el hecho de que la Orgánica de 1945 es norma reguladora y también, como ocurre con las más trascendentes y valiosas, las constituciones, es un pacto básico, el acuerdo mínimo entre los antagonistas que al interior de la Universidad, de 1929 a 1944, durante tres agitados lustros, quisieron llevar a la Universidad de Justo Sierra a incorporarse a sus respectivas filas: primero fueron los reyes, jaloneándola hacia un lado ante la insurgencia maderista y la gerontocracia supérstite de la dictadura, las que también la zarandearon; después, la difícil cohabitación con los sonorenses llegados al poder del único brazo que le quedaba a Obregón y que la miraban con suspicacia, estimándola un nido de reaccionarios, con alguna razón, aunque requerían de las ciencias y técnicas que sólo la Universidad cultivaba y reproducía, imprescindibles para la Revolución descabalgada ya de los corceles y convertida en gobierno ataviado de frac que debía resolver la educación pública; aun así, la saluda por las comunicaciones nacionales y el riego para la agricultura y la institucionalización y legitimación legal del nuevo régimen, es decir, se necesitaban maestros, médicos, ingenieros y abogados sin los que la obra de gobierno y el cumplimiento de la promesa revolucionaria serían imposibles.

El fenómeno excepcional que representó Vasconcelos, su talento ambicioso y contradictorio, no fue la regla y los rectores que le sucedieron, dignos y brillantes pro-



Cédula Real sobre la Fundación de la Universidad de México, septiembre de 1551



fesores, eran ajenos y hasta refractarios a los antivales, las mañas y los protocolos de nuestra vernácula política empistolada.

Durante la larga noche del Maximato y sus socialismos de engrudo y cartón, la Universidad se debatió entre sus disensiones internas y el reproche revolucionario de ser el refugio de la antirrevolución. Ráfagas violentas y repentinas abatían rectores que duraban unos cuantos meses, así como la voracidad cleptómana de los socios y títeres de Calles, que empobrecieron las arcas públicas, de por sí flaquísimas, “recortando” los presupuestos universitarios, últimos en el orden de prelación de los gobiernos de Pascual Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez: un perfecto desconocido el primero, revolucionario en Michoacán y a sus horas y, el otro, un oscuro traficante fronterizo, dueño de galgódromos y de “cuartos de milla” y de licenciosos establecimientos colaterales en Baja California.

La “litis” quedó desde entonces compuesta de dos factores: las polémicas y disputadas fórmulas de designación de las autoridades universitarias por un lado y

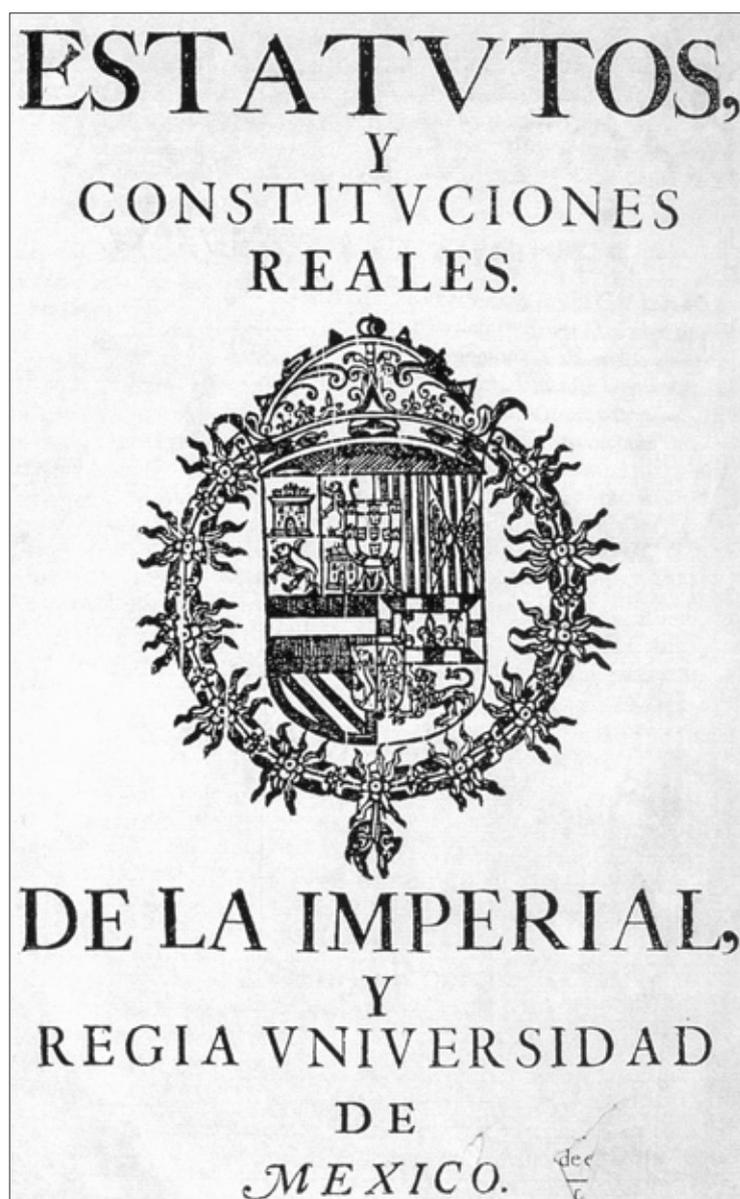
del otro la penosa y humillante aunque justificadísima petición periódica del subsidio indispensable, derecho de la Universidad incrustada en el aparato administrativo central del Estado autoritario y, por ende, merecedora de recibir y obligada a cuidar el dinero público. Así, la cuestión del rector, aunada a la del subsidio, fueron la piedra de toque de toda la legislación universitaria ensayada sin éxito, hasta que las circunstancias y la experiencia histórica permitieron a los mejores universitarios, reunidos en torno de Alfonso Caso, formular las soluciones centrales de la Orgánica de 45: la Junta de Gobierno y el Patronato. Analizar estos nuevos institutos, sintéticamente y sin pretensiones heurísticas, es objeto de las líneas que siguen.

Son estos dos de los cuatro grandes engranajes, puesto que el tercero es el Consejo Universitario General y el rector el cuarto. Así, Junta de Gobierno más Patronato más Consejo General más rector claramente diferenciados en sus competencias legales y provistos de vasos comunicantes integran la relojería de precisión de 1945, autorregulable, sustentable a lo largo de siete décadas sin nunca haber requerido, hasta el día de hoy, de intrusivas composturas, las que necesariamente tendrían que procesarse parlamentariamente, es decir, mediante un debate más efectista que profundo y experto, debate político, pues, muy riesgoso para la Universidad de México. Este peligro apareció nítidamente perfilado cuando aquella iniciativa de don Guillermo Soberón y su equipo jurídico, Fix-Zamudio, Carpizo y Valadés, el dichoso Apartado C del 123 constitucional. El sindicalismo oficialista acabó por reprobarlo y, no obstante los elaborados argumentos universitarios, nos prescribió mediante el Congreso Federal la receta del Apartado A, territorio de Fidel Velázquez y socios, redentores del proletariado “descabezado” que decía José Revueltas.

De esa forma, el sindicato universitario logró, en la cima del Estado, un grande y ejemplarizante triunfo y la administración de Soberón ganó un coscorrón en la escuela de párvulos ancianos, de eterna minoridad, la de la CTM; a ambos contrincantes por igual el profesor de las gafas verdes les recordó quién llevaba todavía la regla de dar reglazos. No había más que hacer ante ello.

Recuerdo haber asistido a la aprobación de ese *dictum* en la unánime, iletrada y obedientemente sumisa Cámara de Diputados de aquel entonces. El desorden y la indiferencia ante lo universitario, de aquellos contrarrepresentantes “populares”, permitió que, por error, Carlos Terrazas y yo también “votáramos”, cuando levantamos una tímida mano pero sólo para pedir una torta de las que se repartían a las diez de la noche, a los hambreados y sufridos legislantes y sus comparsas y corifeos.

Solamente la solidez del rector Soberón y sus colaboradores y la conciencia de la comunidad universitaria de la necesidad imperiosa de un acuerdo firme en el



tema laboral colectivo impidieron, a propósito del problema, la tentación intervencionista estatal que a no pocos burócratas les asalta de tiempo en tiempo ante la imponente presencia de la Universidad. Pero esto vino mucho después de que la Ley Orgánica de 1945 hubiera rescatado a la UNAM de las disputas facciosas de la política mexicana que por lo visto ha caminado en una línea sin solución de continuidad, la de los intereses en vez de razones, la de las emociones antes que la de las ideas, sin grandeza de miras y sin amor ninguno por la Patria; “política de campanario”, decían mis viejos, de componenda y cochupo, de sacristanes y de tartufos.

Son tres, ya se sabe, las leyes orgánicas de la Universidad autónoma; las dos primeras, de 1929 y de 1933, fueron de fabricación oficialista, más preocupadas por no perder el control del vivero: abogados, ingenieros y médicos, imprescindibles en la reconstrucción posrevolucionaria; después, necesitó el gobierno de economistas para racionalizar y tecnificar sus políticas y de arquitectos para celebrar su grandeza monumental y erigir las mansiones de las nuevas elites que habían llegado oliendo a pólvora, hedor que rápido sustituyeron con suave aroma del Chanel número cinco; más tarde necesitaron veterinarios para el caso, psicólogos, sociólogos y dentistas, pues los contables siempre estuvieron ahí, de una u otra forma. En todo caso, la Universidad incómoda era para aquellos dolorosamente insustituible y ello quedó patente hasta para el General, cuando el policardenista se puso a punto queriendo mostrar que una universidad proletaria podía ser una medicina homeopática eficaz, cuando tal idea de entrada era una contradicción y un sinsentido, un disparate. Pero no eran aquellas meras tonterías, no, de ningún modo: en México y quizá sólo aquí la Revolución soñó, bajada de la cabalgadura, con enamorar, conquistar y aherrojar domésticamente a la vieja porfirista por demás voluble. El rechazo universitario a ser obedientemente uncidos al carruaje del vencedor provocó el despecho que sufre todo enamorado desdeñado, y el rencor perpetuo y los reproches del desamor privaron entre los vencedores triunfantes pero no gloriosos, que entonces la vieron como revancha o como la zorra vieja, desdentada, una reaccionaria horripilante, con la que había que ajustar cuentas. No es fortuito que ese agrio debate, lleno de reproches de uno y otro lado, llegara un día, sólo después de la Ley de 1945 y de la Ciudad Universitaria de 1950. Una y otra, creo, se eslabonan, y el campus magnífico es hermano de la norma impecable que aquí miramos. Con CU quedó claro el triunfo de la UNAM sobre sus detractores gubernamentales; no por oportunista políticamente es menos laudable el empeño de Miguel Alemán y de Ruiz Cortines, al levantar la noble mirada que hoy nos cobija, y que la cultura de la ONU tiene como un valor universal. Por eso, cada vez que contemplamos

esa inmensa explanada, sus torres, su rojizo estadio ondulante, los mosaicos de O’Gorman, miramos también un trofeo, un triunfo magno, el de la Universidad de México, en el devenir de tiempos borrascosos, algunos francamente tempestuosos. Pero también es triunfo político y esa maravillosa arquitectura simboliza la *entente semi-cordiale* de la UNAM con el Estado del que por otro lado forma parte. Así, la Ley Orgánica de 45 fue para el derecho universitario lo que CU respecto de los venerables, pero muy viejos, edificios del barrio estudiantil en el hoy llamado Centro Histórico de la ciudad.

Cuando Miguel Alemán llegó a la presidencia nacional el Ejecutivo federal era producto nuestro químicamente puro, pues la casi totalidad de sus secretarios de Estado habíanse graduado en la Universidad. Desde este hecho puede sostenerse que aquella exitosa generación (no exenta de graves reproches acerca de su probidad) al impulsar la construcción de CU se immortalizaba con ella, erigiéndose un gigantesco arco triunfal. Eufóricos, obsequiosos y zalameros, idearon y erigieron un bodrio, un pegote, un gigantesco Miguel Alemán togado tallado en piedra volcánica y dueño de un bigotazo que le asemejaba a Stalin. Algunos osados la hicieron volar con dinamita aunque no la derribaron del todo. Esas ruinas desaparecieron, de la noche a la mañana, ya siendo rector don Guillermo Soberón. Los universitarios se extrañaron asimismo del bautizo de la gran avenida que desembocaba en la entrada principal de CU, esa que con caligrafía de concreto la proclama; los mismos cursis del primer tropiezo trastabillaron otra vez cuando los muchachos, con pegatinas sobrepuestas a todas las placas de la nomenclatura de la ancha y larga senda, hicieron desaparecer la Avenida Fernando Casas Alemán, nombre del primazo, y rebautizaron la calle con el nombre que era obvio asignarle desde un principio: Avenida de la Universidad, popularmente conocida como Avenida Universidad.

La magnificencia de la nueva sede, la osadía y novedad de sus espacios, el carácter excepcional del conjunto estudiantil agrupado a los costados del extenso paralelogramo de césped presidido por la Torre de Rectoría, cerrado por la inmensa de las Ciencias y gobernado por la gran caja multicolorida de O’Gorman, que resguarda sabidurías seculares entre millones de páginas, este prodigio inmarcesible contribuyó, en la conciencia pública, a fortalecer la imagen del noble cometido de la Institución y, así arropada por nuevos muros acogedores, recibió finalmente la confirmación social de su excepcionalidad autónoma y la confianza popular en sus capacidades espirituales, en las ciencias, las humanidades y las artes que en el nuevo recinto tenían lugar de honor: la Ciudad Universitaria de los cincuenta y la Ley Orgánica de 1945 han continuado auténticamente vivas, tanto como en su primer día, y

son parteaguas más definitivos que la Ley de 1929 y sus pequeñeces lamentables.

Una placa de bronce, reluciente como el oro, fijada a uno de los muros de la escalinata central que del asta bandera lleva a la explanada de rectoría, hace constar que se debió a los arquitectos Mario Pani y Enrique del Moral la dirección del proyecto de conjunto, al arquitecto Gustavo García Travesí su administración, además de la cooperación de los arquitectos Augusto H. Álvarez y Mauricio M. Campos, coordinados todos por el malogrado arquitecto don Carlos Lazo, muerto en un accidente aéreo y en la flor de su edad siendo secretario de Comunicaciones y Obras Públicas de Ruiz Cortines. Llor y gloria perenne a ellos y a los ingenieros, encabezados por Bracamontes y a Diego Rivera, O’Gorman, Siqueiros, Eppens y Chávez Morado, quienes construyeron embelleciendo la Casa Común del Conocimiento que mereció recién nacida la visita de los grandes: Le Corbusier, Henry Moore y Frank Lloyd Wright, atraída su curiosidad por la excepcionalidad de este feliz ayuntamiento de la vanguardia con la tradición y el de la plástica con las más avanzadas técnicas de la ingeniería civil. CU es una realización tan bien lograda como lo fue la Ley Orgánica del 45, *dos síntesis eclécticas que concilian a los opuestos, constituyendo un punto de inflexión y de despegue de la Universidad, libre al fin, pujante de vigor, abierta al futuro y capaz de emprender toda aventura del espíritu en un marco natural y cultural inédito.*

En fin, podría decirse, sin forzar las cosas, que esa feliz arquitectura contribuyó al fortalecimiento de la autonomía universitaria, pues hizo corpóreamente perceptible la rotunda presencia del saber científico, social y humanístico, que fluirían de este espacio inédito para contribuir al esclarecimiento de las grandes encrucijadas nacionales, haciendo uso de la técnica surgida del libre estatuto que es consustancial a las labores del espíritu. En aquel tiempo el título de catedrático era casi de nobleza, de generosa aristocracia, que sólo podía conferir la Universidad, esta cuyo nombre se abrevia siempre con mayúsculas.

Vasconcelos “levantó a la Nación de su letargo” —como dijo Cosío Villegas— y la ley de autonomía quiso verse como un triunfo de su legado, lo que no es exacto ni justo: Vasconcelos, como ha quedado aquí descrito, se desentendió de la autonomía que Portes Gil concedió para, entre otros objetivos, mermar las huestes políticas que arrastraba tras de sí aquel Ulises, que corría veloz en una suerte de marcha triunfal a lo largo y ancho de la República entera. La ley orgánica de 1929 es una respuesta contra Vasconcelos, oportuna aunque insuficiente y peligrosa a la larga, pues colocaba a la institución en una condición semejante a la que sufre el que se ve obligado a exhibir “caución de no ofender”, Universidad bajo sospecha de extravío antirrevolucionario

y mirada por quienes se vieron forzados a concederla en virtud de cálculos políticos, como en penoso divorcio necesario, autonomía tan exigua, tan flaca y feble que estatúa la facultad del presidente de nombrar y remover al rector y dejaba a su arbitrio la asignación de los recursos a ella destinados en los presupuestos públicos, obligándola a un interminable y grotesco *mea culpa* sin fundamento ni razón alguna. La deficiente norma no llegó a vivir ni siquiera un lustro, pues fue sustituida por la abelardiana de 1933.

En 1933, y a iniciativa de Abelardo Rodríguez, Calles se planteó la reforma de la ley aludiendo en la exposición de motivos de la misma a las “vicisitudes de la institución, al quebranto que padece y que le impide realizar, en condiciones siquiera tolerables, los fines que le incumben, tanto las enseñanzas de carácter científico y técnico como la obra de investigación”.

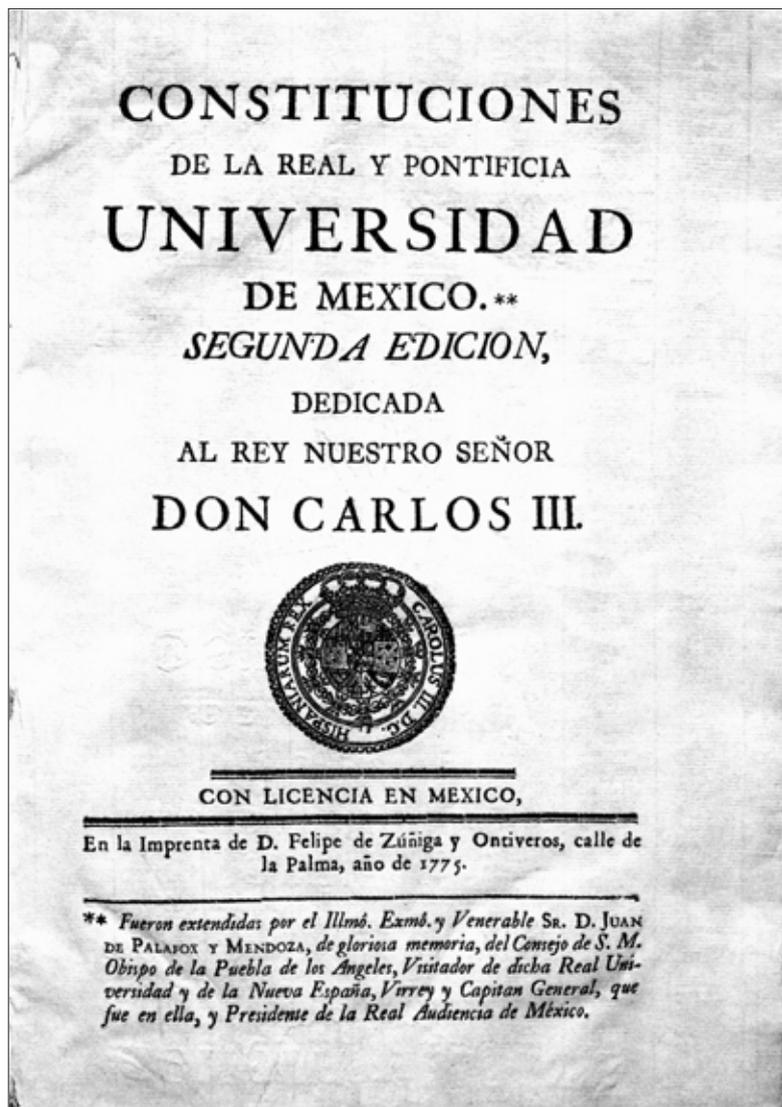
La preocupación paternalista que aquí asoma, falsa y mendaz, era en realidad la ruptura definitiva, radical e irreversible, con esta Universidad autónoma a causa precisamente de su indoblegable independencia y de su negativa sistemática a plegarse a los dictados gubernamentales. Manuel Gómez Morín repetiría hasta el cansancio su tesis de que la Universidad corifea, la Universidad ayuna de crítica era, además de monstruosa, inútil a los propósitos que buscaban los gobiernos en turno, a saber, utilizarla como una pieza más en su errático y mal trazado tablero, pues su valía estribaba únicamente en aquello que al gobierno le incomodaba, es decir, en sus libertades espirituales para conocer y en sus potestades morales para actuar, que eran y serán siempre irrenunciables. Algo de esto fue discutido con ardor en la célebre polémica Caso-Lombardo acerca de la libertad universitaria y el compromiso de los intelectuales nacidos o albergados en ella con los postulados de la Revolución mexicana y, en lontananza, también con los de la proletaria mundial. Tuvo el bajacaliforniano habilitado como presidente por el Maximato oprobioso la desfachatez de sostener, en el pliego de la motivación de aquella envenenada norma, dizque suya, que la autonomía “había hecho nacer entre los universitarios la idea de que el destino de la Universidad necesita estar en sus manos y ha engendrado, en forma por completo injustificada [!] un sentimiento de desconfianza hacia el Estado” (ni falta hace decir que era el Estado callista, acosador y pendenciero, el único incompatible con lo nuestro). En su esquizofrénica arenga el empresario de galgos y yeguas finas que despachaba en el Palacio Nacional calificó su proyecto como “el paso final en el sendero de la autonomía, encaminado a deslindar responsabilidades abriendo así una última oportunidad a quienes fincan su ideal en el manejo autónomo de la vida universitaria”, advirtiendo ominosa y torpemente que “el gobierno de la República no renuncia a ningun-

no de los derechos, que tiene como representante legítimo de la Nación y sabrá abordar nuevamente la cuestión *si los universitarios demostraren en definitiva que no están capacitados para salvar los destinos de su institución y los de nuestra cultura superior*. Con diez millones de pesos exhibidos una sola vez el Maximato pretendía consumar la ruptura. Era una suerte de “pago de marcha” para el gasto de los funerales de la UNAM, que les urgía verla ya muerta.

No es un despropósito descabellado sostener que el autor tras bambalinas de estos párrafos atroces e ignaros de todo, del derecho y de la historia en primer término, pudiera haber sido el mismo libelista de los motivos de la ley de 1929, Plutarco Elías Calles, puesto que se trata del mismo papasal reciclado.

Entre las contradicciones más groseras de aquel proemio, está aquello del gobierno como “representante legal de la Nación”. ¿Qué, no habíamos quedado desde Querétaro en que había tres poderes federales separados y distintos y que no es lo mismo gobierno que Estado? No para el presidencialismo absoluto. ¿Qué, no habíamos convenido en que la Universidad sería de la nación y no sólo de los universitarios? No para aquel indolente jugador de bacará y lector de *Mein Kampf*. Y, ¿cuándo la cultura superior fue del interés del grupo aquel en que cabían bribones y farsantes? Pero no había duda de que la cosa iba en serio, y en 68 Díaz Ordaz pretendió recordárselo a don Javier Barros Sierra, con el desenlace fatal que todos conocemos y que todavía muchos deploramos con viva indignación. Con justicia histórica la sangre inocente derramada en la Plaza de los Sacrificios acabó por atragantar a la tuna raza que fue sacada a empujones de escena, aunque quede de ella todavía alguna traza y el relato de sus picardías quintaesenciadas en el cínico dicharacho aquel de “político pobre, pobre político”, que nadie en el mundo podría aplaudir y que en nuestro país es el epítome inmoral de un “sabio pragmatismo” por el que tácitamente se consiente la expoliación. De otro modo dicho: la ley de 29 como la de 33 son las frustradas intentonas por mantener aquel matrimonio desdichado entre la UNAM y el Estado, por la “incompatibilidad de caracteres de los cónyuges”.

La Ley Orgánica de 1945, Ley Caso, aunque en su ideación y elaboración textual contara con el talento jurídico de Martínez Báez, de Cervantes Ahumada, de Noriega Cantú, de Valdés Villarreal y de De la Cueva entre los principales juristas coordinados por el rector para el debate y consecución del proyecto, nadie escatimó reconocer que aquella voluntad reformadora no hubiera desplegado esas fuerzas sin la convocatoria de aquel sabio rector, quien también descubriría la tumba-ofrenda mixteco zapoteca de Monte Albán, *highlight* en la historia de la arqueología. Cabe subrayar, de nueva cuenta, que es la de 1945 ley de universitarios para uni-



1775

versitarios, a diferencia de las dos anteriores, dictadas desde afuera y desde la incomprensiva antipatía oficial hacia lo nuestro. Si sólo fuera por ello la joven y lozana septuagenaria merecería el homenaje de la posteridad al acierto de sus breves palabras definitivas.

Los inconvenientes —que eran muchos— de la ley de 1933 los trató brillantemente Alfonso Caso en la exposición de motivos 5, del anteproyecto sometido a la consideración del Consejo Constituyente Universitario, antecedente inmediato de la vigente Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma de México. De entrada define a la Universidad como una “comunidad de cultura, es decir, como una comunidad de maestros y alumnos que no persiguen fines antagónicos, sino complementarios, y que se traducen en un fin fundamental, considerado desde dos puntos de vista distintos, pero nunca opuestos: enseñar y aprender”. Esta comunidad es organizada en una corporación pública, dotada de plena capacidad jurídica, que tiene como fin impartir la educación superior y organizar la investigación científica para formar profesionistas y técnicos útiles a la sociedad y extender con la mayor amplitud posible los beneficios de la cultura. Las autoridades de esta corporación deben



Primera Junta de Gobierno de la Universidad Nacional Autónoma de México: Jesús Silva Herzog, Mario de la Cueva, Mario Hernández, José Torres Torija, Manuel Gómez Morín, Ricardo Caturegli, Manuel Sandoval Vallarta, Antonio Martínez Báez, Alejandro Quijano, Ignacio Chávez, Alfonso Reyes, Gabino Fraga, Abraham González Ayala, Fernando Ocaranza y Federico Mariscal

distinguirse por su función ejecutiva o por su función técnica, funciones que la ley ha de delimitar pulcramente. El desarrollo de estos “tres postulados fundamentales” ha de producir la organización de la Universidad, cuya legislación ha de entenderse como el medio para realizar los fines fundamentales de la Institución.

Cuando Caso definía la Universidad como corporación pública “descentralizada” quería subrayar que ella no podía considerarse ajena a la organización del Estado. Pero supo insistir también en que el Estado debía reconocer el derecho absoluto de la Universidad para organizarse libremente con el objeto de realizar su fin, “fin ético”: formar profesionistas y técnicos útiles a la sociedad. Afirmó que

el principio de libertad de cátedra y de investigación debe quedar consagrado, junto con el principio de autonomía, como un postulado esencial para la vida misma de la institución universitaria, y esto debe ser así, precisamente porque la Universidad ha de colocarse en tal forma ajena a las cuestiones políticas, que su desarrollo técnico no se vea impedido por ellas en ningún momento. Pero si esto implica, por una parte, la abstención del Estado en la organización técnica de la Universidad, implica también, como una consecuencia de su propia definición, la abstención de la Universidad en los asuntos políticos del Estado. Esto, por supuesto, no quiere decir que el uni-

versitario, por tener tal carácter, pierda el más general e importante de ciudadano, y que no conserve todos sus derechos, de acuerdo con las leyes de nuestro país, para organizarse en la forma que lo estime conveniente, con el objeto de participar en la vida cívica; pero la Universidad como tal, ha de permanecer constantemente ajena a las cuestiones políticas.

Si se parte del principio de que la Universidad es una comunidad de cultura, el legislador, al organizar la institución, no puede calcar simple y sencillamente la organización política del Estado.

Caso preguntaba si en la comunidad de profesores y alumnos podían encontrarse intereses antagónicos por su esencia o si cabía determinar una aristocracia o grupo definible a priori que pretendiera el poder para su propio provecho. La negativa impide situar el problema de la organización universitaria como un problema de lucha entre dos grupos antagónicos, uno el de los profesores y otro el de los alumnos. El pretender que constituyen clases antagónicas significa ignorar que constituyen una comunidad de intereses complementarios, nunca opuestos. Pero pretender que no existen conflictos individuales sería también un enmascaramiento de la realidad. Ha de admitirse que el remedio de esos conflictos es una cuestión de organización técnica, a cuya realización ha de atender el legislador nacional y el universitario; conse-

cuentemente, la exposición de motivos se detiene a considerar la separación de lo político y lo técnico:

Las autoridades universitarias han tenido siempre este doble carácter de autoridades políticas, que necesitan contar con la popularidad y con el apoyo de los grupos, y por otro lado el carácter de autoridades técnicas que necesitan resolver las cuestiones de organización docente y científica, desde un punto de vista puramente objetivo. La lucha entre lo político y lo técnico ha impedido a la Universidad realizar sus fines, e indiscutiblemente ha ido rebajando la calidad de los profesores, de sus enseñanzas, de sus programas, y en consecuencia la preparación de los alumnos.

Caso propone la creación de dos tipos de autoridades: las técnicas y legislativas, por una parte, y las ejecutivas por la otra. Para la integración de las primeras se admite la colaboración de todos los universitarios en forma democrática; de esta manera es la comunidad de profesores y alumnos la responsable del aspecto esencial de la vida de la institución: el cumplimiento de sus actividades técnicas y la expedición de sus reglamentos y demás actos legislativos. Las autoridades ejecutivas, por su parte, no deben transformarse en autoridades políticas. Ha de idearse un mecanismo que impida estén comprometidas con los intereses inmediatos de los profesores y estudiantes y su nombramiento debe, en consecuencia, estar encomendado a personas de autoridad científica y moral indiscutible. Caso recurre a la figura de comité de *trustees* de las universidades norteamericanas, afirmándola como el factor más importante de su

progreso, y propone para la nuestra la Junta de Gobierno, similar a estos comités, integrada por quince personas electas por tiempo indefinido y que se renovarían a sí mismas cuando por muerte, renuncia o por haber alcanzado la edad límite, quedaran puestos vacantes.

El Consejo Universitario es concebido como autoridad legislativa y técnica, órgano mediante el cual los profesores y alumnos de cada facultad hacen oír su voz en esos asuntos. Caso sostuvo que los empleados no tendrían representación en el Consejo, porque quedarían organizados como lo determinara el mismo Consejo.

Puede visualizarse el circuito que la ley traza para el gobierno de la Universidad. El Consejo es el punto de partida y la sede de la legitimidad, pues en su composición participan y quedan representados los profesores, investigadores, alumnos y trabajadores mediante elecciones directas y universales, y son quienes van eligiendo a lo largo del tiempo a los miembros de la Junta de Gobierno en votación pública a mano alzada. La Junta, a su vez, al elegir directores de escuelas, facultades e institutos, regresa al Consejo una dotación de consejeros *ex officio*, completando así el circuito.

Amparada en dicha legitimidad la Junta nombra a los integrantes del Patronato y queda en condiciones de arbitrar los eventuales conflictos entre el rector y las restantes autoridades universitarias.

De ahí que pretender que la Junta se conduzca en medio del barullo de la plaza pública es una insensatez, aunque explicable en la noche sombría de desconfianzas y latrocinios que venimos padeciendo insomnes.

La Junta es lugar de reflexión colegiada a cargo de quienes la comunidad, mediante el Consejo Universi-



Ex rectores de la Universidad Nacional Autónoma de México: Fernando Ocaranza, Alfonso Caso, Gustavo Baz, Manuel Gómez Morín y Mario de la Cueva durante las reuniones para la elaboración del proyecto de la Ley Orgánica, 1944

tario, considera los mejores; a los mejores no se les trata como al resto y ese es el punto, pues los gobernadores universitarios lo son, en primer lugar, por la recia calidad moral de sus integrantes y tenerlos bajo sospecha y bajo suspicaces prefecturas no sólo es olvidar de quiénes se trata sino contribuir al desorden empobrecedor e infértil de la vida pública y de la política mexicana en estos aciagos tiempos que no conseguirán, si somos firmes y lúcidos colectivamente, marchitar la juventud admirable de nuestra septuagésima.

El largo camino que condujo a la ley de 45 fue recorrido por etapas,<sup>1</sup> itinerario bien planeado por los maestros que nos miran desde la imagen fotográfica de 1944, conscientes —y la expresión solemne de sus rostros así lo dice— de ser los coautores del renacimiento de nues-

tros claustros y de la unción de la Universidad como organismo público autónomo impar, voz de inteligencia y de sensibilidad social, la grave y esperanzada voz de las sabidurías ancestrales que viven aquí, entre nosotros, gracias a ellos. Ignacio García Téllez, Fernando Ocaranza, Raúl Cervantes Ahumada, Manuel Gual Vidal, Gustavo Baz Prada, Manuel Gómez Morín, Mario de la Cueva y Luis Chico Goerne, pero también los que no salieron en la foto: Alejandro Quijano, Raoul Fournier, Roberto Casas Alatraste, Alfonso Noriega, Alberto Trueba Urbina, Antonio Carrillo Flores, el joven Jorge Sánchez Cordero y la jovencísima Alicia Alarcón y, sobre todo, Octavio Medellín Ostos, magnífico hombre de quien no se conoce todavía lo suficiente, tarea pendiente nuestra, de su vida pública ejemplar. **U**

<sup>1</sup> Una cronología mínima:

1. El origen y desarrollo del conflicto de 1944, la nefasta y reprochable conducta del rector Rodolfo Brito Foucher y la gallardía de Octavio Medellín Ostos, la muerte del estudiante de Veterinaria José Castillo García, víctima de la represión gubernamental.

2. La constitución en 1944 del directorio por parte de los comités de huelga contra Brito, integrado originalmente por Fernando Ocaranza, Manuel Gual Vidal, Leopoldo Salazar Viniegra, Alfonso Noriega Cantú y Aurelio Galindo, quienes denunciaron “la crisis de valores que abatía a la Universidad”.

3. El nombramiento el 31 de julio de 1944 del viejo profesor preparatoriano don Pedro Argüelles Martín Rubio como rector interino en tanto se reunía el Consejo Universitario Constituyente.

4. En agosto de 1944, la emisión de una “Declaración de Principios” del directorio, que plantea, por primera vez y en forma manifiesta, la necesidad —como lo dejó claro Manuel González Oropeza en su espléndida investigación sobre la génesis de la Ley Orgánica de 1945— de reformar la Ley Orgánica de 1933. En dicha declaración surge la figura, que sería incorporada a la nueva ley, del Patronato Universitario y una subrayada preocupación por la autonomía y la libertad de cátedra.

5. La instalación el 3 de agosto de 1944 del Consejo Universitario Constituyente, convocada por el directorio bajo la presidencia de Manuel Gual Vidal.

6. El 7 de agosto del mismo año El Chato Noriega expuso las ideas directrices del proyecto de reforma a la anarquía que aquella norma infaustra había propiciado. Ese mismo día Alfonso Caso propuso la designación de una junta de ex rectores para la resolución del conflicto sin salida. Torres Bodet lo escuchó e hizo lo posible para que el presidente viera con simpatía esta medida feliz.

7. La excepcional valentía y congruencia de don Raúl Cervantes Ahumada, quien dejó claro, después de conocida la propuesta de Caso al presidente, de que “la única autoridad de la Universidad es la suprema de su Consejo Constituyente y la autorización a la junta de ex rectores no podía provenir del presidente de la República sino de una delegación del propio Consejo Constituyente”, junta que finalmente quedó integrada por De la Cueva, García Téllez, Gómez Morín, Ocaranza, Chigo Goerne y Gustavo Baz.

8. Rafael Preciado Hernández, Enrique Loeza, Miguel Kuri Breña, Manuel Ulloa, Mariano Azuela, Ignacio Villalobos, Luis de Garay, Ignacio Soto Gordo y Héctor González Uribe, el gran jesuita, propusieron el 4 de agosto a don Antonio Caso como rector provisional, quien superaba la edad límite legal.

9. El 9 de agosto de 1944 Mario de la Cueva introduce la idea de un consejo de quince personas nombradas *ad vitam*, siguiendo el modelo de El Colegio Nacional de Vasconcelos. Es el claro y primer antecedente de la futura institucionalización de la Junta de Gobierno, fórmula que permitiría que la política retirara sus torpes manos manoseadoras de la Universidad.

10. El 14 de agosto de 1944 los ex rectores sentaron las “Bases” rectoras de futura ley en las que aparece el Patronato Universitario, una de las cuatro ruedas o engranes del novedoso mecanismo tal como lo hemos descrito al principio.

11. Instalación, el 23 de octubre, del Consejo Constituyente Universitario en el Anfiteatro Simón Bolívar de San Ildefonso.

12. Presentación, el 29 de noviembre, del anteproyecto de ley por Caso, quien, prudente, recordó que la ley no es nunca la solución fácil y mágica al problema nacional.

13. Publicación, el 6 de enero de 1945, de la Ley Orgánica de la Universidad en el *Diario Oficial de la Federación*.

## LEY ORGANICA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

1945

Al margen un sello con el Escudo Nacional, que dice: Estados Unidos Mexicanos.—Presidencia de la República.

**MANUEL AVILA CAMACHO**, *Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:*

Que el H. Congreso de la Unión, se ha servido dirigirme el siguiente

DECRETO:

“El Congreso de los Estados Unidos Mexicanos, decreta:

### LEY ORGANICA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

**Artículo 1º** La Universidad Nacional Autónoma de México es una corporación pública —organismo descentralizado del Estado— dotada de plena capacidad jurídica y que tiene por fines impartir educación superior para formar profesionistas, investigadores, profesores universitarios y técnicos útiles a la sociedad; organizar y realizar investigaciones, principalmente acerca de las condiciones y problemas nacionales, y extender con la mayor amplitud posible los beneficios de la cultura.

3

# Descenso al Bowery

Vicente Quirarte

*Con el trasfondo de una Nueva York decimonónica tan abigarrada como fascinante, La isla tiene forma de ballena — novela de próxima publicación en el sello Seix Barral— despliega una trama que mezcla la intriga política con el suspenso digno de un relato policial, en lo que es una nueva muestra del talento plural de Vicente Quirarte, nuevo integrante de El Colegio Nacional.*

Como muchas otras voces fundadoras de la isla, *Bowery* proviene del holandés *bowerij*, que significa granja. Antiguamente llamado Camino a Boston, había afianzado su nombre con orgullo. Calle, barrio y querencia, extendía su poderoso y sanguíneo brazo a lo largo de kilómetro y medio. El comercio que en la orgullosa arteria de Broadway se exhibía en vitrinas lujosas, aquí ocupaba el espacio más democrático de la acera. Además de los innumerables comercios establecidos, vendedores de jabón, fruteros y comerciantes en ropa de medio uso pregonaban simultáneamente su mercancía. La noche de sábado en el Bowery parecía haber atraído a toda la población de la ciudad. Omnibuses repletos de ocupantes que abandonaban los vehículos precipitadamente, como sardinas liberadas de su encierro, parvas de *Bowery boys* con traje flamante y zapatos fuertes entraban a las numerosas cervecerías que ostentaban letreros en grafía y lengua originales de Alemania; muchas dependientes de Broadway, con su salario recién pagado en la oferta callejera conseguían lo que en las tiendas donde eran dependientes jamás podrían comprar. Las animaba un silogismo de oro: John Jacob Astor gana diez dólares por minuto: si tengo diez dólares en la mano soy por un minuto tan rica como él.

Zeus Arrieta y Sebastián Casanueva bajaron del tren en la estación junto a Cooper Union, en la desemboca-

dura del río humano del Bowery. Les salió al encuentro el gran mercado Tompkins, donde las carnes, exhibidas como joyas en escaparates, atraían a compradores venidos de muy lejos. Con el mismo carácter protagonista brillaba el edificio de Tamany Hall, cuya fachada lucía los nombres de los candidatos republicanos para la próxima legislatura. En medio de todo ese derroche de luces y ofertas, destacaban las cuatro imponentes columnas dóricas del Great Bowery Theatre, reconstruido después de los incendios. Padre y emperador en la corte de los milagros ocupada por tabernas, bares de ostras e incontables cafés concierto, era como si el teatro diera nombre al barrio y a la calle y no a la inversa. Sobre sus muros estaban sobrepuestos anuncios de las obras que habían durado más tiempo en cartelera: *The Red Robber of the Blue Hills*, *The Pirate's Daughter*, *The Black Crook*. Los blancos querían ser negros en los numerosos cafés concierto donde alternaban el banjo, el violín y los tambores.

Casanueva no tenía duda de que en el barrio bravo podían encontrar información valiosa, pero no se le escapaba que en ese medio Zeus Arrieta se sentía más natural y más libre. Avanzaba majestuoso y seguro en medio de ese torbellino de voces, perfumes y energías. “Sólo hasta la plaza Chatham. Más allá comienzan los Five Points. Se puede entrar pero salir quién sabe”. Había sido la advertencia de Arístides Bringas.

—Un trago preciso, en el momento adecuado, riza el cabello, abrillanta la mirada, afianza la dentadura y despierta el amor por las mujeres —dijo, expansivo, Zeus Arrieta.

—¿No extraña su arpón ballenero, don Zeus?

—Es parte de mi vida, como te habrás dado cuenta, muchacho. Hubiera sido muy escandaloso traerlo. Pero no vengo desnudo.

Le mostró el temible cuchillo en su chaqueta.

—¿Sabes de dónde viene el nombre de este cuchillo?

—Algo intuyo, pero si me cuenta la historia, mejor.

—El cuchillo Bowie, como muchas otras cosas, es un invento de nuestros invasores pero a nosotros los mexicanos nos toca parte de su autoría.

—¿Cómo es eso?

—James Bowie fue uno de los defensores muertos en el fuerte del Álamo. Para pelear utilizaba un sable que rompió en uno de los enfrentamientos. Con lo que le quedaba, Bowie siguió peleando y se dio cuenta de

que el tamaño del arma era ideal para maniobrar. Es menos largo que un sable pero su hoja es pesada y tiene filo por los dos lados. Letal y perfecto el juguetito.

Del interior de los *beer garden* salían, además de las risas, cantos de la patria de origen de sus dueños y parroquianos. A la entrada de un estrecho local, ataviada con enormes arracadas y todas las pulseras del Oriente, una gitana de cabellera brava, a punto de ser bella, invitaba —obligaba— al transeúnte a que su suerte le fuera revelada. Asíó fuertemente a Casanueva por el brazo. Zeus Arrieta lo animó:

—Anda, muchacho, no te va a morder.

—Morderme no, pero robarme sí. ¿No se acuerda lo que dice Cervantes en “La gitanilla”? Esta gente no puede evitar despojar al prójimo de lo suyo.

—No me acuerdo porque no sé quién es ese Cervantes que dices. Pero entra. A lo mejor te dice lo que vamos a encontrar. O tal vez te diga lo que queremos saber.

—¿Y qué queremos saber?

—Cuándo, dónde y con quién.

Casanueva entró en el reducido espacio de la gitana, impregnado del olor penetrante de su carne y de todas las plantas medicinales existentes. Puso sus grandes ojos pintados en los suyos, le abrió la mano y en su palma comenzó a decir, en un inglés con acento marcadamente alemán:

—Esta es la línea de la vida. Dice que la tuya va a ser muy larga. Pero conocerás a la muerte muy pronto.

—¿Por fin? ¿Voy a vivir pero a conocer pronto la muerte?

—Es lo que tu mano dice.

—¿Qué tan pronto?

—Prrrnto, muy prrrnto— sentenció la gitana, abriendo desmesuradamente los ojos.

Casanueva sacó un dólar, divertido y listo para salir del antro.

—Son cinco dólares, criatura— dijo la gitana sin soltarle el brazo.

Enfadado, Casanueva se libró de la tenaza y salió nuevamente a la calle. Se incorporó a Arrieta mientras la gitana soltaba una sarta de impropiedades en su propio, indiscifrable dialecto.

—¿Qué tanto te dijo, Sebastián?

—Sandeces, don Zeus, qué esperaba.

De todos los teatros de variedades que pululaban en el barrio, Zeus eligió el que en opinión de Casanueva era el más arrabalero y desastrado, el que tenía la mayor cantidad de mujeres, las más pintadas y vulgares.

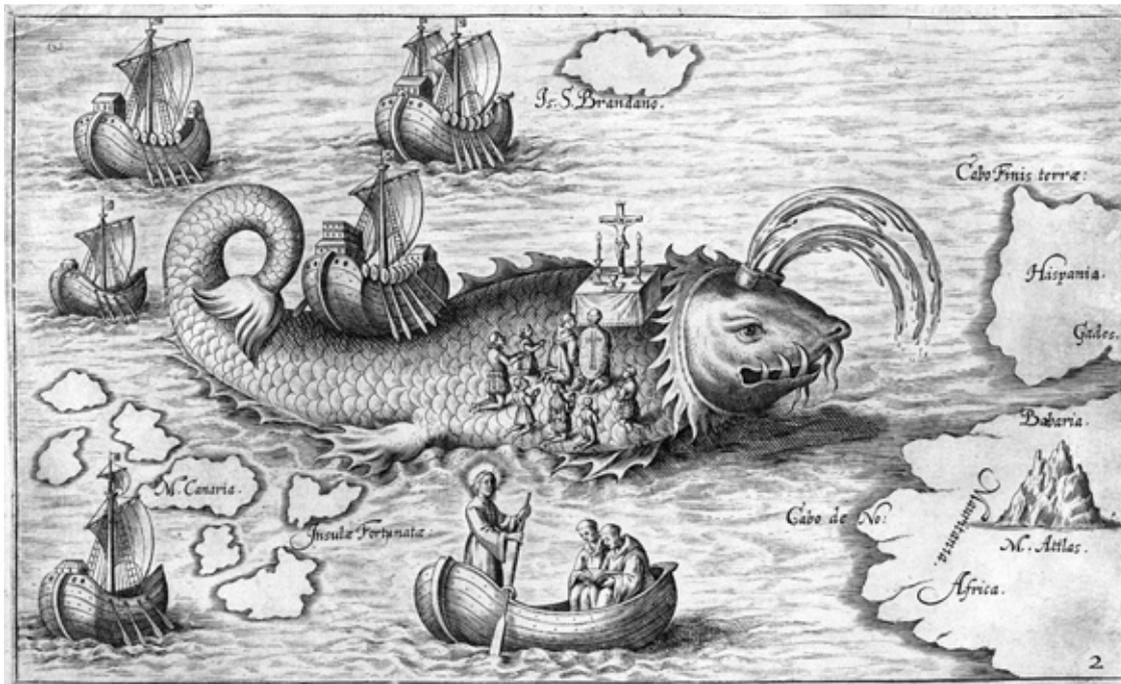
—Don Zeus, esto no tiene cara de teatro.

—No, es un burdel. Y si no me equivoco, el más feo y por eso el mejor de todo el Bowery.

—¿En verdad vamos a entrar aquí?

—En verdad, muchacho. Aquí vamos a hallar lo más selecto de lo peor.





Casanueva lo siguió, resignado.

Zeus abrió los brazos en la señal universal de posesión del mundo. Sin esforzarse por hablar en inglés, y sin acudir a las habilidades de Casanueva, en español muy fuerte, espetó:

—A ver, una jarra grande de cerveza y una botella de whisky. Me atienden bien a estas damas y, por supuesto, le dan trato especial a mi muchacho.

Dos mujeres, las más gordas y escotadas del burdel, fueron a sentarse en las piernas de Zeus, que celebraba el hecho con grandes carcajadas. Todo en el local era rojo: tapices, sillones, vestidos de las diablasas. La música de un piano saturaba el ambiente, junto con el humo, los espejos que en marco dorado duplicaban el tamaño del local y hacían honor a su nombre, *The Red Hell*.

A Sebastián le destinaron una joven pálida, casi niña, que se le pegaba al cuerpo y ronroneaba. El tiempo que para Zeus Arrieta era breve se hacía eterno para Casanueva.

—¿Por qué eres tan serio, cosita?

De las palabras de la muchacha, Casanueva derivó verdades tan rotundas como innegables: él no estaba serio sino era serio lo cual significaba que siempre lo estaba.

—Como dijo San Agustín, es pecado estar triste —dijo Zeus.

—Yo no estoy triste sino aburrido, que es otra cosa. ¿Ya nos vamos, don Zeus?

—Espera un momento, están a punto de darme la información que necesitamos.

—Lo que estas señoras van a darle es otra cosa. Por mí me iba pero no lo voy a dejar solo en este nido de víboras.

—Mira, Sebastián, vamos a hacer un trato. Como a ti no te gustan las mujeres...

—Tampoco, don Zeus, las mujeres sí me gustan...

—Lo que quiero decir es que estas mujeres no te gustan. Vamos, no eres de putas. Entonces, en lo que yo me entretengo, asómate a ver qué ves.

Zeus Arrieta acompañó sus palabras con acciones. Tomó a las dos mujeres por la cintura y se dirigió a las escaleras del burdel.

—A ver, niñas, traigan el whisky. Que no se vean miserias.

—Niñas, ya ni la amuela, don Zeus.

—No hay otra palabra en inglés, niño. *Girls* es niña, muchacha. O puta. Como quieras. Más bien, como le convenga a uno.

Sebastián Casanueva detestaba que le llamaran *niño* pero se tragó la palabra.

—En fin, todo sea por la causa— remató.

—Así me gusta. ¿A poco crees que esto no es por la causa?

Zeus Arrieta acompañó sus palabras con una sonora nalgada a una de las muchachas, esforzadas en hacer más escandalosa su risa. El herrero desapareció en la escalera mientras Casanueva se quedó en el salón con su acompañante.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo como quieras. Puedes llamarme como tu novia.

—No tengo.

—Mejor, entonces bautízame.

—Salomé.

—¿Salomé? Me gusta como suena. Está bien, así voy a llamarme para ti.

—Era el nombre de una reina que le cortó la cabeza a San Juan Bautista y que...

—No eches a perder el nombre. ¿Por qué no mejor vamos arriba? Allá me sigues contando.

Casanueva se dejó llevar. Desembocaron en un largo corredor lleno de puertas. Alcanzó a escuchar detrás de una de ellas las sonoras carcajadas de Zeus Arrieta. Subieron a un tercer nivel y al fondo del pasillo entraron en el cuarto al que lo llevaba la muchacha. Además de la cama había un penetrante, casi mareador perfume almizclado. Y una mujer de espaldas. Cuando se volvió, Casanueva vio, además del lujoso vestido rojo sangre que la ceñía, el pequeño revólver Deringer en su mano.

—Luz Contreras Flannagan.

—Buenas noches, bonito. Un placer verte de nuevo. Aunque sea la última vez. ¿Cómo te trataron mis muchachos? Porque los tuyos no se portaron precisamente bien con ellos, que digamos.

—Vieja miserable...

—Ni vieja ni miserable. ¿Qué palabras son esas en un chico tan guapo y tan educado?

La puerta de la habitación se abrió para dar paso a un gigante como los que lo habían golpeado afuera de Pete's Tavern. Antes de que pudiera reaccionar, Casanueva ya estaba sujeto, atado a una silla y amordazado.

—Así, calladito, te ves más bonito. Contigo vamos a ir más tarde. Eres nuestro objetivo número dos. En cuanto al primero...

Luz Contreras Flannagan guardó el revólver en la bolsa que tomó del buró y sacó el arma blanca que sabía manejar con tanta maestría. La puso frente al rostro de Casanueva.

—Va a ser una verdadera lástima acabar con esta bella carita. Pero es por la causa.

Casanueva se revolvió, impotente en la silla, ante las mismas palabras que había utilizado. ¿Desde cuándo estaba Luz en ese infierno? ¿Desde dónde los había seguido? Sintió un golpe en la cabeza y perdió el sentido. No supo cuánto tiempo transcurrió en la habitación. Cuando despertó, la luz del día comenzaba a entrar por la ventana. Escuchó un continuo cerrar de puertas y pasos acelerados en el pasillo. La puerta se abrió violentamente para dar paso a la figura de Aristides Bringas, que de inmediato desató y desamordazó a Casanueva.

—Capitán, no sabe cómo me alegra verlo.

—A mí también me da gusto verte, muchacho. Y sobre todo que estés bien. Porque estás bien, ¿verdad?

—Claro que estoy bien. ¿Y don Zeus?

—Ese sí no está bien. Más bien ya no está.

—Cómo.

—Llegamos tarde, qué le vamos a hacer.

Salieron de la habitación, descendieron por la escalera y llegaron al cuarto ocupado por Zeus Arrieta. Cuatro policías uniformados se amontonaban en la puerta. Una sábana ensangrentada cubría al gigantesco cuerpo de Zeus Arrieta. Estaban también, llorosas y asustadas, las dos mujeres compañeras de Arrieta.

—Ya las interrogué. No fueron ellas.

—Claro que no fueron ellas, capitán.

En una de las sillas estaba la chaqueta marinera de Zeus Arrieta y dentro de ella, intacto en su funda, el cuchillo Bowie. De la habitación no había desaparecido el perfume en el que se combinaba la animalidad del almizcle con cítricos recién cortados. **u**



Ciudad de Nueva York

Carlos Mérida

# El pintor que vino del sur

Guadalupe Alonso

Al igual que Luis Cardoza y Aragón o Augusto Tito Monterroso, entre otros guatemaltecos ilustres, Carlos Mérida eligió a México como su residencia. Y como ellos, hizo grandes aportaciones a la cultura de este país. Pisó tierra mexicana por primera vez en 1919 junto con su novia, Dalila Gálvez, una joven de la alta burguesía cuyos padres no veían con buenos ojos que se casara con un pintor. El desaire no detuvo a Mérida. Raptó a Dalila y tras un accidentado viaje en el que se vieron obligados a tomar varios trenes —era la época de la Revolución—, cruzaron la frontera a pie. A sus 28 años, el joven artista ya tenía un nombre y el sustento de una obra considerable. El rumbo estaba trazado, venía el tiempo de abonar el terreno, de conducirse por la ruta del destino que anhelaba.

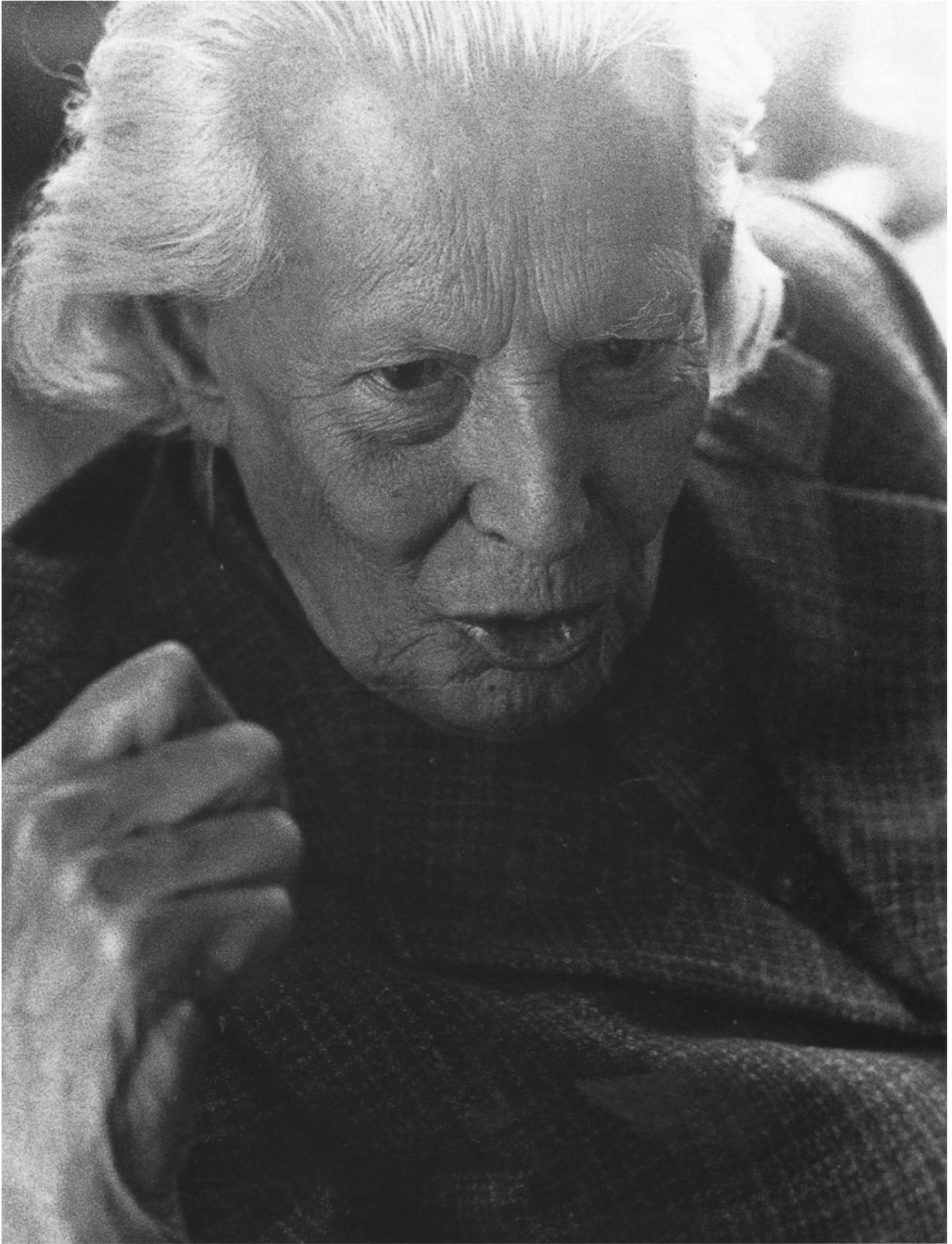
Originario de Quetzaltenango, realizó sus primeros estudios en Guatemala, pero unos años después regresó a la provincia para cursar la secundaria y el bachillerato. Desde niño había recibido instrucción en pintura y música. Quiso dedicarse al piano, su verdadera pasión; sin embargo, a causa de una esclerosis auditiva perdió el oído. Optó, entonces, por la pintura. A los 18 años, salió de Guatemala para ir a París, impulsado por Jaime Sabartés, un intelectual catalán que lo recomendó con Pablo Picasso. Ahí entró en contacto con las vanguardias de la época. Entró en contacto con Amedeo Modigliani, Kees van Dongen y Hermenegildo Anglada Camarasa, artistas que marcarían la primera etapa de su pintura. En este ambiente conoció también a su compatriota Cardoza y Aragón, quien lo acercó al grupo de los surrealistas, entre estos, a Joan Miró, pintor que lo entusiasmó y con quien entabló amistad.

En 1914 estaba de vuelta en su nativa Guatemala. “El folclore de mi país me sedujo”, escribió Mérida,

“me aprisionó en sus mallas y me consagré, con la intención más honrada del mundo, a pintar lo más directo, lo más atrayente que veía”. Sin embargo, después de la experiencia parisina, buscaba el diálogo y la posibilidad de integrarse a grupos de artistas que le abrieran nuevos horizontes. Si este crecimiento no era viable en Guatemala, lo indicado sería ir a México, un lugar cosmopolita en donde artistas e intelectuales se congregaban alrededor de un movimiento estético: el muralismo. En México fue bien recibido, como muchos otros artistas extranjeros que llegaron en ese periodo: el cineasta Serguéi Eisenstein o Tina Modotti y Edward Weston, fotógrafos. De inmediato Mérida se relacionó con los muralistas, en especial con Diego Rivera, a quien asistió en su primer mural: *La Creación*, para el Anfiteatro Simón Bolívar en el Antiguo Colegio de San Ildefonso. Pero no obstante la buena acogida que tuvo, Mérida se sentía extranjero. Acaso por ello evitó involucrarse políticamente. Su búsqueda se encaminaba hacia un arte alejado de ideologías, de “demagogias” y de “caligrafías políticas”. El arte debía estar libre, tener “unidad y gran sentido humano”. Se trataba de crear un arte “para el goce emocional de las mayorías”.

“Habría que escapar a tiempo”, pensaba el guatemalteco. ¿Por qué camino? Fue a París por segunda vez. Esa estancia fue fundamental para la evolución de su obra. El trabajo de Paul Klee, Kandinsky y Mondrian sería un modelo para el ideal que Mérida buscaba en la pintura: “El afán de llegar al hecho lírico, el soplo poético en que formas y elementos carecen ya de sentido literal. Todo ello ha afirmado mi tendencia hacia la forma abstracta”, apuntaba el artista.

Dos años después, en 1929, llegó de nuevo a México. Esta vez para quedarse. Conoció a Rufino Tamayo,



Carlos Mérida

un artista cuya influencia fue importante y con quien cultivó una relación estrecha, tanto profesional como en lo personal. Sin renunciar definitivamente a sus raíces maya y quiché, presentes a lo largo de su obra, Mérida desarrolló un estilo propio en el que experimentaba con la abstracción, la forma y el color. Fiel a su raza, se nutrió de las culturas prehispánicas y trasladó sus estelas y códices a un nuevo lenguaje, pero esta vez sin tintes de folclor, es decir, retomó el arte de sus antepasados y lo incorporó a la abstracción. Luis Cardoza se refirió así al trabajo de su paisano: “Acento nativo insertado en modernidad, con factura de orfebre. Maneja con imaginación su repertorio de signos, con buen gusto. Lo del buen gusto es memorable; reconozco en ese don la mejor obra suya”.

La geometría, inspirada en el textil maya, se convirtió en un elemento fundamental tanto en la pintura como en la escultura. Las matemáticas, así como la música y la danza, fueron referentes en su quehacer. No olvidemos que su hija, Ana, fue una bailarina destacada que dirigió y fundó, junto con Guillermina Bravo, la Academia de la Danza Mexicana. Antes, Mérida, ya inmerso en el ambiente cultural de México, había sido director de la Galería del Teatro Nacional y, más adelante, de la Escuela Nacional de Danza.

Hombre de vasta cultura, además de su vínculo con la danza y la música, abrevó también de la literatura. Poetas como Miguel Ángel Asturias y José Juan Tablada, a quien conoció en un viaje a Nueva York, fueron algunas de las figuras que lo marcaron. Mérida ejerció, además, la escritura. Desde su primera estancia en México publicó artículos y crítica de arte en *El Universal Ilustrado*. En cuanto a su trabajo editorial, vale la pena mencionar que se ocupó, entre otras cosas, del diseño de portada de la colección Nuestros Clásicos, editada por la UNAM, dirigida por Pablo González Casanova y con Tomás Segovia y Augusto Monterroso como secretarios. Este último estuvo al cuidado de la edición.

Durante su segunda estancia en París, Mérida creó *Imágenes de Guatemala*, diez espléndidas acuarelas en las que vertió la memoria de un paisaje añorado. En los años cuarenta retomó su producción de series, ya fuera en serigrafía o grabado. Son notables sus *Danzas de México*, *Estampas del Popol Vuh*, *Trajes regionales mexicanos* y *Divagaciones plásticas alrededor de un tema azteca*. En esa época ya colaboraba con la Galería de Arte Mexicano. Ahí permaneció, al lado de Inés Amor, hasta los años sesenta, cuando fue invitado a integrarse a la Galería Arvil. Armando Colina y Víctor Acuña se dieron a la tarea de ordenar el archivo del artista y le propusieron dos álbumes de obra gráfica: el *Chilam Balam*—aunque él prefirió hacer una nueva versión del *Popol Vuh* que titularía *Canto al libro sagrado*—y *Los cielos luminícos*, una evocación de su paso por Texas.

Ya entrada la década de los cincuenta, el deseo de experimentación llevó a Mérida a probar diversos materiales: pergaminos pulidos, papel amate, lacas, vidrio, azulejo o petroplástico. En estos soportes plasmó buena parte de su obra. Comenzó, así, una nueva etapa, acaso la más sobresaliente de su trayectoria. A Mérida le interesaba la integración de las artes, el diálogo entre la plástica y la arquitectura. Se dio a la tarea de crear murales preconcebidos para proyectos arquitectónicos. El más espectacular de estos lo llevó a cabo con Mario Pani: cuatro mil metros de murales en el Multifamiliar Juárez en la Ciudad de México. “La propuesta de Mérida no era pintar sólo unos murales o hacer los dibujos y que estos se realizaran en mosaico y se aplicaran”, apunta Louise Noelle, investigadora de la UNAM, “sino hacerlos en relieves de concreto”. Así lo explicó Mérida:

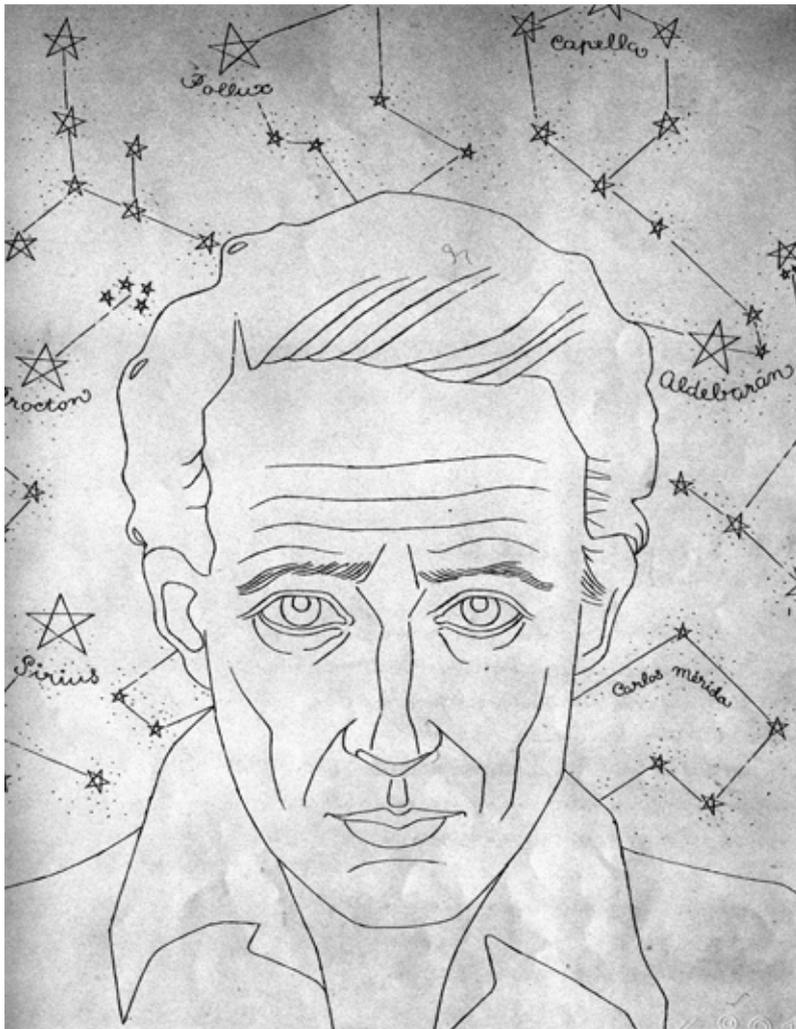
Se trabaja en colaboración con los arquitectos desde que nace el edificio; se hacen planes, se estudian técnicamente los problemas que habrá que resolver; se actúa en una colaboración estrecha y técnica entre pintores, escultores y arquitectos. Los resultados no se hacen esperar: la labor plástica queda introducida en el cuerpo arquitectónico como parte de él, no como mera orientación. Si se le retira, se desintegra el edificio como concepción.

Decoró así las cajas de los elevadores, los muros volados de los clósets y el cuerpo de las escaleras del multifamiliar. Este trabajo, para el que utilizó motivos tomados de las narraciones del *Popol Vuh*, avanzó al mismo tiempo que la obra, es decir, como parte de la construcción misma. Era justamente el concepto de integración plástica que buscaba Mérida, pues coincidía con su visión del arte público, al que le otorgaba un valor más allá del “arte por el arte”.<sup>1</sup>

En esta época, su producción artística se acercaba más al constructivismo. Realizó otros trabajos con arquitectos y continuó con mayor ímpetu su creación de murales en los que experimentó con vidrio, mosaico veneciano y azulejo. Es el caso del mural para la Sala Huichol del Museo Nacional de Antropología; asimismo el que trabajó en talavera de Puebla, un encargo de la compañía Bujías Champion, donado después a la UNAM y que actualmente está colocado en el acceso al Centro Cultural Universitario.

Por desgracia, buena parte de la obra que llevó a cabo en edificios públicos se perdió en el sismo que destruyó parte de la Ciudad de México en 1985. Especialistas en Mérida coinciden en que las autoridades no se preocuparon por rescatar su obra, perdida casi en su

<sup>1</sup> Eduardo Espinosa Campos, “Carlos Mérida. Aportaciones a la integración plástica”, *Revista Digital*, abril-junio de 2005: <http://discursovisual.net/dvweb04/agora/agoespinosa.htm>.



totalidad cuando esos edificios fueron dinamitados. “No fue un artista protegido por las leyes de patrimonio mexicano”, apunta Louise Noelle, “debido a su nacionalidad guatemalteca”. En efecto, él nunca quiso hacerse mexicano: “Mi país”, decía, “es pequeño y habemos pocos que podemos enaltecerlo. Si puedo conservar mi nacionalidad, pues lo hago”. Sin embargo, al rastrear sus orígenes, surge una pista que lo conecta con México. La anécdota es narrada por el artista Francisco Toledo, admirador y coleccionista de Mérida. Toledo cuenta que el escritor juchiteco Macario Matus descubrió que había algo de oaxaqueño en el guatemalteco y abordó el tema durante una entrevista en la que el mismo Mérida aseguró ser bisnieto de un cura de Oaxaca que andaba regando bendiciones e hijos hasta llegar a Guatemala. “Se dice, además”, acota Toledo, “que su apellido no es Mérida, sino un seudónimo”.

“Era un viejo muy bello, siempre fue un hombre guapo”, continúa Toledo. “En las memorias que escribe la norteamericana Katharine Kuh, difusora cultural, ella habla de Mérida con gran admiración; creo que tuvo sus amores con él”. Se trata del libro *Mi historia de amor con el arte moderno. Secretos de una vida entre artistas*, en el cual Avis Bernam, historiadora del

arte, comenta: “En 1938 [Kuh] inició un apasionado romance con el pintor Carlos Mérida, cuyos cuadros exponía en su galería. [...] Mérida, que la llamaba ‘Kata’, le dedicó un buen número de cuadros, dibujos y acuarelas...”<sup>2</sup>

Hombre afable, bien parecido y talentoso, tenía fama de mujeriego y seductor. Al margen de estos rumores, verdaderos o falsos, Mérida le guardó lealtad de por vida a Dalila, la joven que había raptado 65 años atrás. Así, con la envidia que lo caracterizaba, mantuvo también viva esa pasión por el trabajo que lo impulsó, con el mismo ímpetu, desde la juventud hasta el final de sus días. La enfermedad que lo llevó a la muerte, el 19 de diciembre de 1984, a los 93 años, le impidió continuar con su último mural, obra con mosaicos de cerámica sobre estructura metálica para el Edificio Omega.

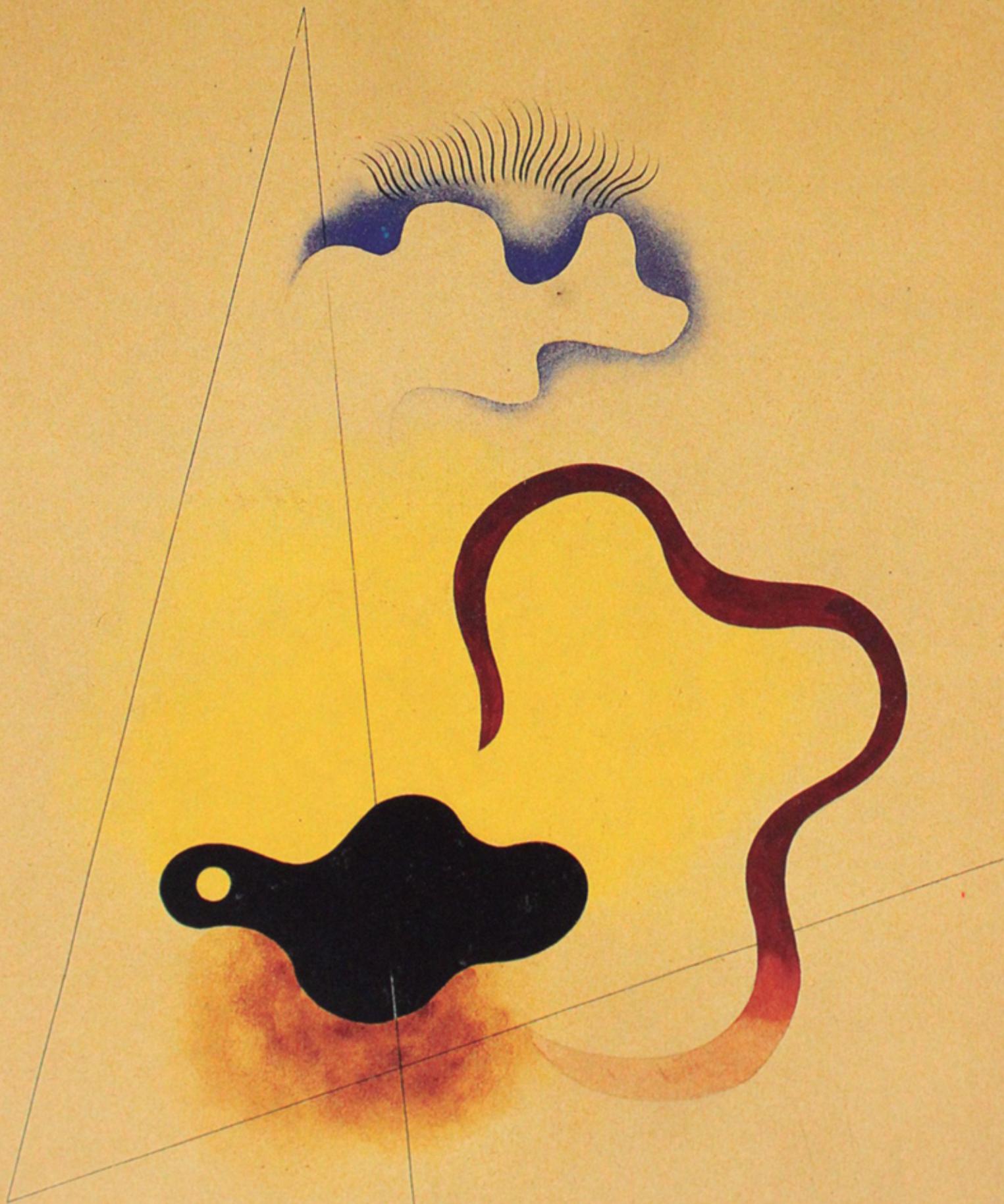
Aquel niño cuya primera ilusión, la de ser músico, se desvaneció a causa de una afección en el oído, amaba al jazzista Duke Ellington y pegaba el oído a la radio para sentir las vibraciones y el ritmo de una pieza. Alguna vez un especialista le propuso una cirugía para corregir su problema, pero Mérida “decidió no someterse a la operación: la sordera protegía su intimidad y le permitía vivir en un mundo onírico e idealizado. Veía su anomalía como algo positivo, que aceptaba de buen grado”.<sup>3</sup>

A la vuelta del tiempo, la obra del maya que no reconocía fronteras en la tierra de sus antepasados no ha recibido, a decir de los expertos, el lugar que mereciera, lo mismo en México, el país que lo adoptó, que en su natal Guatemala. La vigencia de su arte, sin embargo, está fuera de cualquier cuestionamiento. Fue y sigue siendo un contemporáneo, un artista de vanguardia, moderno e innovador, que rompió con los convencionalismos de la pintura. Su trabajo fue fundamental para el descubrimiento del ser americano, a través de una propuesta plástica cimentada en sus tradiciones y raíces, a las que no abdicó, sino que puso una sana distancia para redimensionarlas en un arte que transitó de la figuración al surrealismo, a la pintura abstracta y la geometría.

“Para algunos críticos”, decía Mérida, “mi pintura no tiene valor alguno; la consideran infantil, absurda, intelectual, vacía. Para otros, está a la altura de los mejores del mundo. Lo que me interesa es el juego y el goce que el trabajo me ofrece. Una vez realizado, lo olvido por completo”.

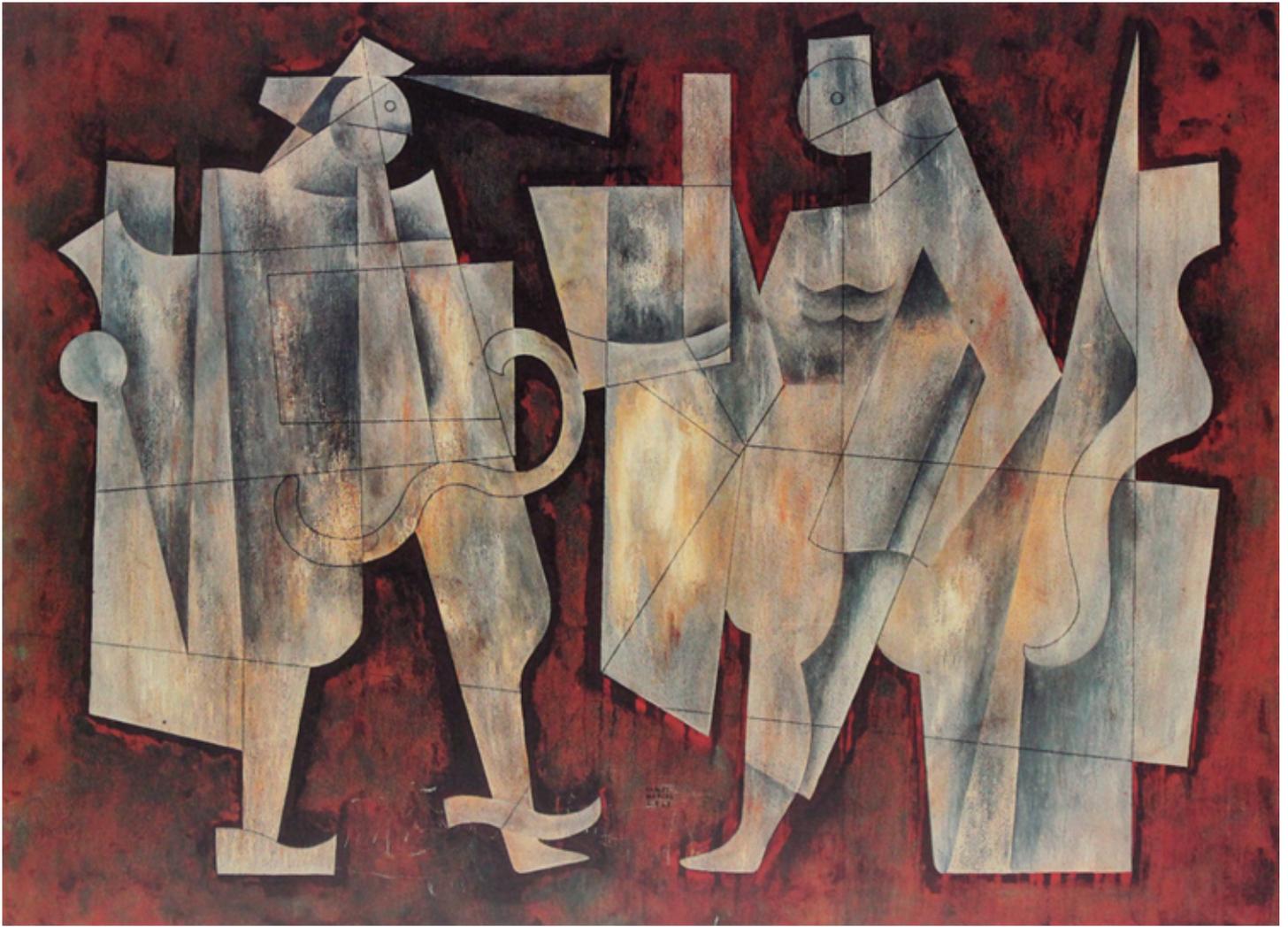
<sup>2</sup> Katharine Kuh, *Mi historia de amor con el arte moderno. Secretos de una vida entre artistas*, editado y completado por Avis Berman, FCE, México, 2010.

<sup>3</sup> *Idem*.



CARLOS  
MÉRIDA  
1934

# Carlos Mérida







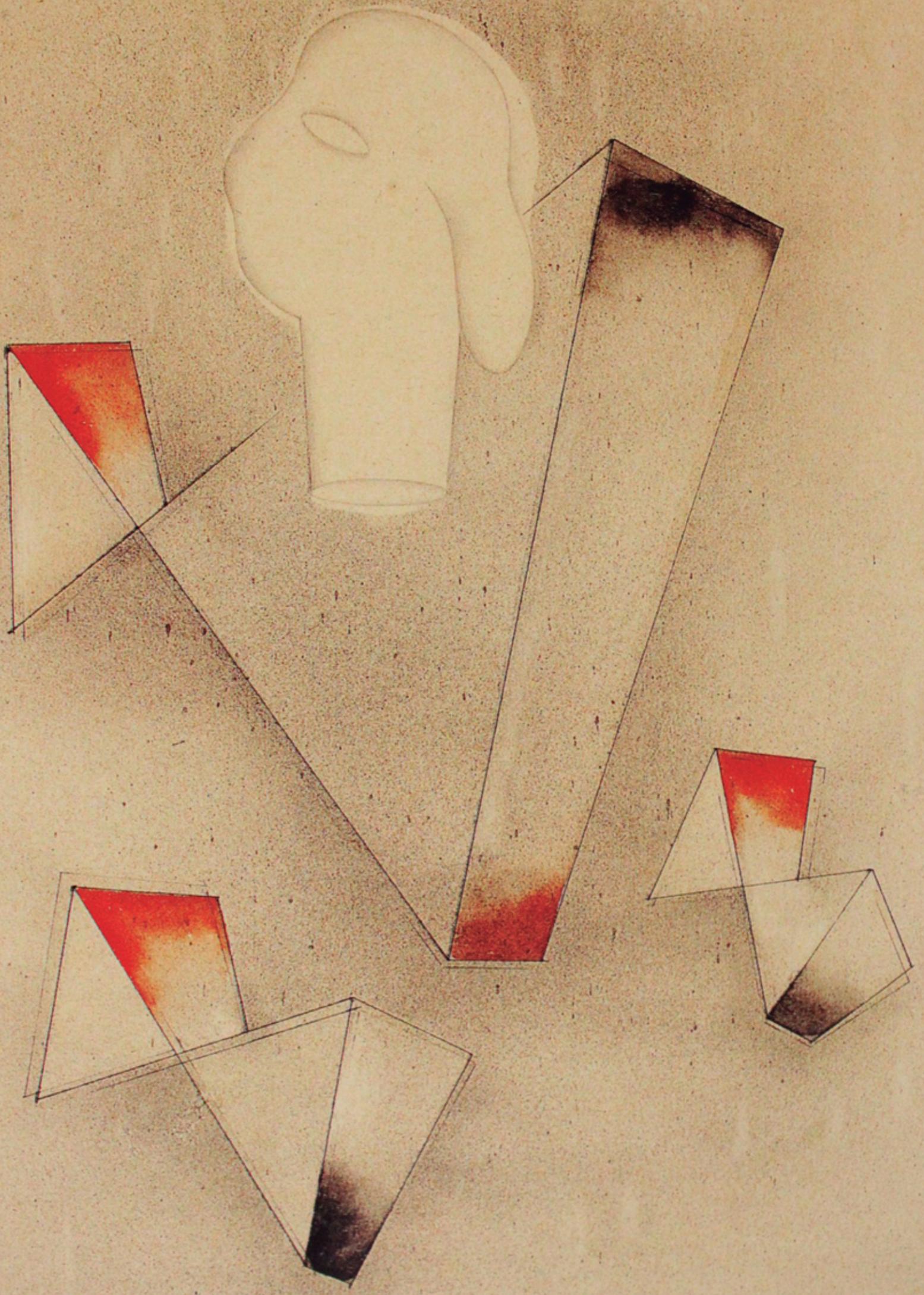




CARLOS  
MÉRIDA  
1945



CARLOS  
MERIDA  
1958



# Dos poemas

David Huerta

## DONDE CAÍSTE

Donde caíste, ahí deja tu vara  
de sonámbulos nardos;  
deja tu caudalosa  
forma de tenedor y de milímetro.  
Pasa delante del lugar  
como si, de la lumbre, viudo fueras;  
de los hielos quemantes,  
biznieto y heredero;  
de las trémulas aguas  
sobrino espeso, tartamudo, cuerdo.

Donde caíste, besa tu esqueleto.

Pasa, cierra los nudos,  
aligera la nieve en las ventanas,  
dobla tu cáliz rojo,  
bruñe los crucifijos de tus vértebras.

Donde caíste, en fin,  
deja un sabor de límite en la altura  
y en el sótano el dulce  
guijarro de las resurrecciones.

## GIGANTOMAQUIA

No hay ninguna sílaba perdida en el viento.

No se ha perdido ningún fonema o morfema,  
palabras de difícil definición  
utilizadas con precisión por los lingüistas.

Hay en cambio, en el soterrado vidrio  
de los rechazos deseados, una forma de daga  
que no alcanza las bocas.

Eso está adentro: entre las vísceras,  
como un mecate mojado de lo que no debiera,

como una reptante profecía  
nunca del todo desprendida de los labios demiurgos.

El interior es oscuro, la superficie es oscura:  
lame la sombra el verbo y se desploma el tiempo.

No hay sílabas extraviadas; hay formas bullentes  
en el pausado interior de las fisiologías,

lentas siluetas de hervor, cadencias llamadas  
*pasiones*, símbolos de arrasamiento, corolas

de inmensidad para la frente de los niños  
de cien brazos. Hay una sospecha

de que la guerra de los gigantes va a comenzar  
en la nueva edición, la ansiada

por los magnates y los sacerdotes en sus elevaciones  
y en sus trajes magnéticos y en sus labios de papel.

# Un sueño con Rosario

Guadalupe Loaeza

*El ejemplo de vida y creación de Rosario Castellanos se convirtió en un camino para las siguientes generaciones de escritoras, intelectuales y artistas en México. La poeta y novelista fallecida en Tel Aviv en 1974 antes de cumplir el medio siglo de existencia abrió en México la puerta de las posibilidades para que el trabajo de la escritura fuera apropiado con pasión por las mujeres.*

Anoche tuve un sueño. Soñé que venía a Tuxtla Gutiérrez a recibir la Medalla Rosario Castellanos. Me encontraba en la sala de sesiones del Poder Legislativo del Estado de Chiapas. El recinto estaba lleno de gente. De pronto, en las primeras filas, descubrí a Rosario Castellanos. “¡No es posible!”, exclamé entre sueños. A su lado se encontraba su nana Rufina, la misma que le hablaba a Rosario niña en tzeltal y que odiaba los automóviles porque creía que eran un invento del demonio. Su nana, que la esperaba a las afueras del colegio Luis G. León, junto con su amiga de toda la vida, Dolores Castro. Cómo se hubiera reído Rosario si una gitana le hubiera profetizado que sería creado un estado de Israel, que sería nombrada embajadora de México allí y, luego, vendría un desenlace trágico y disparatado, por decir lo menos. A pesar de sus noventa años cumplidos el 25 de mayo pasado, me percaté de que Rosario Castellanos no había cambiado ni un ápice. Tenía su mismo peinado de salón, esponjado por el crepé, sus mismas cejas muy negras perfectamente delineadas, su misma boca pintada de un rojo muy intenso y sus mismos grandes ojos de miope. Con una sonrisa en los labios, vi cómo me lanzaba, desde su lugar, un beso con su mano enguantada. Rufina me sonrió. Y las tres nos sonreímos, como si estuviéramos soñan-

do el mismo sueño. A partir de ese momento, decidí dirigirme exclusivamente a Rosario. ¿Acaso no era gracias a ti que yo estaba allí? Con micrófono en mano, me encaminé hacia donde se encontraba su lugar y empecé a leer mi discurso.

Gracias, Chayito, por venir de tan lejos. Gracias, Rufina, por acompañarla. De ti, Rosario, no me sorprende. Siempre fuiste muy solidaria con las mujeres, especialmente con aquellas “que se habían separado del rebaño e invadieron un terreno prohibido”, como escribiste en alguno de tus más de quinientos ensayos.

Fuiste, Rosario, una de las periodistas mexicanas más influyentes de la década de los sesenta. Basta con leer cualquiera de tus textos publicados en el *Excélsior* de don Julio Scherer, para revivir tu inteligencia y tu enorme capacidad analítica. Gracias a la investigadora Andrea Reyes, hoy podemos conocer todo el periodismo que escribiste. Mientras leía algunos textos, te imaginaba dando tus clases, yendo al cine de la mano de tu hijo Gabriel, leyendo, tecleando en tu máquina de escribir, o bien tratando de cocinar o de atravesar la calle con cara de absoluto desamparo. Quienes te conocieron dicen que eras inteligente, divertida, que eras una gran conversadora, pero que, al mismo tiempo, eras un poco distraída y con mucha tendencia a la depresión.

Gracias a tu columna semanal, te convertiste en la periodista más leída, en la más valiente de tu tiempo. A veces, comentabas las obras de los poetas que más te gustaban, hablabas de las noticias internacionales, te referías a las obras de los filósofos. Fuiste la primera en hablar de Simone de Beauvoir y su libro *El segundo sexo*. También ibas a las reuniones de escritores, sobre los cuales dejaste unos informes interesantes. Contabas que el presidente de Venezuela llamó a muchos sabios para analizar los problemas de su país. Cuando todos terminaron de deliberar, dijeron tal cantidad de disparates que el presidente dijo: “¡Dios mío, pero qué brutos son los hombres de talento!”.

¿Cuáles eran los temas que te interesaban? Podemos mencionar, entre muchos otros: el voto de la mujer, la libertad sexual, los problemas de la juventud, la política nacional, la poesía, la burocracia mexicana, el teatro, la vida en Estados Unidos, los indígenas. Te conmovías con los problemas que tenían las mujeres indígenas. No te daba miedo entrar en polémica, pues en varias ocasiones te atreviste a contradecir a los intelectuales más destacados de tu tiempo. En uno de tus artículos te opusiste a Martín Luis Guzmán, lo hiciste con mucha valentía. Lo mismo sucedió con Octavio Paz, cuyo libro *El laberinto de la soledad* te dejó con muchas dudas.

Un día amanecías filosófica, otro, triste y quizás hasta un poco deprimida. Te deprimía el hecho de que en México no hubiera oportunidades para los jóvenes. A la semana siguiente ya eras otra, ya habías ido al cine a ver una película del Santo. Si te gustaba mucho te permitías hacer reflexiones filosóficas sobre el Santo, “quien sin quitarse su máscara de plata, aprovecha sus ratos de ocio para hacer investigaciones científicas”. El único tema que no pudiste abordar con la libertad que hubieras deseado fue al presidente Díaz Ordaz. Sin embargo, no escribiste un artículo sobre la represión del 68. A pesar de que llevabas años alertando que la juventud no podía seguir igual. Luego de octubre del 68, dejaste de publicar todo un mes. A pesar de ello escribiste el poema “Memorial de Tlatelolco”.

Respecto a tu obra literaria, hace muchos años subrayé con tinta roja en tu libro *Mujer que sabe latín*: “El mundo que para mí está cerrado tiene un nombre: se llama cultura. Sus habitantes son todos ellos del sexo masculino”. En relación a lo anterior, te contaré algo que seguramente te resultará muy familiar. Cuando murió mi padre, al otro día del entierro, se abordó el tema de su biblioteca. Entre literatura, historia, poesía, política, enciclopedias, biografías, etcétera, don Enrique dejó cerca de diez mil volúmenes. Junto con mi madre recuerdo que nos reunimos todos para discutir de qué manera se iban a distribuir tantos libros. “Yo creo que lo mejor es que todos sean para su hermano. Él es el hombre de la casa. Además, ustedes, niñas, ¿para qué los

quieren?”, sentenció doña Dolores, mi madre. De inmediato, mis hermanas mayores protestaron. Yo también me rehusé, pero naturalmente nadie me escuchó. Entonces decidí hacerlo con un poco más de fuerza. “¿Qué dices?”, exclamaron todos a una voz. “Dije que a mí me gustaría heredar algunos. Por ejemplo, los de los autores rusos”. Me vieron con absoluto desprecio. En esos momentos deseé, con todo mi corazón, volver a mi estado habitual de no existencia. “Y tú, ¿para qué los quieres?”, me preguntó mi hermano. “Pues... para... (como en mi casa desde niña se me había puesto la etiqueta de *tonta*, no me atreví a decir que para leerlos) pues... para... ¡tenerlos! Nada más para tener un recuerdo de mi papá”, afirmé tartamudeando. Finalmente, mi hermano se quedó con toda la biblioteca de mi papá. Afortunadamente, andando el tiempo, yo formé la mía, la cual, cuando me vaya contigo, Rosario, se la heredaré a mi hija.

En la misma época en que murió mi padre, te confieso Rosario, que jamás imaginé que los libros “garantizarían mi felicidad perpetua”, como decía Simone de Beauvoir cuando descubrió la biblioteca de su abuelo. Tampoco a esa edad imaginé que mi vocación sería la escritura. De hecho, durante mi adolescencia, mi peor etapa de no existencia, comencé a escribir en un cuaderno cuadrangular mis vivencias más tristes. Eran los días en que no me separaba de mi libro de cabecera: *Memorias de una joven formal*, de la autora de *El segundo sexo*. En alguna parte de su autobiografía leí y releí varias veces aquello que cito de memoria y sobre lo que reflexionaste siendo también tú una adolescente: “Como nadie me ama en mi casa, me amaré dos veces más”. Encontrándome personalmente en la misma situación, la fórmula me pareció muy convincente. En mi caso no funcionó. Al contrario, conforme pasaba el tiempo, mi autoestima caía de más en más. Andando el tiempo, continuaba sin contar con una identidad propia. Me sentía la hija de mis padres, la hermana de mis hermanas y la séptima de una familia totalmente disfuncional. Pero, ¿quién diablos era yo? Los años pasaban y yo tenía la impresión de vivir en el limbo. Por ello, no me sorprendió la reacción de mi madre cuando, a los 38 años, le anuncié que me divorciaría. Como un rayo caído del cielo, doña Lola espetó: “¡Estás loca. Pero si tú quién eres. ¡No eres nadie!”. Casada, con tres hijos, no era nadie. Recuerdo la primera vez que me sonrió mi hijo mayor, siendo él un bebé de tres meses. No lo podía creer, “¿de verdad me habrá sonreído a mí?”, me pregunté totalmente insegura. Gracias al psicoanálisis, a las lecturas de tus libros y de otras autoras y a la escritura ya como oficio, comencé a percibir con mayor nitidez mi propia imagen en el espejo. Cada vez que puedo, invito a mis lectoras a tomar su destino entre sus manos y a vivirlo plenamente.



© CONACULTA

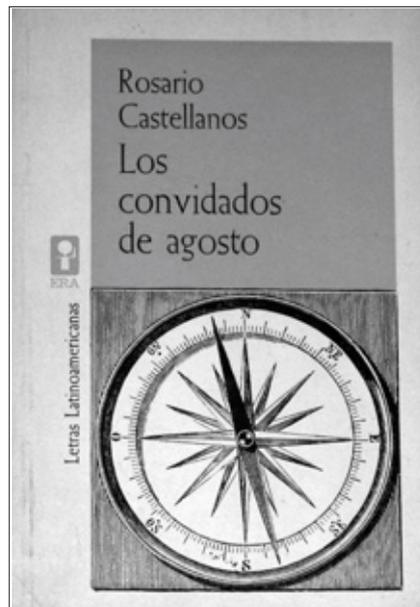
Rosario Castellanos

Hace muchos años me uní a un grupo de ciudadanas ávidas por entender lo que sucedía en nuestro país. Entre todas teníamos mucho en común: nos habíamos casado vírgenes, éramos ex alumnas de colegio de monjas y éramos burguesas, con un enorme hueco en nuestro fuero interno. No obstante, en el grupo había dos o tres que nos habíamos divorciado a principios de los ochenta. Nos habíamos atrevido “para tener acceso a la autenticidad”, como dice una de las protagonistas de tu cuento “Álbum de familia”. Corría el año de 1994 y acababa de suceder una crisis económica, de triste memoria, llamada “el error de diciembre”, la cual provocó una terrible devaluación del peso mexicano. Todos los jueves nos reuníamos en el parque Rosario Castellanos, muy cerca de Los Pinos. No fue casual que hubiéramos elegido precisamente ese lugar de encuentro. Sentíamos que tu nombre nos cobijaba, le daba sentido a nuestras reuniones y nos inspiraba para dejar de ser las típicas señoras “resignadas a soportar una estructura inamovible”. En algunas ocasiones, sentadas en el pasto, leíamos uno de tus poemas o bien, uno de los textos del periódico *Excélsior* donde colaboraste asiduamente de 1963 hasta 1974, la época dorada de don Julio Scherer.

Recuerdo que nos devorábamos, muertas de la risa, tu libro *Lección de cocina* y el discurso que dijiste frente a Luis Echeverría, “La abnegación, una virtud loca”, en donde hablas de la falta de equidad. Cuando nos despedíamos, nos sentíamos más estimuladas y contentas de como habíamos llegado. Teníamos la impresión de haber pasado una mañana con Rosario Castellanos, cuya presencia espiritual nos había fortalecido. Uno de esos

jueves decidimos llevarle una carta al flamante presidente Ernesto Zedillo. El 12 de enero de 1994 marchamos 200 mujeres hacia la casa presidencial. Necesitábamos protestar de una forma “descarada y franca” para abandonar la situación de inferioridad en la que la mayoría de las ciudadanas vivíamos. Cometimos un error, un grave error. A nuestra comitiva de señoras de Anzuces, de Polanco y hasta de Satélite, se unieron por petición de algunas de estas señoras, sus respectivas trabajadoras domésticas. Esa mañana, muy preocupadas por su imagen, procuraron que su “muchacha” se encontrara perfectamente bien uniformada. Su misión consistía en llevar ya sea las mantas o alguna pancarta con consignas que exigían nuestros derechos. “¿Sabe por qué está aquí?”, les preguntaban los periodistas a los que se les avisó de la marcha. “No sé. A mí nomás me dijo mi patrona que viniera... y pus vine”. Inútil decirte, Rosario, lo criticadas que fuimos al otro día. La prensa no nos bajaba de “burguesas ridículas”. Algunos titulares decían: “Furiosas porque habían subido un 10 por ciento a las tarifas del teléfono”. Para colmo, nadie de la Presidencia nos recibió. El contenido de nuestra carta exigía honestidad en el manejo de los fondos públicos para facilitar el camino para la democracia.

A pesar de ello, no claudicamos y continuamos reuniéndonos todos los jueves en tu parque. Treinta días después de nuestra marcha frustrada, se constituyó ante notario la Asociación de Mujeres en Defensa de los Derechos Civiles, AMDEC. El 14 de febrero en tu parque todo asoleado, después de leer nuestra primera declaración de principios como asociación civil y apartidista,



brindamos por Rosario Castellanos, cuya obra nos había enseñado a creer en nosotras mismas. De alguna manera y al cabo de muchos encuentros, discusiones y reflexiones en torno a nuestras protestas, esas “niñas bien” que habían tomado la calle, de la noche a la mañana se habían convertido en “ciudadanas de bien”. Algunas organizaron otros grupos de mujeres en el interior de la República. Magdalena y Carmen se fueron a Chiapas, aquí en tu estado. Fueron a La Realidad para colaborar junto con el Subcomandante Marcos. No faltaron las que comenzaron a hacer trabajos altruistas, o bien colaboraban en orfanatorios o en hospitales para enfermos leprosos. El caso es que esos años todas te leíamos con fervor.

Hablemos mejor de Chiapas. Hablemos de tu arraigo que siempre tuviste con tu estado y con San Cristóbal y, naturalmente, ¡con Comitán!

Hagamos, pues, un poco de historia.

Después de haber pasado por un principio de tuberculosis, de problemas económicos y sentimentales, en suma, dos años catastróficos, regresaste ya no a Tuxtla, sino a San Cristóbal, donde trabajaste en el Instituto Nacional Indigenista y ganabas 500 pesos mensuales. Te preocupaba la situación miserable de los indígenas, querías recuperarles la memoria de su dignidad, erguirlos e inquietarlos, hacerlos mover con soltura en un terreno desconocido, el de ¡la igualdad! Pero no sabías cómo ayudarlos. En abril de 1956, escribiste en *Excelsior*: “Mientras sigan considerando que el indio no es una persona sino una cosa, y que robarlos, despojarlos no es delito; y que la superioridad de una raza sobre la otra justifica todos los abusos, poco habremos ganado”. Afortunadamente tu ángel de la guarda empezó a averiguar de qué manera podías contribuir para lograr lo que tanto aspirabas. Fue tu ángel el que te sugirió al oído que había que organizar un teatro guiñol. Empezaste a trabajar con la sección de Salubridad para planear una

campaña de vacunación contra la tosferina. Redactaste un texto para una obra de teatro. Tus compañeros, prácticamente todos ellos indígenas, eran los encargados de manejar los muñecos y traducir tus textos en tzeltal y tzotzil. He aquí cómo narras todo el proceso:

Se ensaya. Y el día señalado vamos al paraje en que la vacunación se va a iniciar. Se arma el teatro, aparecen los muñecos, saludando al público, haciendo una pequeña pantomima en la que hay tropezones, golpes, y juegos de palabras que divierten mucho y acaparan su atención. Entonces empieza a desarrollarse la comedia. El público interviene constantemente, preguntando, mostrando su incredulidad o sus reservas; y los muñecos insisten, explican, aconsejan. La gente, que no nos hubiera creído a nosotros una palabra sobre la utilidad de la vacuna, se la cree al muñeco y se deja vacunar. Que era de lo que se trataba.

En esos días, tú, Rosario, eras feliz, montando a caballo, haciendo amistad con los indígenas e hincándoteles para que por favor se peinaran. También dabas clases de literatura hispanoamericana en la escuela preparatoria de San Cristóbal. A tus alumnos de la escuela de Leyes, de Filosofía y Derecho, no nada más querías hablarles de novelas y cuentos sino que deseabas hacerles cambiar su opinión acerca de los derechos de los indígenas. “Es muy importante hablar con quienes ya van a salir a ejercer su profesión, en este ambiente en que la injusticia es una tradición”, le escribiste al doctor Elías Nandino el 3 de marzo de 1957. Durante tres años trabajaste duro, muy duro junto con José Díaz Núñez y Marco Antonio Montero. Escribías los textos para el teatro. En ese lapso se fabricaron nuevos tipos de muñecos en cuyos rasgos se copiaban los rasgos faciales de los indígenas, se vistieron con trajes típicos como los que usan los habitantes de los pueblos. Pero lo

más importante, en esos días, surgieron dos personajes, dos héroes: Petul y Xun; Pedro y Juan, según los dialectos. El primero era el listo, el inteligente y el que estaba contra las supersticiones. En cambio, el segundo no quería asistir al Instituto para alfabetizarse y en lugar de ir al médico va con el brujo y permite que sus hijos mueran de tosferina porque no quiere que sean vacunados. “Mira, Xun, los vientos no están encerrados en una cueva. Los ríos corren hacia el mar. Te tienes que vacunar porque si no lo haces te va a dar tosferina. Tienes que usar el DDT”, le explicaba Petul. Con el tiempo Petul se convirtió en el buen amigo del pueblo, le tenían tanta confianza que hasta lo invitaban a apadrinar a los recién nacidos. Petul era como el protector de la fertilidad de la tierra y de los hombres. Petul, el *hombre de razón*, se convirtió en un mito y en una fuerza natural. Así fue el Teatro Guiñol del Centro Coordinador Tzeltal-Tzotzil, con sede en La Cabaña, San Cristóbal, metrópoli cultural de los Altos de Chiapas. Y para darle punto final a tu misión de santa, porque eras una verdadera santa, mi querida Rosario, escribiste un libro de lectura en el que contaste la vida de algunos mexicanos.

Dice José Emilio Pacheco que en ti habitaban dos personas distintas: “una escribía los poemas más trágicos y dolorosos de la literatura mexicana; y otra se presentaba al mundo bajo un aspecto de tal manera gentil y risueño que sólo es posible recordarla con palabras que se dijeron de otro poeta: ‘Su presencia era mágica y traía felicidad’”. En una de tus cartas dirigidas a tu marido, el filósofo Ricardo Guerra, escrita desde Comitán el 7 de agosto de 1950, le dices: “¿No le ha pasado nunca eso de sentirse inexistente? Pues en mí esa inexistencia es una mala costumbre adquirida en mi infancia. Sucede que era yo flaca y horrible. Pero tan flaca que ya casi no tenía yo cuerpo y entonces me sentía yo vagando por el aire como un puro fantasma. Luego en las noches me dedicaba yo a soñar que estaba muerta y al día siguiente no podía yo acertar a sentirme viva”. ¿Cuántas mujeres no hemos padecido esa sensación de inexistencia? ¿Cuántas desde niñas no optamos mejor por borrarlos con una goma gigante antes de sentirnos transparentes frente a los demás? Y, ¿cuántas no asumimos resignadas nuestra propia devaluación? Cuando eras niña, tenías un hermano menor que tú, quien murió de una crisis de apendicitis. Tus padres te dieron a entender que era una injusticia que el varón de la casa hubiera muerto y que en cambio tú continuaras viva. “Siempre me sentí un poco culpable de existir; durante todos esos años hubiera querido pedir perdón a todo por estar viviendo y me sentía yo culpable... [...] Allí tiene usted la raíz de todo; una raíz amarga y difícilmente extirpable”, le escribe Rosario a Ricardo Guerra. No en balde escribiste tu poema “Autorretrato”: “Sufro más bien por hábito, por herencia, por no diferenciarme más de mis congé-

neros que por causas concretas. / Sería feliz si yo supiera cómo. Es decir, si me hubieran enseñado los gestos, los parlamentos, las decoraciones. / En cambio me enseñaron a llorar...”.

Confieso que durante muchos años me incliné más por la Rosario-triste, la devaluada e insegura. Desconocía que tenías un gran sentido del humor cuyo sarcasmo inteligente y perspicaz se advierte en muchos de tus textos periodísticos. Gracias a los tres volúmenes publicados por Conaculta, *Mujer de palabras*, ahora siento que te quiero doblemente y te admiro aun más. Sin exagerar declarararía que de tu obra me gusta todo: los cuentos, los ensayos, las cartas, las novelas, los textos periodísticos y tus relatos autobiográficos. Me gusta tu compromiso con las mujeres y los indígenas de Chiapas. Me gusta tu humor ácido cuando describes a las “copetudas”. Me gusta tu admiración por Simone de Beauvoir y Simone Weil, así como hacia poetas como Sabines, Pellicer y Gorostiza. Me gustan tus análisis filosóficos respecto a la manera de ser de los mexicanos. Pero lo que más me gusta es tu autenticidad.

Para terminar, mi querida Rosario, te invito con todo cariño a viajar en el tiempo, al fin que en los sueños todo se puede. A ti que te gustaba leer tanto la prensa y que eras tan curiosa, te propongo que hojeemos juntas los diarios del país, días después de tu partida. Prométeme que no te pondrás triste y que lo tomarás con el sentido del humor que tanto te caracterizaba. Leamos, por ejemplo, al reportero de tu periódico, *Excelsior*, Marco A. Carballo. El 9 de agosto de 1974 escribió:

“Bajo la copa casi amarilla de un fresno y junto a los restos de Jaime Torres Bodet y de David Alfaro Siqueiros, en la Rotonda de los Hombres Ilustres, fue sepultada Rosario Castellanos, poetisa, escritora y periodista. Después de una rápida memoria, por la persistente lluvia otoñal, un grupo de personas —mujeres en su mayoría— observa la tarea de los cuatro sepultureros que cubren con coronas y arreglos florales la húmeda tierra”. Qué estilo, ¿verdad, Rosario? Los reporteros de ahora ya no escriben así. Tú que odiabas los homenajes, déjame decirte que antes de llegar a la Rotonda de las Personas Ilustres, como se llama ahora, te homenajearon en la Secretaría de Relaciones Exteriores y en el Instituto de Bellas Artes. Allí, cubrieron tu féretro con la bandera mexicana, sobre la cual se encontraba una corona con bandas negras en la que estaba el nombre de la ex primera ministra de Israel, Golda Meir. Hicieron guardia el rector de la Universidad, Guillermo Soberón; el secretario de Educación, Víctor Bravo Ahuja, y el de Relaciones Exteriores, chiapaneco como tú, Emilio O. Rabasa: “Hoy es un día de luto para México”, apuntó.

Esa mañana tan gris y mojada, las que estaban sumamente desconsoladas eran María Luisa Mendoza y tu amiga entrañable Elena Poniatowska. También un grupo

de chamulas se veía visiblemente afectado. ¿Quién crees que se veía particularmente triste mientras hacía guardia al lado de tu féretro? El gobernador, el doctor Velasco Suárez. Minutos antes había anunciado que el Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas te rendiría una serie de homenajes. “Se trata de una pérdida irreparable”, señaló el mandatario chiapaneco. “Las letras pierden uno de sus más limpios valores; una inteligencia extraordinaria. Rosario Castellanos nos honra y nos honrará siempre”. Algo que seguramente te dará mucho gusto saber es que Abba Eban, ex canciller de Israel, escribió un artículo en el *Jerusalem Post* como un homenaje póstumo. Muy serio dijo: “Cuando el presidente Echeverría nos envió a Rosario Castellanos como su embajadora, sabíamos que México estaba haciendo un gesto especial de cordialidad y respeto hacia Israel. La embajadora era una mujer de profundos instintos humanos y poderosa intuición intelectual”, expresó Eban. El “Diorama de la Cultura” te dedicó todo el suplemento. Allí, García Cantú escribió un texto larguísimo sumamente evocativo en donde habla de su amistad y de todo el bien que hiciste entre los indígenas.

¿Te divertiría qué dijo de ti la comunidad intelectual? En las páginas interiores de *Excelsior* del 8 de agosto de 1974, además de decenas de esquelas, muchos es-

critores y poetas manifestaron una gran consternación. Ramón Xirau, abatido, aseguró que fuiste una espléndida escritora, una poeta de alta calidad y una persona “moralmente de primera”. David Huerta, quien fuera tu alumno, manifestó que tu poema “Lamentación de Dido” era uno de los mejores del siglo. Por su parte, Salvador Elizondo declaró: “En un país como el nuestro donde la mujer cobra cada vez más importancia, el trabajo literario de Rosario Castellanos tiene una dimensión muy grande”. Aseguró que la noticia lo dejaba asombrado. “Es una autora que descende de la tradición de grandes poetas femeninas de nuestro país, como Sor Juana”. Carlos Pellicer, entonces presidente de la Comunidad Latinoamericana de Escritores, aseguró que en tus narraciones había una muy notable valentía al hablar del indígena: “Nos hace pensar —señaló— en que sólo un espíritu altamente humano trata un tema como este en la más elemental justicia”. Curiosamente, Octavio Paz no se refirió a tu obra literaria, sino a tu “honradez contigo misma y con el mundo”. No te rías, Rosario, eso dijo el autor de *El laberinto de la soledad*. Por último, la ex primera ministra Golda Meir, comentó en Tel Aviv: “Quiero que el pueblo de México sepa que me siento profundamente consternada por el deceso. La señora Castellanos fue una mujer muy culta e inteligente que llegó a mejorar y estrechar las relaciones de los dos países”.

Buscando, buscando notitas en los diarios, encontré una que decía: “Cuando la señora Castellanos tuvo el accidente, el chofer de la embajada, al ver lo que acontecía, retiró a la señora de la lámpara y la recostó en un sofá. Inmediatamente se avisó a una clínica, la cual envió una ambulancia, pero la señora Castellanos falleció en el camino. La señora Castellanos había hecho muchos amigos en Israel y era excepcionalmente estimada. Además de las labores de su cargo, impartía la cátedra de literatura en la Universidad Hebrea de Jerusalén”.

Cuántos homenajes, cuánto amor y cuánto dolor provocó el hecho de que te hubieras ido de este mundo tan joven y de una forma tan absurda. Por otro lado, mi querida Chayito, qué vida tan fecunda la tuya.

Pienso que hoy más que nunca existes. Estás viva en tus libros, Rosario, y estás viva en la vida de muchas mujeres quienes gracias a ti, ¡existen! Por lo que a mí respecta, afortunadamente, ya no vivo la no existencia y menos si, efectivamente, mi sueño se hace realidad y me otorgan la medalla Rosario Castellanos, porque para mí será un premio, un reconocimiento, pero sobre todo un privilegio unir tu nombre con el mío. En suma, un sueño realizado.

Muchas gracias. **U**

---

Discurso leído durante la recepción de la Medalla Rosario Castellanos, en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, el 7 de agosto de 2015.

© Bernice Kolko



Rosario Castellanos en Ciudad Universitaria

Manuel Gómez Silvera

# De acusado a soplón

Gabriel Torres Puga

*¿Quién fue Manuel Gómez Silvera? Su biografía era, hasta hace poco, casi desconocida en el contexto de los estudios históricos sobre Nueva España. Su proceso inquisitorial, que acaba de ser editado por la Facultad de Medicina de la UNAM, permite conocer una realidad de castigo y violencia institucional que no se halla distante de la experiencia actual en nuestras sociedades.*

El proceso inquisitorial contra Manuel Gómez Silvera, por judaizante, recién publicado por la Facultad de Medicina de la UNAM, me ha hecho reflexionar sobre el sentido que puede tener, hoy en día, conocer y discutir el contenido de un expediente judicial con más de cuatro siglos de antigüedad. La Inquisición evoca un pasado que hasta cierto punto nos parece distante. Una época en la que sólo era permitida una religión y en la que se consideraba como delito de fe todo aquello que vulnerara o cuestionara el catolicismo, aun cuando se tratara de una opinión producida entre particulares o de un acto de conciencia. A primera vista pareciera que estamos lejos de esos principios, pero ¿qué tanto lo estamos de ciertas prácticas judiciales? ¿Qué tanto han mejorado las instituciones en materia de averiguación y de administración de justicia?

El Santo Oficio de la Inquisición, también llamado “tribunal de la fe”, sólo fue el medio que reforzaba un principio arraigado en la gestación de la monarquía católica: la unidad de fe como principio de Estado. La corona española asumió ese principio como garante de su propia existencia, y por ello favoreció la permanen-

cia de un sistema inquisitorial que si bien era de naturaleza eclesiástica (los inquisidores eran “apostólicos” pues recibían del Pontífice su autoridad), estaba organizado y protegido por la autoridad real. La Inquisición existía porque el rey la necesitaba, o porque creía que la necesitaba. Creció a la par de la monarquía; se expandió también sobre América y sirvió de modelo para que otras monarquías católicas desarrollaran sus propios sistemas inquisitoriales.<sup>1</sup>

Más de tres siglos después, en 1820, la Inquisición fue excluida del devenir político de España y de las nuevas naciones americanas. En su momento la medida generó violentos debates; pero a mediados del siglo XIX la Inquisición dejó de ser defendida. Autores de diversa ideología escribieron en su contra. Los liberales la culparon del atraso de la literatura y de la ciencia. Los conservadores sostuvieron que la Inquisición había oprimido a la propia Iglesia. Todos buscaron el modo de librarse

<sup>1</sup> Para una visión comparada de la actividad inquisitorial, véase Francisco Bethencourt, *La Inquisición en la época moderna*, Akal, Madrid, 1995, 566 pp.

de culpas; de disculpar a las naciones en transición o de exonerar a la nueva Iglesia. Era natural afirmar que con la supresión de la Inquisición se había dado un primer paso para corregir el rumbo. El Estado, la sociedad, incluso la Iglesia católica, se habían desprendido de un elemento incómodo al que ya convenía señalar como epítome del mal, símbolo de los tiempos de atraso y oscurantismo. La Inquisición, sin embargo, no había sido más que una pieza dentro de un sistema político que hacía de la causa de fe una causa de Estado: un fenómeno que, por cierto, no había sido exclusivo del mundo hispánico y que puede relacionarse incluso con un proceso de mayor extensión, al que varios autores llaman “de confesionalización”.<sup>2</sup>

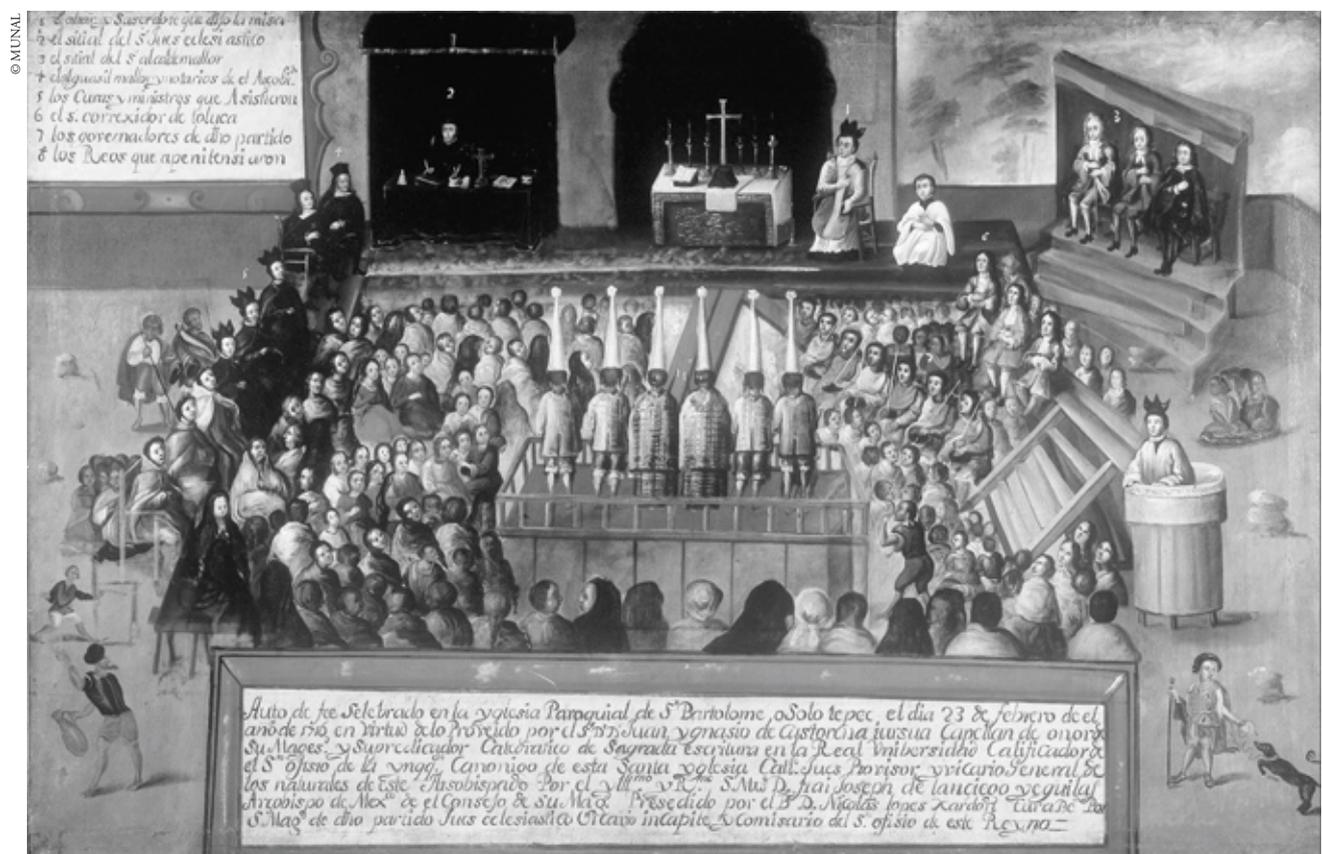
La Inquisición no fue responsable de la intolerancia; pero sí fue parte de ella y colaboró a mantenerla durante mucho tiempo. Era un tribunal basado en principios que hoy nos parecen errados; pero en otros tiempos —y eso es tal vez lo más importante— estos principios fueron compartidos por la Iglesia, la corona y una gran

<sup>2</sup> Sobre la relación de la Inquisición con el proceso de “confesionalización” del mundo europeo, véase la introducción de Jean-Pierre Dedieu a Jaime Contreras, *Sotos contra Riquelmes*, segunda edición, Siglo XXI, Madrid, 2013, particularmente las pp. 12 y 13. Un resumen de la invención y desarrollo del concepto de “confesionalización” en el mundo europeo y americano puede consultarse en Alicia Mayer, “La reforma católica en Nueva España. Confesión, disciplina, valores sociales y religiosidad en el México virreinal. Una perspectiva de investigación” en María del Pilar Martínez (coordinadora), *La Iglesia en Nueva España. Problemas y perspectivas de investigación*, UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2010, pp. 11-52.

parte de la sociedad española a ambos lados del Atlántico. Por lo mismo, si queremos entender la institución, debemos ser capaces de estudiar, por un lado, el fenómeno de la intolerancia (su permanencia y sus cambios) y, por otro, los fenómenos asociados directamente a la práctica cotidiana del tribunal. En este último sentido, la Inquisición requiere ser estudiada como institución de investigación y de justicia: con sus aciertos y yerros, con problemas de competencia, con dificultades procesales y limitaciones impuestas por las circunstancias políticas, con casos de corrupción e incompetencia, con momentos de eficacia, con abusos de poder y a veces con una impotencia sorprendente. Todo ello tuvo que ver con la práctica cotidiana del tribunal, con las características de sus ministros y sus dependientes. También con los cambios históricos.

Superados los tiempos de apologistas contra detractores de la Inquisición, los historiadores podemos reflexionar sobre lo que significó la actividad inquisitorial en relación con la heterogénea sociedad con la que interactuaba. ¿Y qué mejor manera de acercarnos a las prácticas inquisitoriales que a partir de la lectura directa de una causa de fe? El libro que hoy presentamos nos brinda esa oportunidad y debemos celebrarlo por varias razones. Primero, porque se publica íntegro; después, porque corresponde a un expediente completo y relativamente extenso; y, finalmente, porque ignorábamos todo de él, al hallarse en una colección privada.

El *Proceso inquisitorial contra Manuel Gómez Silvera, por judaizante* ha sido bien editado, con un prefacio de



Auto de fe en San Bartolomé Otzolotepec, 1716

Diego Valadés y un breve prólogo de Richard Kagan, inteligente y bien fundamentado, que esboza la historia de las persecuciones de judaizantes en el mundo ibérico y subraya la importancia de rescatar las experiencias individuales de vida. Kagan es especialista de la historia moderna española; coautor de una historia sobre procesos contra judaizantes y autor, entre varios libros, de un atrevido estudio, cultural y político, sobre los sueños proféticos de una joven madrileña en tiempos de Felipe II.<sup>3</sup> El cuidadoso trabajo paleográfico se presenta acompañado de una reproducción fotográfica espléndida de las fojas originales. La habilidad de los paleógrafos para descifrar ciertas palabras es meritoria y debe encomiarse a pesar de unas cuantas erratas que afectan poco el contenido, pero que saltan a la vista cuando uno ha visto otros procesos inquisitoriales.<sup>4</sup>

Ahora bien, siguiendo el hilo de la misma pregunta que se hace Kagan en el prólogo (“¿a qué se resume la

<sup>3</sup> *Los sueños de Lucrecia. Política y profecía en la España del siglo XVI*, Nerea, Madrid, 1991, 260 pp.

<sup>4</sup> Señalo algunas erratas que pude detectar: “Diferidamente” debe ser “Definitivamente”, p. 39; “proceso por él es la acusación”, debe ser “protesto ponelle [o ponerle] la acusación”; dice “seis años” en vez de “seis días” en p. 51; debe ser “hermano” y no “yerno” en p. 53; “trae” y no “traje” en p. 52; falta “ocho” en la fecha que aparece en p. 60 y ahí mismo se habla de “los nietos”, en minúscula, cuando el texto se refiere a los Díaz Nieto. Lo mismo ocurre en p. 67. En p. 75 dice “a fuerza” cuando debe ser “a su casa”. Más adelante dice, refiriéndose a una cárcel, que es la “portería” del patio, cuando es la “postrera”, p. 83. Donde dice “allende” debe ser “aliende”, en p. 145. “Tornó” debe ser y no “tronó”, p. 211.

historia de Manuel Gómez Silvera?”) podríamos preguntarnos cuál es la importancia de este proceso, prácticamente desconocido hasta ahora. José Toribio Medina apenas nombra a Gómez Silvera como uno más de los reos que salieron en el auto de fe de 1601.<sup>5</sup> Eva A. Uchmany, una reconocida historiadora fallecida recientemente y autora del libro más completo sobre la persecución de judaizantes en Nueva España durante esta época, tampoco aporta muchos datos sobre él.<sup>6</sup> No obstante, el proceso contra Manuel Gómez Silvera es un buen recurso para aproximarnos a la actividad inquisitorial y a las debilidades de un reo ante una circunstancia específica. No es un caso típico o modélico porque no existe tal cosa. Como he señalado antes, la Inquisición no tuvo un comportamiento único ni su actividad siguió siempre los mismos objetivos. Pero el proceso de Gómez Silvera sí es representativo de un momento específico de actividad, a finales del siglo XVI, cuando siguiendo una política general de la monarquía, el tribunal centró su atención en las familias portuguesas que habían entrado a Nueva España a raíz de la incorporación de Portugal a la corona española.

El *Proceso* que se ha publicado puede decirnos mucho, no sólo del reo, sino de los sujetos que lo trataron y denunciaron; de los inquisidores y de las prácticas mis-

<sup>5</sup> *Historia del tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de México*, segunda edición, facsimilar, Miguel Angel Porrúa, México, 1998, p. 130.

<sup>6</sup> *Entre el cristianismo y el judaísmo en la Nueva España, 1580-1606*, Archivo General de la Nación/FCE, México, 1992, p. 103.



Francisco de Goya, *Auto de fe de la Inquisición*, 1819

mas del tribunal en esos años de 1596 a 1601. La denuncia de este joven de 28 años, que llevaba siete años en Nueva España y trabajaba en una mina de Sultepec “entendiendo en la fundición de metales” (p. 123) se desprendió de los procesos contra la familia del gobernador de Nuevo León, Luis de Carbajal, sospechoso de haber traído a varios judaizantes portugueses para poblar la nueva colonia, al norte de Nueva España. Gómez Silvera no era un implicado directo y ni siquiera portugués de nacimiento; pero fue involucrado en la supuesta “red” o “complicidad” de practicantes del judaísmo. Uno de los principales inculpados, Manuel de Lucena, que había hecho profecías sobre la llegada de un nuevo Mesías, señaló a Gómez Silvera como uno de los sujetos que hacían ayunos. Otros tres reos corroboraron el dicho, y con eso se formó la prueba.

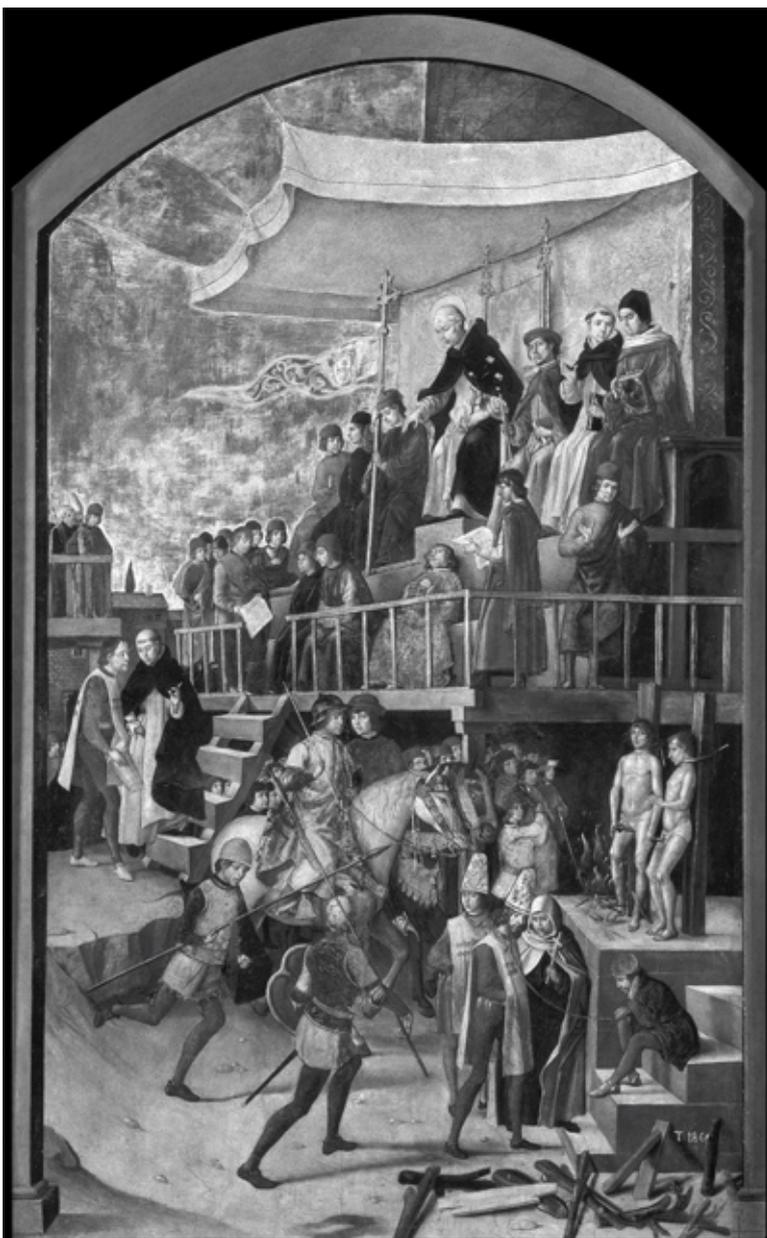
La práctica inquisitorial de conseguir nuevas acusaciones a partir de los testimonios de los presos provocaba una espiral de denuncias cuya arbitrariedad ha sido señalada en varias ocasiones. Estos tres reos que acusa-

ron a Gómez Silvera lo hicieron bajo presión y con la muy probable intención de salvar su vida, como bien lo señala Kagan en el prólogo citado (p. 31). En los tres casos, los reos denunciados se vieron súbitamente afectados de un golpe de memoria y los tres pidieron audiencia (así se consigna) para acusar a este sujeto. Detrás de las formas que quedan registradas en el expediente, es posible imaginar el arreglo con los inquisidores por medio del abogado del propio tribunal: una denuncia contra ciertos sujetos puede ser el mejor recurso para evitar un nuevo cargo de ocultamiento y complicidad. Gómez Silvera fue arrestado una semana antes del gran auto de fe de diciembre de 1596. Así, mientras salían muchos reos con sus causas ya probadas, otros ingresaban al tribunal con acusaciones extraídas de la primera oleada persecutoria. No es un caso anómalo. Lo mismo había ocurrido en la península, como lo sugiere el caso de Murcia estudiado por Jaime Contreras, y lo mismo ocurriría nuevamente en Nueva España a mediados del siglo XVII. Una primera gran oleada, y luego una segunda: con sujetos reincidentes y nuevos reos generados por las primeras averiguaciones.<sup>7</sup>

\*\*\*

Huérfano desde niño, Manuel Gómez Silvera vivió en Sevilla y sus alrededores, sirviendo de cajero y mercader, hasta que unos familiares consiguieron llevarlo a América. Fueron esos parientes quienes lo acercaron al judaísmo; le enseñaron a ayunar y a interpretar pasajes del *Viejo Testamento* (sabía leer y escribir). En su confesión, intentó explicar con ingenuidad la manera en la que se había convertido: reconoció que “desde el año de 80 ha guardado los sábados” y dijo que había sido Cristóbal Gómez, su primo, quien le había enseñado a guardar la Pascua del Cordero en el mes de marzo, en que habían de comer pan sin levadura y a no comer “tocino, manteca y cosas de puerco por guarda de la dicha ley de Moisés”. En su descargo, pidió perdón y se mostró arrepentido; dijo no saber cuándo era el ayuno de la reina Ester (pues también se le acusaba de haberlo guardado) y que nunca había dejado de comer tocino y “cosas de puerco... porque toda su vida las comió y apeteció, y así, aunque guardaba la ley de Moisés, no las dejaba de comer” (p. 131). Más aun, insistió en que se había apartado de esas creencias “al ver que todo el mundo guardaba la ley de Jesucristo” y “ayudó mucho para apartarse de la dicha ley de Moisés, haber oído en esta ciudad, en San Francisco, un sermón del padre Reynoso” (p. 133).

<sup>7</sup> Contreras, *Sotos contra Riquelmes*. Sobre los fenómenos de denuncia en el tribunal de México: Uchmany, *La vida entre el judaísmo*, y Solange Alberro, *Inquisición y sociedad en México 1571-1700*, FCE, México, 1988, 623 pp.



Pedro Berruguete, *Santo Domingo presidiendo un auto de fe*, 1495

En su momento, los inquisidores se preguntaron si el reo decía toda la verdad. Los historiadores nos preguntaríamos, más bien, hasta dónde llegaba la confusión de un muchacho que había tenido que vivir “entre el cristianismo y el judaísmo”.<sup>8</sup>

El fiscal de la Inquisición, poco convencido del arrepentimiento del reo, pidió ponerlo en cuestión de tormento y obligarlo a confesar; pero esto no fue necesario. El abogado del tribunal ayudó a Gómez Silvera a seguir el camino que más podía convenirle: es decir, aceptar la mayoría de los cargos que se le presentaban en la “publicación de testigos”; confesar todo y denunciar a más individuos. Así, el reo pidió nuevas audiencias en las que añadió información que había “recordado”, como el haber leído efectivamente las profecías sobre la venida del Mesías de Manuel Lucena (p. 174). Seis meses después de su prisión la causa estaba lista para ser votada, pero los inquisidores prefirieron desahogar otros procesos. Tres años se mantuvo suspensa la causa hasta que nuevos inquisidores volvieron a verla en el año de 1600.

Justo aquí el expediente da un giro. El reo pide audiencia no para hablar de sí ni de sus allegados, sino de otro reo en cuya celda ha estado una semana. La explicación es muy simple: estaba cumpliendo con un *trabajito* que le habían encargado los nuevos inquisidores: espiar la conducta de otro preso, Simón de Santiago, y decirles si estaba loco o si fingía su demencia. La causa de Simón de Santiago, un alfombrero alemán, criado por calvinistas, que había vivido en Flandes antes de pasar a Nueva España, ya ha sido estudiada por Richard E. Greenleaf, pero nos faltaba conocer este testimonio clave.<sup>9</sup> En su declaración, Gómez Silvera describe al alemán como un hombre “que sabe mucho”, que habla “muy concertado en cualquiera cosa que trata”, que “come y duerme mejor” que él, que colma de cortesías a sus compañeros de celda y que procura hacer sus necesidades “con mucha honestidad y concierto, tapándose con mucho cuidado, y más que este ni los demás compañeros”. Pero en la acusación de este sujeto amable, culto y de buenos modales encuentra Gómez Silvera la oportunidad de su propia salvación: así, lo acusa de ser “bellaco” y “gran hereje”, pues dice “que le tiemblan las carnes de oírle” pues aunque cree en la Trinidad, en los apóstoles y los profetas, niega “a todos los demás santos, y que son hechiceros y que el Papa es hechicero y que la Iglesia católica es cosa de burla y que se pueden cagar en ella...” (p. 188). El tímido judaizante, ingenuo y arre-

pentido, parece deseoso de demostrar que sólo fue judío por un tiempo, que quiere ser buen católico y que está dispuesto a colaborar con los inquisidores. En pocas palabras, se ha convertido en el espía idóneo.

La amenaza de tormento que pendía en la acusación del fiscal y el encierro de tres años debían de agobiarlo demasiado. Por eso, es comprensible que aceptara cumplir con la tarea encomendada. Se ganó la confianza del alemán, dejó que este le hablara de la Iglesia, del Papa, del catolicismo como si fuera una falsa religión de idólatras. Escuchó con atención al hereje, también en las noches, sin conmovirse de quien muchas veces “canta[ba] en su lengua” y “acaba[ba] llorando y con mucha ternura” (p. 188). Gómez Silvera pensaba que su salvación estaba en su denuncia y no dudó en afirmar que el hereje dice tanto mal “que en ocho días hubiera qué escribir” y que es “muy cuerdo, no obstante que por otra parte se finge loco” (p. 191). Así, Manuel Gómez Silvera, acusado por reos que buscaban aminorar su pena en la Inquisición, acabó salvándose con la misma estrategia. Después de este testimonio y de otro rendido por otro reo, el hereje calvinista fue sometido a tortura, interrogado y sentenciado a ser relajado al brazo secular. Una vez concluido el auto de fe de marzo de 1601, Simón de Santiago fue conducido a la hoguera y quemado vivo por el corregidor de la Ciudad de México, como cuenta Greenleaf.

Gómez Silvera, en cambio, salió en ese mismo auto para ser reconciliado, como judaizante arrepentido. No se salvó de la humillación pública, pero sí de los cien azotes que sólo pidió uno de los jueces que revisó su sentencia. Perdió sus pocos bienes y se le condenó a reclusión perpetua en Sevilla. No sé cuándo se embarcó; pero es muy probable que, como la mayoría de los reos que salvaron la vida en estos autos de fe, fuera después liberado, gracias al “perdón general” concedido por el Papa a los judeoconvertos de origen portugués en 1604 y publicado con reticencia en la monarquía dos años después.<sup>10</sup> Así, puede decirse que, dentro de todos los males, Gómez Silvera consiguió salvarse, gracias a que entendió la lógica inquisitorial y acabó comportándose como los inquisidores querían.

Para entender cabalmente el proceso de Gómez Silvera es necesario verlo en conjunto con otros expedientes. La ausencia de la tortura en su caso, por ejemplo, se explica por su presencia en otros. Sin haber sido torturado, Gómez Silvera se comportó en respuesta al miedo que la tortura le provocaba. Su caso, como el de varios más, fue provocado por el afán de encontrar culpables y modelos de escarmiento y no por una preocupación

<sup>8</sup> La necesidad de mantener las redes familiares que lo sostenían, por un lado, y la necesidad de asimilarse a la sociedad española, por el otro, producían esa ambigüedad que compartieron la mayoría de los reos que fueron sentenciados en los autos de fe de 1596 y 1600, cuyas vidas han sido resumidas en el fascinante libro de Eva A. Uchmany, *Entre el judaísmo y el cristianismo*.

<sup>9</sup> Richard E. Greenleaf, *La Inquisición en Nueva España, siglo XVI*, FCE, México, 1982, p. 205.

<sup>10</sup> Sobre la negociación del breve papal, su publicación y sus repercusiones en la actividad inquisitorial: Uchmany, *Entre el judaísmo*, pp. 161-177.

motivada por una denuncia voluntaria. Un sujeto como Gómez Silvera, que nunca buscó persuadir a nadie de su religión ni decía en público ningún comentario contra la Iglesia, no había afectado en nada a la sociedad novohispana y, sin embargo, terminó como víctima y paradójicamente también como acusador dentro de la propia lógica del tribunal a finales del siglo XVI. Ya hemos dicho, sin embargo, que la actividad desplegada en esta época no fue la regla en la historia del tribunal de México. Este sólo emprendió auténticas persecuciones de judaizantes en dos momentos específicos (el segundo es el de las décadas de 1640 y 1650) que derivaron en grandes autos de fe y en una manifestación palpable de su autoridad. Con el paso del tiempo, la Inquisición cambió sus intereses y también sus procedimientos. Por ejemplo, en el siglo XVIII redujo al mínimo la tortura y prácticamente dejó de aplicarla, aunque nunca la abandonó de sus amenazas. Encontró medios más sutiles para conseguir información y actuó sobre una multitud de delitos que merecen una historia aparte.

La desaparición definitiva de la Inquisición en 1820 tuvo efectos positivos en los países surgidos del mundo hispánico; pero no debemos exagerar sus alcances. En lo que se refiere a los principios que sustentaban la actividad inquisitorial podemos ver como un logro el que en los países herederos del mundo ibérico se esfumara gradualmente el delito de fe. El catolicismo mismo tuvo que adaptarse a los tiempos cambiantes y aceptar que no podía castigar el disenso como lo había hecho durante tanto tiempo. Los fenómenos de secularización fueron posibles sin la fuerza de un catolicismo autoritario. En la actualidad en España y en América Latina hay libertad plena de creencias y de prácticas religiosas. Se reconoce la diversidad sobre el entendido del respeto mutuo. Si pensamos en el caso de un individuo procesado por haber hecho un ayuno o por haber despreciado un pedazo de tocino, podemos afirmar que vivimos en una época de grandes libertades. Sin embargo, la libertad suele ser precaria y la tolerancia, relativa. En el siglo XX se produjo la mayor represión contra judíos, acompañada de un proceso de exterminio que dejó muy insignificantes las ejecuciones inquisitoriales y demostró que los extremos de la intolerancia no eran un asunto del pasado. España y América han vivido, además, dictaduras militares en que proliferaron los presos de conciencia y las prohibiciones expresas para hablar de ciertos temas políticos e incluso religiosos. En fechas más recientes, los brotes de intolerancia religiosa han cobrado fuerza en Europa como respuesta al extremismo islámico.

En lo que se refiere a la aplicación de justicia, independientemente de si los principios eran errados o no, o si ya no los compartimos más, ni el siglo XX ni los años que van del presente salen bien favorecidos. En los regímenes dictatoriales y autoritarios, y aun en los que se

precian de democráticos, ha sido común la aplicación de la tortura y la actuación irregular o arbitraria de los sistemas de inteligencia, como lo comprobamos cada día. Los métodos de investigación y de impartición de justicia pueden adolecer hoy en día de vicios semejantes a los del proceso de Gómez Silvera, sobre todo cuando la lógica de conseguir culpables se impone a la de descubrir la verdad.

En un México agobiado por la corrupción, la actividad judicial nos parece en la actualidad plagada de vicios y problemas, algunos similares y otros mayores a los que se enfrentaban los jueces civiles y eclesiásticos de los siglos pasados. Peor aun, hemos atestiguado que la labor policiaca puede estar completamente dissociada de cualquier principio de justicia, o que en distintas zonas del país hay una multitud de juicios sumarios y aplicación de penas que responden a la lógica de grupos delincuenciales. En este aspecto, el contraste con el pasado puede ser aterrador. Baste pensar que en los tres siglos de actividad inquisitorial, con todos sus abusos y malos procedimientos, hubo probablemente 43 personas condenadas a morir en la hoguera: ¡el mismo número de personas que en un solo día, de acuerdo con la versión oficial, fueron detenidas, ejecutadas y calcinadas con la complicidad de un gobierno municipal, hace casi un año!<sup>11</sup> La revisión del pasado, por lo tanto, no debería servir para vanagloriarnos de nuestro presente, sino para tratar de explicar de manera crítica nuestra realidad, pasada y presente; para reconocer nuestros defectos y nuestros problemas como sociedad. El caso inquisitorial que hoy presentamos me ofrece esta singular oportunidad de recordar las deficiencias de un procedimiento aplicado hace siglos y de reflexionar también sobre lo mucho que nos falta hoy para tener un sistema de procuración e impartición de justicia del que podamos sentirnos orgullosos. **U**

<sup>11</sup> Mariano Cuevas calculó el número a partir de los registros de autos de fe y libros de votos de 1571 en adelante. Los casos anteriores a 1571 (año de la fundación del tribunal) corresponden a la lista de sambenitos que existió en la catedral. *Historia de la Iglesia en México*, tomo 2, libro 2, Patria, México, 1946, p. 293. Los datos los reproduce también Junco, *Inquisición sobre la Inquisición*, Jus, México, 1949, 219 pp. A pesar del tono apologético de ambas obras —sobre todo de la segunda—, la cifra es bastante exacta y no ha sido objetada. La versión de la ejecución y calcinación en el basurero de Cocula de los 43 estudiantes desaparecidos de la Escuela Normal de Ayotzinapa fue dada a conocer como “verdad histórica” por la Procuraduría General de la República en enero de 2015.

Esta reseña es la reelaboración de una ponencia presentada el 10 de diciembre de 2014 en el Palacio de Medicina, ex tribunal de la Inquisición de México, con ocasión de la presentación del libro. Agradezco a los organizadores, y en especial a Enrique Graue, la invitación a participar en dicho evento.

*Proceso inquisitorial contra Manuel Gómez Silvera, por judaizante, 1596*, transcripción, paleografía y notas de Jaime Antonio Abundis Canales con la colaboración de Nuria Galland Camacho, prólogos de Diego Valadés y Richard Kagan, UNAM/Facultad de Medicina, México, 2014, 219 pp.

Centenario de Arthur Miller

# El éxito del fracaso

Fernando de Ita

*Arthur Miller nació en Nueva York el 17 de octubre de 1915, es decir, hace un siglo. De origen judío, Miller conquistó la escena con piezas de profunda intensidad dramática en torno a los vericuetos del fracaso y la transformación moral del individuo, como es el caso de su obra maestra, La muerte de un viajante, considerada la mayor tragedia estadounidense de todos los tiempos.*

El 10 de febrero de 1949, Willy Loman entró al escenario del Morocco, en Broadway, para darle al teatro de Estados Unidos de América la primera tragedia contemporánea en un país que había salido victorioso de una tragedia mayor: la Segunda Guerra Mundial. *La muerte de un viajante*, de Arthur Miller, un chico de ascendencia judía nacido el 17 de octubre de 1915 en la ciudad de Nueva York, recibió el Premio Pulitzer como literatura dramática, el Premio Tony como obra de teatro y el premio de premios en una sociedad donde el tiempo es oro: un millón 250 mil dólares en taquilla por los dos años que estuvo en cartelera. Una verdadera fortuna para aquella mitad del siglo xx.<sup>1</sup>

Desde su apellido (Loman: *Low man*), el personaje de Miller nos habla del fracaso de un hombre en el trabajo, de su fracaso como esposo, como padre, como parte del sueño americano. Ya en *Todos eran mis hijos*, estrenada en 1947 en Broadway, Miller planteaba la falacia de tal sueño en el seno de la familia de Joe Keller,

un exitoso empresario que guarda un sucio secreto que se va develando a lo largo del drama hasta terminar con el suicidio del jefe de familia. El estreno de esta obra, dirigida por Elia Kazan, entonces miembro del Partido Comunista, sería uno de los motivos por los que el senador Joseph McCarthy citó a Miller a declarar ante el Comité de Actividades Antiestadounidenses. El escritor se negó a denunciar a sus colegas, le fue retirado el pasaporte y fue puesto en la lista negra del gobierno. Con todo, la obra tuvo 380 representaciones y ganó el premio de la crítica.

Como a tantas familias de los años veinte, la Gran Depresión cambió la vida de los Miller, que tuvieron que mudarse de su casa en Manhattan, junto a Central Park, a un desvencijado departamento en Brooklyn. Este vuelco de la fortuna y los trabajos que debió pasar para costearse la universidad desarrollaron en el joven estudiante un espíritu crítico sobre el triunfalismo del modo de vida americano, ya esbozado en sus dos primeras comedias, *Todavía crece la hierba*, de 1938, y *Un hombre con mucha suerte*, de 1944. Con esta última ganó su primer premio literario, pero fue un fracaso en la taquilla,

<sup>1</sup> *La muerte de un viajante* se estrenó en México el 15 de abril de 1953, con Alfredo Gómez de la Vega como Willy Loman.

que siempre ha sido el termómetro del teatro estadounidense, porque allá el teatro no se hace con dinero público sino privado. Este desengaño, que lo llevó a pensar en el abandono del teatro como medio de expresión, se vio compensado un año más tarde con el buen recibimiento de *Focus*, su primera novela, un alegato en contra del antisemitismo, y con el reconocimiento del público y la crítica para *Todos eran mis hijos*, escrita bajo la influencia del teatro social de Ibsen.

Los estudiosos del teatro estadounidense nos dicen que en su país el teatro fue el último género literario en emanciparse del canon europeo y coinciden en que *La muerte de un viajante* es la primera tragedia netamente americana y el primer clásico del teatro gringo, aunque se inscribe en la corriente realista-nacionalista de Thornton Wilder y Clifford Odets, y tiene como antecedente a Eugene O'Neill, quien experimentó con diversos lenguajes y utilizó la tragedia griega como molde para vaciar la tragedia americana de la Guerra Civil, el racismo y los conflictos sociales y sexuales de la sociedad gaba-cha. Miller siempre reconoció su deuda con Dostoievski por hallar su vocación de escritor, y con O'Neill como paradigma del hombre de teatro, a pesar de que era su antípoda como persona y como creador. La mente y la

vida atormentadas del autor de *Un Largo viaje hacia la noche* estaban lejos del temperamento recto y responsable del campeón de las causas nobles, quien sin embargo conoció el desequilibrio emocional y la negación de sí mismo en su matrimonio con Marilyn Monroe, la mujer-mito del cine americano, y con el ocultamiento de su hijo David con la fotógrafa Inge Morath, que nació con síndrome de Down.

Aquel hombre alto, guapo, de frente amplia y mirada franca, podía abstenerse de muchas cosas menos de la mujer. En 1940 se casó por primera vez con su novia de la universidad, Mary Grace Slattery, de quien se divorció en 1956, precisamente el año en que se casó con Marilyn, de quien se divorció en 1961 para refugiarse en brazos de la fotógrafa austriaca Inge Morath, a quien conoció ese año en el rodaje de *Vidas rebeldes*, y con quien se casó en 1962. Su matrimonio duró 40 años y sólo terminó con la muerte de la fotógrafa en el 2002, año en el que el escritor de 87 años declaró que tenía intenciones de casarse con la joven artista Agnes Barley, con la que ya vivía en su casa de Connecticut; mas antes de la boda llegó la muerte del dramaturgo, el 10 de febrero del 2005, el mismo día y el mismo mes en que Willy Loman entró al escenario de Broadway para con-



Marilyn Monroe y Arthur Miller fotografiados por Richard Avedon en 1957

sagrar a su padre literario como el primer clásico vivo del teatro americano.

#### EL MEJOR AUTOR DEL SIGLO XX

En los años ochenta, el Royal National Theatre de Inglaterra preguntó a 800 personas de las diferentes disciplinas teatrales quién era el autor más importante del siglo XX y Arthur Miller ganó por mayoría. Acaso su elección tuvo que ver con el éxito que tuvieron sus obras en Londres, cuando su estrella había declinado en los escenarios neoyorquinos. Esta mengua de aceptación fue paulatina. En 1953, *Las brujas de Salem*, dirigida por Elia Kazan, tuvo un éxito considerable como la metáfora de lo que estaba ocurriendo desde los años cuarenta en Estados Unidos con la paranoia anticomunista. Por cierto, Kazan —el luego legendario director del Actor's Studio— sí delató a sus camaradas para salvarse de la prisión, por lo que Miller le retiró el habla por muchos años. En 1956, el autor de dicha alegoría fue enjuiciado, condenado, absuelto y salió de aquel trance con la aureola de hombre probo y valiente, figura que se vio lastimada con los cuernos que le puso la Monroe en los últimos años de su matrimonio.

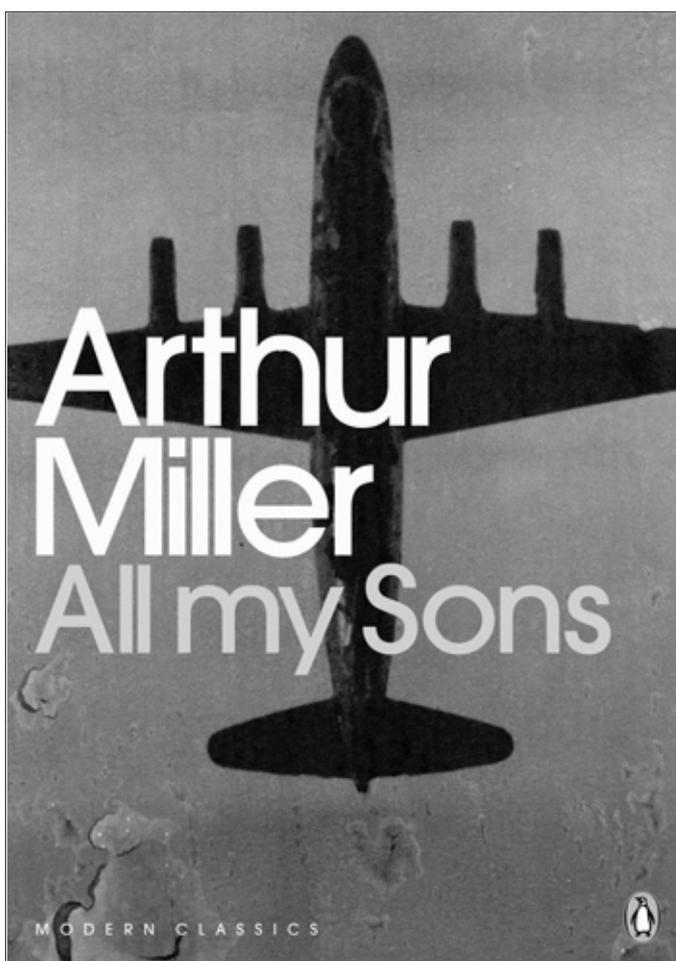
En 1955 se estrenó en Broadway *Panorama desde el puente*, un drama de amor, odio, honor y venganza que tiene como fondo la emigración ilegal a Estados Unidos, mayormente europea en aquellos años, que le valió su segundo Premio Pulitzer. Para diversos críticos de diferentes países esta es la obra más lograda y vigorosa de Miller, tanto en la forma como en el contenido. En ella, el dramaturgo introduce un narrador que describe el panorama físico y social que se ve desde el imponente puente de Brooklyn, sin tomar partido, dejando que sea el espectador quien juzgue las buenas y las malas acciones de los protagonistas, así como la justicia o injusticia que se ejercen sobre la emigración ilegal. Esta es la obra más representada del dramaturgo a lo largo y ancho del planeta.<sup>2</sup>

El vértigo mediático que vivió Miller antes, durante y después de su matrimonio con Marilyn le pasó factura como dramaturgo en la forma de un largo silencio, y le cobró impuesto con el suicidio de la diva, pues *Después de la caída*, la pieza sobre su experiencia con la Monroe, estrenada en Broadway en 1964, fue vista por el público y la crítica como un abusivo y mercenario ajuste de cuentas, por lo que fracasó en la taquilla, aunque tuvo éxito en Londres y otros escenarios de lengua inglesa y española. *El precio*, estrenada en Nueva York en 1968, es la última diana de Arthur Miller en su tierra natal. El realismo del autor, cargado de simbolismo en todas sus piezas, regresa a la Gran Depresión para acu-

<sup>2</sup> Seki Sano estrenó en México *Panorama desde el puente* en 1958.



Miller en París



mular en el ático del policía Victor Franz las ruinas del tiempo. De nuevo, el fracaso de un hombre “normal” es el tema recurrente del escritor; de nuevo, el desgaste de las relaciones de pareja, de las relaciones familiares, de las relaciones sociales, devela el lado oscuro del *American way of life* y la desesperanza de un puñado de vidas consumidas por la inercia. En el fondo, tanto el fracaso de Franz como el éxito de su hermano y el sacrificio de la esposa del policía son la misma mierda.

Miller escribió diez piezas entre 1968 y 1994, año en el que se estrenó *Cristales rotos*, su última creación dramática, otra vuelta de tuerca del pasado con la que el dramaturgo se presentó con una nueva generación de espectadores que sólo conocían su leyenda. Esta obra sobre el dolor y la culpa de los hijos de Abraham, sobre la identidad, la negación de uno mismo y de la realidad, tuvo una buena recepción del público y la crítica, aunque lejos del clamor que provocaron sus primeras obras. Su estatus como hombre de letras fue entonces respaldado por su novela *Una mujer normal*, por sus relatos cortos, sus ensayos sobre teatro y otros temas, por sus apariciones en diversos documentales y reportajes y por la novela autobiográfica que en español fue publicada como *Las vueltas del tiempo*.

De Arthur Miller perduró su gallardía ante el maccartismo, su eficaz presidencia del Pen Club como defensor de los derechos civiles de los escritores en países donde eran pisoteados, su rechazo a la guerra de Vietnam, su postura crítica a los desbarres de Estados Unidos en el mundo y el “realismo-responsable” de su teatro. Deudor de O’Neill y contemporáneo de Tennessee Williams, Miller opuso a la visión hollywoodense de Estados Unidos el fracaso de la gente común, las trampas de los potentados, el antisemitismo, la discriminación y otras lacras de la sociedad de consumo. En su teatro se reconoció el hombre frustrado por las falsas promesas del modo de vida americano, la mujer consumida por la carga familiar, los hijos condenados a repetir el fracaso de sus padres, porque la familia fue el microcosmos en el que Miller puso en cuestión al lugar y al tiempo que le tocó vivir. Para bien y para mal, él mismo entró al mundo ficticio del glamour, la manipulación de los medios y la carnívora admiración de las masas, pero lo hizo en compañía de una de las mujeres más deseadas de la segunda mitad de su siglo. ¿Y qué mortal se habría negado a beber ese cáliz?

#### MIS ENCUENTROS CON MILLER

Como reportero tuve una conversación telefónica, un acuerdo por fax y una larga entrevista con Arthur Miller. En febrero de 1980, con motivo del reconocimiento que le dio la New York Drama School como “el autor

estadounidense que mejor ha tratado la realidad social de la Unión Americana”, viajé a la ciudad de los rascacielos para tratar de entrevistarlo. Para mi frustración Miller no fue al acto porque tenía un compromiso ineludible en la ciudad de Boston, pero mandó un mensaje que me sirvió de guía para hacer la entrevista por teléfono. El problema estuvo en que, despistado por el cambio de horario, le hablé en la madrugada y sólo pude sacarle algunas respuestas monosilábicas que se publicaron en el diario *unomásuno* el mes de marzo del mismo año. En 1990, Juan José Gurrola fue a dar un curso al O’Neill National Theater Institute y me presumió por teléfono que el otro invitado a esos cursos de verano era Arthur Miller. Me consiguió el fax del instituto y por tal medio lo invité a dar una conferencia magistral en la Muestra Nacional de Teatro que por esos años tenía como sede la ciudad de Monterrey. Mi insistencia dio frutos, porque me dio el fax de su asistente con quien acordé que le pagaríamos cinco mil dólares y dos pasajes de primera para llegar a la Sultana del Norte. El día acordado, Luis Martín, el director del Teatro de la ciudad de Monterrey, y un séquito de edecanes y periodistas nos apostamos en el aeropuerto con un inmenso ramo de flores y la sonrisa de oreja a oreja. En vano, pues el famoso ex esposo de Marilyn Monroe nunca llegó. Frustrados, llegamos a las oficinas del teatro en donde nos esperaba un fax diciendo que por motivos de salud el dramaturgo no pudo hacer el viaje.

Finalmente, el mes de enero de 1994, gracias al cercano parentesco de mi pareja de esos años con Inge Morath, la esposa de Miller, pude platicar largamente con él en su casa de Connecticut. El dramaturgo tenía 79 años y seguía erguido y lúcido, aunque ensimismado y retraído del mundo, más atento al huerto de su casa por el que caminamos aquella mañana invernal que a la entrevista, publicada en el diario *Reforma* el 13 de febrero de 1994. Ya en su estudio, su actitud fue más animada, sobre todo al hablar del poco éxito que habían tenido sus últimas piezas en Estados Unidos. Parecía divertido ante el desinterés por su obra, en contraste con la atención que despertaba en Europa y en China, donde se había estrenado *La muerte de un viajante* como *Muerte en Pekín*. Como la tía de mi pareja nos había invitado al almuerzo, pude ver al hombre de la casa platicando trivialidades y comiendo arenque frío con pan negro: “En los países bálticos así se curan la borrachera”, comentó divertido ante mi azoro por su desayuno. Al pactar la entrevista, la esposa del escritor dejó en claro que sólo había un tema que no debía plantearle: Marilyn Monroe. Tal vez porque yo tuve en mente la figura de aquella diosa durante todo el encuentro, acaso porque Miller seguía pensando en ella, fue una entrevista tan fría como el invierno que cubría con su velo de novia aquella región de la Tierra. **U**

*Relatos salvajes*

# La ira y la venganza

José Woldenberg

*El cineasta argentino Damián Szifron ha escrito y dirigido una película que, con humor negro y un inteligente sentido del absurdo, disecciona las formas contemporáneas que asume el deseo de venganza en individuos humillados. Con un notable éxito ante la crítica, Relatos salvajes estuvo nominada para la Palma de Oro del Festival de Cannes y para el premio Oscar.*

1. Las siguientes no son notas sobre la ira en el cine en general, sino sobre la ira y la venganza en una película particular (*Relatos salvajes*). Para ofrecer mi lectura de la cinta, sin embargo, relataré de manera abreviada las tramas de las historias. Ofrezco disculpas tanto a quienes ya la vieron, por el delito de ser reiterativo, como a quienes no la han visto y no les gusta que les cuenten la historia. Pero sin esa recapitulación los comentarios no se entenderían.

Además estoy obligado a aclarar que no hay filosofía en las siguientes notas. Sólo amor y agradecimiento al cine. Al buen cine, por supuesto.

2. Una bella mujer checa su pasaje y aborda un avión. Otro viajante inicia una conversación casual con ella. Es un crítico musical.

—Mi primer novio era músico clásico —dice ella—, bueno, en realidad estudiaba...

—¿Cómo se llama? —pregunta él.

—No es conocido... Gabriel Pasternak.

—Pas-ter-nak, de haberlo sabido te digo que era sepulturero... Presentó su tesis en el Conservatorio... lo defenestré.

—Yo estaba con él en ese momento. Fue tremendo lo que le hicieron. Estuvo una semana en cama.

—A veces es así. Tengo que dañar la autoestima de un pobre infeliz para proteger los oídos de toda una población. Eventualmente puedo equivocarme, pero en este caso era un engendro impresentable.

Una señora que escucha la conversación, se presenta:

—No puedo creer tanta casualidad. Yo fui su maestra. Tuve la difícil tarea de comunicarle que repetía el año. Doy fe de que ese chico tenía problemas. En treinta años de docencia nunca vi nada igual. Lloraba como una criatura recién nacida.

Irrumpe un hombre barbado:

—Pobre flaco, ¿cómo le dábamos!

Uno más, ahora un pelón, dice:

—Increíble. Yo fui agente de Casa Tía... trabajó un tiempo. Siempre tenía problemas con los clientes. Se le tuvo que echar.

El crítico musical, sorprendido, se levanta y pregunta: “¿Perdón, alguien más conoce a Gabriel Pasternak?”. Algunos alzan la mano, todos se miran asombrados. “¿Por qué están en este avión? ¿Ustedes sacaron los pasajes?”, insiste el crítico. A uno se lo mandaron, a otro lo han



citado a una reunión, alguien más se lo ganó en un sorteo. En ese momento aparece la azafata para informar que “Gabriel Pasternak es el comisario de a bordo de este vuelo”, y con voz trémula informa: “cuando hacíamos el *training* juntos, éramos amigos. Me invitó a salir y cuando le dije que no...”. La puerta de la cabina de pilotos está cerrada. El avión empieza a descender en medio de fuertes turbulencias. No hay duda: van a estrellarse.

La ex novia reconoce que lo engañó con su mejor amigo, que por supuesto está también en el avión. Un hombre corre hacia la cabina desesperado, angustiado. Es su psiquiatra. También se portó mal con Pasternak. “Vos no tenés la culpa de nada. Vos sos la víctima... Los que te arruinaron la vida fueron tus padres... Nosotros no tenemos nada que ver”. Pero el avión sigue en caída franca. (Corte).

Dos viejos leen en su jardín. Son un hombre y una mujer, como se diría ahora, de la tercera edad. Se acerca un avión. Viene hacia ellos.

Antes de los créditos de la película, esa es la historia que cuenta Damian Szifron, escritor y director de la película argentina *Relatos salvajes*. Una serie de relatos de humor negro que exploran las derivaciones de la ira y los resortes de la venganza.

Pasternak, sobra decirlo, ha sido maltratado a lo largo de su vida. Maestros, jefes, pareja, amigos, psicoanalista, padres, han abusado de él. Es fácil imaginar su ira impotente a lo largo de los años. Una ira contenida, largamente acunada, alimentada episodio tras episodio. Esa furia que se vuelve contra él hasta derrotarlo. Es el niño sujeto de las burlas de sus compañeros, reprobado por su maestra, el novio engañado, el compositor frustrado, el trabajador despedido. Y un día decide reunirlos a todos y desatar una ingeniosa venganza. La ven-

ganza largamente planeada, perfectamente ejecutada. Una obra maestra que por supuesto tiene que alcanzar a sus propios padres. Porque como bien dice el historiador John Lukacs, “¿Qué es la venganza, sino el deseo de provocar un sufrimiento que cure el sufrimiento propio?” (*El siglo XX*, traducción de José Antonio Montano, El Colegio de México, México, 2015, Colección Historia Mínima de..., p. 73).

Szifron le inyecta el toque irónico a la pieza. Es el sueño que muchos han soñado. La venganza perfecta y total. Los que (me) han hecho daño morirán, juntos (reunidos por mí), aunque en la operación tenga que inmolarme. Un cuento sobre la dulce venganza, la que se paladea desde el origen, desde que se empieza a planear.

3. Un restaurante en medio de una noche lluviosa. Una joven recibe al cliente que desde el inicio parece odioso. Ella, de manera cortés, le pregunta: “Buenas noches, ¿uno solo?”. Y el patán contesta: “Veo que sos buena para las matemáticas”.

Demudada, la mesera entra en la cocina. Nerviosa, a punto del llanto, le cuenta a la cocinera: “Ese tipo es de mi pueblo... Un mafioso. Nos remató la casa y por su culpa papá se terminó suicidando. Dos semanas después del entierro, se trató de levantar a mi mamá. La acosó tanto que nos tuvimos que venir para acá. ¿Sabés cuántas veces soñé con tenerlo así? Delante de mí. Yo algo le voy a decir...”. La cocinera, gorda, astrosa, chuparra, le contesta: “Por culpa de ese tipo se suicidó tu papá y lo único que se te ocurre es insultarlo. ¿Por qué no le ponemos veneno para ratas en la comida?”.

Un rencor escondido, apaciguado por el tiempo, vuelve a nacer en la mesera. Los recuerdos se activan y con

ellos el miedo, la ira y la tristeza combinadas. Duda incluso en decirle algo. Constata una asimetría de fuerzas entre ella y el verdugo de la familia. Pero la cocinera es de otra pasta. Ante el temor de acabar en la cárcel, la gorda dice: “No es tan temible la cárcel... Te dan de comer, no pagás alquiler, vivís sin preocupaciones. Y si te acomodas con el grupo hasta la pasás bien. Juegas a las cartas...”. Se trata de una ex reclusa que no se arrepiente de lo hecho ni de haber estado tras las rejas. Dice que en la cárcel “me sentía más libre que acá. Esto es una mierda”.

El tipo además pretende postularse como intendente, por lo que la cocinera decide poner manos a la obra. Envenena la comida. Ante el pasmo de la mesera, la espetta: “Así es el país. Todos quieren que se les dé su merecido a estos. Pero nadie se atreve a mover un dedo”. Tiene incluso una coartada: “Diré que estaba echando veneno para los bichos y que casualmente una piedra cayó en una olla. ¿Qué me van a decir?”. Y Szifron se da tiempo para intercalar algún chistorete, como aquel en el que, preocupada la cocinera por la eventual caducidad del veneno, se pregunta: “espero que el veneno no esté vencido. ¿Cuando un veneno está vencido es más o menos dañino?”.

El plan, sin embargo, vive un contratiempo. Llega el hijo del *hijoeputa*. Y empieza a comer del plato de su padre. Eso no lo puede soportar la mesera. Que eventualmente pueda morir “un justo por un pecador”. El chico se pone mal, ella trata de retirar el plato, el tipo la golpea e insulta, llega la cocinera y le encaja un cuchillo por la espalda. Lo apuñala varias veces. Al final, el candidato a intendente recibe su merecido, la cocinera es detenida, y la mesera y el chico contemplan la escena.

La cocinera, una mujer iracunda, ha logrado sus dos objetivos: deshacerse de un malvado y volver a prisión. La mesera le proporcionó, sin querer, el motivo para orientar su ira. Es una venganza rocambolesca: no la perpetra la ofendida, sino quien tiene las agallas para asesinar al infeliz porque le da lo mismo estar en libertad o no. Si “la vida es una mierda”, si estar en libertad o en prisión “no tiene la menor importancia”, como diría Arturo de Córdova, ¿por qué no despachar “al otro mundo” a un miserable?

4. Un tipo viaja placenteramente por la carretera en su carro último modelo. Topa con una carcacha que no lo deja pasar. Intenta rebasarla pero se le cierra. Lo provoca. Finalmente, logra rebasarla, no sin antes abrir la ventana e insultar al conductor del viejo coche. Kilómetros después se le poncha una llanta. Intenta, con trabajos, cambiarla. Pero entonces le da alcance el hombre al que había insultado. Se refugia en su coche y le pide perdón. “Si te ofendí te pido disculpas”. Es tarde. La ira se ha apoderado de su verdugo. Este rompe los limpiado-

res, golpea el parabrisas con la llave de tuercas, se orina y caga sobre el auto. Descargada su furia, humillado su rival, sube a su auto para seguir por su camino. Pero ahora es el rico el que es invadido por la ira. Colocado su coche tras el de su verdugo, acelera para empujarlo y enviarlo hacia un barranco. El coche se precipita, da un vuelco y queda llantas arriba. Ahora es él el que cree que su venganza ha resultado satisfactoria. El otro, sin embargo, sale reptando del auto y lo amenaza: “estás muerto”. El miedo lo hace huir a toda velocidad. Pero en un acto de furia enajenada regresa para acabar con su oponente. Ahora, intenta atropellarlo pero no lo logra. Se le sale el neumático, cae por el mismo barranco y queda suspendido atrás del coche del otro. Enfurecido al máximo, convertido en una bestia, el pobre entra por la cajuela para acabar con el rico. Este le pega con el extinguidor. Forcejean, se muerden, se enredan en una madriza de película y el gorila intenta ahorcar a su víctima con el cinturón de seguridad. Además, decide prender fuego al tanque de la gasolina. El otro, sin embargo, lo jala. Y en el momento en que llega la grúa para el auxilio, el auto explota. Quedan, eso sí, dos calacas calcinadas, abrazadas. El inspector que arriba al lugar de los hechos cree que se trató de un crimen pasional. Y en efecto, lo fue, pero no en el sentido tradicional, sino generado por la pasión incontenible de la ira que clama por venganza.

La ira contra la ira, las ansias de venganza contra las ansias de venganza. Una espiral infinita que acaba con ambos contrincantes. La ira es una pasión que nubla el entendimiento, que adormece el instinto de supervivencia. En este caso, se trata primero de insultar al otro, de agredirlo de manera olímpica, por nada, como decimos, “por quítame estas pajas”; pero luego, cuando la ira prende, el objetivo es doblegarlo, someterlo, amedrentarlo; y más tarde, cuando la cólera se ha desbordado, cuando los transforma en otros, la meta deseable es la muerte del rival. Y en esa pulsión mueren ambos. Digamos, de manera irónica, a medias satisfechos. Los dos logran su ansiado objetivo. Es como aquel cuento que aparecía en una novela de Orson Wells. Cuando el alacrán ha decidido clavar su aguijón sobre la rana que lo conducía en su espalda para pasar el charco, esta le pregunta: “Pero, ¿qué has hecho? Vamos a morir los dos”. A lo que el alacrán responde: “me ganó el carácter”. En efecto.

5. Se nos informa que nuestro personaje es un especialista en demolición de edificios con cargas de dinamita. Luego de realizar su tarea, de ser felicitado y entre aplausos, habla por teléfono con su mujer: se compromete a llegar a tiempo y llevar el pastel para el festejo de su hija. Estaciona su automóvil, compra el mentado pastel y, cuando sale, su auto no está, se lo llevó la grúa.



Entonces empieza su viacrucis. Toma un taxi para ir al rescate de su coche, se forma en la fila de aquellos que se encuentran en su misma situación, llega a la ventanilla y el funcionario le informa que tiene que pagar el acarreo del auto si quiere retirarlo. Muy digno, explica que quiere llevarse su auto, sin pagar nada, que le devuelvan lo que le costó el taxi y además que le pidan una disculpa, porque él no estaba mal estacionado o si lo estaba no había indicación que lo prohibiera. Ha llegado al laberinto de la burocracia inclemente: las reglas son las reglas. El diálogo que se produce es el típico entre un ciudadano que se siente agraviado por un acto de autoridad y el representante de un poder inercial, sordo y rígido, cuya fuerza deriva de las leyes y reglamentos, de los usos y costumbres, de quien tiene la capacidad de “chingar” al otro. Al final, el hombre paga para poder recuperar su vehículo. Pero ahora es un denso tráfico el que lo envuelve. Sobra decir que llegará tarde a la fiesta de su hija, será recibido por los reclamos de su mujer...

El asunto del auto, sin embargo, no se le olvida. Va a reclamar. Hace, otra vez, una larga fila. Por fin llega y vuelve a la tierra que con tanta sagacidad describiera Kafka. Pero ahora, la ira se apodera de él. Arranca un extinguidor y trata de romper el cristal tras el cual se protege el nuevo funcionario. Y aunque algunos aplauden, el desenlace es que llegan los agentes de seguridad y nuestro personaje acaba en el “bote”. Y no sólo eso, su actuación aparece en las primeras planas de los diarios. Un energúmeno que hizo un “oso” del tamaño del mundo en unas oficinas públicas. Por ello, pierde el empleo, su mujer gestiona el divorcio, busca trabajo y se niegan siquiera a recibirlo. Simón —que así se llama el hombre devastado— sale de sucesivas oficinas rechazado, para constatar que de nuevo han remolcado su auto. Ahora, frente a la ventanilla, lo vemos pagar de forma sumisa y maquinal.

Da la impresión de que ha sido domado. Que el hombre iracundo ha comprendido que contra la burocracia no hay oposición posible. No obstante, estaciona ahora sí, adrede, el auto en zona prohibida y desde una cafetería observa impassible cómo lo remolca la grúa. El coche es colocado en el corralón. Y unos minutos después estalla, cimbrando de cuajo todo el estacionamiento de los autos provisionalmente confiscados. La prensa especula: “Fue un acto terrorista”; la defensa dice que fue accidental: “el ingeniero trabajaba con explosivos y el movimiento de la grúa produjo el estallido”; la fiscalía contraataca: “que no haya muertos prueba que el ingeniero calculó milimétricamente el radio de la explosión”. A través de las redes sociales, muchos solicitan el auxilio del Ingeniero Bombita. Toda una celebridad. Es más, su mujer y su hija van a festejarlo a la cárcel y entre aplausos y parabienes de sus compañeros de penal apaga las velitas de su pastel.

¿Quién no se ha irritado cuando se siente atrapado en los laberintos inexpugnables de la burocracia? ¿Quién no se ha prendido de ira cuando cree que le asiste la razón y se enfrenta a la sinrazón del aparato público? ¿Quién no se ha imaginado como un justiciero inclemente que pone las cosas en su lugar y venga los agravios de tantos y tantos?

Pues ese es Simón. Una proyección de aquellos que de manera rutinaria son avasallados por normas e instituciones maquinales, insensibles, habituales. Su ira es el sentimiento compartido por millones de ciudadanos impotentes que son triturados por rituales punitivos fríos e inexorables. Y su venganza es el ensueño de muchos: racionalmente planeada, puntualmente ejecutada, agrede a sus agresores y además sólo produce pérdidas materiales (ningún muerto, ningún herido). Por ello se convierte en ídolo popular; apreciado, querido, invocado.

Y Szifron sabe además que el cine se puede permitir eso: historias de venganza regocijantes que en eso que llamamos vida serían imposibles.

6. Un joven, con el auto de su padre, atropella a una mujer embarazada y se da a la fuga. Un abogado llega para ayudar a la familia. Mientras, la mujer y la creatura mueren en la ambulancia. De eso nos enteramos en los primeros minutos del nuevo capítulo.

Al padre se le ocurre una idea: que el jardinero se eche la culpa a cambio de 500 mil dólares y de proporcionarle la defensa legal adecuada. No sin vacilaciones, el empleado de la casa acepta. Arriba el fiscal y le ofrecen la versión pactada, pero cuando examina el auto, por el acomodo de los espejos retrovisores, concluye que el auto fue manejado por otro. El abogado entonces pregunta al padre si le permite iniciar una negociación. Habrá que sobornar al fiscal. El abogado —amigo de la familia— le informa que el fiscal demanda un millón y medio de dólares, y que para él son necesarios 500 mil más. Al enterarse, el jardinero demanda ya no sólo los 500 mil pactados sino un departamento. Cuando se reúnen todos, el fiscal pide 30 mil dólares más “para gastos operativos” y, en el regateo, el padre se da cuenta de que el abogado/amigo lo engañó, aumentando artificialmente las cifras. Iracundo los manda a todos a volar. Del padre angustiado, solidario absoluto con su hijo, no queda

nada. Al descubrir el intento por esquilmarlo monta en furia y los deja hablando solos.

El abogado lo busca, su mujer interviene. Llegan con una nueva propuesta: 500 mil para el jardinero (sin departamento) y un millón para el fiscal y el abogado. Él revira: un millón para los tres y ellos sabrán cómo se lo distribuyen. La ira se ha convertido en lucidez. Negocia como profesional. El enojo, al verse chantajeado, trasmuta en una actuación fría y calculadora, que le reditúa en un ahorro considerable en los sobornos. (Corte).

Sale el fiscal de la casa. Patrullas rodean la mansión. Decenas de personas claman justicia. Las cámaras de televisión siguen los incidentes. El fiscal, lacónico, declara que el caso está casi resuelto, que existe un único sospechoso. El jardinero sale escoltado por dos policías. Súbitamente, entre el tumulto, aparece el marido de la mujer atropellada y arremete con un martillo contra el falso culpable. Le propina varios golpes. Pantalla en negro.

Es el otro iracundo de la historia. La otra víctima. Aquel que ha perdido a su mujer y a su hijo por la imprudencia de un junior. Cargado de rabia arremete contra quien piensa que es el culpable. Su venganza es contra un inocente, comprado para aparecer como culpable. ¿Lo mata? ¿Sólo lo hierde? ¿Lo deja incapacitado por los golpes? No lo sabremos. Szifron, otra vez, deja abierta la respuesta. Lo cierto es que el disparador de la errática venganza no es otra que la ira ciega. Ira comprensible pero que no alcanza su objetivo porque la compra de





voluntades ha construido un culpable falso mientras el verdadero responsable se encuentra arropado por su familia y una justicia venal.

7. Ahora estamos en una boda. Todo es felicidad. Música, luces, humo blanco, abrazos, aplausos. Los novios son Romina y Ariel. Hasta que la novia observa a su recién esposo platicando con una compañera de trabajo. Celosa, marca el teléfono, para comprobar que el número es el del supuesto maestro de guitarra de Ariel.

Al bailar el vals, ella lo interroga. Ante el agobio de preguntas, él reconoce que se acostó con ella. Romina huye de la fiesta, él la persigue. El jolgorio se convierte en drama. Ella llega a la azotea. Ahí encuentra a un cocinero que la consuela. Y cuando Ariel y un amigo llegan a la azotea, ven a Romina cogiendo con el cocinero. Ella no se arredra. Por el contrario, lo amenaza, le promete que le sacará hasta el último centavo y que además ella se acostará con quien le dé la gana. Humillado, maltratado, Ariel vomita. Romina, despeinada, alterada, vuelve al banquete: danza, toma, saca a bailar a la compañera de trabajo de su marido, dan vueltas como “locas”, y la lanza contra un cristal. Sangrante, la atienden. Las lesiones son superficiales. Pero la espiral del delirio sigue en ascenso, involucrando ahora a los padres. Hasta que Ariel decide poner orden. Toma champaña de la botella, agarra un cuchillo... y parte el pastel. Saca a bailar a Romina. Se besan, se reconcilian, se acuestan en la mesa del pastel, los invitados se van, y ellos, al parecer, hacen el amor.

Los celos, ahora, son el disparador de la ira. Una furia desbordada, que no se detiene ante el ridículo. La infidelidad, así sea en retrospectiva, convierte a la novia en una fiera y a Ariel y los suyos en las víctimas propiciatorias. Es una venganza ciega que se convierte en un bú-

meran. Romina es un torbellino que todo lo arrasa. Y la ira va envolviendo a los demás; sobre todo a los padres, bueno, sobre todo, a las madres.

Al final, los novios derrotados, humillados, escarncidos, enloquecidos, se funden en el amor... que seguramente será un amor histérico, trastornado, cargado de reclamos mutuos, de celos crispados y cuentas por pagar. Una relación como un coctel para borrachos, con cantidades mezcladas de odio y dependencia, tirria y cariño, gusto, necesidad y virtud. Vaya, una relación como existen miles, millones.

Escribió el doctor en neurociencia cognitiva, Scott Weems, que el humor “nos ayuda a enfrentarnos con la cólera y al dolor asociado a la tragedia” (*Ja, la ciencia de cuándo reímos y por qué*, Taurus, México, 2015). Y como si lo hubiese leído, Szifron sabe que la risa, en efecto, es también un mecanismo de defensa contra las asechanzas del mundo exterior.

Szifron es un maestro de la farsa. Estira la liga y devela lo que actitudes cotidianas no llegan a ser, contenidas por eso que llamamos civilización. Porque la ira es un resorte connatural a la existencia humana y la aspiración de venganza una ballesta más aceitada de lo que se piensa, dejadas a su inercia serían devastadoras. Y sólo pueden ser inmovilizadas —a medias— por eso que a falta de otro nombre mejor llamamos urbanidad. Esos gramos de cortesía y buen trato que hacen que la vida no sea una selva. (O bueno, una selva menos violenta de lo que podría ser).

Escrito esto desde México en el año 2015 no deja de sonar doblemente sardónico. **U**

---

Leído en el Cuarto Coloquio Internacional de Cine y Filosofía, Historia de los afectos: ira, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM el primero de septiembre de 2015.

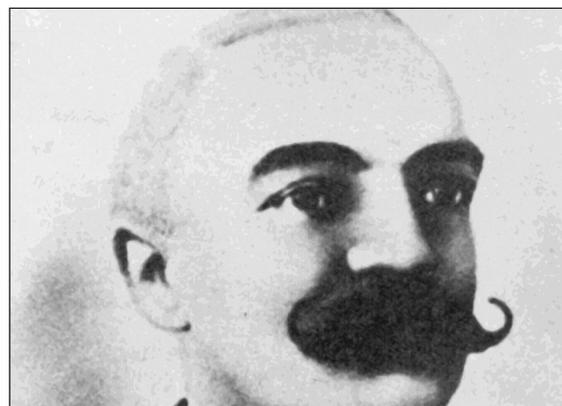
# Reseñas y notas



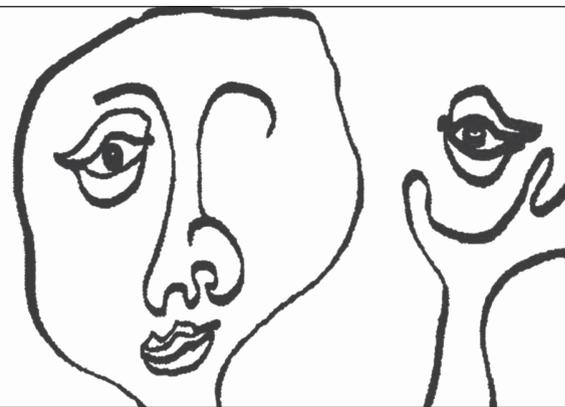
Alma Mahler



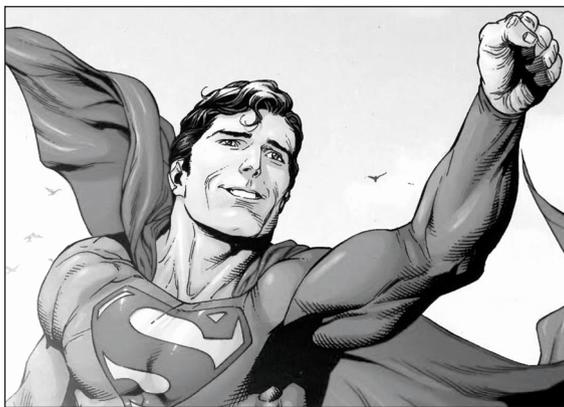
Salvador Novo



Emilio Salgari



Dibujo de Milan Kundera



Superman



Svetlana Alexievich

*Los raros*

# Literatura radioactiva: el Nobel a Svetlana Alexiévich

Rosa Beltrán

Estamos frente a un acontecimiento inusitado. El Nobel de Literatura se da por primera vez a un género visto con resquemor: el periodismo. Podría alegarse que el desdén a una forma discursiva considerada “menor” —qué extraño que sigamos pensando en géneros “mayores y menores”— terminó con el “Nuevo Periodismo”. Pero el hecho de que Tom Wolfe hablara de que quienes pensaron en la ficción como instrumento idóneo para presentar acontecimientos verificables en la realidad han vuelto digerible el dato “puro y duro” y fundado una escuela global no quiere decir que no haya quienes consi-

deren hoy, aquí y ahora, que si se discute de literatura hay de géneros a géneros.

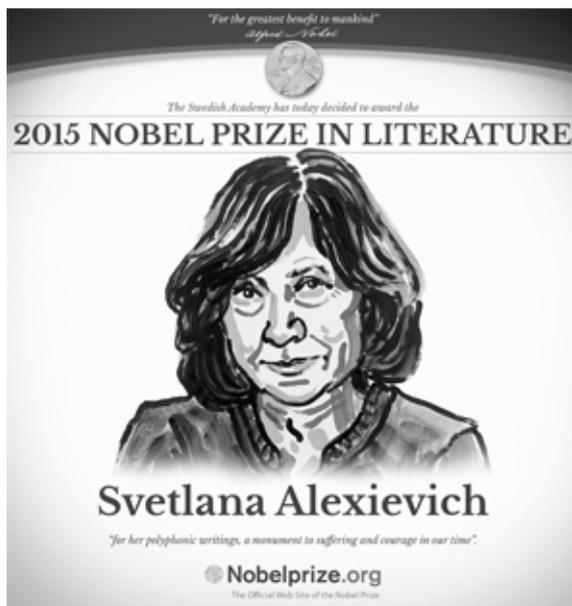
¿Y Ryszard Kapuściński? “Escribe bien”. ¿Y Truman Capote? “Es una completa ama de casa de Kansas, con todos sus prejuicios”. ¿Y Graham Greene? “Más cronista que escritor” o “en tres obras se acercó a la obra maestra que nunca llegó a escribir” (citas citables que el curioso puede encontrar en Internet).

Ha habido autores que obtuvieron el Nobel de Literatura por géneros que no son poesía ni ficción, es verdad. Winston Churchill lo obtuvo por sus memorias y Bertrand Russell “en reconocimiento por

sus variados y significativos escritos donde privilegia el humanismo”. Uno era estadista y el otro filósofo. El estadista más amado y odiado de su tiempo y el filósofo más conocido del suyo. Eran famosos. Svetlana Alexiévich era desconocida para la mayoría de los lectores fuera de Rusia. Había sido traducida a varias lenguas y su obra *Plegaria a Chernobyl (La Supplication)* fue puesta en escena y publicada en Francia, con cierto éxito. Hay también fragmentos de esta y de otras obras en la Red. Pero no es hasta ahora, después del Nobel, que la autora será publicada, distribuida y leída por un público no espe-



Svetlana Alexiévich



cializado aunque curioso de saber, más allá del género o gracias a él, qué ocurrió en las mentes y la sensibilidad de quienes habitaron ese totalitarismo llamado la URSS. Al hablar de quienes la leerán estuve tentada a escribir público “masivo”. Será tan masivo como es el público de quienes leen.

La causa de que pueda ser leída por un grupo numeroso tiene que ver con que se trata de una periodista (no un periodista) que habla de un fenómeno muy actual. De ese “nuevo Adán” que se construyó durante los totalitarismos, específicamente el de la ex Unión Soviética, el *homo sovieticus*. “Distinto de quienes no lo son”, al decir de la autora: un habitante de varios países y varias lenguas, pero perfectamente distinguible entre sí. “Sólo un soviético puede comprender a un soviético. Todos teníamos una única y sola memoria comunista. Somos vecinos por la memoria”.<sup>1</sup>

El *homo sovieticus* comprende varios comportamientos, desde el compartido terror a “hablar de más”, “a hablar”, a “estar en boca de otros” o “recibir correspondencia”, hasta lo que Alexiéovich llama la “colectivización”, la “desgulaguización” como fenómenos inoculados imposibles de erradicar. Ser un *homo sovieticus* es responder a un término anfíbio que habla tanto de la víctima como del victimario, como

cuando la autora de *El fin del hombre rojo o el tiempo del desencanto* dice de Aleksandr Lukashenko, con más de 21 años en el poder y a quien Washington apodó “el último dictador de Europa”: “no es un hombre digno de confianza, es un *homo sovieticus* y no va a cambiar jamás”.

Una razón más para suponer que Svetlana Alexiéovich será leída es que si un Premio Nobel puede hablar de tendencias, no sólo de tendencias políticas sino de tendencias literarias, de lo que le dice o nos dice la literatura en tiempo presente, la vuelta al periodismo y el interés por la crónica hablan de la necesidad de los lectores de una aproximación lo más cercana posible a la “vida real”. Hay un cierto cansancio de la experimentación teórica y una necesidad de una literatura que nos reconecte con lo que nos está pasando y la forma como está pasando: recibimos el mundo a través del *zapping* en el que intervienen múltiples acontecimientos (o múltiples variantes de un acontecimiento) y varias voces.

Alexiéovich escribe a partir de una polifonía. Reúne a lo largo de varios años testimonios no sobre las catástrofes mismas sino sobre las consecuencias que esas catástrofes tienen en las vidas de las personas. De cómo el mundo se adapta a la nueva realidad después del desastre tecnológico más grave del siglo XX (Chernóbil, 1986). No del efecto visible e inmediato, sino de algo que Don DeLillo capturó en su novela *White Noise*: lo tremendo del

ruido blanco es que no hay huellas físicas al principio. Es poco a poco que esas marcas aparecen (a veces como cáncer, malformaciones, diversas enfermedades; otras como secuelas que tienen que ver con conductas paranoides, con un pánico permanente). Y esa huella invisible del mal marca una forma de violencia inédita. La tercera guerra mundial, el ruido blanco. Tener miedo por algo que sabes que te ha tocado pero no sabes cuándo empezará a mostrar sus consecuencias en tu cuerpo o en el de otros, ni por cuánto tiempo.

Por último, Alexiéovich será leída porque habla de algo no escrito: *La guerra no tiene rostro de mujer* (Debate) es la reconstrucción de la historia de las mujeres que combatieron en la Segunda Guerra Mundial. Su autora dice que conocemos la historia de la Segunda Guerra escrita únicamente por hombres mientras que sólo en el ejército soviético combatieron más de un millón de mujeres que primero tuvieron que matar y después aprender a sonreír y llevar tacones porque era necesario casarse. Esta obra fue acusada de romper la imagen heroica de la mujer soviética. Esa que tenemos en las estampas y cromos de las distintas épocas: con una pañoleta y una hoz, segando el campo. Por esa razón la obra fue prohibida en Rusia. Lukashenko la felicitó seis horas después de conocer la decisión de la Academia. “Su literatura no ha dejado indiferentes a los bielorrusos ni a los lectores del resto del mundo”. Ojalá que así sea. **U**

<sup>1</sup> “Observaciones de una cómplice”, *Milenio Diario*, 10 de octubre de 2015, p. 7.

# La epopeya de la clausura

## Heridas que no cesan

Christopher Domínguez Michael

La larga mano del siglo xx, de su crueldad y de su vesania, se ha extendido hasta tocar (y quizá manchar) la reputación de dos de los grandes escritores de nuestra época, Günher Grass (1927-2015) y Milan Kundera (1929), el alemán y el checoslovaco, autores, uno, de *El tambor de hojalata* (1957), el otro, de *La broma* (1965). De pocos libros contemporáneos puede decirse, sin ninguna exageración o modismo retórico, lo que de este par de novelas: en la discutible medida en que la literatura puede hacerlo, han cambiado el mundo.

Empiezo con Grass, fallecido este año, polémico e hiriente hasta el final. Heridas propias y ajenas. En 2006, el novelista de Dánzig (y Premio Nobel en 1999) publicó un nuevo libro de memorias (*Pelando la cebolla*), en el cual confesaba haber formado parte, a los 17 años, de un batallón fantasmal de las Waffen ss. Ya se sabía

que Grass había participado, adolescente, en el desesperado y lunático y postrero esfuerzo del Tercer Reich por retrasar su derrota mediante la leva de adolescentes y ancianos. Lo que Grass había ocultado era su adscripción al más maligno de los cuerpos hitlerianos de combate. La omisión resultó particularmente chocante por tratarse de un escritor que ha hecho de la culpa alemana y de sus indelebles consecuencias, su ocio y su negocio, la materia misma de su militancia cívica. Quien se había erigido en conciencia moral era, él mismo, ejemplo penitente, pero ejemplo al fin, de la fragilidad de esa conciencia.

Hace unos años le tocó su turno a Kundera, puesto en un aprieto distinto pero de consecuencias igualmente amargas. Se publicó y difundió planetariamente que Kundera, entonces un joven y ferviente comunista (como ciego creyente de Hitler lo era, según propia confesión, el casi niño

Grass) había delatado, en 1950, a un supuesto espía llamado Miroslav Dvoracek. Había pasado Dvoracek una noche en la residencia de estudiantes dirigida por Kundera y, como consecuencia de esa delación, fue condenado a 22 años de prisión, de los cuales cumplió 14, en condiciones penosísimas, picando piedra en una mina de uranio.

A diferencia de Grass, quien no sólo asumió su culpa sino la publicó, Kundera ha negado por completo los hechos y en su defensa ha salido nada menos que Václav Havel, el dramaturgo y ex presidente checo, entre otras personalidades dispuestas a meter las manos en el fuego por el autor de *La vida está en otra parte*. La intervención de Havel a favor de Kundera tiene un valor añadido, pues quienes hicieron la Transición de Terciopelo han sido bastante duros con los protagonistas de la Primavera de Praga de 1968, considera-



Dibujo de Günter Grass



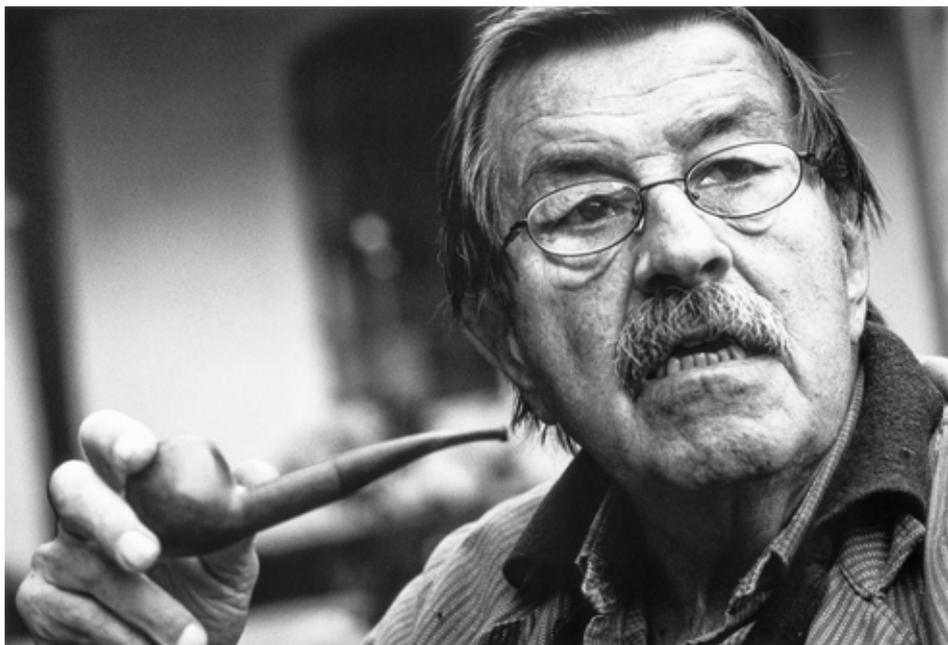
Dibujo de Milan Kundera

dos, por los vencedores de 1989, palabras más, palabras menos, como unos idealistas fracasados.

Ya se sabrá si Kundera delató o no, o si ha sido víctima de las revanchas propias del fin de un régimen totalitario en que es frecuente la aparición de falsos justos calumniando a supuestos pecadores en arrebatos inquisitoriales que suelen prolongar el espíritu policiaco cuya extinción pregonan. Pero lo doloroso y lo aleccionador en el caso Kundera no es si la delación se verificó o no, sino que, de haber ocurrido, el escritor (o más bien aquel joven militante de 21 años) sería, de muchas maneras, inocente, pues la delación fue la principal fuente de legitimación de aquel fascismo con rostro humano, como calificó Susan Sontag a aquellas dictaduras. “Fábrica de monstruos”, ha titulado el disidente cubano Carlos Alberto Montaner el artículo donde comenta el asunto.

A nadie se le ha escapado, además, que la narrativa que rodea a la delación de Dvoracek, con su elenco de secretos de familia y de “amores ridículos”, parece provenir literalmente de las novelas kunderianas que detallaron esa miseria totalitaria travestida en alegría colectiva. Yo me sumaría a quienes piensan que, argumentalmente, la delación cometida por el joven Kundera no sólo ocurrió sino, incluso, tuvo que ocurrir como fatalidad necesaria para que toda una obra fuera escrita, a la manera de una larga expiación que no sé si liberó al novelista de su culpa pero nos hizo mucho más libres a sus lectores.

Tanto el secreto de Grass como la delación de Kundera son, según creo, episodios tonificantes. Nos recuerdan que el poder de aquellas sociedades (la nazi y la estalinista) no cesa cuando son derrocadas o desmanteladas, sino que se mantiene latente a través de las vidas de las víctimas a las cuales ese poder impuso la sumisión y la complicidad. Grass y Kundera, si acaso, guardaron sus secretos o, para decirlo a la freudiana, los reprimieron. Y esa omisión nos interroga con severidad a quienes, acostumbrados a la buena conciencia democrática, somos muy rápidos a la hora de juzgar, olvidando que, a la hora de firmar la delación de un huésped sospechoso o



Günter Grass



Milan Kundera

de ocultar en el corazón de la cebolla el recuerdo de un uniforme pardo, quién sabe cuál hubiera sido nuestra conducta.

En un artículo memorable sobre el caso Grass, Timothy Garton Ash (en *The New York Review of Books*, agosto de 2007) citaba la posibilidad, no del todo inverosímil, de que Grass hubiese inventado su episodio juvenil con las ss para cerrar con una moraleja su meditación literaria, de toda una vida, sobre la culpa alemana. Al negar la delación, Kundera, procede, quizá, de manera similar encarnando (nunca fue tan precisa la palabra) el destino de sus personajes y al hacerlo acaba por redondear la perfección novelesca de su ense-

ñanza moral. En su flaqueza, en sus miserias de pavor y vanidad, Grass y Kundera han sabido conservarse, víctimas y testigos del totalitarismo, como verdaderos héroes. Acaso sus mentiras hayan sido el hilo que los llevó a escribir esas novelas cuya belleza y cuya temeridad nos consuelan ante el terror, le alcanzan a arrancar el secreto de su sentido. Esas mentiras han resultado ser más valiosas que tantas verdades enunciadas y repetidas al asilo de la buena conciencia. Porque quizás, habría que estudiarlo, Grass y Kundera demuestren la eficacia y hasta la felicidad de esa mala conciencia de la que hablaba el filósofo judío Vladimir Jankélévitch. **U**

© Philippe Labro

# Tras la línea

## El gran secreto

Sergio González Rodríguez

La línea de sombra, la llamó Joseph Conrad. La frontera que separa la juventud de la madurez. Para comprender el tema del que quiero hablar, distinto pero colindante, habría que invertir la frase en un gesto un tanto burlesco, indigno en sí quizá, pero que sirve para mostrar la inversión radical entre los extremos que pretendo referir. La sombra de la línea, sí. Podría aceptar este término al menos en forma temporal.

¿Qué indica dicha noción? A un momento del que se tiene conciencia y que, con toda su absoluta enormidad, entra en nosotros y nos devora, nos absorbe, nos succiona la materia de la que constamos, el cuerpo entero, en suma, y nos entrega, cáscaras simples, al vagabundeo bajo la luz solar de todos los días.

La experiencia que aproxima a ese momento determinado por fuerzas ajenas y muy superiores a uno puede variar: una discusión amorosa, una circunstancia adversa de salud, una caída, la lectura de un libro, una escena atestiguada en la calle, una noticia en un televisor, o la pura advertencia del riesgo. Una situación en el límite que entrega los datos crudos de la indefensión, lo endeble, la infinitud.

No se trata, debo aclarar, de ninguna de las percepciones comunes, como el registro de la piedad hacia los demás ni de la autoconmiseración. Tampoco aludo a un indicio externo que invita a la memoria a resguardarlo en una vitrina y que, más adelante, heridos por su mensaje, solemos reiterar, una, dos, tres, muchas veces a lo largo del tiempo. ¿Cómo le llaman? Enseñanza de vida, la anécdota ilustrativa de nuestra sensibilidad ante el mundo, y que contamos a otros en alguna sobremesa, en la confidencia con una amiga, en el coloquio con un hijo.

Puedo parodiarlo: “recuerdo aquella vez en la que estaba en Roma y se acercó a mí una anciana encorvada y me dijo: me han dejado sola, necesito que me ayudes, bla bla bla”. O bien: “estaba de pie en una esquina a la espera de la luz de paso para los peatones, y junto a mí se acercó un niño con su madre, y el niño, al darse cuenta del paraguas que lo resguardaba de la lluvia, dijo: ‘el paraguas es mágico, allá llueve, aquí no llueve’, y la madre respondió: ‘no digas estupideces’”.

Podría continuar con ese tipo de episodios que llevan consigo la posibilidad de la moraleja sobre la gente, o sobre los contrastes entre una mente creativa y una madre lineal, etcétera. Sólo quería mostrar que lo que deseo referir nada tiene que ver con ese tipo de viñetas. Viñetas de vida, les llaman también. Algunos, en su precariedad, gustan coleccionarlas y las convierten en relatos verbales o escritos que despliegan a la menor oportunidad. Son las personas que buscan en los libros las frases para subrayar y presumir que leyeron, que algo aprendieron. Son retratistas que exhiben su colección y quiero pensar que lo hacen por algún empeño de mostrarse interesantes frente a los demás.

La sombra de la línea, dije antes, podría ser un punto de entrada a lo que urdo consignar: por ahora quiero dejar así este deslinde. La cautela que reflejo tiene sentido: la absoluta enormidad merece respeto. Si alguien intuye que el circunloquio está vinculado a la certeza de la muerte, al instante en que aprehendemos el peso de la mortalidad, está equivocado. Lo que intento referir atañe a algo de mayor trascendencia que la muerte, que es, al final, un hecho trivial, un trance propio de la vida.

¿Qué acontecimiento puede ser más importante que el nacer o la muerte? La sencillez del asunto me deja un aliento de extrañeza: ¿por qué no se le ha dado a *eso* la atención que merece en la vida de cada quién? Lo ignoro, sólo sé que si bien se habla a veces al respecto, nadie lo atiende. Este hecho se relaciona con la inadvertencia o, quizá, con un distingo más específico: la falta de lucidez frente a un engaño del que somos parte. La invisibilidad de lo que nos hiere en lo profundo del ser.

El mundo de hoy vive de *eso* y lo niega todos los días, y en esta negativa se halla una de las razones de la inadvertencia. Muchos han hablado del ser para la muerte y otros tópicos sutiles. Yo sólo quiero referir la absoluta enormidad del devenir fantasma. Todos estamos destinados a ser fantasmas. Fantasmas para quienes nos conocen o nos conocieron, fantasmas para la gente desconocida, fantasmas errantes o esporádicos que, de cuando en cuando, en la memoria, en los sueños, en el espanto o en la contemplación, reapareceremos sin fin en este mundo. En esto consiste nuestra verdadera condición humana. Todo eso comienza con el amor, con el afecto. El fantasma: deseo y palabra. El gran secreto.

Mi conciencia del devenir fantasma tuvo varios episodios, algunos de ellos vinculados con el riesgo de morir: un accidente en una avenida que estuvo a punto de destruir el coche que conducía, un asalto cruel cuyos efectos me llevaron a un hospital y una intervención quirúrgica que evitó un desenlace prematuro, un atropello del que me salvé por un segundo. Quiero aclarar que la experiencia de un alto riesgo puede conducir de golpe o poco a poco a encarar en vida la condi-

ción espectral, pero columbro que no es la única forma de hacerlo.

Un mediodía en el *subway* de Londres, a través del cristal de la puerta del vagón, observé a un hombre que era un fantasma. Desde un punto de vista distinto aquel hombre, ataviado con una gabardina gris, el rostro impecable y serio de tez blanca, la barba bien aliñada, lucía como una elegante figura de cera o un maniquí en un escaparate. Visto desde donde lo atisbé, revelaba un rostro descarnado e impersonal. Parpadeé y ya había desaparecido.

Se dirá que fue una alucinación, un ensueño provisto por la fatiga del viajero. Pudo ser, sin embargo, que tal avistamiento, que alguien juzgaría trivial, me reveló la fatalidad terrible de ser consciente del devenir fantasma. Y comencé una pesquisa al respecto que trato de consignar en estas páginas. Descubrir un hecho estremecedor que implica la vida de todas las personas, y que ellas ignoran significa quizás una responsabilidad superior a mis fuerzas. Debo intentarlo a pesar de todo.

Primero decidí evitar la fenomenología ajena. Es decir, considerar en mi indagación el cuerpo textual de la literatura de fantasmas, que convierten en fantasía algo material, concreto, como lo es el devenir humano destinado a ser fantasma en vida o más allá de ella. Abundan los relatos y las novelas con fantasmas “reales” o imaginarios, internos o exteriorizados. En otros siglos, algunos pensaron que la consideración del mundo ilusorio resolvía el dilema sobre la vida y la muerte. Se equivocaron, ni la razón ni la ciencia eliminan los fantasmas, que son la garantía de nuestra supervivencia en este mundo, y uno de los principios que mueve nuestras acciones, el impulso vital que está hasta el último de nuestros minutos.

He hablado antes de este tema, poco, pero me he atrevido a hacerlo. Al mismo tiempo, desde que tuve la certeza tajante de aquello, comencé a ver el mundo de otro modo. Los viajes ratificaron esa certeza y terminaron por delatarla en toda su desnudez. Fue cuando comencé mi pesquisa sobre los fantasmas. Debo precisar que esta es muy distinta a obsesionarse con algo, por ejemplo, la fijación tempe-

ramental de aquel inspector de policía de Dürrenmatt que, incapaz de atrapar a un asesino brutal, acaba sus días en el acecho de la nada.

Por el contrario, quien persigue el umbral de la fantasmagoría enfrenta un espesor sustancial que, por desgracia, y a pesar de su existencia, casi nadie quiere ver ni entender. La dificultad de hacerme comprender me resulta molesta pero sé que es necesaria. En una época de fe en torno de las aplicaciones científicas y los dispositivos de todo tipo que reemplazan la asistencia humana, hablar del devenir fantasmal suena desquiciado.



Wynn Bullock, *Clarence John Laughlin y la mano de Edna*, 1950

Mientras escribo estas palabras escucho un rumor, la risa de los fantasmas que, a mi alrededor, si agudizo mi oído en lo sutil, resuena irónica. La burla oblicua. Pero sé que nada detendrá mi pesquisa, que se delineó por completo cuando, años atrás, me solicitaron escribir sobre un hotel histórico que estaba por desaparecer. Recordé que alguna vez había estado allí. Recuperé el recuerdo de uno de sus cuartos, y elaboré un texto que aún me sorprende, y no hablo desde el punto de vista de un pésimo, ni siquiera nulo orgullo literario, sino de lo que representó para mi pesquisa.

El texto enumeraba la pluralidad de

fantasmas que podía contener ese cuarto. En aquel tiempo, estaba lejos de tener la convicción que ahora tengo, sólo con el tiempo he llegado a concluir que allí, en ese espacio preciso, se reveló en toda su integridad, en toda su absoluta enormidad, como he dicho, el destino humano del devenir fantasma de cada persona.

Los “no lugares” que anticipó Marc Augé, y cuya idea yo identifico con los cuartos de hotel, han sido los sitios imprescindibles para emprender mi investigación que, más que metafísica, o literaria, o ficticia, o infra-real, atañe a lo corpóreo

en su transformación continua, a la convergencia inexorable de las personas hacia otras dimensiones de las que ahora sólo tenemos vagas señales y a las que hemos dado un nombre tan ridículo como insignificante: lo virtual.

Yo hablo de otra cosa: soy un detective del devenir fantasma de las personas. Y los cuartos de hotel y otros recintos semejantes son para mí como escenas de crímenes incruentos, pero no por ello menos trascendentes. Me aseguran que Robert Musil se adelantó al decirlo: quien aferra la máxima irrealidad, consignará la máxima realidad. Tal es mi empeño. **U**

# Modos de ser Salvador Novo y el 68

Ignacio Solares

Salvador Novo es sin lugar a dudas uno de nuestros grandes escritores del siglo xx. Gran prosista tanto en sus libros como en sus artículos periodísticos —y casi diríamos que sobre todo en estos—, impuso un estilo único, de una claridad deslumbrante, salpicado con brillantes comentarios históricos, lingüísticos o de fino humor; humor que en otros textos o poemas o epigramas se podían volver veneno puro. Como este que dedicó a Torres Bodet:

¡Qué barbaridad!  
Exclamó la comunidad  
Dejar de ser analfabet  
Para leer a Torres Bodet.  
¡Francamente qué atrocidad!

O a Luis Spota:

Este grafococo tierno  
lleva, por signo fatal,  
como apellido paterno  
la profesión maternal.

Quizá ningún otro escritor del siglo pasado y lo que va del presente haya amado a la Ciudad de México como él. La recorrió, la describió de punta a punta, la desnudó, la saboreó con la misma sazón que ponía en los guisos que preparaba en La Capilla. Además de sus libros como *Nueva grandeza mexicana*, sus cartas semanales, que publicó en la revista *Hoy* y luego en el periódico *El Heraldo*, son una verdadera delicia al paladar y a la imaginación, y se pueden volver un verdadero vicio. ¿Por qué tengo que estar perdiendo el tiempo leyendo con lujo de detalles los menús o las vestimentas de los comensales, de las comidas, las cenas, los cocteles a los que asistía Novo con la alta sociedad

de la época, los artistas, los altos políticos en el poder? Qué don único para describir las casas, los muebles, los adornos, las pinturas, donde ocurrían. Los museos, los auditorios o los teatros y los eventos o las obras que ahí se celebraban o se escenificaban. Esto además de sus propias enfermedades estomacales (hay que leer cómo y cuánto comía), sus resfriados, sus insomnios, sus sueños, sus operaciones qui-

rúrgicas. Tuvo la suerte de que le tocaron sexenios gubernamentales de gran esplendor, cuando la Ciudad de México aún era habitable y, en efecto, había una vida social y artística privilegiada. Por supuesto, de los problemas políticos (huelgas, manifestaciones, represiones, analfabetismo, pobreza extrema...) no se ocupa y, lo que es peor, no le preocupan. *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro*



Salvador Novo, 1950

*Cárdenas, de Manuel Ávila Camacho, de Miguel Alemán* (estos tres prologados y organizados por José Emilio Pacheco, los siguientes corrieron a cargo de Antonio Saborit y Sergio González Rodríguez), *de Ruíz Cortines, de López Mateos, de Díaz Ordaz y de Luis Echeverría*: hay que recordar que Novo murió en enero de 1979; estos periodos, decimos, están vistos desde lo alto, con una frivolidad criticable pero admirable, porque no intenta darnos más de lo que nos ofrece que, como decimos, es mucho si tenemos el paladar, el gusto (y hasta el estómago) para conformarnos con esa alta cocina, exclusiva para quienes puedan gozar de ella sin indigestarse.

Pero (“qué *barbaridad*”) su privilegiado mundo se derrumbó en el 68. Novo se aferró a él con las uñas, y siguió mirándolo desde lo alto de algunas de las ruinas que quedaban de él. Pero ya no fue el mismo incitador cultural y social y, por más que trató de conservarla, su abierta risa irónica se empezó a convertir en una mueca de amargura. Quizá de ahí el encadenamiento de sus enfermedades y su muerte prematura. Algo diría Freud de la última imagen que nos dejó: con sus influencias inconcebibles, Jacobo Zabludovsky y sus cámaras de televisión consiguieron entrar al cuarto del hospital donde agonizaba Novo. Entraron sin avisar y encontraron un cadáver aún medio viviente, la boca entrecierrada, la piel transparente, consumidas las mejillas, calvo, sin la dentadura postiza y unos ojos alucinados. Lo que va de ese Novo al que encontró Monsiváis en el baño de un gran hotel donde se celebraba una pomposa ceremonia, enchinándose exageradamente las pestañas... Monsiváis le preguntó por qué lo hacía en forma tan ostentosa y la respuesta de Novo fue lapidaria: “Por escandalizar, ¿por qué otra cosa?”.

En una de sus famosas cartas públicas, precisamente el 2 de octubre de 1968, Novo escribe:

“En la puerta de mi casa y en el muro de piedra aparecían expresadamente trazadas, con pintura roja de aceite, varios letreros. El chofer ya había borrado con gasolina los de la puerta que decían ‘Novo con los soldados’, pero en el marco todavía se leía: ‘Novo escribe la crónica de la UNAM’, y en la barda con grandes letras muy parejas y

bien distribuidas: ‘Popular entre la tropa’. ¿Qué habré hecho yo para merecer el honor de compartir con el señor presidente esta lluvia de anónimos murales?”.

Fue gran amigo de Díaz Ordaz, quien lo nombró Cronista de la Ciudad de México y en alguna ocasión apareció en una solemne ceremonia gubernamental con una corbata que le había regalado Novo.

La leyenda de “Novo escribe la crónica de la UNAM”, se debe a que, durante el homenaje funerario a León Felipe en Bellas Artes, el 20 de septiembre de ese 1968, un periodista de *Excélsior* lo interrogó sobre la ocupación militar de la Ciudad Universitaria la noche anterior. Novo afirmó no estar enterado de lo ocurrido y agregó: “Vaya, vaya. Es la primera noticia, y muy buena por cierto, que recibo en el día...”.

Luego, en una entrevista con Miguel Capistrán, hizo una prolija aclaración de lo que en realidad quiso decir, pero que en

definitiva resultó demoledor para su desprestigio. Como escribió Monsiváis:

“Era peor la rectificación. La noticia no es buena, afirmó Novo, pero el hecho fue más que necesario”. Si el hecho era más que necesario, ¿cómo podía la noticia no ser buena?

En *Novedades*, con el seudónimo de “Cronos”, todavía insiste en la burla, ahora con pésimo gusto:

“Que entre los estudiantes que andaban fuera de las escuelas, y los soldados que andaban fuera de los cuarteles, todo acabó en un amoroso *bazuqueo*”.

Como se titula uno de sus grandes libros (quizás el mejor) *La estatua de sal*, esa estatua se había diluido, convertida en pura sal regada sobre la mesa del banquete (lo que además es de mala suerte).

Por suerte para sus lectores, más allá de sus circunstancias personales, le sobrevive el gran escritor que fue. **U**



© Colección Manuel Gutiérrez Brindis

Ocupación militar de Ciudad Universitaria, 18 de septiembre de 1968

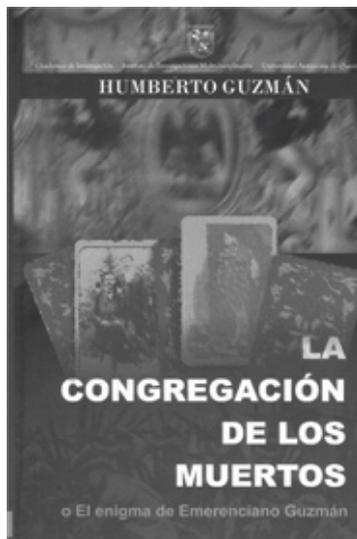
Tintero

# La muerte de Emerenciano Guzmán y la Revolución

Álvaro Matute

Emerenciano Guzmán fue un revolucionario guanajuatense casi anónimo, a no ser en ciertas partes de Guanajuato, como Salvatierra y Moroleón. Eso lo ubica como personaje de microhistoria, salvo por el hecho de que su muerte, ocurrida de una manera digna de película del Oeste, en 1917, se convirtiera en un hecho que trasciende hacia la (macro)historia mexicana. ¿Qué historia? No desde luego la historia política, la cual borra a Guzmán a la hora de su muerte, sino la historia social, la historia de sus descendientes que en dos generaciones encarnan la migración, primero de Salvatierra a Morelia, y luego de la capital michoacana a la del país, donde se asientan en la colonia Obrera del Distrito Federal. Son dos generaciones que se deben a una faceta de la Revolución, la de quienes la padecieron y a quienes marginó y de quienes apenas se acordó a la hora del trance final.

El rescate del personaje se debe a su nieto, el escritor Humberto Guzmán, en un libro a caballo entre la novela y la microhistoria —que de las dos tiene—. Se trata de *La congregación de los muertos o El enigma de Emerenciano Guzmán*, publicado casi en el anonimato por la Universidad Autónoma de Querétaro en 2013. Las editoriales comerciales no supieron aquilatar el valor de un libro, a mi juicio, excepcional. Como novela, Humberto Guzmán echa mano de los recursos narrativos necesarios para hacer las entradas y salidas temporales que le dan la primera persona como reconstructor microhistórico de la (mala) suerte de su abuelo. Una de las líneas es el interés paulatino, hasta convertirse en obsesión, por el rescate de hechos fehacientes de la vida y muerte de quien fue sincero revolucionario cons-



titucionalista, con un futuro promisorio, por lo menos en el ámbito regional. Un asesino material le quitó la vida, animado por otro —intelectual— que se encumbró gracias a borrar del mapa a quien consideraba un rival que podía obstaculizar sus ambiciones. Luego viene la reconstrucción memorística de los avatares de dos generaciones Guzmán, el hijo niño que queda huérfano, su madre que vuelve a su natal Morelia, el desarrollo de aquel como artesano talabartero, sobre todo zapatero, su matrimonio religioso clandestino durante la Guerra Cristera y finalmente su migración a México, donde la familia crece y se llega a la tercera generación, que tiene como protagonista principal al hermano mayor, cuyo talento y vocación taurina se ven frustrados por el temor de la madre de ver a su hijo victimado por un burel de media tonelada. No pudo ni siquiera tener su debut formal como novillero, aun cuando ya contaba con su traje de luces.

¿Y la Revolución? Apareció al final de las vidas, tanto del padre como del hijo, quienes reconocieron en hospitales y clínicas del Seguro Social las bondades de un régimen que les dio cama, intervenciones quirúrgicas y medicamentos. Am-

bos expresaron su gratitud al sistema. De otra manera, hubieran hipotecado sus pocos bienes, o muerto en el intento.

Humberto Guzmán recupera los contextos históricos de las tres generaciones: difícil el de Emerenciano, que al final cuenta con el apoyo de un cronista local, más ricos los que provienen de la memoria interna familiar y del testimonio directo del propio escritor, cuyo padre y hermano pueblan las partes urbanas de la novela/microhistoria. Los años cincuenta desde el mirador de la colonia Obrera recuperan un México del que todavía puede quedar algo, pero que ha transitado hacia la extinción, con las resistencias que opone la larga duración. *La congregación de los muertos* tiene la fuerza metafórica de hablar de lo que la Revolución, sin soltarlo, marginó. Es una suerte de *visión de los vencidos*, aunque paradójicamente, Emerenciano perteneció al bando de los vencedores.

La recuperación de los escenarios guanajuatenses, morelianos y capitalinos; la resistencia, primero, y luego la colaboración de archivistas parroquiales y civiles, la también resistencia y también después, apertura, de testigos locales y familiares le hablan al historiador sobre cuestiones que resultan parte de la experiencia. Lo importante es la narración y la armazón del libro sobre la propia familia del autor y sus contextos. Las 390 páginas no tienen desperdicio. Hay mucho más que decir de este libro cuasi inexistente, dadas las dificultades distributivas de editoriales, universitarias o no, de los estados. *La congregación de los muertos* merece mejor suerte. **U**

Humberto Guzmán, *La congregación de los muertos o El enigma de Emerenciano Guzmán*, Universidad Autónoma de Querétaro, Querétaro, 2013, 390 pp.

# Callejón del Gato

## Yo socarrón, yo poetón ya viejo

José Ramón Enríquez

Hace poco más de 400 años, en su *Viaje del Parnaso*, un antiguo soldado que combatió en Lepanto hablaba de sí mismo como “yo socarrón, yo poetón ya viejo”. Al bueno de Cervantes nunca le reconocieron sus trabajos de guerra ni con un maravedí partido a la mitad. Sin embargo, había comenzado su carrera por las bellas letras con los mejores auspicios: Juan López de Hoyos, humanista, erasmista y párroco de San Andrés, quien pasaría a la historia como su único maestro e impulsor, lo había llamado “Nuestro caro y amado discípulo”. De ahí en adelante problemas con la justicia, fugas novelescas (y noveladas en la modernidad), una batalla bajo las órdenes de don Juan de Austria, un enigmático cautiverio como esclavo en Argel y el desprecio al volver a la patria, hasta prácticamente la vejez de un “yo socarrón, poetón ya viejo” que bordaba febrilmente *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, para ganarle tiempo a la muerte. A este bordado precioso estaba entregado de noche y de día, a pesar de las enfermedades finales, hace precisamente 400 años.

Por eso, si algún fantasma tiene todo el derecho para acompañar y estimular al desgraciado poeta Max Estrella por su viaje madrileño entre *Luces de Bohemia* es el desgraciado poeta Miguel de Cervantes. Parece mentira que quien se ha vuelto el centro mismo de la literatura en nuestra lengua haya sido, en realidad, un marginal, como lo fueron Max Estrella y Alejandro Sawa.

Ya mayor supo que se había convertido en lo que hoy llamamos un *best-seller*, pero no creo que sospechara siquiera el lugar que habría de ocupar en el canon, a pesar de que jamás dudó de sus valores.

Sufrió la antipatía de quien él mismo llamara *Fénix de los Ingenios*, Lope de Vega, quien a las burlas veras lo zahirió con la rabia que usara Quevedo contra Góngora, y así de inútilmente. Surgido de la pluma del propio Lope o de alguno de sus compinches, que él tenía tantos como Cervantes pocos, un soneto “de una violencia y una grosería sin precedentes”, en opinión de Canavaggio, lo define como marica, haciendo referencia al culo, y como judío, haciendo referencia al cerdo, con la intención de bien clavar en su cabeza la corona de espinas de los dos tercetos finales: “Honra a Lope, potrilla, o ¡guay de ti!, / que es sol, y si se enoja lloverá. / Y ese tu Don Quijote baladí / de culo en culo por el mundo va, / vendiendo especias y azafrán romí / y, al fin, en muladares parará”.

Ahora lo veo reflejado en mis propios espejos no sólo cóncavos sino múltiples jugando a especular con incesto y travestismo, seguro de que la muerte le respira al oído, inmisericorde. Lo veo jugar con la belleza de los efebos de la cual es el gran pintor en prosa (Caravaggio pudo haber pintado al Andresito flagelado “desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años” del primer encuentro de Don Quijote “cuando salió de la venta”) y corretear con sus propias hermanas mientras se intercambian de vestido.



Cervantes en un retrato de Juan de Jáuregui

Quizá Cervantes mete por obligación ante los inquisidores el *deux ex machina* que nos explica que no son hermanos Periandro y Auristela, cuyas aventuras y apasionado amor, castísimo eso sí, hemos acompañado de la última Thule a la Roma eterna.

Podemos ir al Heliodoro o al Aquiles Tacio de la novela bizantina pero también puedo recordar al Príncipe Valiente que dibujara Hal Foster y encarnara en mi infancia, cuerpo y belleza enteros, en Robert Wagner de la cinta de 1954. El “yo socarrón, poetón ya viejo” se divertiría más imaginando al Príncipe de Thule de flequillo oscuro y en *cinemascope* mientras yo le releo sus propias líneas, insaciables, con las que arranca el *Persiles*:

Sacaron, asido fuertemente, a un mancebo, al parecer de hasta diecinueve o veinte años... hermoso sobre todo encarecimiento... le sacudieron los cabellos que, como infinitos anillos de puro oro, la cabeza le cubrían; limpiáronle el rostro, que cubierto de polvo tenía, y descubrió una tan maravillosa hermosura que suspendió y eterneció los pechos de aquellos que para ser sus verdugos le llevaban.

En el terceto siguiente al de “Yo socarrón”, Cervantes da una nota confesional: “suele el disimulo a veces / servir de aumento a las demás virtudes”. Pero en uno de los últimos capítulos del *Persiles* está la clave para todos los enigmas de un genio que se adelantó a su tiempo, y lo sabía: “Parece que el bien y el mal distan tan poco el uno del otro, que son como dos líneas concurrentes que, aunque parten de apartados y diferentes principios, acaban en un punto. Sollozando estaba Periandro...”. **U**

# A veces prosa

## Festejo

Adolfo Castañón

i. La lengua y la palabra, la escritura y el alfabeto acompañan al hombre desde su origen. La palabra es un puente y un yunque, un andador y una forja, instrumento y firmamento, indumento y piel, segunda naturaleza que ayuda a traducir la primera.

La lengua es tierra nativa y patria: que-  
rencia.

ii. Ya los cronistas y los descubridores advirtieron que la prodigiosa Ciudad de México, la altiva Tenochtitlan, era una ciudad cosmopolita: se hablaban en ella diversas lenguas, se pronunciaban palabras en diversos tonos, se elevaban altares a un cúmulo de deidades que hablaban un idioma de piedra. La ciudad estaba dividida en barrios, segmentada en clases y pobladores que provenían de distintos rumbos; cruzaban los canales pregones lanzados al aire en distintas lenguas. Para reducir y conquistar esta ciudad tuvo el español que atravesar al menos dos puentes y aduanas lingüísticas. De ello da fe la presencia plurilingüe de la legendaria Malinche, madre de la lengua y madrina y matrona, nodriza del terrible encuentro. Malinche-Marina midió sus ojos y su aliento con el de Hernán Cortés: la sombra de sus dos cuerpos preside como un animal de dos espaldas la fundación de la Nueva España y el asentamiento de la nueva ciudad criolla sobre los escombros de la gran Tenochtitlan. La capital de la Nueva España fue trazada desde el santuario donde habitaban antes los sacerdotes de Huichilopoztli, los hombres-coyote de Coyoacán.

Si hemos de creer la amalgama fraguada por Alfonso Reyes, desde que tuvo esa primera “visión de Anáhuac” en 1519, el conquistador supo que esa imponente lla-

nura hecha de lagos haría de la lengua española *otra cosa*: las palabras castizas quedaban resonando en el aire casi rígido de tan transparente del valle.

iii. Entre todas las lenguas europeas, la española destaca por el hecho de ser hablada y practicada por más de 500 millones de personas. A este hecho estadístico ha de añadirse otro: la Real Academia Española, fundada en 1713 por Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena, y aprobada por cédula real de Felipe V en 1714, decidió el 24 de noviembre de 1870 promover e instituir academias americanas correspondientes. Sabia decisión clarividente. El gesto respondía a la conciencia que tenía España de que, pese a las independencias y emancipaciones muchas veces conflictivas, el idioma cultivado en América durante más de tres siglos era patrimonio no sólo de los americanos o de los españoles, sino de una comunidad ecuménica que los comprendía a todos. Sabia decisión clarividente: a través de ella España se abría desde la médula misma de su identidad lingüística, a un reconocimiento del otro y de los otros. Se rompía el largo ensimismamiento colonial; se abrían las puertas y ventanas para que entraran en el arca del idioma aquellas voces, esos giros, esas palabras, esas acepciones que habían crecido en América. Gracias a esa decisión clarividente, empezaron a desarrollarse las academias de la lengua española: un gesto y una corriente de legitimación y de reconocimiento que no supieron tener los otros idiomas coloniales (como por ejemplo el francés).

iv. El 13 de abril y el 11 de septiembre de 1875 se celebraron las reuniones prepa-

ratoria e inaugural de la Academia Mexicana correspondiente de la española, presididas por don José María Bassoco en la casa de su primer bibliotecario, don Alejandro Arango y Escandón. En una sesión posterior del 25 de septiembre se elegiría como primer secretario a don Joaquín García Icazbalceta, a don Manuel Peredo como censor, y como tesorero a don José María Roa Bárcena. Otro de sus miembros fue don Sebastián Lerdo de Tejada, quien a la sazón fungía como presidente de la República. Para llegar ahí las asociaciones literarias y académicas de México habían tenido que hacer un largo recorrido. La Academia Mexicana era la heredera de la Academia Imperial de Ciencias y Literatura y de la Academia de la Lengua, y convivía y compartía miembros y tareas con otras asociaciones, como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Desde su nacimiento en la Academia se han congregado lingüistas, filólogos, gramáticos, historiadores, escritores, bibliófilos, poetas y hombres de Estado: de Andrés Quintana Roo a José María Lafragua; de Joaquín García Icazbalceta a José María Vigil; hombres y mujeres de palabra han nutrido con su trabajo y sus ideas a esta corporación. Los académicos fundadores se trazaron desde un principio una hoja de ruta, una partitura de cuenta larga que presupone el registro y conocimiento del español hablado en México, de su historia, poesía y literatura, por ejemplo, el *Vocabulario de mexicanismos* de Joaquín García Icazbalceta, la *Gramática* de Rafael Ángel de la Peña, la historia de la poesía mexicana representada por las antologías editadas por José María Vigil, el estudio de los escritores mexicanos en quienes obra y se hace obra la lengua.



La Academia Mexicana se funda durante el periodo conocido como República Restaurada, luego de la caída del Imperio de Maximiliano, y durante la consolidación de la república liberal presidida por Benito Juárez y, luego, por Sebastián Lerdo de Tejada. Se consolida durante los gobiernos de Manuel González y Porfirio Díaz, prosigue su existencia como en ascuas a lo largo de los agitados días de la Revolución y, cuando esta concluye, poco a poco, proseguirá sus actividades. Tanto sus miembros como la institución misma serán testigos de la historia y velarán por ese patrimonio a la par inmaterial y esencial que es la lengua y su conocimiento. En la Academia y en la universidad se refugian los maestros, escritores e investigadores que guardarán celosamente el conocimiento de la lengua y aun de la cultura del país a través del idioma. A partir de la época de Porfirio Díaz, la Academia Mexicana congrega en su seno ministros y dignatarios que son también hombres de letras como Joaquín D. Casasús, José López Portillo y Rojas, o el obispo Ignacio Montes de Oca —como más tarde ocuparán sitial por su conocimiento de las humanidades clásicas el arzobispo Luis María Martínez, o los sacerdotes Octaviano Valdés o Gustavo Couttolenc.

v. La ecuación que alía a la letra con el cetro se da a través de la educación y el conocimiento. Entre los académicos se eslabonan juristas y médicos, comunicadores, diplomáticos, economistas e historiadores, filósofos y filólogos, arqueólogos y editores, maestros, profesores, políglotas, dicionaristas transmisores del conocimiento. Diríase que la Academia es un Estado dentro de un Estado, una ciudad imagi-

naria donde estarán representadas idealmente todas las disciplinas del saber y el conocimiento. De ahí también que la Academia pueda ser considerada una suerte de refugio que alberga a esos embajadores de la creación intelectual que son los poetas, los dramaturgos, los músicos y los narradores. Sucesión de constelaciones electivas, la Academia se reconoce como una especie de familia cuyo ámbito es la vigilia en torno al lenguaje, sus raíces, circunstancias, soportes, amenazas y perspectivas...

La historia de la AML se inscribe en la historia de México, de la América española y, desde luego, de España misma.

A esa edad visionaria de la fundación de la AML en los años de la República Restaurada, seguirá la consolidación en el Porfiriato. Algunos miembros participan en proyectos notables. Tales son los casos de Vicente Riva Palacio en *México a través de los siglos*, o de la obra monumental *México: su evolución política*, donde se incluye la “Evolución política del pueblo mexicano”, de Justo Sierra, que recuperará en 1939 Alfonso Reyes. Durante los años de crisis de la Revolución (¿1913-1923?), la Academia prosigue su actividad como en ascuas. Muchos de sus miembros se han dispersado o desterrado como Victoriano Salado Álvarez, narrador de los *Episodios nacionales mexicanos* escritos al estilo de Benito Pérez Galdós y autor de unas primeras *Minucias del lenguaje* que luego inspirarían a José G. Moreno de Alba.

De esos años y de los inmediatos anteriores y posteriores procede el descubrimiento deslumbrado que hacen de México los académicos y escritores: de un lado la revelación e investigación de las orillas y urdimbres indígenas presentes tanto en el suelo y subsuelo, en las ruinas prehistó-

nicas de las diversas regiones nacionales como en el español hablado y escrito en México (Darío Rubio, Cecilio A. Robelo); del otro, el descubrimiento no menos deslumbrado del pasado colonial y virreinal de México a través de la literatura colonialista como en las obras de Alfonso Reyes, Artemio de Valle-Arizpe, Genaro Estrada, entre otros. Más allá o más acá la revelación del presente mismo del mundo en las obras de Salvador Novo, Carlos Pellicer, José Gorostiza.

Al concluir la Revolución mexicana e iniciarse la llamada época constructiva se da un despertar plural: hacia la educación de las mayorías urbanas y rurales (gestas de la educación bajo la égida de José Vasconcelos, hacia la salvación del pasado indígena, misteriosamente presente) (Cecilio A. Robelo, Ignacio Bernal, Manuel Gamio), hacia los países que componen la gran ecúmene iberoamericana e hispanoamericana (recuérdese que en el Centro Histórico de la Ciudad de México la nomenclatura de las principales calles, que lleva los nombres de Argentina, Brasil, Chile, Cuba, Honduras, Guatemala, Santo Domingo, Uruguay, Paraguay, fue impuesta durante el gobierno del general Álvaro Obregón y cuando José Vasconcelos, secretario de Educación Pública y autor de *La raza cósmica*). La participación de José López Portillo y Rojas y de Federico Gamboa aseguró la continuidad de la corporación en los revueltos tiempos por los que pasó México.

A esa primera mitad del siglo XX se remonta una tenaz discusión alrededor de la lengua dispersa en el continente hispanoamericano. La inició, entre otros, allá en España, Ramón Menéndez Pidal: la lengua española en América ¿está destinada

a semejanza del latín a desaparecer y dispersarse en idiomas distintos y autónomos?, ¿debe promoverse y registrarse la diversidad de los acentos y formas regionales?, ¿debe buscarse la unidad?, ¿qué es y cómo debe aplicarse el concepto de corrección lingüística? Después de José Martí, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, se sienten más cercanas a la idea de una modernidad activa y eficiente las minorías literarias. Esos “grupos cortos” a los que Pedro Henríquez Ureña daría su voto de confianza. Así, algunos jóvenes vanguardistas hispanoamericanos, como el primer Borges, sienten que, en cierto modo apremiante, deben salvar a España de los españoles; la lengua hablada en América parecería estar más viva, ser más rica, que la acrisolada en la vieja España, donde también por cierto se dan minorías críticas que, como la generación española de 1914, piensan que es necesario para la salud social reno-

var las formas de vida mental, como puede ser el caso de los grupos constelados sucesivamente en el Instituto Libre de Enseñanza, fundado por Francisco Giner de los Ríos, la Residencia de Estudiantes, cuya idea ha sido tan influyente en la arquitectura de El Colegio de México, o la misma *Revista de Occidente*, cuyas hijas: las revistas *Contemporáneos*, *Letras de México*, *El Hijo Pródigo*, *Sur*, *Orígenes*, *Moradas*, *Diálogos*, *Plural*, *Vuelta*, afirman el beneficio de ese Rapto de Europa, para aludir al título del ilustre filósofo e historiador Luis Díez del Corral.

VI. Menos de un siglo después de su fundación, en abril de 1951, el gesto en apariencia modesto de los visionarios traductores, poetas, juristas y filólogos de 1870, conformado por Mariano de Roca Togo- res, marqués de Molins, Patricio de la Escosura, Juan E. Hartzenbusch y Fermín

de la Puente y Apecechea, tendría una iniciativa sin precedente: por sugerencia del licenciado Miguel Alemán Valdés, presidente de la República y miembro más tarde de la corporación, se celebraría el primer congreso de las academias de la lengua española en nuestro país, y toca a don Alejandro Quijano (1883-1957) fungir como director de la corporación y hacer la convocatoria. Por un apunte de Alfonso Reyes en su *Diario*, correspondiente al viernes 22 de septiembre de 1951, consta que la idea de hacer un Congreso de las Academias empezó a tomar forma al menos desde el miércoles 20 de ese mes durante una sesión, en casa de José Rubén Romero, donde se habló del “Congreso de Academias. El presidente (Miguel Alemán) ha dado más de millón y medio que don Rubén Romero habrá de administrar”.<sup>1</sup>

Así pues, en abril de 1951 se llevó en esta ciudad a cabo la fundación de la Asale, la Asociación de Academias de la Lengua Española. Asistieron las representaciones de todas las academias de la lengua, salvo la española, por motivos más de índole política que académica. México había sido uno de los pocos países que dio asilo a los centenares de refugiados que salieron de la península con motivo de la Guerra Civil. No sólo eso. Había reconocido al gobierno republicano en el exilio. Al principio, los académicos españoles aceptaron la invitación. Sin embargo, a última hora, se vieron obligados a cancelar su participación, “por circunstancias de carácter extraño al desinteresado y puro de nuestra conferencia”, como dijo en la solemne inauguración de aquel congreso don Alejandro Quijano. En ese mismo discurso, titulado “Una lengua periférica”, recalcó que los académicos congresistas “aplicarán su sabiduría [...] a procurar que adquiera creciente vigor y precisión y gracia nuestra lengua, a fin de que la mente que piensa en español pueda expresarse en buen español”.

Lo que estaba en juego era precisamente el tema del bien decir en una lengua, la castellana, que al atravesar el Atlántico se había hecho española y se había



<sup>1</sup> Alfonso Reyes, *Diario IV*, edición crítica, introducción, notas, fichas bibliográficas, cronología, índice de Víctor Díaz Arciniega, FCE, México, p. 390.

repartido por el continente americano y aun el asiático, si se considera a Filipinas. Una lengua que se había desarrollado a lo largo de varios siglos y se había enriquecido con indigenismos y americanismos sin perder ni su carácter ni su talante para ser vehículo de una civilización y de una cultura. Las discusiones de ese Congreso estuvieron polarizadas entre quienes abogaban por la autonomía radical, sostenida en primer lugar por Martín Luis Guzmán,<sup>2</sup> y una posición más moderada que constataba que el meridiano del idioma pasaba por Madrid, como sostuvo don Pedro de Lira de la Academia Chilena. Otro de los mexicanos que dejaron memoria del Congreso fue el escritor tabasqueño vecindado en Estados Unidos Andrés Iduarte, quien hizo particular énfasis en el peso que tenía el vínculo entre España e Hispanoamérica.<sup>3</sup>

Gracias a la idea de que hubiese una comisión permanente, conformada en ese momento por los mexicanos José Rubén Romero, Alberto María Carreño y Julio Jiménez Rueda, y al tacto e inteligencia del representante de la Real Academia Española en la comisión permanente, se siguieron los trabajos e iniciativas derivadas de ese histórico congreso, y su continuidad en los siguientes encuentros, catorce hasta ahora: Madrid, Bogotá, Buenos Aires, Quito, Caracas, Santiago de Chile, Lima, San José de Costa Rica, Madrid, Puebla, San Juan de Puerto Rico, Medellín, ciudad de Panamá, y en noviembre de este año, México. En 1960 la flamante Asale suscribió el convenio multilateral de Bogotá, que la Academia Mexicana de la Lengua solamente firmaría hasta 2012.

Es memorable y vivaz la crónica que hizo del Congreso Salvador Novo, quien por cierto no era miembro todavía de la Academia:<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Martín Luis Guzmán recogió sus puntos de vista sobre el tema del Congreso y sobre otros asociados en el libro *Academia en Obras completas II*, prólogo de Rafael Olea Franco, FCE/INEHRM, México, 2010, pp. 453-536.

<sup>3</sup> Andrés Iduarte, *Hispanismo e hispanoamericanismo*, Gobierno del Estado de Tabasco, Villahermosa, 1993, pp. 57-72.

<sup>4</sup> Salvador Novo, "Cartas viejas y nuevas de Salvador Novo" en "Perfil de la ciudad de México" en *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Ale-*

"[...] El que no va a mandar representación de su Academia es precisamente aquél que tiene y sostiene la Academia que es madre o matriz de todas las Academias filiales que la siguen, la obedecen, pliéganse a su modelo y en la medida de sus posibilidades limpian, fijan y dan esplendor a la Lengua de la que es Real Academia aquella misma que se abstiene de concurrir a su congreso. Con lo cual, desde cierto punto de vista, podría pensarse que en la medida en que las lenguas americanas y filipinas que concurren a fundirse o licuarse en la pequeña Babilonia de este congreso han sentido la necesidad de ponerse de acuerdo entre sí, porque percibían que discrepan de cómo se habla el castellano de la Academia Española en América y en Filipinas: y no viene siempre mamá a decirles cómo o a aprobar su disenso, no habrá de ser de lenguas ni de lengua semejante congreso, sino de dialectos. [...]"

"Tan bonito que hubiera sido. Casi en momentos en que una conferencia de cancilleres los reunió en Washington a limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua política que debe hablar el continente: a su gramática estratégica: a su analogía democrática, a su prosodia anticomunista, a su sintaxis táctica y a su ortografía económica, ¿qué habría sido más congruente con el sistema de dirimir unos cuantos gallones la conducta de muchos millones de habitantes en lo político, que dirimir otros cuantos gallones el proceder lingüístico de esos mismos millones de parlantes?"

"Claro está que es más fácil, más viable, más posible disponer de las vidas de esos millones: distribuirselos como braceros o como soldados: fijarles precio a sus productos y a su trabajo: regatearles o darles materias primas o mercancías, o fusiles, o aviones, o bombas, que frenar, fijar, pulir y dar esplendor a sus lenguas, y que en este sentido, el Congreso de Academias,

*mán*, Empresas Editoriales, México, 1967, pp. 617-621. "En septiembre de 1950 Salvador Novo reanudó sus colaboraciones en la revista *Mañana*. La nueva sección se llamó 'Cartas viejas y nuevas de Salvador Novo', e iniciada la crónica 'Perfil de la ciudad de México', prosiguió con verdaderas cartas dirigidas a don Daniel Morales, director de *Mañana*" (nota de Emmanuel Carballo, p. 507). [Se incluyen algunos fragmentos de la carta. N. del E.]

aun con la presencia del Dean Acheson de la política lingüística que hubiera sido don Ramón Menéndez Pidal, habría extrañado menor fuerza coactiva y alcanzado resultados menos palpables que la Conferencia de Cancilleres de Washington. [...]"

"Ahora bien: el razonamiento, digamos académico, de Franco al impedir que sus académicos se juntaran con los de México, debe de haber sido por este estilo: '¡Rediez! ¡Pero si esos mejjicanos siguen haciendo el indio! ¿Pues no se empeñan en mantener relaciones con un dizque gobierno fantasma? ¿Pues no, cuando ya los ingleses y los yanquis acabaron por admitir los hechos, me han enviado sus embajadores, y tutti contenti; y ainda mais, los toreros van y vienen, entoavía me salen en la ONU y en la otra con que el fascismo, y que la dictadura, y que la cabra? ¿Que no, hombre, que no! ¡Faltaba más... Si ése les parece que es el gobierno español, pues que carguen con creerse que los refugiados que tienen escriben y hablan como es debido y académico!'. [...]"

"Releo estos párrafos, y me asalta la duda de si van a pensar los lectores que hablo con irreverencia de la Academia porque no me ha ido muy bien en su feria: en otras palabras, "de ardid". Y en efecto, no me ha ido muy bien académicamente. Dos o tres veces me ha llegado por trasmano la noticia de que ahora sí ya es muy probable que los Académicos me llamen a su agrupación, y la noticia me ha llenado de júbilo, porque me indica que por fin he acabado por aprender a escribir, a manejar el idioma, a conocer a los clásicos, tan bien como siquiera el menor de los académicos. Pero mi gozo se va al pozo con igual periodicidad. Una vez Francisco Castillo Nájera, la siguiente Miguel Alessio Robles, me ganan la elección, escriben mejor que yo, y permanezco en espera de otra vacante y de otra oportunidad. Mientras tanto, me aplico a estudiar, a enriquecer mi léxico, a pulir mi ortografía. Ya no con la esperanza de llegar a ser un académico; pero todavía con la de llegar a ser un buen escritor [...]" **U**

Este texto consta de la primera parte del guion para el video sobre los 140 años de la Academia Mexicana de la Lengua. Versión revisada tomando en cuenta las observaciones de Felipe Garrido, Ignacio Padilla y Martha Bremauntz.

# Zonas de alteridad Norteños

Mauricio Molina

Las antologías literarias suelen tener una doble cualidad: la de captar un momento en la historia y la de provenir de un autor que define, desde su perspectiva, una selección personal que va en busca de esa abstracción siempre relativa a eso que llamamos canon. Eduardo Antonio Parra ha realizado una nueva propuesta con *Norte. Una antología*, un proyecto absolutamente necesario para comprender el complejo panorama de la literatura mexicana actual. Como *Ciudad fantasma. Cuento fantástico de la Ciudad de México*, de Vicente Quirarte y Bernardo Esquinca (Almadía, 2014) y más ampliamente la canónica *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*, de Christopher Domínguez Michael, la propuesta de Parra es como una colección de instantáneas que nos permiten comprender una región y un momento de nuestras letras. Ya desde su prólogo Parra nos habla de “un aire de familia” de los escritores antologados. Hay un paisaje, una serie de temas, un vocabulario propios. De la épica villista de Martín Luis Guzmán al feminicidio cotidiano y televisivo en Luis Panini, y de los fusilados de Nellie Campobello a los desdoblamientos de corte fantástico de Cristina Rascón Castro, *Norte. Una antología* comienza en los convulsos años revolucionarios hasta el momento presente en la escritura de hombres y mujeres de los estados cercanos a la frontera.

Desde sus primeras páginas, con la inclusión de autores imprescindibles como los ateneístas Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes y Julio Torri y con presencias portentosas como Rafael F. Muñoz, José Revueltas e Inés Arredondo, nos encontramos con una selección plenamente fundamentada. Hay hallazgos magníficos (al menos para quien esto escribe),

como el de Abel Quezada, clásicos inevitables como “La muerte tiene permiso” de Edmundo Valadés, “Albur de amor” de Rafael Ramírez Heredia, “Los miedos” de Ignacio Solares o “Vásquez” de Carlos Montemayor, y autores entrañables como Jesús Gardea, Daniel Sada, Federico Campbell, cuya influencia crece exponencialmente entre las nuevas generaciones.

Imposible hablar de una ontología o una metafísica de lo norteño. Si bien hay una serie de temas, maneras y giros verbales, *Norte* evade, por fortuna, el antiguo y ya prescrito conflicto entre el centro y la periferia y también evita el elogio barato del regionalismo. La relevancia del norte es otra: la cercanía con Estados Unidos nos obliga a repensar cada vez más el fenómeno de la frontera y su huella en todo el país. Resulta interesante que Parra utilice en su prólogo la noción de “aire de familia”, un concepto de Wittgenstein para definir el carácter no esencialista del lenguaje. Así, *Norte. Una antología* evita la ontogenia regional y nos ofrece un variado panorama de las letras norteñas.

Si el desierto despierta fantasmas y apariciones, la frontera espectros amenazantes. La migra, el sueño americano convertido en pesadilla, la fauna, el entorno, nos acercan a ese “aire de familia” que resulta en una perspectiva original cada vez más cimentada de lo que probablemente se encuentre, hoy, entre lo mejor de la literatura mexicana, sin dejar fuera a autores de otras regiones como Daniela Tarazona, Antonio Ortuño o David Miklos, para mencionar sólo tres autores ajenos al contexto norteño.

Si ya con nombres como (la enumeración es arbitraria) Gilberto Owen, Abigail Bohórquez, Alberto Blanco, Luis Cortés Bargalló, Ana Belén López, Eugenio

Sánchez, Armando Alanís o Mijail Lamas la poesía del norte posee una poderosa tradición, con *Norte. Una antología*, compilada por Eduardo Antonio Parra, se perfila una narrativa digna de figurar entre lo mejor y más vivo de las letras en nuestro idioma.

Cabe preguntarse por la relevancia de una antología regional. Ya Roger Bartra en *La jaula de la melancolía* apuntó la imposibilidad de una ontología de lo mexicano. Una antología del sur del país, otra del Bajío o del centro podrían seguir a *Norte*. Lo mismo sucede con los esfuerzos de hacer compilaciones, que ya se han realizado y se siguen haciendo, de literatura fantástica, erótica, de ciencia ficción o de literatura para niños. Esta regionalización tanto zonal como de géneros muestra la riqueza de la creación verbal en México. Sin embargo, es quizás en el norte donde se esté produciendo lo más emblemático de la literatura mexicana actual.

Los giros idiomáticos, las maneras de aproximación a la escritura, las diversas modulaciones, el humor, las formas y los géneros nos aproximan a una narrativa original y poderosa. Autores más recientes, de una trayectoria innegable, como Élmer Mendoza, Cristina Rivera Garza, David Toscana, Luis Humberto Crosthwaite, Julián Herbert, Liliana Blum o Luis Jorge Boone proponen nuevas formas y otras maneras de escritura que se imbrican tanto en la tradición nacional como en el marco más amplio de la literatura en nuestro idioma. *Norte. Una antología* es una lectura apasionante, transversal, imprescindible. **U**

---

Eduardo Antonio Parra (compilador), *Norte. Una antología*, Ediciones Era/Fondo Editorial de Nuevo León/Universidad Autónoma de Sinaloa, México/Monterrey/Culiacán, 2015, 329 pp.

# Los compositores, esas leyendas

Pablo Espinosa

Zurdos, flacos, chaparros, elegantes, pobres, alegres, sordos, guapos, sanos, ricos, ciegos, gordos, obsesivos, maniáticos, místicos, enfermizos, retraídos, mundanos, solitarios...

A lo largo de la historia, los compositores han legado leyendas nacidas, las más de ellas, del imaginario popular, de esa pulsión humana de idealizar, romantizar, enaltecer o sobajar a quien destaca.

La sordera de Beethoven es un ejemplo de ese afán de imaginar. Se opta por el lado negativo, el sufrimiento y paradoja de un músico que no puede escuchar su propia música cuando en realidad se trata de un asunto de peculiar relevancia: Beethoven escuchaba de manera diferente: conocía los sonidos antes de perder el sentido del oído y al leer sus partituras escuchaba en su mente sus obras.

También ponía el oído sobre el piso o sobre la tapa del piano y al activar las teclas distinguía las vibraciones producidas por el sonido.

De hecho, hoy en día se han desarrollado modalidades en algunas salas de concierto donde los sordos pueden percibir sinfonías poniendo la palma de sus manos sobre superficies planas de madera, ya en los respaldos de las butacas, ya en la anatomía de la sala de conciertos, como las disponibles por ejemplo en la Sala Nezahualcōyotl de la UNAM, donde quienes ocupan las primeras filas de las secciones de coro y de orquesta pueden probar poniendo la palma de sus manos sobre la superficie de madera que tienen frente a sí.

Volvamos a Beethoven, ese personaje preferido para la novelería. Cuando asumió que era sordo se volvió aun más irascible y se sentó a escribir como poseído.

Se empeñó y logró que le permitieran dirigir el estreno de su *Novena sinfonía*. Él, que escondía su sordera, iba nueve compases atrás de la orquesta y cuando la obra terminó él no escuchó los aplausos y siguió dirigiendo. Solo, íngrimo y solo.

Chaparro, rechoncho y fuerte, don Ludwig van es un ejemplo también de resistencia, lucha contra el infortunio. Lector ferviente de Rousseau, republicano convencido, amante perfecto de la “amante inmortal”, como se infiere de la carta que hallaron escondida entre sus pertenencias luego de su muerte. No estaba dirigida a nadie con nombre y apellido. La hipótesis más gustada es que se trataba de un tratado de hiperromanticismo, el acto de rendición, la derrota de un enamorado siempre rechazado.

Fabricante de leyendas: Beethoven sumergía su potente cabeza en agua fría an-

tes de sentarse a escribir, para despejar la mente.

Salía a la calle, devoto caminante, y daba largos trancos tarareando a todo pulmón las tonadas que acudían a su cabeza despejada. Regresaba presuroso o se sentaba bajo la sombra de un árbol para anotar esos bosquejos.

Infancia desdichada, padre alcohólico, feo, pobre, el joven Beethoven llegó a Viena para conquistar el mundo y lo primero que hizo, para tal efecto, fue comprarse una peluca, medias de seda y botines a la moda. Fue uno de los últimos, con Haydn, en usar ese adminículo tan asociado a la historia de la música.

Vemos a Gérard Depardieu en el filme *Todas las mañanas del mundo* sudando bajo su pesada peluca encarnando a Lully. Peluca pesada y blanca, por empeño en empolvarla y perfumarla.



Anna Magdalena Bach

Porque la peluca no se inventó solamente para calmar la calvicie: tenían significados bárbaros, como en la antigua Roma, cuando de los cabellos de los alemanes vencidos en batalla fabricaban las pelucas rubias que causaban furor.

Al envejecer, la reina Isabel Primera, calva, formó una linda colección de pelucas rojas.

También tenían fines sanitarios en épocas de falta de higiene mortal: prevenir los piojos, ocultar la mugre y la suciedad. Los hombres las empezaron a usar cuando el rey Luis XIII de Francia las puso de moda, hasta los hombros y luego el rey Carlos II de Inglaterra las hizo obligatorias, a pesar de que fueran tan pesadas e incómodas y caras, las fabricadas con cabello humano, aunque proliferaron las baratas, con pelo de cabra o de caballo.

Usar peluca se volvió sinónimo de distinción, categoría, caché. Lo que ahora sucede con el uso de la corbata, que mentes apocadas imponen como obligatoria y mentes libres disfrutan como adminículo.

Vivaldi, Händel, Salieri. Compositores empelucados. La historia de la música sería muy diferente si aparecieran retratos de ellos sin peluca. Despelucados.

Los sin peluca también generaron leyendas, como Schubert, a quien apodaban El Champiñón.

Otro compositor tímido, rechonchito, chaparrón, “una bola de carne”. Así lo describían y él en su turno se retrataba: “vivo oprimido por mis penas”: depresiones profundas y crónicas contra las que luchaba: se sentaba a escribir a diario, desde las seis de la mañana hasta la una de la tarde.

Amaba la música de Mozart: “cuando suena la música de Mozart, se puede oír el canto de los ángeles”.

Otro compositor feo, despreciado, rechazado por las mujeres pero con una capacidad infinita de crear belleza. Un feo capaz de crear la belleza más conmovedora.

Hay otras caras de las leyendas, diferentes a las adheridas al sufrimiento y untadas al saber, a la indagación de los misterios, por ejemplo, el uso del número 3 en Mozart masón, en cuya ópera masónica y ritualista *La flauta mágica* aparecen 3 acordes mayores al inicio, 3 hadas, 3 niños que conducen al protagonista a través del bosque, 3 instrumentos mágicos, 3 pruebas a vencer, 3 cualidades del protagonista, 3 templos.

Erik Satie no fue masón sino rosacruz y escribió siempre en función del número

3 como culto a la tercera persona divina y cultivo de las tres cualidades: belleza, claridad, sutileza: 3 sarabandas, 3 gimnopedias, 3 gnosedias, 3 “pedazos en forma de pera”. Simbolismo trinitario que data de la Antigüedad, del *trinum* o *tiubiu*, de la base de los signos de la perfección, de la filosofía de Platón en la imagen del ser supremo en sus 3 personalidades: material, intelectual, espiritual; en la filosofía de Aristóteles: el 3 como el principio, medio y fin, el símbolo de la armonía perfecta.

Perfección y ego. Muchos compositores han creído perseguir la perfección cuando en realidad perseguían su ego, ese elefante en medio de la sala.

Mahler, Gustav Mahler es un generador de leyendas de todo color, como el rubor que acude a las mejillas de muchos mahlerianos frente a la pantalla cuando discurre el filme *Mahler auf der Couch* (*Mahler en el diván*), de Percy y Felix Adlon.

Esa película redignifica la personalidad, figura y obra de Alma Schindler (1879-1964), una figura definitiva de la cultura vienesa de principios del siglo XX, junto con Gustav Klimt, Walter Gropius, Alban Berg, sus iguales.



Maria Anna Mozart



Alma Mahler

Ese filme pone de relieve lo que pocos mahlerianos estarían dispuestos a aceptar, dada la elevada calidad de su música: que era un pobre diablo emocionalmente hablando. Un monstruo horrible que victimizó, engañó, sometió y borró del planeta, pues ella quería ser también compositora, a su mismísima mujer, Alma Mahler, a quien convirtió en su esclava, en la garante de su egolatría.

Gustav Mahler, ese monstruo de persona que escribió música digna de los ángeles, se hizo sordo y ciego de los anhelos de su esposa, a quien no sólo desatendió sino a quien aniquiló toda esperanza de ser compositora.

No fue a ese grado atroz la situación de Nannerl Mozart, a quien se atribuyen varias de las obras que quedaron a nombre de su hermano, Wolfgang Amadeus Mozart, y su fama queda como la hermana modosita que tocaba el piano a cuatro manos mientras su padre el violín en largas giras por Europa.

Mucho debemos a Maria Anna Walburga Ignatia Mozart (1751-1829): ella infundió el amor por la música en su hermano menor, Joannes Chrysostomus Wolfgang Theophilus Mozart (1756-1791).

Volfi quería ser como Nannerl. Gracias a ella se hizo músico. Fue por ella por quien se hizo compositor. A lo largo de su vida la adoró, cuidó, mimó, conservó el lenguaje secreto que se inventaron. En sus cartas menciona partituras de Nannerl, o Marianne, como también la llamaban, y la alienta a seguir escribiendo música, como apoyó sus decisiones frente a las arbitrariedades de su padre, Leopold, quien en 1769, cuando Nannerl cumplió 18 años, le prohibió seguir exhibiendo sus talentos musicales, porque había llegado a la edad casadera. Y le prohibió casarse con quien ella amaba y la casó con un magnate y ella crió a tres hijos: Leopold Alois Panthaleon, Jeanette y Maria Babette. Una mujer no debía ser compositora, sino madre de familia, obedeció don Leopoldo los rigores del *status quo* social. Y nos privó de una compositora prodigiosa.

Nannerl no es la única compositora que escribió obras que firmaron otros.

Recientes investigaciones confirman lo que se sabía: la soprano alemana Anna

Magdalena Wicken, segunda esposa de Bach, con quien procreó 12 hijos casada por amor, autónoma cuando soltera con un salario elevado, compositora, escribió varias de las obras que quedaron firmadas por su marido.

Fue la copista de su esposo y su caligrafía era casi idéntica a la de él y escribió, aseguran varios investigadores, algunas de las obras más amadas de los seguidores del músico alemán, entre ellas las mismísimas *Seis suites para violonchelo solo* y las hermosas *Variaciones Goldberg*. Ah, también el primer prelude de *El clave bien temperado*.

Pero la historia no quiere justicia ni igualdad de género. Quiere leyendas. Cuando Johann Sebastian muere, Anna Magdalena quedó desprotegida por completo. El acta de defunción dice: “mujer pobre de 59 años”.

Numerología. Richard Wagner nació, vivió y murió atado al número 13: nació en un año 13. Las letras de su nombre y apellido suman 13, así como los números de su año de nacimiento: 1813. Fue un 13 de octubre cuando tomó la decisión de dedicarse a la música. Estuvo en destierro 13 años. Escribió 13 óperas de las cuales *Tannhäuser* la terminó un 13 de abril y fue estrenada el 13 de marzo. La primera vez que dirigió una orquesta fue un 13 de septiembre. Se instaló en Bayreuth un 13 de agosto y dejó ese hogar un 13 de septiembre. Recibió la última visita de su suegro, Franz Liszt, un 13 de enero y falleció al mes siguiente, el 13 de febrero.

Volfi Mozart era zurdo, como lo fueron Schumann, Beethoven, Vivaldi, Rachmaninov y Ravel, flaco francés que escribió su *Concierto para la mano izquierda* no por ser zurdo sino por cariño a su amigo Paul Wittgenstein, hermano del filósofo Ludwig Wittgenstein y reconocido pianista que solía sentarse a tocar a cuatro manos con Mahler y Brahms y Richard Strauss pero que en la Primera Guerra Mundial resultó amputado de su brazo derecho, de lo que se recuperó anímicamente y volvió a ser pianista gracias a ese concierto que le dedicó Ravel y otros que le hicieron a su vez Prokofiev (paisano de los soldados rusos que le infringieron las heridas que causaron la pérdida del brazo), Britten, Hindemith y Richard Strauss.

Conlon Nancarrow no era zurdo. Era de izquierda. Perteneció al Partido Comunista de Estados Unidos, su país natal, luchó al lado de los republicanos en España y se nacionalizó mexicano.

Volfi Mozart fue un experto jugador de billar. Su mente funcionaba de manera matemática y gozaba del azar: lanzaba los dados y de la secuencia resultante escribía música.

Giuseppe Verdi fue un compositor acaudalado. Se levantaba temprano, desayunaba, salía a andar a caballo, inspeccionaba sus viñedos, visitaba a sus acreedores para cobrarles la renta.

La música no parecía tener importancia en su casa de rico. Evitaba discusiones sobre temas musicales y advertía a sus visitantes que no hallarían partitura alguna cerca de él en ese hogar.

Erik Satie vivía en una pocilga plagada de partituras mugrosas.

A Johann Sebastian Bach le gustaba vivir en la cocina de su casa, escribiendo música rodeado de sus 20 hijos y sus 14 gallinas.

A Debussy le gustaba vivir más en casa de Madame Vesnier que en la propia. La señora Vesnier era estudiante de canto a quien él acompañaba al piano. Fue el primero de los grandes amores del músico. Ella era mayor que él y estaba casada. El marido, ignorante del romance, tomó también cariño al chaparrito Claude y lo recibía con placer en casa.

En su madurez, a Jean Sibelius le gustaba vivir en su casa de campo donde convivía con el bosque y el vuelo de las grullas, espectáculo que le llenaba los ojos de húmeda fascinación.

Demasiado pobre para poseer un piano, Hugo Wolf estudió la literatura de ese instrumento en una biblioteca pública, leyendo las obras como si fueran novelas. Allí vivía.

Pobres, ricos, guapos, feos, chaparros, esbeltos, panzones, recios, enfermizos, apasionados, devorados por las llamas de la pasión.

Con todos sus fulgores y miserias, los compositores, seres humanos como cualquier hijo de vecino, resultan ser los grandes generadores de leyendas.

Ay, los compositores. **U**

# La espuma de los días

## De cómo Superman se trasmutó en “Supermán”

José de la Colina

En los finales de los años 40 y hasta más allá de los comienzos de los 50, no sé, pero seguramente en tiempos en que la ciudad de México aún no devenía en Esmógico City y el Popo y el Izta eran visibles desde cualquier azotea, ocurría que por todas partes, en victrolas o sinfonolas y altoparlantes de ferias y fiestas de plaza y barriada, y casi desde una ventana de cada hogar con aparato de radio, se oía una conga o rumba o guaracha o lo que fuese, cuya letra, mediante la simple magia de acentuar la última sílaba de un nombre o sobrenombre, latinoamericanizaba a un personaje mítico:

Si me pongo trusa  
parezco caimán.  
¡Píntame de colores  
pa que parezca “Supermán”,  
pa que parezca “Supermán”!

De modo que el superhombre angloamericano, enfundado en mallas azules y rojas, glorificado con capa roja y una grande S rojiamarilla en el potente pecho, es decir: Superman (sin comillas ni acento gráfico), además de hazañar en periódicos, revistas, pantallas de cine, etcétera, incurcionaba, quién sabe si por primera o única vez, en el gozoso reino guapachoso. Así, Superman se trasmutaba en el sabrosón bailarín “Supermán” (con comillas y acento en la sílaba final), y, pues los mitos tienen vocación transgenérica, no sería raro que un día incurcione en la ópera; pero por lo pronto ya ejercía un poder más: el del baile.

El Superman poco nietzscheano pero muy estadounidense (pues al parecer ningún mapa astronómico registraba al planeta Krypton), fue engendrado por el escritor Jerry Siegel y el dibujante Joe Schuster,



quienes en 1938 lo insertaron en la revista de historietas *Action Comics*, junto a otros héroes espectacularmente forzudos aunque no calificables de sobrehumanos. El nuevo paladín multicolorido ascendió a astro central de la publicación, que fue rebautizada como *Superman's Magazine*, y, ya protagonista del moderno arte del cómic, sobrevoló la mundial geografía propagándose como la Coca-Cola, como las hamburguesas McDonald's, como Hollywood y el *american dream* (aunque estos dos últimos solían ser uno).

Quizá muchos de los que fuimos niños en los años 40 recordamos un episodio en que el hiperatleta de la autoidentificatoria gran S pectoral, tras aniquilar divisiones de infantería, cazar aviones bombarderos y anular tanques, carros de asalto, bombas teledirigidas y las argucias del Eje, atrapaba a Hitler, Mussolini e Hirohito, los ataba como rábanos en ramillete y los lanzaba al vacío, donde giraban como ridículos asteroides. Y así, tras del paso por la radiofonía (cfr. *Radio Days*, de Woody Allen), Superman traspasó al cine, que ávidamente lo esperaba para magnificar-

lo, primero en series de episodios de poquitera producción, con trucos visuales casi no renovados desde Méliès, luego en superproducciones de *all star casting* y con derroche de los llamados efectos especiales procurados por los superpoderes de la computadora.

Confesaré que en mi niñez Superman no ganó mi simpatía (la cual iba hacia Tarzán, Mandrake, Flash Gordon, el Reyecito, los Supersabios y, sobre todo, el Spirit, la obra maestra del género creada por Will Eisner). No me interesaba un dizque superhombre que, propuesto como un diosillo de tercer o cuarto nivel, pero algo divino de cualquier modo, siempre vencía gracias a sus magnos poderes, ¡y así cualquiera puede hazañar de lo lindo! Pero, si he de ser justo, anotaré que para disminuir en algo un omnipoderío que, siendo fácil y previsible, sin duda haría aburridas aquellas aventuras, Schuster y Siegel, padres del muchacho prodigioso, lo traicionaron ideando la kriptonita, materia básica del lugar natal del héroe: el planeta Krypton, el cual, por tener mayor fuerza de gravedad que la Tierra, anulaba los poderes de Superman, sobre todo el de volar.

Si Superman no me caía bien, confieso que, gracias a la música sabrosa oíble por doquier, en cambio “Supermán” queda muy vivo en mi recuerdo y en la parafrástica y aun más incoherente letra que en los años de la muchachez canturreábamos Arturo Pérez Hortigüela y yo:

Si me pongo trusa  
parezco Tarzán.  
¡Gózame, que estás bailando  
con tu padre “Supermán”,  
tu mero padre “Supermán”! **U**

# Emilio Salgari

## Poeta de la acción y de lo exótico

Guillermo Vega Zaragoza

Durante un año de mi vida, todos los fines de semana, fui un pirata que surcaba los siete mares, me embarcaba en las más trepidantes aventuras, saqueaba galeones, desenterraba tesoros, salvaba damiselas en peligro y arriesgaba la vida como un verdadero valiente. Fui Sandokan, fui el Corsario Negro, fui el Capitán Tormenta, fui el mismísimo pirata Morgan, bucaneros de verdad, no como el cobarde y melifluido Jack Sparrow, filibustero de parque temático y película palomera que interpreta el carilindo Johnny Depp.

Esa etapa de mi existencia, quizás una de las más felices, se la debo a mi maestro de cuarto año de primaria. Miguel Ángel Alfonso Cambre se llamaba. Gracias a él fui pirata y aventurero, pero me volví algo aun más peligroso: lector empedernido. Tenía una manera sencilla de engatusarnos: en lugar de presentárnosla como un castigo, hacía pasar a la lectura como un premio. Durante la semana nos atiborraba con montones de tarea, pero para el fin de semana nos dejaba leer un libro, de aquellos de la colección Joyas Literarias Juveniles de Bruguera, que de un lado traían el texto y del otro una ilustración tipo historieta. Uno podía escoger el que quisiera del amplio librero que había en el salón (estoy hablando de siglos antes de las onerosas “bibliotecas de aula”). El lunes siguiente, la primera actividad en clase era contar lo que habíamos leído. Tan simple como eso: compartir lo que habíamos disfrutado. Las historias más fascinantes y que los chicos contaban con más entusiasmo eran las de piratas, por eso los libros más solicitados eran de ese tipo de narraciones. Las mejores, las más emocionantes y entretenidas, eran las escritas por un señor llamado Emilio Salgari, aunque, en reali-

dad, en esa época no le poníamos mucha atención a quién era el autor de lo que leíamos. Lo que nos interesaba eran las historias, que atrapasen nuestra atención durante el largo asueto.

Con el paso del tiempo, abandoné mi vocación de pirata y la sustituí por otras: también fui astronauta, monstruo de laboratorio, caballero andante, detective privado, vampiro... una vez hasta me convertí en un gigantesco insecto. Sin embargo, a veces releía esos libros de aventuras y quise saber más sobre la vida de ese hombre que parecía conocer todos los secretos de los mares. En las breves biografías que antecedían a sus obras apenas se daban algunos datos y los pocos textos accesibles sobre su vida estaban casi todos embellecidos por un aura solemne y romántica: la del gran escritor que, a pesar del éxito masivo entre los lectores, nunca obtuvo el reconocimiento de sus pares, ni disfrutó del producto de sus obras y se quitó la vida trágicamente.

Así, supe que Emilio Carlo Giuseppe Maria Salgari nació en Verona, Italia, el 21 de agosto de 1861 y asistió a la escuela náutica de Venecia, pero no terminó sus estudios. En 1882 tuvo alguna experiencia como marinero en el Adriático, pero pronto regresó a tierra y se dedicó al periodismo como cronista de sociales y reportero de nota roja. Por hambre empezó a escribir novelas por entregas, que se volvieron un éxito y fue traducido a muchas lenguas. Escribió la infame cantidad de 85 novelas (un poco menos que Balzac) y 150 cuentos. Entre su inmensa producción destacan los ciclos dedicados a narrar las aventuras de Sandokan y los Tigres de la Malasia, así como las del Corsario Negro y los Piratas de

las Antillas, aunque también son memorables los dedicados al Capitán Tormenta y los Piratas de las Bermudas. “Sandokan es el aventurero químicamente puro —advierte Fernando Savater en *Misterio, emoción y riesgo. Sobre libros y películas de aventuras* (Ariel, 2008)—, pese a los revestimientos vengadores, y hasta políticos, que busca para sus osadías. Su figura fue, sin duda, lo más logrado que los anhelos del corazón —los dioses— que dictan a los hombres las historias regalaron a Emilio Salgari, inolvidable poeta de la acción y de lo exótico”.

Cabe resaltar que Salgari mismo se encargó de mistificar su vida, de darle ese halo mítico y trágico que estuviera, según él, a la altura de sus creaciones. En sus memorias, que terminó de escribir unas cuantas horas antes de morir, mintió abierta y descaradamente acerca de casi todo, hasta de su año de nacimiento. Lo cierto es que, sin que hubiera necesidad de mentir, la vida de Salgari fue casi tan agitada y entretenida como la mejor de sus novelas de aventuras.

El periodista italiano Roberto di Caro asevera que Salgari era un alcohólico hosco, perverso, sifilítico, mentiroso, despilfarrador, antisocial, que usaba tacones altos para no verse tan chaparro. Era tan “irascible hasta el grado de desafiar en duelo a un cronista veronés que se había permitido llamarlo mozo, a él, a Emilio Salgari, fallido capitán de gran cabotaje”. Tuvo cuatro hijos, a los que les puso nombre de sus creaciones literarias (Fátima, Nadir, Romero y Omar), con la que sería el amor y la tortura de su vida: su esposa Ida Peruzzi, a quien llamaba Aída. Era una actriz de desquiciante personalidad, caprichosa, escandalosa, exuberante, ninfómana, a la

que le interesaba poco el qué dirán. Alcohólica, fue contagiada de sífilis por el propio Salgari, quien la obligaba a disfrazarse de la “Perla de Labuán”, uno de sus personajes novelescos, cuando tenía invitados en casa. Finalmente, ella enloqueció y fue internada en el manicomio el 19 de abril de 1911.

A pesar de tanta fama, la fortuna nunca le sonrió a quien gustaba que le llamaran “el Tigre de Verona”, pues vivió y murió pobre, explotado por sus editores, que le exigían más y más historias y le pagaban una miseria. Desesperado y en la quiebra, terminó dándose un navajazo en el vientre seis días después, en Turín. Su nota suicida estaba dirigida a sus verdugos: “A vosotros, que os habéis enriquecido con mi piel, manteniéndome a mí y a mi familia en una continua semimiseria o aun peor, sólo os pido que en compensación de las ganancias que os he proporcionado os ocupéis de los gastos de mis funerales. Os saludo rompiendo la pluma”.

A pesar de todas las vicisitudes de su vida, lo que sigue llamando la atención sobre Salgari es su inmensa imaginación, que le permitió escribir aventuras que se desarrollaban en lugares tan exóticos como Malasia y el Caribe, que nunca conoció más que a través de los libros, pero que describió con tanta exactitud y brillantez como si hubiera estado ahí. Muchas de ellas estaba basadas en hechos y perso-

najes reales, pero la gran mayoría son producto de su invención.

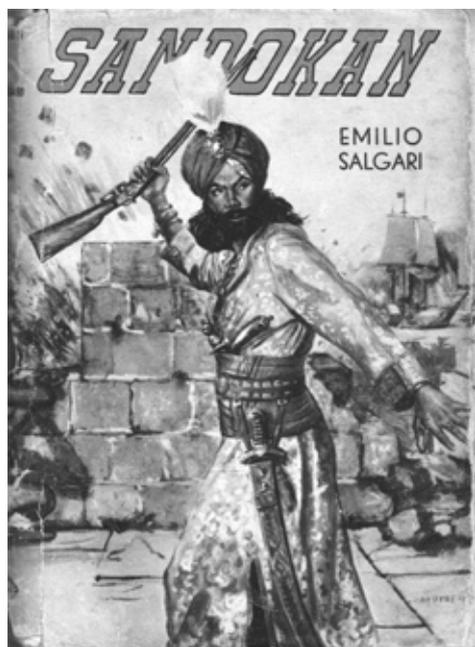
Es cierto: para el lector refinado, las novelas de Salgari están plagadas de defectos literarios —descripciones farragosas de plantas, animales y costumbres autóctonas que intercala sin tapujos y se alejan del relato principal; saltos imprevistos en el tiempo; intrigas previsibles; diálogos descabellados—, pero sobresale por encima de otros autores por su capacidad para trazar con eficacia a los personajes y, sobre todo, por narrar las acciones y las aventuras de manera trepidante. “Salgari tuvo talento para hacer de él, lo que no es tan fácil como parece”, afirma Savater.

Un aspecto interesante de las obras de Salgari es su acendrado anticolonialismo. Se cuenta que siendo apenas un adolescente una provocativa inglesa lo humilló, por lo que en venganza, años después, decidió crear a Sandokan, un destronado príncipe de Borneo que lucha por su libertad y contra el colonialismo imperial británico. Otros personajes también sostenían ideales similares, como el Corsario Negro y Morgan, quienes combatieron contra ingleses y holandeses en el Caribe. Anota Savater: “Sandokan es un símbolo inequívocamente subversivo. Quien desea vivir la plenitud de la aventura, de la libertad y del amor, siempre siente en su cerviz el yugo del colonizado, aunque viva en la capital misma del Imperio... Sando-

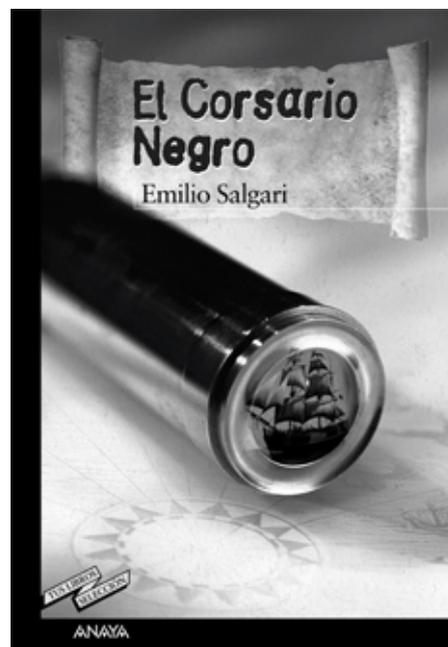
kan nos dice —y es una lección tan subversiva que hace saltar en pedazos la noción misma de la política como arte infame de perfeccionar el dominio— que todo el que no quiera morir esclavo debe ser protagonista de su propia pasión”.

Algunos han llegado a considerar incluso que Salgari se adelantó al cine, que su escritura es cinematográfica aun antes de la invención del séptimo arte. Por eso es de extrañar que hayan sido tan pocas —comparativamente hablando con otros autores, por ejemplo, como Arthur Conan Doyle— las películas basadas en sus novelas: menos de cuarenta en poco menos de un siglo (por cierto, una de estas cintas fue la versión mexicana de *El corsario negro*, dirigida por Chano Urueta en 1944, con Pedro Armendáriz en el papel principal). Para muchos, la adaptación que logra rescatar mejor el espíritu de sus novelas es una miniserie para televisión coproducida por Italia y Gran Bretaña (paradójicamente) en 1976, con el actor hindú Kabir Bedi en el papel de Sandokan.

No sé si las novelas de Salgari sigan siendo leídas por los jóvenes. En esta era de Internet, donde la gran mayoría de ellas están disponibles de manera digital y gratuita, sería un gran desperdicio que no lo fueran, sobre todo hoy, que los escritores andan tan ayunos de buenas historias, inventando famélicos y calenturientos vampiros adolescentes y otros tantos bucaneros de pacotilla. **U**

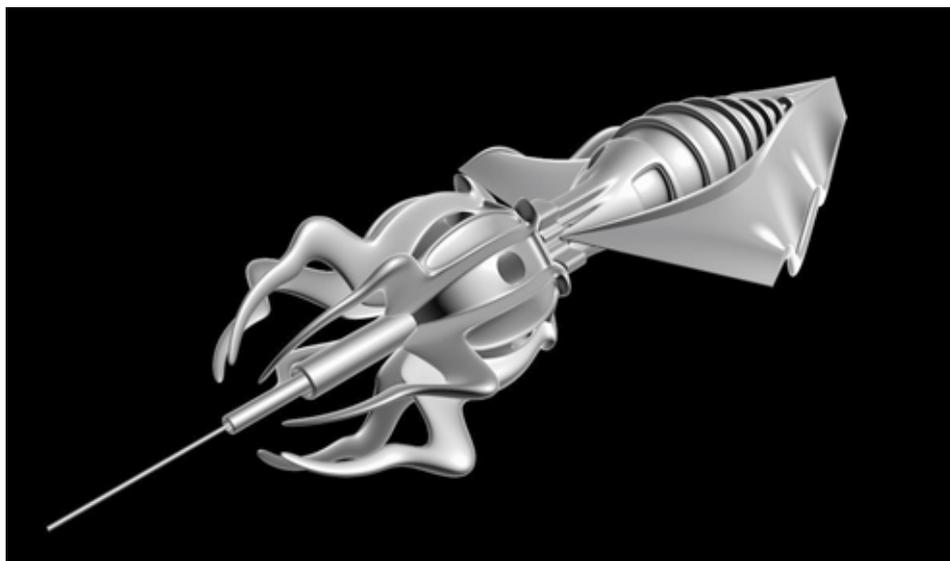


Emilio Salgari



# Conectados en la nube

José Gordon



Nanobot

“Vamos a ser más divertidos. Vamos a ser más atractivos sexualmente. Vamos a ser mejores al expresar nuestros sentimientos amorosos”. Este listado de deseos, que parecen surgir de algún dudoso libro de superación personal, fue formulado recientemente por el futurista e inventor Ray Kurzweil al planear cómo piensa que funcionarán nuestros cerebros cuando tengan implantes de diminutos robots (nanobots).

El escenario está situado alrededor de 2030. De acuerdo con el experto en inteligencia artificial, lejos de lo que nos dice la ciencia ficción sobre entornos que nos convertirán en una especie deshumanizada y emocionalmente fría, vincular nuestros cerebros a Internet nos llevará al desarrollo de una mayor individualidad.

En la visión de Kurzweil, dentro de 15 años nuestros cerebros podrán conectarse a “la nube”. Eso permitirá enviar correos y fotos que serán procesadas directamente en nuestras neuronas. Podremos también respaldar nuestros pensamientos y memorias. La clave para lograr esta hazaña será

la nanotecnología. Kurzweil imagina que mediante nanobots hechos con cadenas de ADN que floten en las áreas capilares en el cerebro, aumentaremos nuestras capacidades para procesar información.

Con la pequeña ayuda de estos biochips no tan sólo aumentará la inteligencia lógica sino también la inteligencia emocional. Dice Kurzweil: “Vamos a añadir más niveles a la jerarquía de los módulos del cerebro y con ello vamos a crear niveles más profundos de expresión”. El futurista pone un ejemplo. Nos pide que imaginemos que viene a saludarnos una persona que consideramos muy inteligente. ¿Qué vamos a decirle? Queremos sorprenderlo con nuestra agudeza; sin embargo, nuestros 300 millones de módulos cerebrales se quedan cortos. Necesitamos mil millones de módulos en dos segundos. La solución: tener acceso a ello mediante “la nube”, de la misma manera en que podemos multiplicar nuestra información miles de veces con la ayuda de los celulares “inteligentes”.

Kurzweil dice que esto, más allá de lo que solemos pensar, constituye un salto hacia la diferenciación: “Hasta hoy en día, todos tenemos una arquitectura muy similar de pensamiento. Cuando podamos expandirla sin las limitaciones del recinto (cerebral) fijo, podremos realmente ser mucho más diferentes”.

Los críticos de Kurzweil piensan que todavía hay muchos obstáculos para alcanzar esta visión: ¿cuál va a ser la fuente de poder de los nanobots? ¿Cómo se evitará que las células ataquen a los cuerpos invasores? ¿Cómo impedir que se dañen las proteínas y azúcares en los espacios diminutos entre las células cerebrales?

Mientras tanto, en una escala más burda, actualmente DARPA, la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados de Defensa en Estados Unidos, está desarrollando un proyecto para implantar un módem cortical en el cerebro —del tamaño de un par de monedas—, cuyo propósito es inyectar imágenes a la corteza visual, directamente desde Internet.

Lo cierto es que el paso aún más avanzado de crear nanobots cerebrales despierta ya la imaginación de muchas mentes. Nicholas Negroponte, fundador de MIT Media Lab, sueña con el aprendizaje del futuro. ¿Se podría aprender una lengua extranjera al descargar esa información en la corriente sanguínea de nuestras células cerebrales? Por su parte, el ingeniero mecánico James Friend sueña con nanotecnología médica: ¿se podría prevenir de esta manera ataques epilépticos?

Inevitable pensar también en las pesadillas: ¿qué pasa si nos hackean el cerebro? Estar en la nube ciertamente tiene sus riesgos, pero también abre el horizonte asociado a los sueños. **U**

# REVISTA DE LA Universidad de México

PROGRAMA EN  
El Canal Cultural de los Universitarios

Nueva temporada



conducen

IGNACIO SOLARES Y  
GUADALUPE ALONSO



SÁBADO 20:30 HRS.  
LUNES 16:00 Y 21:30 HRS.

SKY 255  
CABLEVISIÓN 411